UN ACERTIJO Y UN DESCUBRIMIENTO QUE PODRÍAN DESTRUIR UNA NACIÓN

SERIE BERGMAN & MIRKOVIĆ

III

VICTOR PAVIC LUNDBERG

LA REINA DE LA MONTAÑA



AUTOR GANADOR DEL PREMIO CRIMETIME SUECIA

MOTUS

LA REINA DE LA MONTAÑA

Victor Pavic Lundberg

Traducción: Irena Nilsse

MOTUS

Título original: *Bergets drottning*
Edición original: Albert Bonniers Förlag, Sweden
Publicado en colaboración con Nordin Agency AB, Sweden

© 2024 Victor Pavic Lundberg

© 2024 Albert Bonniers Förlag

© 2026 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2026 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-70-7

Índice de contenido

Portadilla
Legales
PARTE I
    Capítulo 1
Trece días después
    Capítulo 2
    Capítulo 3
    Capítulo 4
    Capítulo 5
    Capítulo 6
    Capítulo 7
    Capítulo 8
    Capítulo 9
    Capítulo 10
    Capítulo 11
    Capítulo 12
    Capítulo 13
    Capítulo 14
    Capítulo 15
    Capítulo 16
    Capítulo 17
    Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
PARTE II
1975
Capítulo 23
Capítulo 24
1977
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
1979
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
1980
Capítulo 32
Capítulo 33
1981
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
1983
Capítulo 37
Capítulo 38
1983

Capítulo 39
1983
Capítulo 40
1983
Capítulo 41
Capítulo 42
1983
Capítulo 43
2021
Capítulo 44
PARTE III
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
PARTE IV
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88

Capítulo 89
Capítulo 90
PARTE V
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Si te ha gustado esta novela...
Victor Pavic Lundberg
Manifiesto Motus

PARTE I
UNA INFORMANTE PREOCUPADA

Solo hay una forma de nacer,
pero mil formas de morir.
Proverbio serbio

CAPÍTULO 1

Sigge Classon entró en la catedral católica e inmediatamente sintió el contraste entre el aire fresco del interior y el calor veraniego del exterior. Tenía la espalda empapada de sudor y se olisqueó discretamente la axila para asegurarse de que se había puesto desodorante. El olor que percibió lo hizo sentirse inseguro. ¿Se había duchado en su casa de la calle Åsögatan esa mañana? Pasó ante las filas de bancas vacías y observó los arcos del techo; luego, se apretujó en el confesionario y se sentó en el taburete que había en el reducido espacio. Parecía que las paredes y el techo se comprimían cada vez que él iba allí. El reloj de la torre anunció con un sonido agudo que eran las cuatro. Sigge había llegado puntual, tal como le había indicado quien decía ser su informante.

Se quedó quieto en el confesionario a oscuras y escuchó el silencio. Vibraron varias notificaciones del móvil en el bolsillo y Sigge sintió que lo invadía el estrés por haber abandonado la redacción. Después de todo, él era el jefe. Tal vez algún reportero tuviera una pregunta urgente o, en el peor de los casos, tal vez un periódico extranjero publicara una gran noticia de la que no serían los primeros en enterarse porque él era el único que siempre estaba atento y seguía los acontecimientos. Pero no se atrevió a mirar el móvil. La informante había sido puntillosa en ese asunto: nada de teléfonos.

Mientras esperaba, empezó a tararear mentalmente "Ack Värmeland, du sköna", una canción típica de la región, como de costumbre. Si cantaba al tempo adecuado, tardaba dos minutos y tres segundos. La canción le recordaba las graduaciones escolares en Karlskoga y la oscuridad que lo esperaba durante las vacaciones de verano en la granja, después de que la señorita Petrén se despedía y él se veía obligado a reunirse con su violento padrastro. La canción le traía malos recuerdos, pero era la única que se sabía de memoria.

Su exmujer había querido tocar esa canción en el funeral de su hija Cecilia, pero él se había negado.

"Sí, quiero vivir allí, sí, quiero morir allí".

La versión melancólica de Monica Zetterlund era la que siempre sonaba en

su mente. Sentía una conexión espiritual con la cantante de Hagfors. La única persona a la que Sigge se lo había contado era Cecilia, cuando tenía diez años. Su hija se había reído un poco al principio, y él creyó que ella comprendería la conexión obvia: que él y la cantante eran oriundos de la misma provincia. En cambio, Cecilia le preguntó:

—¿Es porque los dos estáis muy tristes?

Él asintió con la cabeza. En aquel momento, aún no tenía ni idea de lo que era estar triste de verdad.

Cuando Monica Zetterlund, con tan solo sesenta y siete años, murió quemada en su apartamento de la calle Birger Jarlsgatan, él había ido hasta allí y había encendido una vela en su homenaje al terminar la jornada de trabajo.

Sigge se abrazó el vientre y se preguntó si llegaría a tener la edad de ella.

Después de que hubo repasado la canción dos veces y media, se abrió la pesada puerta de la iglesia y se oyó el ajetreo del tráfico de la calle Folkungagatan durante unos segundos antes de que la puerta se cerrara de golpe. El ruido de los tacones resonó en el suelo de piedra.

La mujer se sentó en el compartimento contiguo del confesionario, donde se sentaba el cura para absolver a los feligreses.

Pasaron diez, veinte segundos. Después, ella empezó a hablar. El dialecto era difícil de identificar; tenía un tenue acento norteño. Solo aparecía cuando sonaba alterada, como le ocurría a él con su propio dialecto de Värmland. Al igual que en los dos encuentros anteriores, ella eludió con elegancia la pregunta principal acerca de qué hacían realmente allí. Sigge sintió que la impaciencia se apoderaba de él.

La mujer se quedó callada. Instintivamente, él quiso decir algo, pero se contuvo. Ese era el trato: ella hablaba, él escuchaba.

Y entonces, se acabó. Ella le dio nuevas instrucciones: misma hora, mismo lugar, en exactamente dos semanas. La próxima vez, le diría de qué se trataba todo. Y le llevaría pruebas.

Ahora el asunto empezaba a ponerse interesante en serio.

La mujer salió del confesionario. Los pasos firmes se fueron alejando hacia la puerta, que se abrió de un tirón y se cerró de golpe tras ella.

Habían acordado que Sigge se quedaría cinco minutos más después de que ella saliera. Permaneció sentado un rato.

Después, se levantó. Se dijo que necesitaba saber quién era la persona a la que

estaba escuchando, por quién estaba sacrificando su tiempo. En el fondo, sabía que lo dominaba la curiosidad.

Corrió por el pasillo central de la iglesia y se quedó sin aliento enseguida. Apoyó las manos en la puerta, la abrió con cuidado y entornó los ojos ante la luz brillante.

TRECE DÍAS DESPUÉS

CAPÍTULO 2

La gruesa tela blanca del traje de karate le cubría los brazos y hombros como una piel de serpiente. Danijela Mirković maldijo en silencio para sí.

¿Cómo demonios había aceptado prestarse a aquello?

El olor de la colchoneta áspera de plástico manchada de sudor le recordaba otra época y otro lugar que había dejado atrás hacía mucho tiempo.

Quería culpar a Loa, pero no había manera de que él supiera nada de aquello.

—Deberíamos hacer otra cosa después del trabajo, aparte de atiborrarnos de bebida y de comida —había sugerido de pasada, durante la *happy hour* en Kvarnen hacía unas semanas.

—¿Por qué no nos reunimos en otro sitio, para variar? ¿Qué tal en Pelikan? —había dicho Danijela, pero Loa había protestado.

—Tiene que ser alguna actividad física —insistió.

En aquel momento, no había especificado en qué consistiría la actividad, solo le había indicado que se reservara la tarde del miércoles y esperara sus instrucciones. Danijela no había hecho más preguntas. Aunque a veces Loa fingía lo contrario, ella sabía que era la única persona con quien él se relacionaba. A menudo solo se trasladaba de su casa al trabajo y viceversa, y ella se preguntaba qué hacía y en qué pensaba en su enorme apartamento cada noche vacía de la semana. De alguna manera, la soledad de Loa se había convertido en su responsabilidad, aunque él era demasiado orgulloso para admitir cómo eran las cosas en realidad.

También había una ventaja en que él propusiera una actividad física: Danijela había engordado mucho durante ese año. A pesar de la rehabilitación tras su fractura de fémur, el clavo metálico que tenía en el muslo le impedía correr por Djurgården mientras escuchaba un audiolibro, como hacía antes habitualmente. Lo más cerca que había estado de correr había sido perseguir el autobús o salir a dar furiosos paseos a pie.

Ahora, mientras miraba los carteles en japonés pintados a mano que colgaban de la pared que, por lo demás, estaba desnuda, se dio cuenta de que esa era una forma amable de que él la ayudara a adelgazar. ¿Y quién era ella para discutir?

No era tan estúpida como para no darse cuenta de que Loa tenía sus propios planes. Sabía que la comunidad gay era despiadada con las personas con sobrepeso. El mundo de las citas por internet exigía tener abdominales marcados y la piel bronceada. Loa había engordado casi tanto como ella y era normal pensar que quisiera ponerse en forma para volver a tener citas. No lo decía en voz alta, pero había algo en los matices de su conversación que indicaba que ya estaba preparado.

Danijela tiró del dobladillo de su traje. La ardiente luz amarilla se derramaba desde los tubos fluorescentes del techo del sótano. Hacer esto no era una buena idea.

Cuando se encontró con Loa fuera del club de karate de la calle Surbrunns, apretó los dientes y forzó una sonrisa.

—Qué emocionante —exclamó, y Loa reaccionó a su falso entusiasmo con una risita.

—A veces es bueno que incluso Danijela Mirković se desafíe a sí misma —le respondió.

Danijela observó a los demás presentes en el salón. Ella era la única mujer. Un hombre con la cabeza rapada y tatuajes negros que zigzagueaban por el cuello hasta la sien parecía ser algo así como el líder no oficial; los demás eran clones más bajos y delgados que se reían de todo lo que él decía. Llevaba el traje atado con descuido y se le veían claramente los músculos pectorales bien desarrollados.

Cuando el entrenador apareció en la sala, el macho alfa y sus discípulos se callaron.

—*Seiretsu* —dijo el entrenador haciendo una larga reverencia desde el abdomen firme. Cuando pisó la colchoneta, miró inmediatamente hacia Loa y Danijela.

—¿Principiantes?

Loa levantó la mano con suavidad. La inseguridad que mostraba en contextos nuevos la irritaba.

—Sí —mintió Danijela en voz alta para compensar el silencio de Loa.

Todas las miradas se dirigieron a ella. El hombre del tatuaje en la cara la miraba de arriba abajo. Se volvió hacia su clon más cercano y le susurró algo al oído. Danijela hizo un gesto de fastidio. ¿Por qué se prestaba a esto?

—Bienvenidos —respondió el entrenador.

Empezó a hablar de reverencias, de normas y respeto, y Danijela retrocedió a

1989 y a otro sótano, en otra parte de Europa. A ella y a las demás las obligaban a correr descalzas por la nieve para probar su resiliencia. Danijela había tenido que demostrar cómo caerse al suelo en silencio y sin hacerse daño. Era la mejor en eso. Era la mejor en todo en aquel grupo. Tenía el mejor control físico, era la más fuerte y la que golpeaba más duro. La foto enmarcada de Tito, el líder político de Yugoslavia, colgaba de la pared y observaba cada movimiento del grupo.

—Hora de calentar —dijo ahora el entrenador juntando las manos como si fuera a rezar—. Formad parejas.

Cuando Danijela se apresuró para acercarse a Loa, el entrenador dijo:

—Vamos a mezclar un poco el grupo. —Miró a su alrededor—. Ve con él —ordenó señalando al macho alfa, que respondió con un sonoro suspiro.

El grupo se dividió en parejas y se repartió por la sala. Danijela se quedó totalmente quieta para indicarle que fuese hacia ella y no al revés. Tras unos segundos de demostración de poder, él se acercó con largas zancadas. Loa se paró junto a un hombre apuesto de pelo oscuro y miró a Danijela con ojos chispeantes. Era evidente que habían tenido distinta suerte con el emparejamiento.

—Tomáoslo con calma al principio. Seguid mutuamente vuestros movimientos y tocaos suavemente las caderas —gritó el entrenador.

Por la sala, los alumnos empezaron a moverse con más o menos gracia. El efecto era precioso con los trajes blancos.

El macho alfa se paró frente a Danijela y le sonrió desafiante. Algo le decía que él tenía otros planes además de "tomárselo con calma". Danijela respiró hondo para prepararse. Ni siquiera tuvo tiempo de mover los pies descalzos: él le aferró el brazo y la apretó contra su torso.

El movimiento la tomó desprevenida, pero se quedó callada, aunque la ira se desató en su interior. ¿Quién se creía que era ese? Le dolía la pierna. Debería haberse dado cuenta de que su cuerpo no estaba preparado.

—¿No eres un poco vieja para esto? —le susurró lentamente al oído mientras seguía sujetándola.

Danijela sintió el estallido de la humillación por dentro, pero no se dejó vencer por la evidente provocación. Ella era mejor que eso.

—Ten cuidado —dijo entre dientes.

El hombre la soltó y dejó caer las manos junto a las caderas, como para demostrar que era inofensivo.

—Burro —murmuró ella.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

—Nada —respondió Danijela.

—¿Qué hacéis ahí? ¡A calentar! —gritó el entrenador desde el otro lado de la sala. Así que ahora habían llamado su atención.

Danijela empezó a mover las manos para demostrar que estaba preparada. El hombre se quedó quieto y le sonrió tan ampliamente que ella alcanzó a ver brillar un diente de oro.

—Gordita —susurró, casi sin emitir sonido.

Cuando Danijela reaccionó a la burla, ya no pudo controlarse. La memoria muscular la hizo retroceder a aquel día de 1991 en que otro entrenador le había enseñado a derribar a alguien con un solo movimiento. La mano sobre la muñeca de la otra persona y, después, un rápido tirón. A la semana siguiente, Danijela había probado ese mismo movimiento con un hombre que la acosaba en la pista de baile del club nocturno. Aún recordaba la expresión de su rostro y el sonido de las sirenas de la ambulancia, al igual que la reprimenda del entrenador al día siguiente.

Rápidamente, dio dos pasos hacia delante y aferró el brazo del macho alfa. Lo hizo tan rápido que él ni siquiera tuvo tiempo de parecer sorprendido. Danijela sentía el cuerpo rígido y pesado, pero ahora no podía echarse atrás. Le dio una fuerte patada en el pie izquierdo mientras tomaba impulso. Por un breve instante, el movimiento hizo parecer que el hombre flotaba ligero como una pluma.

El golpe seco que se oyó cuando finalmente se estrelló contra la colchoneta hizo que todos los presentes se quedaran inmóviles en mitad de sus movimientos.

CAPÍTULO 3

—Aun así, fue impresionante —exclamó Loa una vez que llegaron a la calle Surbrunnsgatan. Pasó un camión junto a ellos—. Expulsada del club de por vida tras veinte minutos.

Danijela le lanzó una mirada sombría antes de darle la espalda y empezar a caminar.

—Se lo advertí —dijo tocándose el hombro derecho con la mano. El dolor le recorría la espalda; sentía las caderas y las rodillas como si fueran una cadena de bicicleta sin lubricante: flojas, casi inútiles. Aceleró el paso para disimular la cojera, pero el dolor empeoró. Su cuerpo era consciente de que tenía más de cincuenta años y de que había pasado poco más de un año desde que había estado postrada en el hospital—. Me pareció una decisión un poco precipitada del entrenador. No llegó a entender bien lo que estaba pasando.

En realidad, se sentía aliviada por no tener que volver al club de karate, pero no podía decirle eso a Loa.

—Fue bastante claro lo que pasó. Todo el mundo pudo oír el estruendo —dijo Loa, medio metro detrás de ella.

—¿Y qué?

—Podrían haberte denunciado a la policía por agresión
—replicó él enfadado, quizá, porque no podía seguirle el paso.

—Tuvo su merecido.

El sol estaba alto. Varias franjas de nubes se movían lentamente en el cielo. Era ridículamente hermoso.

—No hará nada al respecto —agregó—. Supongo que prefiere no involucrar sin necesidad a la policía.

En el cruce de Odengatan, giraron a la izquierda y cruzaron dos pasos de peatones en silencio. Tras pasar por el magnífico edificio de ladrillo de tres plantas de Lärkstaden, giraron a la derecha por Valhallavägen. Dos autobuses azules llenos pasaron junto a ellos, pero se detuvieron bruscamente cuando la calle quedó bloqueada por una gran camioneta todoterreno que estaba aparcada en doble fila.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó Loa a viva voz para hacerse oír por sobre el sonido frenético de un claxon.

Danijela no respondió pero, se detuvo ante un cubo de basura, sacó el traje de karate de su bolso y lo metió dentro.

—Ni una palabra de esto en la cena —se apresuró a decir antes de que Loa pudiera hacer un comentario sarcástico. Por el rabillo del ojo, vio que sonreía.

—Creo que a Anton y a George les encantaría oír cómo derribaste con una sola llave a una bestia de ciento veinte kilos e hiciste temblar los cristales de las ventanas.

Danijela ocultó la sonrisa mirando al suelo y pateó un montón de hierba seca que salió volando con el movimiento.

—¿Dónde demonios aprendiste a hacer eso?

"Si él supiera…".

Frente a ella, había carteles de propaganda electoral pegados en las farolas, las vallas, las paradas de autobús y los solares. Todos eran parecidos: caras retocadas, trajes impersonales, sonrisas tensas y brazos cruzados para simbolizar firmeza y responsabilidad.

Faltaban once días para las elecciones parlamentarias. El tono del debate político era feroz y todas las encuestas pronosticaban un resultado electoral muy ajustado.

Dos días antes, Danijela había vuelto a Estocolmo tras cubrir la gira en autobús del primer ministro. Se habían elegido cuidadosamente las paradas del recorrido: pequeñas ciudades de Skåne con altas tasas de desempleo, ciudades mineras tranquilas de Bergslagen y, por supuesto, el interior de Norrland.

El viaje de cinco días había sido agotador. El hombre que había dirigido el partido más grande y el país durante casi diez años y a quien se consideraba el padre de la patria parecía cansado. Dentro del autobús rojo, el olor a plátano maduro llenaba el aire. Los reporteros de las empresas de servicio público adulaban a los secretarios de prensa y accedían a cualquier requerimiento con tal de obtener declaraciones que pudieran mostrar a sus jefes. El comentarista político de la competencia se atiborraba de patatas fritas rancias y publicaba comentarios amargos en X un lugar de escribir artículos. Frustrada, Danijela intentó hacerle preguntas al primer ministro mientras viajaban de una ciudad a otra.

—¿Cómo va a financiar esa promesa electoral?

—¿Cómo es en realidad su plataforma de gobierno?

—El líder de la oposición lo apoda "vieja gloria". ¿Qué opina al respecto?

—¿Cómo puede tener un ministro que escriba ese tipo de comentarios en X?

En lugar de obtener respuestas adecuadas, había terminado sentada cada vez más atrás en el autobús por la presión de la estresada jefa de prensa, hasta que ya nadie pudo oírla.

Su padre, Josip, habría reconocido la situación si hubiera vivido para verla. Así era como trataban a los periodistas en su país antes de que estallara la guerra.

Pasó un autobús nuevo, con la cara de la ministra de Asuntos Exteriores. La princesa heredera del partido, con su acento del norte, con el mundo entero como lugar de trabajo y con el apellido perfecto que nadie olvidaba, aparecía en la mitad de los carteles. La ministra de Asuntos Exteriores y el primer ministro tenían casi la misma edad; él acababa de cumplir sesenta y ella tenía un par de años menos, pero mientras que él echaba humo de cansancio, ella irradiaba vitalidad y confianza vestida con una chaqueta roja brillante. El pelo castaño oscuro corto y peinado con laca irradiaba poder. Se había inyectado la cantidad justa de bótox alrededor de los ojos y en la frente. Parecía experimentada, pero no vieja. Llevaba un tono de lápiz labial rojo que no era ni demasiado pálido ni demasiado desafiante. No mostraba los dientes cuando sonreía, pero sus ojos eran seductores; no era tonta, sino agradable. Justo lo que los votantes querían de una mujer política de alto nivel.

Se rumoreaba que en cualquier momento ella tomaría el relevo, pero al primer ministro se le seguía permitiendo soltar sus discursos en esta campaña electoral. Todavía se consideraba más seguro presentar a un hombre al electorado.

Danijela respiró hondo; el aire le desgarraba los pulmones. A menudo era así al final del verano: de pronto, la temperatura se volvía más fría, el viento más fuerte, y se apagaban los colores del cielo, la hierba y los árboles. Darse un chapuzón espontáneo en el lago después del trabajo se volvía extraño. Al final, el verano perdía la batalla contra el otoño.

Loa y Danijela llegaron al estadio, que estaba justo al otro lado de la carretera, rodeado por un muro revestido de piedra marrón. Dentro del antiguo estadio deportivo reinaba el silencio, pero parecía que se estaban organizando los preparativos para algún evento. Tres grandes camiones de medios de comunicación estaban aparcados frente a la entrada. Quizá fuera alguna competición de atletismo.

Loa seguía el ritmo de marcha de Danijela, aunque todavía estaba medio paso por detrás de ella. Había dejado de hablar de lo que acababa de ocurrir en la clase de karate y ahora trotaba tranquilamente detrás de ella. Bien por él. Probablemente estaba enfadado por no haber podido seguir entrenando con el chico guapo y porque ella había echado a perder su actividad conjunta. Qué se le va a hacer. No era culpa de Danijela que aquel hombre fuera un mono estúpido.

Loa tampoco tenía mucho margen para enfurruñarse, ya que él era su invitado a la cena de los miércoles, no a la inversa.

Después del accidente del año anterior, cuando Danijela fue atropellada por un coche, algo había cambiado en su interior. Se dio cuenta meses después. Estaba agradecida por estar viva, por levantarse cada mañana y pasar un día más con sus seres queridos.

En otras palabras, se había vuelto sentimental.

Decidió tragarse su orgullo y reunir a su familia desmembrada: anunció a su atónito hijo, Anton, y a su igualmente atónito exmarido, George, que en adelante cenarían juntos en su casa cada dos miércoles. Normalmente, las familias suecas se reunían los domingos, pero para su grupo, ese día en particular no era conveniente. Anton siempre estaba malhumorado y con resaca, y ella prefería evitarlo cuando mostraba su peor cara, sobre todo porque la había heredado de ella. Desde la primavera anterior, Anton estaba viviendo lo que consideraba una vida estudiantil extremadamente emocionante en el Instituto Real de Tecnología y en los pasillos de una residencia de estudiantes de la calle Körsbärsvägen. Aunque lo había intentado, Danijela no había conseguido memorizar qué tipo de formación técnica aburrida y sin interés estaba estudiando. Se alegraba de que no hubiera vuelto a Australia, donde había trabajado un par de años.

Tampoco eran adecuados los domingos para su exmarido. Aunque George la había ayudado mucho después del accidente del año anterior, ella no soportaba tener que empezar la conversación preguntándole a qué rubia había invitado a cenar en Sturehof la noche del sábado. Sobre todo, cuando ella misma no había hecho nada interesante que pudiera contarle.

Pensándolo bien, en realidad ella había sido increíblemente generosa al incluir a su exmarido, porque él la había engañado. Danijela no había tardado mucho en enterarse de que George había iniciado un romance con una compañera mucho más joven del departamento de finanzas del periódico

matutino. Lo echó inmediatamente de casa y se alegró cuando esa relación no prosperó.

Tal vez fuera porque estaba envejeciendo o por algún otro cambio en su personalidad que la hacía sentirse menos enfadada. La ira había disminuido. Quizá la razón principal era que se había dado cuenta de que él se arrepentía de verdad de haberle sido infiel. Nadie podría decir qué habría sido de su matrimonio si él no hubiera cometido aquel error, pero al menos podría haber terminado de una forma más digna.

Al menos ahora, durante unas horas, podían fingir ser la familia que habían sido y, por alguna razón, siempre lo pasaban muy bien. La tradición llevaba ya seis meses y no parecía que fuera a terminar. La hacía más feliz de lo que nunca había imaginado.

La primera vez que habló de las cenas con Loa, él puso cara de tristeza. Danijela entendió por qué.

Después de las semanas que Loa había pasado en Mariestad el verano anterior, cuando se vio obligado a volver a su ciudad natal para investigar una extraña desaparición, el distanciamiento entre él y su madre, Agneta, era más grande que nunca. Nunca hablaba de ella ni con ella y había dejado de visitarla. Danijela no lograba que Loa le contara exactamente lo que había pasado. Él esquivaba la conversación en cuanto ella sacaba el tema.

La primera vez que lo invitó, naturalmente, protestó y dijo que no quería molestar. Pero cuando ella declaró que su petición no era negociable, cedió rápidamente. Era lo menos que podía hacer por él, y ni Anton ni George se opusieron. Eran buenas personas que entendían sin necesidad de decir las cosas abiertamente. Todos pensaban que era agradable tener un cuarto invitado que los incitara a ser un poco más amables de lo habitual.

Mientras pasaban por delante de Fältöversten, veían la enorme torre de Gärdet a lo lejos. Cuando llegaron a la coqueta casa de fachada amarillo mostaza donde vivía Danijela, ella vio al repartidor de Foodora, con su chaqueta rosa chillón y dos bolsas de papel. Miró el reloj: el repartidor había llegado con antelación.

—Creo que puedes dejar de hacer eso —le dijo Loa. Ella se volvió y lo miró.

—¿Qué quieres decir?

El paseo le había dejado a Loa la cara sudorosa. Se quitó la gorra verde que llevaba para ocultar su escaso pelo y se secó la frente.

—Creo que Anton y George ya se han dado cuenta de que no cocinas.

—¿Y qué? —replicó ella con calma, divertida de hacerlo sentir inseguro.

—No tienes que apresurarte a recibir el envío y luego servirlo en tu vajilla elegante —dijo Loa.

—¿Qué te hace pensar que lo hago por ellos? En realidad, la comida sabe mejor cuando la pones en un plato.

—¿También estará más sabrosa cuando te entre el pánico y pongas las bolsas en el fondo del cubo de basura en vez de en el de reciclaje?

—Cállate —respondió Danijela con una sonrisa mientras recibía la comida del repartidor y le daba las gracias.

Subieron por la escalera. Danijela se aferró a la barandilla para aliviar la tensión de las piernas; el dolor seguía irradiándose por la columna vertebral. Loa subió detrás y, afortunadamente, no alcanzó a ver su mueca. En el quinto piso, sacó las llaves y abrió la puerta con un fuerte empujón. Loa estaba justo detrás, jadeante. Al parecer, ella no era la única a la que las escaleras dejaban sin aliento. En cuanto abrió la puerta, sintió algo raro. Sin cruzar el umbral, recorrió el vestíbulo con la mirada. La lámpara estaba apagada, pero la luz del atardecer entraba por la ventana de la cocina. Sus zapatos estaban bien alineados contra la pared. El bolso Fendi negro y beis estaba sobre el taburete. Tres abrigos colgaban de los percheros.

Todo tenía el mismo aspecto que cuando había salido del apartamento. Sin embargo, había algo diferente.

Danijela miró hacia abajo. Justo a sus pies, sobre la alfombra del vestíbulo, había un sobre blanco acolchado con su nombre, "Danijela Mirković", escrito en tinta negra.

Levantó el sobre y le dio la vuelta para observar el reverso. Con el mismo bolígrafo, alguien había escrito una palabra: "Moonlight".

La oscuridad descendió, como una cortina, sobre Danijela. Habían pasado casi dos años, pero parecía que había sido ayer. El correo electrónico con la foto del grupo de su pasado. El texto amenazador: "¿Recuerdas esto, Dana?". Y luego, el remitente: "Moonlight". Desde entonces, había esperado, temblado, pero no había podido averiguar de quién se trataba.

Nije htjela probuditi lava.

No quería despertar al león. Pero ahora, el león estaba definitivamente despierto.

—Estás temblando. ¿Qué es eso?

Sintió una mano cálida en el hombro. Ya había olvidado que Loa estaba allí.

Su mente parecía haberse aletargado.

—Shh.

Volvió a examinar el sobre. No había dirección ni sello. La carta había sido entregada en mano. Moonlight o un cómplice habían estado fuera de su casa.

Rompió el sobre y el contenido cayó al suelo. Danijela se puso en cuclillas y Loa la siguió.

Sobre la alfombra del vestíbulo había tres fotografías en color. Las recogió y las observó. Todas estaban tomadas con un teleobjetivo.

Anton en la escalera de piedra del exterior de la universidad KTH. Anton en un sendero iluminado del parque Lill-Jansskogen. Anton en el Café Ritorno, encorvado sobre sus libros, con una sudadera gris con capucha.

Alguien había visto a su hijo en varios lugares de Estocolmo. El rostro de Anton lucía relajado. Se reía distraídamente.

Danijela sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo fuerte en el estómago y la hubiera dejado sin aliento. Se le nubló la vista y tuvo que apoyarse en el suelo para no caerse.

—Pero ¿qué mierda es? Esto es una amenaza —dijo Loa. Danijela no pudo responder. La voz se le atascó en la garganta.

"Claro que es una amenaza. Una muy clara", pensó.

Recordó cuando estaba embarazada y sintió la primera patada de Anton, cuando lo tuvo en brazos recién nacido, cuando tenía siete años y marcó su primer gol de fútbol y también cuando tenía quince y vomitó sobre la tapa del retrete después de una fiesta en casa.

Ahora alguien iba tras ella… y tras él.

Parecía que los músculos de la mano habían dejado de funcionarle. Loa le quitó las fotos y las observó una a una.

—Danijela, ¿qué significa esto?

Intentó mirarla a los ojos, pero ella desvió la mirada.

—Escúchame —continuó—. ¿Quién pudo haber tomado estas fotos?

Cuando ella se limitó a negar con la cabeza sin responder, Loa se levantó y echó la llave en las cerraduras superior e inferior de la puerta principal. Ayudó a Danijela a ponerse de pie y la condujo al salón, hacia el sofá. Cuando ella se sentó, él se acercó a la ventana y bajó todas las cortinas para que la habitación quedara a oscuras. Se sentó junto a ella en el sofá.

—Hay algo más —dijo.

Le entregó una hoja de papel blanco doblada de forma que tenía cuatro

puntas y parecía una pequeña montaña.

Ella metió los dedos en los pliegues y empezó a moverlos de un lado a otro, de modo que las puntas a veces se tocaban y a veces se alejaban unas de otras.

—Es un acertijo de papel. Como los que hacen los niños —dijo.

El patrón de movimiento seguía guardado en su memoria. Ya había movido los dedos así muchas muchas veces.

Procesó la información lentamente, mientras movía los dedos.

Hacia dentro. Hacia fuera. Dentro. Fuera.

CAPÍTULO 4

—Yo jugaba con uno de estos en Croacia. —La voz de Danijela era débil—. Cuando era niña.

"Cuando era niña".

En sus diez años de amistad, nunca le había contado a Loa nada de su infancia.

Algo había ocurrido.

Normalmente, Danijela Mirković era tan inquebrantable como una roca. Ningún comentario, acción o persona quebrantaba esa actitud básica.

Ahora, al mirarla, Loa veía algo en ella que nunca antes había visto. Danijela tenía miedo.

—Entonces, ábrelo —le dijo.

Danijela giró la cabeza y lo miró interrogante.

—Es evidente que alguien quiere que abras las pestañas del juego. Quizás haya algo ahí —continuó.

Los dedos de Danijela habían dejado de moverse. Dio la vuelta al papel plegado y abrió la pestaña en la que estaba marcada una pequeña estrella.

El número 45,1537179 estaba escrito a lápiz.

Danijela abrió las demás pestañas siguiendo el sentido de las agujas del reloj. Debajo de cada una había más números.

18,0114084.

220902.

10,00.

Danijela se quedó mirando los números y tragó saliva. De pronto, se oyó un tirón en la puerta principal.

El sonido hizo que ambos saltaran sobre el sofá. En el vestíbulo, se movió el picaporte. Loa contuvo la respiración.

Alguien estaba abriendo los cerrojos. Primero el inferior, luego el superior. La puerta se abrió lentamente.

"Ahora moriremos", pensó Loa antes de ver la cara de Anton en el umbral.

Detrás de él estaba George. Había encanecido desde la última vez que se habían visto.

—¿Creéis que soy un fantasma o qué? —preguntó Anton al entrar en el vestíbulo, agitando las llaves para demostrar que no había forzado la puerta. Miró las bolsas de comida para llevar abandonadas en el suelo—. Me muero de hambre. Parece que la cena está lista, mamá —dijo con tono burlón.

—Cierra la puerta con la llave y ven aquí —le ordenó Danijela.

La sonrisa socarrona de Anton se apagó.

El joven llevaba vaqueros y una sudadera gris con capucha, igual que en la foto tomada a escondidas. George vestía un traje azul oscuro y llevaba bajo el brazo una funda de portátil de color claro. Ambos representaban los dos tipos de hombre que odiaba Agneta Bergman, la madre de Loa: "El que tiene un palo metido en el culo y el desaliñado de mandíbula floja que cree que está bien tener ese aspecto".

Cuando George entró en el salón, se desabrochó la chaqueta y miró las cortinas cerradas con expresión perpleja antes de volverse hacia Danijela y Loa.

—¿Qué ocurre? —Su postura era firme; su voz, grave. Loa había olvidado lo tranquilizador que podía ser un tono así.

—Sentaos, los dos —respondió Danijela.

Se sentaron en los sillones frente al sofá. George acariciaba nervioso su costoso reloj de pulsera. Anton miraba a su madre con los ojos muy abiertos. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Danijela respiró hondo. Luego, les contó con calma lo del sobre, las fotografías y el incomprensible mensaje con los números en el acertijo de papel. George asintió como si tratara de analizar la situación. Anton parecía destrozado. Danijela no mencionó lo que le había dicho a Loa, que el acertijo le recordaba algo de su infancia. Quizás olvidó decirlo porque estaba nerviosa o lo estaba evitando.

Cuando Danijela terminó, Anton levantó las fotos de la mesita y las observó lentamente. Con cada una se ponía más pálido y murmuraba algo inaudible.

Loa comprendió por qué el ambiente estaba tan cargado. No solo por lo que había contado, sino también porque ella se lo había tomado muy en serio. Danijela Mirković le restaba importancia a todo en la vida: había drama en todas partes, menos dentro de ella. Pero si reaccionaba así, no cabía duda de la gravedad de la situación.

George se inclinó para mirar el sobre.

—¿Quién demonios es Moonlight?

—No lo sé —respondió brevemente Danijela.

—¿Estás segura?

—Absolutamente segura.

George no parecía satisfecho con la respuesta. En lugar de eso, sacó su teléfono del bolsillo de la chaqueta. Dio tres golpecitos con el dedo índice en la pantalla y un cuarto golpecito antes de acercarse el móvil a la oreja.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Danijela.

—Llamar a la policía, claro. Alguien os está amenazando a mi hijo y a ti.

—Cuelga —pidió ella.

—De ninguna manera.

—Tenemos que hablar de esto.

Cuando George no le hizo caso y empezó a oírse el tono de llamada, Danijela se levantó y le quitó el teléfono. Lo apagó y lo estampó contra el cojín que tenía al lado.

George cerró los ojos durante medio segundo y tragó saliva. La nuez de Adán se le movía temblorosa bajo la piel del cuello.

—Se trata de nuestra familia.

—Se trata de mí. Y de nadie más —replicó Danijela. Anton, que parecía haberse perdido el enfrentamiento entre sus padres, dejó las fotos en el suelo y levantó la vista.

—Todas fueron tomadas el mismo día.

—¿Cuándo? —preguntó Loa.

—El domingo.

El tono de voz de Anton se volvió ligeramente agudo, igual que le había pasado a Danijela.

—¿Qué piensas, mamá?

—No tengo ni idea —respondió tajante.

—¿Mencionaste que había unos números? —Anton se quitó la sudadera.

—Sí, exactamente —dijo Loa.

—¿Puedo verlos?

Loa le entregó el acertijo de papel a Anton. El pelo rizado le cayó sobre la frente mientras se inclinaba hacia delante para verlo.

Entonces, algo pareció hacer clic en la mente del hijo de Danijela. Se mordió el labio. Cuando se dio cuenta de que todos lo miraban, sonrió.

—Son las coordenadas, la fecha y la hora —dijo. Loa miró los números.

—Vaya.

Danijela no elogió a su hijo por el hallazgo, sino que se limitó a quitarle el acertijo con impaciencia.

—¿Coordenadas? —preguntó.

—Sí —respondió Anton—. Siempre se dividen en dos secuencias iguales y con el mismo número de decimales. —Tomó el teléfono de Loa e introdujo los números en la aplicación de mapas. La aguja salió de Estocolmo y se movió de manera penosamente lenta hacia Europa central.

Finalmente, aterrizó en Croacia, cerca de la frontera con Bosnia. Los cuatro se inclinaron sobre la pantalla, tan cerca que las cabezas casi se tocaban. Loa alcanzó a oler el perfume de Dior de Anton y la loción para después de afeitarse de George.

Anton amplió aún más el mapa.

Danijela se quedó helada. Después, se levantó y caminó a zancadas que hicieron ruido contra el parqué. Entró en el baño y cerró de un portazo. Los tres hombres se miraron interrogantes.

A Loa le pareció oír arcadas. ¿Danijela había vomitado?

Se levantó y se acercó a la puerta cerrada del baño; golpeó ligeramente con los nudillos y la llamó.

—¿Estás bien?

—¿Qué te parece? —se oyó del otro lado de la puerta. Unos minutos después, Danijela salió del baño. Parecía repuesta, pero a Loa no se le escapó lo tensa que estaba bajo la aparente tranquilidad.

—¿Puedo echar un vistazo?

Danijela cogió el teléfono y empezó a examinar el mapa. Anton gruñó.

—Si me preguntas, está bastante claro lo que significa esto. Mamá tiene que estar en ese lugar pasado mañana a las diez de la mañana o me pasará algo.

Entonces, George golpeó la mesita con el puño.

—¡Ahora dime qué está pasando, Danijela! —Su voz era áspera—. ¡Tú sabes algo! —Volvió a coger el móvil—. Llamaré a la policía ahora mismo si no hablas.

Danijela se paró frente a la ventana.

—Ya basta —dijo en voz baja.

—¿Conoces ese lugar? ¿Se te ocurre por qué alguien querría que fueras allí? —preguntó George con impaciencia.

—¡Cállate! —gritó Danijela señalando con el dedo índice a George, que

ahora se veía como un niño al que han pescado haciendo una travesura—. Vamos a hacer lo siguiente —dijo apuntando el dedo hacia Anton—: Esta noche te mudas a la casa de Loa.

—Pero… —intentó protestar Anton.

—Loa tiene su dirección protegida. Tendrás que esconderte en una de sus diez habitaciones y no dejar entrar ni a un alma. Yo me alojaré en un hotel esta noche. Lo más prudente es que nos separemos.

Danijela continuó dando instrucciones largas y claras sobre cómo debían llegar Loa y Anton al apartamento, cambiando varias veces tanto de autobús como de metro, mientras se quitaban y se ponían gorras para desorientar a cualquiera que los siguiera. Todo el razonamiento parecía sacado de una novela de espías. Ni Anton ni George conocían el apartamento que Loa había heredado de su amigo Henry Mountbatten dos años antes, pero si lo de las diez habitaciones los confundía, prefirieron dejarlo de lado por el momento.

Todos asintieron. Todos comprendieron la gravedad del asunto.

Danijela se señaló a sí misma.

—Mañana iré a la policía —dijo mirando desafiante a George—. No tiene sentido llamar ahora. La gente se está matando a tiros en los suburbios. Creo que todos los que estamos aquí entendemos la prioridad que se le daría a una amenaza vaga contra una periodista de mediana edad. Pero confiad en mí: mañana encontraré a la persona adecuada. Sé con quién contactar. ¿Satisfecho?

Lo había dicho todo deprisa, sin tomarse ni un respiro.

"Ve a la policía. Haz caso", pensó Loa. Se esforzó por no mostrarse escéptico, pero así era exactamente como se sentía. ¿De verdad iba a rendirse sin luchar? Esa carta había hecho aflorar aspectos de Danijela Mirković que él no había visto nunca antes.

—¿En serio no vas a llamar esta noche? —le dijo. Danijela lo miró enfadada.

—Quizá deberías encender tu audífono si no me has oído. No-vale-la-pena.

Ese había sido un ataque despiadado. Loa se dio cuenta de que no podía presionarla más.

—Perdón, pero… —La voz de Anton se debilitó—. ¿Qué pasa si no te presentas en ese lugar? —De pronto, parecía un niño asustado.

Danijela resopló.

—Eso no importa. Para entonces, estarás a salvo y la policía ya estará investigando.

Anton parecía querer decir algo más, pero se quedó callado. George siguió

acribillando a preguntas a Danijela, como si se hubiera metido en su papel de reportero. ¿Qué creía que significaba el acertijo?

Loa se encogió de hombros. Tenía que mencionar lo que ella le había señalado antes de que los demás llegaran, aun si hacerlo significara traicionarla.

—¿Habías dicho algo sobre tu infancia?

A Danijela se le oscureció la mirada. George movió los labios para decirle "gracias" a Loa desde su sillón.

—Todos los niños juegan con acertijos de papel. No veo qué tiene que ver —exclamó ella.

Se fue a la cocina y volvió con una bolsa con cierre zip en la que metió cuidadosamente el acertijo de papel, las fotografías y el sobre. Cerró la bolsa de golpe. Por un segundo, Loa alcanzó a ver otra vez aquella mirada perturbada, pero en cuanto Danijela notó que la observaba, se dio la vuelta y trató de no demostrar miedo.

—Le daré esto a la policía. —dijo. Luego, se volvió hacia Loa—. Una vez que Anton esté a salvo, completarás el segundo plan que tenías para esta noche.

Loa había estado trabajando mucho en una pista y esa noche, justo esa noche, tenía un encuentro. Pero todos los pensamientos al respecto se habían esfumado en el momento en que habían entrado en la casa de Danijela.

—Pero, por favor. No puedo hacerlo, no puedo hacerlo ahora. Ya habrá otras oportunidades.

—No, no las habrá. —Danijela se pasó las manos por el pelo. Tenía grandes manchas de sudor en las axilas.

Loa dudó. ¿Podría quizás llegar a tiempo después de haber instalado a Anton en su casa? No le gustaba la idea de dejarlo solo, pero si hacían lo que decía Danijela, nadie debería saber dónde estaba. Ella lo miró.

—No puedes echar todo a perder por un incidente tan pequeño y tonto.

La forma en que lo dijo no dejaba lugar a discusión. Ahora todo se haría como ella había decidido.

Anton le dio un largo abrazo a su madre; parecía que no quería soltarla. George recibió una fuerte palmada en la espalda de Danijela antes de salir.

Ella miró a Loa y dijo:

—Nos vemos mañana en el trabajo.

Él la abrazó y creyó sentir los latidos de su corazón.

—Llámame si pasa algo.

En el fondo, sabía que debía plantarse, quizá obligarla a ir con él a su

apartamento, pero no lo hizo. En lugar de eso, la soltó y se fue. Se cerró la puerta y enseguida Danijela echó el cerrojo. Al salir del edificio, el cielo se abrió sobre Loa.

Era el miércoles 31 de agosto de 2022, año de elecciones, y una suave lluvia otoñal repiqueteaba sobre Estocolmo.

CAPÍTULO 5

—Su nombre no está en la lista. Lo siento.

Loa percibió el desdén en la voz de la guardia de seguridad que estaba junto a las escaleras que bajaban al sótano de un Narvavägen casi desierto. Las palabras "lo siento" lo golpearon como un látigo. "Seguro que eras demasiado tonta para aprobar el examen teórico de la academia de policía", pensó mirándola a los ojos rasgados de color avellana.

—Es un evento privado —agregó ella cuando Loa no dijo nada. Se acercó demasiado a la antorcha de la entrada, cuya llama ondeaba al viento.

Obviamente, no bastaba con aparecer en el evento sin haber recibido una invitación y luego manipular la dirección del correo electrónico del trabajo con la esperanza de que el nombre del periódico fuera suficiente para permitirle la entrada. La chaqueta negra Filippa K le ajustaba en el pecho. Loa se desabrochó el botón superior de la camisa para respirar mejor.

—Entonces, esperaré a mi amigo —respondió con una sonrisa forzada mientras se apoyaba en la pared de piedra e intentaba parecer relajado. Tenía una sensación de irrealidad después del drama de la última hora. Fotos tomadas en secreto y acertijos de papel con coordenadas. Siempre había sabido que Danijela Mirković tenía secretos, pero esto era aún más de lo que había podido imaginar. Ya habían hecho lo que Danijela les había indicado para evitar que los siguieran, pero aun así no le había parecido bien dejar a Anton solo en el apartamento. Al mismo tiempo, sabía que se lamentaría para siempre si no aprovechaba la oportunidad que se le había presentado esa noche.

Se felicitó a sí mismo por haber obligado a Linda Hamilton a acompañarlo como precaución. Con suerte, ella llegaría en cualquier momento. La fotógrafa tenía una rara habilidad para entrar en las salas más privadas y las fiestas más exclusivas. Un beso en la mejilla aquí, un abrazo allá. Era *cool* y mundana, tenía todo lo que a Loa le faltaba.

La realidad era: si tú no los quieres, ellos te quieren a ti. En ese caso particular, en ese evento en particular, el apellido noble de Linda era la clave. Una Hamilton siempre era una Hamilton, aunque no fuese a heredar el castillo

de Skåne por haber nacido fuera del matrimonio. La madre de Linda solo tenía diecisiete años cuando conoció al padre, un músico de Uganda que estaba de gira.

A Loa le había costado pedirle ayuda a Linda. Cuando por fin le presentó la situación, ella suspiró mientras manoseaba el objetivo de su cámara en el cuarto oscuro de los fotógrafos de la redacción. Las pantallas finamente calibradas en las que se editaban todas las imágenes eran la única fuente de luz de la sala. Mientras ella relataba todos los planes que tenía para esa noche en particular, Loa se vio obligado a contarle la historia de la carta que había dado la señal de partida a una cacería infructuosa que ya llevaba trece meses. Todo había empezado cuando Danijela Mirković descubrió el lomo de un libro en la biblioteca de Henry Mountbatten que, en lugar del nombre de su autor, tenía el nombre completo de Loa: Lars-Johan Bergman. Bajo la sobrecubierta falsificada había un nombre de autor completamente distinto. Cuando Danijela abrió el libro, encontró un sobre.

"Debe ser abierto por Lars-Johan Bergman después de mi muerte", decía en letras mayúsculas. Loa había abierto la carta y la había leído:

Loa:
Algunos aspectos de mi vida han sido demasiado dolorosos para comentarlos contigo, aunque en el fondo quería hacerlo.
Hace veinticinco años, mi Harald fue acusado de ser un espía ruso. Las acusaciones eran completamente infundadas. De la noche a la mañana, su vida se hizo añicos y nuestras carreras quedaron destruidas. Sabíamos desde el principio que la persona que estaba detrás de esos rumores era Allan Arnell.
Tan solo con escribir estas líneas, me duelen los recuerdos que despiertan; tener que revivirlo todo sería demasiado. Pero cuando leas esto, ya no estaré aquí, y quiero pedirte que hagas lo que yo nunca pude. Demuestra que fue Arnell quien lo denunció ante la Säpo, la agencia sueca de seguridad interior. Enfréntate a él y oblígalo a admitir que fue él quien destruyó a Harald y, por lo tanto, a mí. Es mi deseo que responda por lo que hizo. Si alguien puede lograrlo, eres tú, Loa. Eres uno de los periodistas más talentosos que he conocido. Haz lo que mejor sabes hacer. Investiga.

Henry

—¿Qué coño es esto? —había susurrado Danijela. Su reacción era razonable. Allan Arnell no era un nombre cualquiera. Después de Dag Hammarskjöld y

Jan Eliasson, era el diplomático que más gloria había dado a Suecia en el extranjero, y había ocupado innumerables cargos jerárquicos en todo el mundo, además de su etapa como ministro de Comercio del Gobierno.

Henry Mountbatten siempre había admirado la capacidad de Loa y aplaudía cada paso que daba en su carrera. Hacía diez años que se habían conocido, en el bar gay Side Track, y enseguida se cayeron bien. Puede que el anciano diplomático tuviera esperanzas, al principio, de tener otro tipo de relación, pero eso se desvaneció rápidamente y, en cambio, surgió una profunda amistad. En los últimos años de la vida de Henry, cuando ya estaba ciego, Loa le leía periódicos estadounidenses en el apartamento del vecindario de Mariaberget; cuando Henry murió, le legó ese apartamento a Loa.

Desde que había leído la carta, Loa la llevaba consigo como una pesada carga.

El círculo que rodeaba a Henry Mountbatten era enigmático. A pesar de su vida de riqueza en embajadas de todo el mundo y de la gran actividad social que decía haber tenido, hubo mucho silencio tras su muerte. Se publicaron unos pocos obituarios impersonales y secos en los periódicos matutinos. Fue inútil buscar en Google a las personas que habían escrito esos textos. Sus nombres eran demasiado comunes, las pistas que contenían los obituarios eran pocas. Incluso los rastros de Henry eran sorprendentemente escasos. Loa había buscado en vano en hemerotecas y en internet, pero finalmente tuvo que aceptar que Henry era igual que su fantasma: muy discreto.

Por supuesto, también había investigado al compañero de Henry, Harald Timander, pero ni en Google ni en Flashback encontró información sobre el funcionario sueco acusado de ser un espía ruso. La mayoría de los artículos y publicaciones eran sobre los casos de Stig Bergling y Stig Wennerström, también acusados de espionaje; finalmente, se dio por vencido. Se había planteado pedir ayuda a un experto del servicio de inteligencia, pero pensó que sería faltar a la confianza de Henry si incluía a otra persona en la investigación. Ya bastante era que Danijela hubiera estado allí cuando él leyó la carta.

Durante las vacaciones de Navidad, Loa había viajado a Londres para seguir indagando. También le había servido como una buena excusa para no ir a casa de su madre.

Una vez allí, no consiguió ni una sola pista. Los parientes que aún vivían solo conocían a Henry de nombre. Algunos sabían que hacía décadas que no iba al Reino Unido, pero cuando Loa intentó hacerles preguntas más específicas, no logró avanzar. En el antiguo lugar de trabajo de Henry, el Ministerio de

Asuntos Exteriores, reinaba el silencio. "No hacemos comentarios sobre nuestros empleados, actuales o antiguos", le dijo el jefe del departamento cuando lo dejaron entrar amablemente en las instalaciones.

En enero, Loa tuvo que aceptar que su única pista era el propio Allan Arnell. Pero aparte del hecho de que había circulado en los mismos ámbitos que Henry y Harald, Loa no había podido encontrar ninguna conexión evidente entre los tres hombres. También resultó que Allan Arnell había estado trabajando en un proyecto de democracia en Ghana desde 2019. Ir hasta allá estaba descartado.

Pasó el invierno y también la primavera, y la posibilidad de averiguar la verdad sobre lo que le había ocurrido a Harald Timander, el gran amor de Henry Mountbatten, parecía cada vez más remota. Hasta que, un mes atrás, se produjo el gran avance.

Llegó a la redacción un comunicado de prensa que anunciaba la publicación de las memorias de Allan Arnell. Probablemente el libro, titulado *Todos mis días*, contendría en sus más de trescientas páginas puras fanfarronadas y anécdotas poco interesantes, pero al leer la presentación del autor que había confeccionado la editorial, Loa descubrió que Allan había estado destinado en Washington D. C. durante los años setenta. Ahí estaba la conexión: Harald Timander también había trabajado en la misma embajada durante esa época.

En cuanto Loa se enteró de que Allan estaba de regreso en Suecia, había intentado ponerse en contacto por teléfono y por correo. Incluso había llamado a la puerta de su apartamento de Karlavägen en varias ocasiones, sin éxito.

Pero esa noche era la fiesta de presentación del libro y la primera oportunidad para Loa de hablar con Allan Arnell.

Empezó a llover otra vez y Loa recordó dónde estaba. Los otoños siempre eran traicioneros y también impredecibles en Estocolmo. En un momento el tiempo era cálido y luminoso y, al siguiente, hostil y desapacible. Justo cuando se estaba preguntando si debía llamar a Linda, oyó la voz de su colega a lo lejos.

—¡Loa! Siento llegar tarde.

Linda lucía un recogido elegante y vestía un abrigo negro tan largo que casi tocaba el suelo. Se acercó directamente a la guardia de seguridad, le dijo algo inaudible, apartó la cuerda que cubría la entrada y bajaron por las escaleras. Cuando Linda abrió la puerta, Loa sintió que lo cubría un manto de sonidos amortiguados.

—No puedo creer que te hayan rechazado —dijo ella.

—Creí que los autores querían que la gente fuera a las presentaciones de sus libros —replicó Loa.

—Sí, la gente adecuada.

Loa hizo un gesto de fastidio. Ambos colgaron sus abrigos en un perchero y siguieron el sonido hasta una sala que parecía una exclusiva bodega con paredes de ladrillo. Sonaba música de jazz suave, las voces eran tranquilas y los invitados, canosos y bien vestidos. Los cuellos de las damas estaban adornados con collares de perlas y los hombres llevaban zapatos brillantes que probablemente costaban más que el sueldo mensual de un periodista.

A lo largo de su vida, Loa había sido un camaleón. Era un experto en ajustarse a los códigos correctos, en no destacar, en no llamar la atención. Entre los chicos ocultaba su sexualidad; en casa, disimulaba su estrés ante su madre depresiva; en el periódico, ocultaba sus inseguridades, y en Estocolmo, su procedencia social. Pero entre las clases altas nunca consiguió encajar. El desenfado que exhibían lo ponía nervioso.

Linda buscó dos copas altas de champán. Loa aceptó una sin decir nada. No tenía energía para recordarle a la gente que no bebía, aunque en ese momento le habría gustado tener la embriaguez como escudo contra lo que se avecinaba. Rápidamente, vertió el contenido en una maceta alta y luego se llevó la copa vacía a la boca para que pareciera que se la había terminado.

En el otro extremo de la sala, ante un escritorio iluminado, se sentaba el hombre que había sido candidato varias veces a ministro de Asuntos Exteriores, pero que siempre había sido superado por algún político de carrera más agresivo… o del género adecuado. La cabeza de Arnell brillaba a la luz de la lámpara y lo rodeaban dos montones de libros. Su rostro era tan sombrío como el retrato en blanco y negro de la portada. Intercambió unas palabras con una pareja de mediana edad mientras les firmaba un ejemplar.

Loa y Linda se pusieron en la fila de quienes esperaban su firma.

El hombre y la mujer recogieron su libro y les hicieron sitio. Loa sintió que se ruborizaba hasta las orejas cuando se adelantaron.

Allan Arnell se colocó la chaqueta y cogió un libro sin levantar la vista.

—¿Para quién es la dedicatoria? —La voz tenía un tono cansado pero familiar. El hombre que tenían delante había analizado y comentado la situación mundial en muchos estudios de televisión y radio a lo largo de los años.

—Para mí —respondió Loa intentando sonar lo más seguro posible.

—Sí, ya lo supongo, pero ¿cuál es su nombre?

Loa miró a Linda nervioso. Un nuevo grupo hacía cola detrás de ellos. Si Loa tenía suerte, el murmullo se apoderaría del salón de modo que fuera imposible oír lo que él decía.

—Usted conoció tanto a Harald Timander como a Henry Mountbatten.

Allan Arnell dejó la pluma y levantó la cabeza. La mirada con la que se encontró Loa era dura y decidida.

—Los conocí de manera superficial, como a tantos otros en esta vida.

—Tengo algunas preguntas que solo alguien que los haya conocido puede responder.

—Me temo que ha venido al lugar equivocado. No tengo respuestas.

Loa trató de pensar. Había algo extraño en aquella reacción.

—¿Quiere que le firme el libro? Hay más gente esperando
—continuó Allan Arnell.

—Ven, vamos —dijo Linda, y Loa recordó su presencia.

Se arriesgó.

—Me han informado de una acusación contra usted a la que creo que le interesaría responder.

El hombre se detuvo y volvió a mirarlo profundamente a los ojos.

—¿Nombre?

—¿Cómo dice?

—¿A nombre de quién debo dedicar el libro?

—Loa. Loa Bergman.

Allan garabateó rápidamente una dedicatoria ilegible.

—Bien, aquí tiene su libro. Ahora, me temo que debo pedirle que se aparte.

Loa cogió el libro, decepcionado, y luego Linda se lo llevó a empujones por el salón.

—Oye, me voy —le susurró al oído—. Tendrás que encontrar por tu cuenta la manera de salir.

Loa siguió la espalda de Linda a través de la multitud. Lentamente se dirigió al perchero y se puso el abrigo.

Otro callejón sin salida, quizás el último. Cada vez parecía más improbable que pudiera cumplir el último deseo de Henry.

Cuando salió a la calle, la puerta estaba cerrada y la guardia de seguridad se había ido. La antorcha estaba apagada.

Empezó a caminar hacia Strandvägen y abrió el libro para ver qué había

escrito Allan Arnell. ¿Qué se escribía normalmente en una dedicatoria? ¿El nombre de la persona seguido de algo poco inspirado como "Disfruta de la lectura" y una firma enmarañada?

El lomo crujió cuando Loa abrió las páginas y olió el papel recién impreso.

En tinta negra no estaba escrito nada de lo que Loa acababa de suponer. En cambio, se leía: "23.00. Zum Franziskaner".

Loa miró el reloj. Faltaba poco más de una hora. Allan Arnell quería reunirse con él.

Al parecer, tenía algo que decirle después de todo.

CAPÍTULO 6

Loa caminó despacio por el paseo marítimo de Strandvägen, atravesó el parque Berzelii, pasó Kungsträdgården y llegó a Skeppsbron. El cielo estaba estrellado y el aire hacía que le ardieran las mejillas. Normalmente le encantaba esa época del año. En su infancia, las vacaciones de verano le parecían insoportablemente lentas. La mayoría de los niños de las granjas se iban de viaje y él no tenía con quién jugar. El otoño significaba estructura y rutina, con las clases, los deberes y una mamá que iba a trabajar. Pero en esa tarde de finales de verano, Loa se sentía inquieto. La preocupación por Danijela y Anton se le metió en el cuerpo. Intentó alejarla para poder concentrarse en la reunión que se avecinaba. ¿Qué quería decirle Allan Arnell? ¿Había alguna posibilidad de que admitiera lo que había hecho?

Loa se volvió hacia una de las casas más antiguas del casco histórico, con una fachada de ladrillo marrón claro. Sobre la entrada de la taberna colgaba un letrero en forma de estandarte antiguo, con las palabras "Zum Franziskaner" en letras amarillas sobre fondo verde. Una pizarra anunciaba en la acera que allí se vendía cerveza artesanal alemana y sueca. Loa abrió la puerta e inmediatamente vio la cabeza calva de Allan Arnell. El lugar estaba rodeado de paneles de madera oscura y tenía mesas de madera iluminadas con velas. El olor penetrante a alcohol era dulce y familiar. A Loa le sorprendió que el hombre estuviera sentado de espaldas a la puerta. Era razonable que una persona así quisiera tener una vista completa de la sala, pero tal vez ahora no quería que lo reconocieran.

Loa se sentó frente a él en una silla y se quitó el abrigo. Para su sorpresa, ya había un vaso de cerveza y una botella de agua mineral sobre la mesa.

Allan Arnell bebió un trago.

—Se nota a la legua que eres un alcohólico en recuperación —le dijo el hombre en el mismo tono arrogante que en la presentación del libro una hora antes—. Y además te vi verter el contenido de tu copa en una maceta —añadió.

A Loa lo pilló desprevenido. Al mismo tiempo, la jugada de Arnell no era

sorprendente. Los diplomáticos y políticos de la vieja escuela podían descifrar a una persona en un santiamén, o manipularla con la misma rapidez.

—Impresionante —respondió al fin Loa para halagarlo. Allan Arnell resopló.

—En los ochenta, era útil llevar la cuenta de con qué rusos podías emborracharte. O detectar si fingían emborracharse y tiraban el vodka al suelo en vez de beberlo.

Loa deseaba poder sentarse allí toda la noche y escuchar historias sobre la Guerra Fría, pero tenía otras intenciones.

—¿Tiene algo que contarme?

Allan Arnell bebió otro trago de su cerveza.

—Por supuesto, tengo que impedir que se propaguen rumores infundados sobre mí.

—¿Sí?

—Sé exactamente lo que Harald y Henry creen que hice. —El hombre dejó su vaso y miró a Loa—. Y, en realidad, lo único que tengo que decir es que todo es pura ficción —continuó.

—¿Pero aun así quería reunirse conmigo? —Loa se dio cuenta de que tenía que desafiar al hombre para que el encuentro funcionara. Una canción pop británica sonaba en los altavoces; no pudo identificarla.

—Quiero saber por qué has venido a verme ahora.

—Porque Henry me lo pidió.

—Pero está muerto.

"Así que usted ya lo sabía", pensó Loa.

—Es posible pedir cosas incluso después de morir.

Allan Arnell suspiró con fuerza.

—Es obvio que no se dio por vencido. Sí, sí, si eres un periodista serio, entonces solo dejarás de indagar cuando no haya pruebas.

Obviamente había buscado en Google el nombre de Loa.

Loa se inclinó sobre la mesa.

—¿Cómo llegó a conocer "de manera superficial" a Harald y Henry?

—Yo seré quien hable.

Su tono era el mismo que cuando presionaba a un opositor en el estudio de televisión. Lo correcto eran su opinión y sus datos. Nada más.

—Nos reuníamos mucho cuando vivíamos en Washington en los años setenta —continuó—. Harald y yo trabajábamos en la embajada sueca y vivíamos a pocas manzanas el uno del otro. Solíamos terminar las largas

jornadas de trabajo en el mismo pub tomando unas cervezas. Éramos muchachos de la misma edad y procedíamos de familias similares de clase obrera. Los dos sabíamos que lo que nos había llevado hasta allí era nuestro intelecto, no los contactos ni el dinero.

Allan hizo una pausa antes de continuar:

—Enseguida nos dimos cuenta de que no éramos los únicos diplomáticos del lugar. Washington estaba repleto de personal de embajadas, políticos y periodistas.

Loa intentó ver las imágenes en su mente. Bares oscuros, aire lleno de humo.

—Allí fue donde Harald conoció a Henry —añadió.

—Fue un flechazo instantáneo. Henry era delgado, inteligente y carismático. Harald tenía un encanto despreocupado. Con su gran bigote y sus chaquetas de pana desgastadas, era el tipo de hombre que hacía que la gente se sintiera segura. Parecía un oso grande. Todos los que formábamos parte del mismo círculo teníamos el acuerdo tácito de que ambos eran amigos y no hablábamos de ello. Tienes que entender que era…

—Una época completamente distinta —completó Loa.

Allan parecía molesto por las constantes interrupciones.

—Harald habría sido nuestro embajador en los Estados Unidos de no haber sido por Henry —dijo—. Cuando empezaron los rumores sobre su relación, su carrera se detuvo.

—¿Cuánto tiempo vivieron los tres en los Estados Unidos al mismo tiempo? —preguntó Loa.

—Me mudé a Sudamérica un año después. Desde entonces, no volvimos a tener contacto.

—¿Ni siquiera cuando los tres vivían en Estocolmo?

Allan hizo un gesto tenso.

—No, no era posible mantener el contacto con todas las personas que uno conocía en los destinos en el extranjero. Al final, habría sido físicamente imposible.

—Pero ustedes tenían mucho en común.

—Mucha otra gente también —respondió brevemente Allan.

Loa se disponía a averiguar más sobre lo que ocurría en Washington en aquel entonces y sobre cómo se habían visto perjudicadas las carreras de Henry y Harald por su romance secreto y controvertido, pero, de pronto, Allan Arnell

se levantó de la mesa como si se hubiera dado cuenta de que llegaba tarde a otra reunión. Se terminó la cerveza de pie.

—Pagué cuando llegué, así que no creas que voy a dejarte la cuenta.

—Un momento. —Loa tanteó las palabras—. ¿Por qué ellos pensaron que fue usted quien alertó a la policía de que Harald era un espía?

—No puedo responder a esa pregunta.

—¿No?

—Quizá buscaban un chivo expiatorio y yo era la persona adecuada. Supongo que Henry necesitaba dirigir su ira contra alguien.

Antes de que Loa pudiera preguntar a qué se refería, Allan dijo:

—Déjalo estar. No hay una historia. Lo que pasó en mayo de 1995 se terminó hace tiempo.

Después, salió del local. La puerta se cerró tras él.

En medio de su frustración, Loa se dio cuenta de que Allan acababa de darle una pieza importante del rompecabezas.

Mayo de 1995.

Ahora tenía un dato: un año y un mes.

CAPÍTULO 7

Sigge Classon estaba de pie junto a un monitor de televisión parpadeante tan alto y ancho como una pequeña pantalla de cine. Frente a él, todo el equipo de redacción estaba sentado en la sala recién redecorada en sobrios tonos amarillos, con cortinas insonorizantes, pufs azules y una pequeña escalera de madera, como si se tratara de un centro recreativo o de una empresa emergente más que de la redacción de un periódico. El personal esperó en silencio a que el jefe de redacción conectara el ordenador. Mientras él se inclinaba y tiraba con impaciencia de un cable negro, podía verse la piel velluda de su barriga entre los botones de la camisa. El quejido de Sigge fue lo único que rompió el silencio.

Loa estaba sentado en un taburete al fondo de la sala, ahogando un bostezo. Se tapó los ojos con la gorra y bebió un trago del café para llevar que había comprado en el Pressbyrån de camino a la redacción. No había dejado de darles vueltas a sus pensamientos ni se había dormido hasta pasada la una. Lo primero que hizo al despertarse fue comprobar si había recibido algún mensaje de Danijela, pero la pantalla estaba vacía. Él le había enviado un "¿Cómo estás?". Pero ella seguía sin responder.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió la sala cuando por fin apareció una presentación en la pantalla. El más aliviado fue Sigge, que se enderezó, se colocó delante del portátil plateado que había sobre una mesa redonda y dio unos golpecitos con el dedo índice en el teclado. Apareció una nueva página con dos fotos de baja resolución de los dos candidatos a primer ministro. Como de costumbre, Sigge había hecho la presentación en el último momento.

—Ya está, vamos a repasar nuestro trabajo de ayer. Las cosas empiezan a encajar. La mayor parte será sobre las elecciones, por supuesto…

Sigge giró la cabeza y miró a dos empleadas nuevas que estaban sentadas frente a él, cada una en un puf. Susurraban entre ellas en voz lo suficientemente alta como para que él se diera cuenta de que se estaban burlando de su presentación. Una era reportera; la otra, editora. Se llamaban Eva Karlson y Evah Sparre, las llamaban Eva K. y Evah S. para simplificar;

habían empezado el mismo día, unos meses antes, como empleadas temporales de verano y, luego, se quedaron en esos puestos. Ambas llevaban el pelo recogido en un moño apretado que recordaba a la pequeña My de los libros infantiles de los Moomin, de Tove Jansson. Siempre vestían de negro, llevaban los labios pintados de rojo vivo y tenían veintitantos años. Ambas se habían mudado a la ciudad desde pueblos pequeños, pero hacían todo lo posible por dar la impresión de ser de Estocolmo, y se limitaban a hablar de dónde vivían y de los bares y restaurantes nuevos a los que iban. Naturalmente, eran quienes organizaban la *happy hour* después de cada turno.

Loa había hecho lo mismo cuando era nuevo. Ahora le hacían sentirse cansado y caduco.

Por supuesto, Sigge no había podido resistirse a bromear con que las nuevas eran pareja y había hecho chistes sobre ellas en alguna reunión cuando no estaban presentes. Probablemente, Sigge había estado en primera línea en los noventa, durante la cobertura que los periódicos habían hecho del casamiento de la famosa pareja de Eva Dahlgren y Efva Attling, con fotos robadas de la luna de miel en un desagradable *crescendo*.

Loa no había podido opinar, sobre todo porque cuando las nuevas hablaban largo y tendido en la oficina sobre sus aventuras atrevidas en Tinder, demostraban que eran claramente heterosexuales. Si Loa hubiera tenido menos miedo al conflicto, quizás ahora habría hecho un gesto de fastidio para sumarse a las críticas a su jefe y ser un poco más popular, porque las nuevas tenían razón al hacerlo. Nadie superaba a Sigge Classon en el arte de escribir titulares con gancho u olfatear una noticia en un recuadro oculto del periódico matutino. Pero era pésimo para interesar a su público en las reuniones.

Había sido el jefe de redacción quien había impuesto la reunión matutina en el periódico. Todo el personal recibiría la misma información para estar al tanto, aunque los asistentes sabían que seguía siendo Sigge quien, en última instancia, decidía de manera unilateral qué noticias encabezarían el sitio web. Los demás eran libres de aportar sus propias ideas y sugerencias.

—Un simulacro de democracia —había dicho Danijela cuando se presentó la idea de las reuniones. El hecho de que empezaran a las nueve de la mañana significaba que ella ya no podría llegar a la hora que quisiera.

Loa miró discretamente la pantalla del móvil. Eran las nueve y cinco. Probablemente Danijela ya estaría en comisaría y la mitad del departamento de

policía ya estaría trabajando en el caso. Si alguien podía hacer que un investigador se tomara en serio las amenazas era ella.

Cuando Loa volvió a casa después de su reunión con Allan Arnell la noche anterior, fue a ver a Anton. Con cuidado, había abierto la puerta. Un brazo musculoso, pero muy relajado, colgaba del borde de la cama y Anton roncaba ligeramente. Por muy asustado que hubiera estado antes, al menos no le había impedido dormir. Loa cubrió con las mantas la espalda desnuda de Anton y se acercó a la ventana, que tenía las cortinas echadas. Ahora le tocaba a él proteger a Anton y no iba a defraudar a Danijela. Se asomó a la oscuridad de la noche. Las farolas proyectaban su resplandor sobre la calzada, pero en los arbustos que había junto a la acera reinaba la más absoluta oscuridad. Si alguien quisiera evitar ser visto, no sería difícil. Quienquiera que acechara a Danijela obviamente tenía la capacidad de seguir a alguien y evitar ser detectado. Loa esperaba que nadie los hubiera seguido de camino a su casa. Intentó convencerse de que Anton estaba a salvo allí. Danijela parecía convencida, pero Loa no estaba tan seguro. Antes de salir de la habitación, había cerrado la cortina con fuerza, más que nada por hacer algo. Como si hacerlo fuera a servir de ayuda.

Sigge seguía hablando y mostraba capturas de pantalla de cómo había quedado la web el día anterior. Comparó cómo les había ido frente a la competencia. Aunque ahora el periódico competía contra las redes sociales, las empresas de servicios públicos y otros medios de comunicación, Sigge seguía obsesionado con vencer al otro periódico. Cada pequeña noticia y notificación contaban, aunque a los lectores probablemente les importara un carajo quién iba treinta segundos por delante del otro. La vieja rivalidad pesaba sobre Sigge y no desaparecería nunca.

Al propio Loa le costaba encontrar ese tipo de motivación hoy en día. El cambio había sido gradual y, una vez que lo hubo aceptado, se sintió avergonzado. El sueño de crear un cambio en la sociedad se había convertido en escribir artículos sin compromiso cuyo éxito se medía en clics. Ya casi ningún trabajo o gasto le parecía emocionante. Ahora se tomaba pausas de almuerzo demasiado largas, llegaba demasiado tarde y se iba demasiado temprano. El brillo y el orgullo que sentía cuando entraba en el edificio del periódico se habían desvanecido.

Loa volvió a beber el café cargado y dejó que se deslizara lentamente por su garganta.

Entonces, ocurrió algo en la pantalla. Sigge se había callado y se había apartado del público, en dirección a alguien que venía hacia él por el pasillo.

—¡Sigge, tienes que ver esto!

La voz ronca con un marcado acento sureño le resultó conocida.

Era Katarina Sundman, que salió corriendo desde su silla. Era la única que se saltaba sistemáticamente las reuniones matinales porque era inmune a los reproches de Sigge y podía hacer lo que quisiera.

—Acaba de publicarse algo importante en la agencia AP —continuó la investigadora cuando llegó hasta Sigge.

Parecía que le faltaba el aliento. Acercó el teléfono a la cara de Sigge, tanto que este tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para leer lo que decía allí. Más de cincuenta pares de ojos miraban ahora los ojos de Sigge volar por la pantalla.

Todos se dieron cuenta de que había ocurrido algo. Algo grande.

El periódico hacía un trabajo impecable con las noticias esperadas, como cuando subía la tasa de interés nacional, se abría la sesión parlamentaria o se decidían unas elecciones. Pero eran las noticias inesperadas, a menudo macabras, las que prendían fuego a la web del *Aftonposten*. Era entonces cuando la máquina de las noticias se ponía realmente en marcha, y todos los que se sentaban en la sala y pasaban sus tarjetas de acceso cada mañana lo daban todo por ser parte de esos momentos, que tal vez solo ocurrieran una vez al año.

Quizás ahora era uno de esos.

Katarina Sundman dejó de masticar e hizo un esfuerzo por contener una sonrisa. Estaba claro que disfrutaba de la atención y del drama que estaba generando. Mientras se pasaba la mano izquierda por su corte de pelo de estilo paje recién peinado, Sigge hizo una mueca de dolor.

—Lo siento, la reunión ha terminado.

Si Danijela hubiera estado allí ahora, habría gritado: "¿Qué cojones ha pasado?", pero ahora todos esperaban sentados en silencio.

Sigge levantó la mano y señaló a las dos Evas.

—Según la policía, al menos cinco suecos han muerto en la explosión de un barco. Escribe tres líneas. Y tú haz una notificación *push*. ¡Ahora! —Como si fuera una señal, ambas se levantaron de sus asientos y corrieron hacia el escritorio. Sigge se puso detrás de ellas y dio un zapatazo en el suelo.

"El peor tipo de liderazgo", pensó Loa, que sabía lo estresante que era que

alguien, en la mayoría de los casos Sigge, se pusiera a tus espaldas y resoplara de esa manera. En tales circunstancias, era difícil recordar incluso tu propio nombre.

—¿De qué fuente proviene la noticia? —preguntó una de las Evas mientras se soltaba el pelo y lo recogía otra vez.

—A la mierda, es de la policía. Si AP lo ha publicado, seguiremos el dato. En el peor de los casos, tendremos que echarles la culpa si los de *Medierna* nos mencionan por la radio —respondió Sigge alzando aún más la voz.

La notificación *push* iluminó las pantallas de todos los empleados, incluido Loa. El texto era idéntico al que acababa de gritar Sigge.

Loa pasaba por delante de la cocina cuando vio que Katarina Sundman se le acercaba. Parecía visiblemente contenta de haber interrumpido la reunión con una noticia bomba.

—Creo que hemos sido los primeros —dijo ella.

—Bien hecho —respondió brevemente. Tenía otras cosas en las que pensar que en felicitar a Katarina.

—Fue una suerte que alguien de la redacción vigilara el flujo de noticias —continuó ella.

—Sí, qué suerte —respondió Loa en voz baja, mientras cogía un plátano del frutero.

—Veremos cómo evoluciona. Muchos suecos tienen relación con Croacia.

Loa se detuvo.

—¿Dónde dices que ocurrió la explosión?

Katarina Sundman volvió a sonreír, encantada de dar más información.

—En el norte de Croacia.

De todos los malditos lugares, justo ese.

—Oye, tengo que trabajar en esto —respondió Loa, y se dirigió a su escritorio.

Esperaba que Katarina no se ofendiera demasiado por la interrupción. No quería herir sus sentimientos, pero a veces era como si ella no se diera cuenta de que no era momento para charlar. Se sirvió lo que quedaba de café y abrió el portátil. Mientras arrancaba, escribió un nuevo mensaje para Danijela.

¿Hola?

Miró fijamente la pantalla agrietada del iPhone, pero no pasó nada.

A diez metros de distancia, Sigge había puesto los pies sobre un escritorio del área de redacción. Todos los números de la pantalla eran de color verde brillante. La noticia estaba recibiendo miles de nuevos lectores cada minuto.

—Es tan típico de Danijela que no haya venido justo hoy —dijo entre dientes.

Loa enderezó la espalda y aguzó el oído. Discretamente, subió el volumen de su audífono.

—¿Con qué frecuencia necesitamos sus conocimientos lingüísticos? Nunca —continuó Sigge, meneando la cabeza en un vano intento de encontrar a otro empleado que supiera leer sitios web en croata.

—¿Dónde está? —preguntó una de las Evas, que probablemente estaba recuperando el aliento tras el estrés por el que había pasado.

—Es que iba a llegar un poco tarde —intervino Loa desde su sitio. Danijela siempre tenía algún problema con Sigge, y él no quería que se metiera en más líos.

—¿Tarde? —respondió Sigge con los ojos entornados—. Me envió un correo electrónico esta mañana y dijo que tenía gripe.

¿Gripe? A Loa le zumbaban los oídos. ¿Por qué había llamado para decir que estaba enferma?

—Bueno, tal vez entendí mal —respondió Loa tratando de parecer despreocupado.

Pero, tal como había temido, pronto oyó unos pasos inquietantemente rápidos que se acercaban por la moqueta. Cuando levantó la vista, Sigge ya estaba sobre su escritorio. La velocidad con que se acercaba, como flotando, no había desaparecido a pesar de que había aumentado cincuenta kilos y tenía más de sesenta años.

—¿Por qué te dijo que llegaría tarde?

—No, fui yo quien lo entendió mal —intentó decir Loa, pero sabía que ya estaba en un terreno peligroso. No había manera de que pudiera salir de esta.

—No me engañes, Loa, ella iba a llegar tarde por un motivo. ¿Cuál? —Alzó la voz aún más.

Varios pares de ojos curiosos lo miraron. Sus vecinos de escritorio habían dejado de teclear para no perderse de nada.

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Déjalo ya. —Loa desvió la mirada.

Sigge no podía sonsacarle más información, aunque había captado un tufillo

a mentira. Por el rabillo del ojo, Loa alcanzó a ver la expresión socarrona de su jefe, que indicaba que tenía un plan. Sigge se desplomó en la silla de su escritorio y se reclinó tanto hacia atrás que parecía que iba a caerse. Lentamente, levantó el teléfono y se lo acercó a la oreja.

—¿Con el servicio técnico? —dijo en un tono exageradamente alto.

Loa tecleó unas líneas en su documento e ignoró a Sigge.

—Bien. Me gustaría que rastrearas la ubicación de un móvil. Como es un teléfono de trabajo, propiedad de la empresa, tengo todo el derecho a pedir esa información.

—Dijo la última parte en voz aún más alta.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Estás rastreando a una compañera de trabajo? Eso no está bien —dijo Eva K. desde el asiento que estaba frente al de Sigge, pero fue en vano.

Loa se sintió incómodo por la atención inoportuna que había atraído. Pronto, todos los compañeros curiosos, incluido Sigge, se enterarían de que Danijela estaba en la comisaría de Kungsholmen, a pocos kilómetros de allí. En el mejor de los casos, se trataría de la misma torre de telefonía móvil, así que tal vez ni siquiera hubiera diferencia. Era ridículo montar semejante escena cuando todo el periódico debería estar trabajando en la explosión del barco, con o sin intérprete croata. Después de todo, estaba Google Translate. Había que responder a muchas preguntas sobre quiénes iban a bordo y cómo había ocurrido el accidente.

—Oh, ¿así que va a llevar tiempo? Por favor, date prisa. Tengo otras cosas que hacer.

"Qué más da", pensó Loa viendo cómo Sigge desenvolvía otro caramelo y se lo llevaba a la boca. Acababa de empezar a aplastarlo entre los dientes cuando la expresión de su cara se quedó petrificada.

—¿Qué cojones estás diciendo? Dilo otra vez. ¿Estás completamente seguro?

Creció la curiosidad de Loa.

—Qué coincidencia más extraña —continuó Sigge con voz más grave y seria —. De acuerdo, gracias.

Sigge arrojó el teléfono sobre el escritorio con un sonoro golpe. Volvió al lugar de Loa tan rápido como antes.

Tenía la mirada fija y oscura como dos pozos sin fondo.

Loa levantó la vista y se preparó para pensar qué responder a la pregunta de

por qué Danijela estaba bajo custodia policial. Diría que era un asunto privado, nada más. Esbozó una sonrisa amable.

Sigge parecía tan alterado que tartamudeó buscando las palabras.

—¿Puedes decirme…?

—¿Sí? —respondió con rapidez Loa antes de que su jefe hubiera terminado.

—¿… por qué demonios Danijela dijo que estaba enferma? ¿Y por qué te dijo que llegaría tarde…?

—¿Sí? —completó Loa para darle pie a que continuara.

Sigge gimió pesadamente.

—¿… si en realidad está en Croacia?

Loa estaba a punto de dar la respuesta que tenía preparada cuando asimiló lo que Sigge acababa de decir. Fue como si alguien le hubiera tomado una foto sin previo aviso con un flash muy fuerte. No pudo ocultar su sorpresa.

Danijela se había ido a Croacia.

No tuvo que pensar mucho en lo que significaba: que él era un maldito estúpido.

Danijela no solo lo había engañado, sino también a su exmarido y a su hijo.

Y ahora se estaba preparando para la batalla.

CAPÍTULO 8

A pesar de su actitud escéptica ante muchas cosas de la vida, Danijela Mirković creía en un número sorprendente de cosas. Era más supersticiosa de lo que estaba dispuesta a admitir ante cualquiera. Poner las llaves sobre la mesa o pasar por debajo de una escalera estaba totalmente fuera de discusión. Creía en señales y presagios. Una urraca agazapada significaba que recibiría una visita inesperada. Las serpientes negras que se deslizaban en un sueño significaban que estaba a punto de ocurrir algo terrible.

Danijela también creía en Dios y rezaba a menudo en secreto. Cuando se enfadaba, solía recurrir al padrenuestro. Había algo en recitar *Oče naš koji jesi na nebesima* que lograba calmarla. Pero había otro asunto en el que Danijela tenía una opinión muy firme.

No creía en el azar.

Cuando las ruedas del avión tocaron el pavimento de la pista de Rijeka, encendió el móvil como un acto reflejo, sobre todo porque los que la rodeaban hacían lo mismo. Mantuvo pulsado el botón con el dedo durante un buen rato hasta que el móvil se encendió y la deslumbró. Los mensajes de texto y las notificaciones se alineaban en la pantalla.

Durante el aterrizaje, había cedido a la tentación de mirar por la ventanilla y había contemplado el mar azul cobalto, las montañas fértiles. Desde la altura, las carreteras, las casas y los coches parecían tan pequeños, tan inofensivos…

El paisaje que se desplegaba bajo las alas del avión contrastaba fuertemente con el entorno al que ella había ido a parar, quién sabe cómo; quizá por la providencia de Dios. Debía de estar destinada a vivir en el frío país del norte, aunque le siguiera molestando la afición de los suecos por hacer colas y evitar conflictos. Las señales habían aparecido años antes de que ella huyera a Suecia. El asesinato del primer ministro Olof Palme había sido una noticia que conmocionó incluso en Yugoslavia, y Danijela había seguido incansable las novedades en los periódicos. Había algo acerca de él como persona y acerca de la crudeza del crimen que la había golpeado fuertemente. Incluso la música le había dado una pista de adónde iría a vivir. En los clubes nocturnos de Zagreb

había bailado “Chiquitita” y “I Have a Dream”, de ABBA. Sonaban pocos artistas extranjeros allí, pero el cuarteto del vestuario ridículo se había destacado. Las voces claras de las cantantes sonaban casi religiosas a los oídos de Danijela.

Así, de la noche a la mañana, Suecia se había convertido en su país y ella había abrazado tradiciones como el solsticio de verano, los dulces de los sábados y los tacos de los viernes. En Suecia se sentía segura.

Hasta ahora.

Un pitido interrumpió los pensamientos de Danijela. Se apagó la señal del techo que indicaba a los pasajeros que debían permanecer sentados con el cinturón abrochado. A su alrededor, la gente ya se apretujaba con prisa en el pasillo y sacaba maletas del portaequipajes, aunque aún no podía ir a ninguna parte. Danijela permaneció sentada. Se puso las gafas de sol, miró al frente e intentó mantener la calma. *Oče naš koji jesi na nebesima*. Cuando se abrieron las puertas y todo el mundo hubo salido, Danijela se levantó de su asiento y se dirigió hacia la salida. Una azafata le dirigió una mirada fría.

—¿No llevaba maleta? —le preguntó. Danijela pasó de largo sin responder.

Un calor familiar le llegó a la cara cuando salió del avión. Con pasos temblorosos y aferrada con fuerza a la barandilla, bajó las escaleras. Cuando dio los primeros pasos sobre el pavimento con sus Nike desgastadas, se dio cuenta de que estaba haciendo algo que había decidido no volver a hacer nunca más: estar allí.

Treinta años atrás, cuando huyó en un autobús destartalado, el país se llamaba Yugoslavia.

Solo se atrevió a respirar con alivio cuando logró cruzar a Austria a pesar de que la frontera estaba oficialmente cerrada. No lo había conseguido por casualidad, sino porque así lo había planeado.

Atrás había dejado acontecimientos que, desde entonces, había intentado reprimir con tanto ahínco que, sinceramente, no estaba segura de que hubieran ocurrido alguna vez.

El acertijo de papel que ahora guardaba en el bolsillo de sus vaqueros era la prueba de lo contrario.

Danijela estaba en la fila de viajeros que zigzagueaba desde la pista de aterrizaje hasta la sala de llegadas. Cuando vio a dos policías uniformados, cada uno con un pastor alemán, se sintió mareada. Se recompuso y pasó de largo.

En el control de pasaportes, un joven con gorra miró atentamente sus datos antes de cerrar la libreta roja y morada y devolvérsela diciendo:

—*Dobro došla natrag*.

"Bienvenida".

Obviamente, había visto su lugar de nacimiento.

—*Thank you* —respondió ella en un exagerado inglés británico y, cuando él la miró confundido, tomó su pasaporte y siguió caminando. Pasó por delante de la cinta de equipajes, el restaurante y el quiosco de periódicos. Una vez fuera, buscó un taxi.

Entonces, le vibró el bolsillo.

Hubo un segundo de confusión antes de que se diera cuenta de lo que era. Mierda. ¿Cómo se le había ocurrido encenderlo? La carta con la amenaza y la noche en vela en el hotel del aeropuerto de Arlanda la habían desequilibrado y, probablemente por eso, no lo había pensado.

Sacó el teléfono del bolsillo con la intención de no responder ni a Loa, ni a George, ni a Anton. Solo podía ser uno de ellos. Cuando leyó la pantalla, se sorprendió al ver que era Sigge Classon.

¿Qué demonios quería?

Rechazó la llamada y vio que Loa le había enviado varios mensajes de texto seguidos. No tuvo tiempo de leer lo que decían antes de que el móvil vibrara de nuevo.

Estaba claro que Sigge no iba a darse por vencido, a pesar de que ella le había dicho sin rodeos que ese día no iría a trabajar.

Cuando Sigge llamó por tercera vez, ella pasó el dedo por la pantalla y se acercó el móvil a la oreja. Carraspeó y tosió teatralmente, y se apoyó en la pared de piedra encalada.

—Hola —susurró con su voz más lastimera rogando que no se oyera el ruido de fondo del tráfico.

—¿Qué demonios haces en Croacia? —gritó él.

Danijela cerró los ojos. Era mejor que colgara y terminara lo que había empezado. No entraba en sus planes que su jefe entrometido y prepotente se pusiera en contacto con ella tan pronto.

—Es algo personal —respondió finalmente. Las fotos tomadas a su hijo a escondidas parpadearon ante sus ojos. No debía pasarle nada a Anton. Y nadie la detendría.

—Y una mierda. Es mentira. Dijiste que estabas enferma.

—Como dije, es algo personal —respondió ella enfadada—. No iré a trabajar hasta dentro de unos días. Ahora cuelgo. Adiós.

—Va a ser un proceso bastante sencillo —dijo Sigge. La ira que se oía en su voz se había convertido en algo peor.

—¿Cómo dices?

—Sí, será un proceso sencillo.

—Habla claro. ¿Qué coño quieres decir?

Primero, un largo y prolongado silencio. Después:

—Serás despedida.

Si Danijela hubiera tenido a Sigge delante en ese momento, habría hecho lo mismo que hizo con el macho alfa en la clase de karate.

—¿Bromeas? ¿Por esto?

—Sí.

—¿Estás loco?

—Exactamente. Ahora, por fin, has cruzado el límite.

Por fin.

Sigge había estado esperando ese momento. El cansancio se apoderó del cuerpo de Danijela. Ella había sobrevivido durante mucho tiempo, pero ¿ahora se terminaba todo? ¿Por esta razón?

—Como sabes, has acumulado muchas advertencias del Departamento de Recursos Humanos, así que será bastante rápido finalizar tu contrato de trabajo —continuó.

Danijela se dio cuenta de que debía controlarse. No era el momento de ser irascible. Tenía que utilizar otra táctica.

—Sigge, tienes que entenderlo. Nos conocemos desde hace mucho tiempo…

—No lo intentes. Estoy cansado de que siempre lo hagas todo a tu manera. Hemos llegado al límite. ¿No te das cuenta?

—No seas tan duro.

—Te trato como a cualquier otro empleado.

—Tenemos que ser capaces de solucionar esto —respondió ella cuando realmente quería gritar: "Vamos, soy tu mejor periodista. No olvides todo lo que he descubierto en los últimos años. No olvides lo que significo para el periódico. No olvides lo que significa este trabajo para mí".

En lugar de eso, se quedó callada. No dijo nada porque Sigge estaba al tanto de todo aquello y, por el momento, obviamente, en realidad no le importaba.

Ella ya era bastante difícil de manejar y ahora él tenía la oportunidad de

hacerlo. Danijela se dio cuenta de que en verdad podrían despedirla y ningún abogado del mundo lograría salvarla ni siquiera poniendo sobre la mesa todo lo que ella había hecho durante el tiempo que había trabajado allí. Primicias, premios o revelaciones, todo daba igual. Nunca volvería a tener un trabajo fijo en el periodismo. ¿Qué sería de ella entonces? ¿Quién sería?

En ese momento, oyó un ruido al otro lado de la línea.

—Pero hay una cosa que podría hacerme reconsiderarlo.

—¿En serio? —Danijela observó cómo los viajeros salían en fila con sus maletas con ruedas.

—Necesito que ayudes al periódico con algo. Ahora mismo.

—¿Algo?

—Sé exactamente dónde estás.

Danijela miró a su alrededor, sin saber cómo era posible, hasta que se dio cuenta de que, por supuesto, él había rastreado su teléfono.

—Estás en el aeropuerto de Rijeka. Aterrizaste hace veinte minutos. Lo sé todo. Loa está sentado aquí, escuchando a escondidas a unos metros, con cara de preocupación. Parece que no le dijiste ni siquiera a él lo que te traías entre manos.

Pensar en Loa la hizo sentirse culpable. No había podido compartir el plan con él por la sencilla razón de que la habría detenido.

—Vete a la mierda, Sigge. No te lo iba a pedir, en verdad no me quedó más remedio que…

—Me da igual en qué te hayas metido.

Danijela quiso regañar a su jefe por ser un imbécil insensible, pero se dio cuenta de que no tenía margen para negociar. Contó las horas mentalmente. Le quedaban otras 25 antes de llegar al lugar indicado por las coordenadas. Aún estaba a tiempo y quizá pudiera salvar su trabajo. Pero ¿de qué serviría tener un trabajo si no podía salir con vida de esa situación?

Danijela bajó la voz e intentó parecer amable.

—¿Para qué necesitas ayuda exactamente?

—Un velero explotó frente a Opatija. Según la agencia AP, había ciudadanos suecos a bordo. Todos han muerto.

—Mierda. —Danijela entendió inmediatamente por qué Sigge se había comportado así. No le importaba la gente como ella, él estaba al servicio de algo más grande. La primicia por encima de todo, costara lo que costara.

—El Departamento de Estado acaba de confirmar las nacionalidades.

—¿Fue un accidente?

—Aún no se sabe. Según los informes de las redes sociales, el estallido se oyó a varios kilómetros de distancia.

Danijela rememoró las explosiones ensordecedoras de la guerra; los sonidos agudos llegaban tan cerca del cuerpo que se sentían como latidos amplificados.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres días, al amanecer. Los medios locales informaron de la explosión en ese momento.

—¿Y qué debo hacer?

—Necesitamos los nombres de las víctimas. Estás a treinta minutos de la comisaría de Opatija. Ve a averiguarlos.

—¿Y no puedes llamar allí?

—¿Te crees que no lo hemos hecho ya? —le preguntó Sigge—. Simplemente cuelgan. Probablemente todos los editores de todos los periódicos los están persiguiendo ahora mismo.

—Entiendo.

—Danijela, hablas el idioma, conoces la cultura. Siempre consigues lo que quieres. Ve allí, ayúdanos. Es infernal la cantidad de clics de los lectores sobre esta noticia, así que date prisa. Cuando obtengas los datos, nos olvidaremos de todo esto. ¿De acuerdo?

Danijela resopló. Como si a ella le importaran los clics o se sintiera halagada por Sigge Classon.

"Siempre consigues lo que quieres". Tan solo un minuto atrás, esa misma característica suya era un problema laboral. Volvió a mirar el reloj.

—Claro. Te avisaré cuando tenga los nombres —dijo, y colgó.

Los mensajes de Loa seguían en la pantalla. Tendría que evitarlo un poco más. Se acercó a un taxista que fumaba apoyado sobre el capó. A pesar del calor, iba vestido con una chaqueta de cuero negra. El pelo oscuro le brillaba al sol. Le preguntó en croata si el coche estaba libre. Él levantó la vista y asintió.

—Lléveme a comisaría —dijo mientras se abrochaba el cinturón en el asiento trasero. Una mirada por el retrovisor le confirmó que había elegido al conductor adecuado. El coche aceleró y ella miró el mar mientras suspiraba suavemente. Había evitado una crisis, pero el verdadero desafío ni siquiera había empezado.

Danijela Mirković no creía en el azar.

Que una noticia tan importante se produjera al mismo tiempo y en el mismo

lugar al que ella regresaba, en el país que había evitado durante más de la mitad de su vida, no era sino una señal.

Solo necesitaba entender lo que significaba.

CAPÍTULO 9

La comisaría de policía de Opatija parecía una embajada venida a menos. Dos banderas croatas, tres cámaras de vigilancia adosadas a la fachada de ladrillo y una valla que rodeaba el edificio de dos pisos daban una impresión general inhóspita.

El taxi se alejó detrás de ella. Cuando el sonido del motor dejó de oírse, dio paso al estruendo de las olas y el chillido de las gaviotas.

Danijela tiró tímidamente de la puerta. Estaba cerrada.

—¿Puedo ayudarla en algo? —oyó en un inglés defectuoso detrás de ella.

Danijela se volvió y vio a una mujer de unos treinta años vestida de uniforme que salía en ese momento de un coche de policía. Tenía grandes ojos oscuros y aspecto amigable.

"Esto será fácil", pensó Danijela, preguntándose si debía responder en inglés. Durante los veinte minutos en los que había recorrido la carretera sinuosa que bordea la costa desde el aeropuerto, el insistente taxista la había acribillado a preguntas en croata. Había respondido con vaguedad, sin devolverle la mirada en el espejo retrovisor.

"No vivo aquí".

"No, hace tiempo que no vengo".

"Mmm, me mudaba con frecuencia, es difícil señalarle un lugar concreto donde vivimos".

"No recuerdo el apellido de soltera de mi madre".

Al final, la conversación le había hecho recordar cuando jugaba, de niña, a "el suelo es lava". Un salto a un banco; luego, otro hasta el borde del arenero. Un último salto hasta un columpio. En este caso, no estaba evitando perder en un juego, sino dar pistas sobre su identidad. No valía la pena arriesgarse. Durante el último kilómetro, el conductor se había cansado y había permanecido en silencio. Cuando le pagó en efectivo, al menos, le dedicó una sonrisa torcida.

Danijela pensó y decidió que tener un contacto local podría ayudarla en la situación en la que se encontraba. A la gente siempre le caen bien los que hablan su idioma.

—Soy periodista —le explicó en croata a la mujer policía de ojos de cierva—. De Suecia. —Antes de que la mujer pudiera decir nada, añadió—: Pero me crie aquí, en el interior.

La palabra "periodista" tuvo exactamente el efecto que Danijela había temido. La oficial apretó los labios y cruzó los brazos como si se protegiera con un escudo.

—No puedo ayudarla.

—No puede saberlo hasta que le cuente mi historia
—replicó Danijela en voz baja.

—Sé exactamente lo que quiere. La comisaría de Rijeka se ha hecho cargo del caso. De momento, solo colaboramos ofreciendo nuestras instalaciones.

—Según la agencia de noticias AP, fueron ustedes quienes confirmaron la información sobre quiénes iban a bordo
—replicó Danijela, que agradeció haber tenido tiempo de leer el texto en el taxi mientras esquivaba las preguntas indiscretas del conductor.

La mujer policía dio un paso adelante, para demostrarle que iba a entrar por el portón.

—Como dije, el caso ya no es nuestro. Ahora, si me disculpa, tengo que entrar.

Danijela entornó los ojos. Mientras se apartaba para dejarla pasar, preguntó:

—¿El caso ya no es suyo porque no fue un accidente? Está confirmado por el daño que sufrió el barco. Fue una bomba, ¿verdad?

Los ojos de cierva se cerraron un segundo de más.

—Eso no lo oyó de mí —respondió con voz crispada.

"Así que el barco explotó por una bomba".

—Me van a despedir —continuó la oficial mirando hacia la cámara de vigilancia.

—¿Cuándo darán a conocer esta información? —contraatacó Danijela en lugar de ocuparse de la paranoia de la mujer.

—Los jefes quieren esperar. Llevará tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —Danijela entendía perfectamente cómo se desarrollaría la investigación. En ese país, las autoridades odiaban a la prensa y nada saldría a la luz oficialmente hasta que todo estuviera aclarado. Eso podía ser bueno para la investigación, pero no para el *Aftonposten*.

—Semanas. El trabajo debe hacerse bien.

—Ahora es una noticia importante en Suecia —insistió Danijela—. Hay

muchos muertos. Es terrible.

—Lo siento, pero ahora tengo que entrar —respondió la mujer policía haciendo girar la cerradura con un gran juego de llaves y abriendo el portón. El chirrido le lastimó los oídos a Danijela.

—¿Cómo han podido identificar a las víctimas tan rápidamente? —dijo a espaldas de la mujer—. ¿Cómo saben siquiera que son de nacionalidad sueca?

La mujer se volvió rápidamente.

—¿Por qué están tan seguros? —continuó Danijela—. No es posible que hayan logrado identificar los cuerpos. —Dijo la última parte para probar su razonamiento.

—Basta ya. —Ojos de Cierva suspiró—. Trabajamos en muchos frentes diferentes cuando ocurre algo así. Por ejemplo, las empresas de alquiler de barcos deben llevar registros de sus clientes.

Ese dato explicaba cómo había averiguado la policía croata quiénes iban a bordo. Danijela recordó el texto del artículo que había leído en el taxi. La policía temía que estuvieran muertos. Nada más. Así que tenían los nombres, pero no los cuerpos.

—No me iré de aquí hasta que tenga los nombres de los muertos. —La voz malvada de Sigge volvía a sonar en su cabeza. "Serás despedida".

—Tendrá que averiguarlo todo por su cuenta.

El portón se cerró de golpe delante de la cara de Danijela. La oficial lo empujó con la mano para asegurarse de que estaba cerrado. Luego, se alejó con pasos pesados hacia el edificio principal.

Adiós a la oportunidad de terminar rápidamente el trabajo y centrarse en la verdadera razón por la que estaba allí. Danijela susurró cuatro palabrotas muy feas en voz baja para sí misma.

Danijela había pasado las ostentosas casas del siglo pasado que había en el centro de la ciudad y esquivaba los adoquines para bajar al puerto, en las afueras. No había viento. El mar brillaba tanto como el diamante de su anillo de boda antes de que ella lo arrojara con rabia al agua en la bahía Nybroviken.

Se secó una gota de sudor con el dorso de la mano. Según Google, había más de veinte empresas de alquiler de barcos en Opatija, pero solo cuatro de ellas ofrecían veleros más grandes, para períodos más largos de tiempo. Como el barco que llevaba a los suecos a bordo había explotado al amanecer, significaba que no se había alquilado por un solo día. Convenientemente, todos los

negocios de alquiler a largo plazo estaban situados uno al lado del otro, junto a los muelles de embarcaciones del puerto deportivo. La mitad de los sitios de amarre estaban vacíos, probablemente porque a esa hora los barcos estaban transportando turistas por el mar Adriático. Danijela miró los mástiles altos y los cascos blancos inmaculados de los veleros. Según las listas de precios de los sitios web de las empresas, el alquiler de la mayoría superaba las 30.000 coronas por semana.

Las oficinas consistían en cabinas blancas idénticas, exactamente del mismo diseño que las de los quioscos de helados de la playa. Delante de ellas había carteles con fotos de los barcos disponibles para alquilar.

Danijela pasó por delante de la primera oficina, donde dos mujeres jóvenes con polos blancos charlaban alegremente con dos clientes. Observó las caras y se dio cuenta de que no se verían tan felices si hubieran alquilado un barco que había explotado. O tal vez formaban parte de una generación a la que nada le importaba.

Caminó diez metros hasta el siguiente cartel similar. La puerta estaba cerrada con una nota pegada a ella: *Zatvoreno*. "Cerrado".

Bingo.

En el techo se leía el nombre de la empresa pintado en azul y blanco: "Alquileres Opatija". Un pájaro gris se posó, como para confirmar el instinto de Danijela. Allí era donde se había alquilado el barco, estaba segura. Un hombre que no podía ser más que un par de años mayor que Anton estaba sentado en una silla plegable en la parte delantera de la cabina y miraba su teléfono. Llevaba una camiseta sin mangas holgada, el pelo largo sin lavar y no estaba afeitado.

Danijela se le acercó cautelosa. Carraspeó y, en ese instante, decidió adoptar un idioma diferente.

—Disculpe. ¿Trabaja usted aquí? —intentó en inglés, con un marcado acento alemán.

El joven la miró.

—Sí, pero por hoy está cerrado. Lo siento. —Volvió a la pantalla.

—Por eso estoy aquí —continuó ella, cambiando a un tono más duro y firme —. Soy periodista y sé que fue usted quien alquiló el barco que explotó ayer.

Dos ojos grandes la miraron fijamente. El joven entreabrió la boca.

Danijela había llegado al lugar correcto.

—Ey, ya estoy a punto de irme. Hice mi turno hoy y no sé nada.

—Seguro que sabes algo —respondió Danijela sacando un billete de mil kunas croatas del bolsillo del pantalón. Discretamente, dejó asomar el billete unos centímetros en el puño cerrado. El hombre lo miró primero y, luego, a ella.

—¿Está usted loca? Este no es un país subdesarrollado, si es que pensaba eso —dijo entre dientes.

—Solo tienes que ayudarme con una cosita.

—No voy a ayudarla con nada.

—Dentro debe de haber un registro con los nombres de todos los que iban a bordo. —Danijela señaló la puerta—. Lo único que tienes que hacer es entrar y decirme lo que está escrito allí. Solo necesito los nombres. Después, me iré.

Lentamente, el hombre se levantó de la silla. Justo cuando ella pensaba que había conseguido lo que quería, él la miró con severidad antes de pulsar la pantalla del teléfono y acercárselo a la oreja.

Danijela se preguntó qué estaba pasando. Alguien atendió la llamada y el hombre empezó a hablar.

—Aquí hay una loca que no me deja en paz. ¿Podría enviar a un guardia o algo así? —dijo en inglés, para que ella entendiera cada palabra.

—Pero, por favor —protestó Danijela, sintiendo que se le escapaba la oportunidad de avanzar.

—Bien, ¿entonces, vendrá alguien enseguida? —continuó el hombre con tal brusquedad que ella dudó de que fuera cierto. No era un gran actor.

Lo miró fijamente y retrocedió un paso, despacio. Tal vez fuera mejor que desapareciera para no llamar innecesariamente la atención. Danijela esperaba que colgara, era evidente que la conversación había terminado, pero el hombre siguió hablando. Ahora había cambiado al croata.

—Es periodista y quiere el nombre de la familia sueca.

Así que era una familia. Danijela no movió un músculo. No quería demostrar que entendía cada sílaba.

—¿Qué demonios vamos a hacer?

El hombre bajó un poco la voz. Danijela respiraba con dificultad, el corazón le latía rápido. Ahora estaba cerca, muy cerca.

—No tardará mucho en saberse que el barco era nuestro. Vi en Instagram que la madre nos había etiquetado. —El hombre siguió hablando con la persona que estaba al otro lado de la línea, pero Danijela ya no necesitaba oír más. Se puso las gafas de sol, dio media vuelta y echó a andar. Ya estaba harta.

Cuando sacó el teléfono del bolsillo, el nerviosismo se apoderó de su cuerpo. Estaba a un par de clics de averiguar quiénes eran esas personas.

CAPÍTULO 10

Loa entró en el baño de discapacitados y cerró la puerta para serenarse. El baño era el único lugar de la redacción donde uno tenía garantizada la intimidad; todo el mundo lo sabía.

Le había enviado diez mensajes de texto a Danijela sin recibir respuesta. Cuando intentó llamar de nuevo, le saltó directamente el buzón de voz. Probablemente había apagado el teléfono porque no quería que Sigge la vigilara. El enfado se había calmado un poco y lo había sustituido una sensación persistente de decepción. No tanto porque Danijela hubiera mentido, sino porque le había mentido a él. Después de todo lo que habían pasado juntos, le dolía que ella no le hubiera demostrado confianza.

Colgó y llamó a George Brink, que atendió de inmediato.

—Se ha ido —susurró Loa contra las losas blancas.

—¿Qué? —La voz era tan grave como siempre, pero la sorpresa hizo que sonara como una grieta en la dura superficie.

—Está en Croacia.

—¿Qué narices estás diciendo?

—Ya conoces a Danijela —dijo Loa.

—Pero ¿cómo lo ha hecho?

—Según el tablero de salidas del aeropuerto de Arlanda, había un vuelo a Rijeka a las seis y diez de esta mañana.

—¿Cómo sabes que está allí?

—Sigge la localizó. La puso a trabajar en una noticia.

—¿Sobre los suecos muertos?

—Exactamente.

George guardó silencio unos segundos.

—Pensé que algo andaba mal ayer cuando cedió tan fácilmente. Ahora tenemos la explicación.

—Ahora tenemos la explicación —confirmó Loa.

—Esto no pinta nada bien. Nos vemos en el comedor. ¿Puedes ahora?

—De acuerdo. Ya voy.

Loa colgó, se escabulló del baño y se dirigió rápidamente a la escalera para bajar, sin que Sigge lo viera, al comedor que compartían los empleados de los periódicos de la mañana y de la tarde. Con la cabeza gacha, abrió la puerta de un tirón y bajó corriendo los dos pisos. Sin aliento, empujó las dos puertas pesadas y pasó junto a la cafetera y la nevera.

George ya se había sentado a la mesa que estaba al fondo del comedor. Movía las manos con nerviosismo y se inclinaba hacia delante sobre la superficie turquesa de la mesa.

—¿Llamamos a la policía? —dijo mientras Loa se dejaba caer en la silla frente a él.

—Si Danijela nos hubiera contado lo que pasa, tendría algún sentido. Pero ahora solo quedaremos como tontos.

—Es cierto.

—Si ella no quiere involucrar a la policía, seguro que hay una buena razón para ello —agregó Loa.

George lo miró con los ojos entornados, exactamente de la misma manera que solía hacerlo Danijela cuando se mostraba escéptica ante algo.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —dijo—. Tenemos que ir tras ella.

—¿Ir tras ella? ¿Cómo?

George sonrió mientras señalaba con la cabeza hacia el teléfono que Loa tenía en la mano.

—Sabemos exactamente dónde estará mañana a las diez. El mapa. —George se estiró y siguió los movimientos de Loa mientras este hacía clic en Google Maps, donde Anton había tecleado las coordenadas el día anterior.

—¿Qué mierda…? —fue lo único que Loa pudo decir. En la aplicación, la barra de búsqueda estaba vacía. Las coordenadas habían desaparecido.

Entró en el historial y vio que también estaba vacío.

—¿Cuándo hostias ha podido a hacer eso? —dijo George.

Loa recordó el momento en que Danijela le había pedido el teléfono. Ahí había aprovechado la oportunidad. Ya había tomado la decisión y no quería un lastre que la siguiera a toda costa. Por segunda vez en una hora, se sintió un idiota.

—Quiere hacer todo por sí misma —dijo.

—Siempre ha sido así.

Loa se rio antes de volver a ponerse serio.

—¿Quién la estará persiguiendo?

George se echó hacia atrás y se ajustó la chaqueta a los hombros.

—Me he pasado toda la noche intentando averiguarlo.

—¿Y?

George suspiró con fuerza.

—No tengo ni puta idea. Danijela nunca me contó lo que le pasó allí. Y créeme, Loa. Lo he intentado muchas veces.

—Sí, claro. Yo también —dijo Loa recordando todas las cenas y *happy hours* en las que había intentado que ella se sincerara sobre su pasado. Siempre había terminado con una migraña repentina o descompuesta o había inventado alguna otra excusa para irse a casa.

—Escucha, tengo que pedirte algo. —dijo George con tono algo sombrío.

—¿Qué?

—Ten cuidado cuando se lo digas a Anton. Me preocupa cómo se lo tomará. ¿Por qué no tratas de presentar el asunto sin juzgar demasiado mal a Danijela?

—Claro. Puedo intentarlo —respondió Loa, pero en el fondo no estaba seguro de cómo hacerlo.

—Es una situación muy difícil para todos. Si conozco a Danijela Mirković, saldrá del radio de vigilancia de tu jefe en cuestión de horas. Tendremos que esperar y ver.

—Tendremos que esperar y ver —repitió Loa, aunque nada de esa frase le parecía bien.

CAPÍTULO 11

"Este es un lugar muy bonito para morir", pensó Danijela mientras se sentaba en un banco de madera a una distancia razonable de las cabinas de alquiler y miraba la bahía de Kvarner. No sabía si pensaba en los suecos o en sí misma.

El mar se extendía en todas direcciones. Más allá del horizonte, el agua azul oscuro se encontraba con el cielo, de un azul más claro, en una suave transición. El movimiento tenue de las olas marcaba la estela de dos lanchas motoras que se alejaban y rompían la apacible calma. Las embarcaciones se perdieron rápidamente de vista y solo quedaron dos líneas blancas. A lo lejos se veía una isla verde y exuberante. Danijela había olvidado cómo se llamaba, pero probablemente era allí adonde se dirigían los barcos.

Encendió el teléfono y recibió un mensaje tras otro de Loa. No le gustaba lo que ella había hecho, de eso no cabía duda. Aun así, Danijela no había dudado ni un segundo al engañarlo (algunos lo llamarían mentir, pero si se es tan crédulo como Loa, casi no se merecía ese término, según pensaba Danijela). La idea de que alguien amenazara a Anton había vuelto imposibles todas las demás opciones. Sentarse en casa y esperar a que la policía se ocupara de ello… No, tenía que resolverlo ella misma. Pero la verdad era que no sabía en qué se había metido. La persona que se hacía llamar Moonlight, obviamente, sabía cosas sobre su pasado, cosas que ella prefería mantener ocultas. Pero ¿de qué iba realmente ese juego? Y ¿podía estar realmente segura de que no le pasaría nada a Anton solo por haber ido hasta allí? ¿Y si, en realidad, esta era una forma de alejarla de Suecia y de su hijo?

Su hijo, su niño amado. Su única debilidad. Se obligó a contener las lágrimas que amenazaban con brotar.

Era hora de acabar con esto.

Abrió Instagram, donde tenía una cuenta secreta con el nombre de usuario genérico "Anna K", que había abierto para vigilar a Anton y a sus amigos cuando vivía en Australia y rara vez llamaba a casa. Gracias a su foto de perfil falsa (una chica rubia del banco de imágenes del periódico), había entrado en

todo tipo de lugares privados y había visto más de la vida de su hijo de lo que quizá debería.

Danijela tecleó el nombre de la empresa Alquileres Opatija en la barra de búsqueda y clicó en las imágenes etiquetadas. Aparecieron fotos de aguas turquesas, delfines y chicas vestidas con brevísimos bikinis.

En la fila superior estaba la foto grupal que buscaba. Clicó para que ocupara toda la pantalla. Una madre, un padre y tres niños estaban sentados en la parte delantera del barco, sonriendo al objetivo de la cámara. Todos eran rubios y los chalecos salvavidas naranjas de los niños les quedaban un poco grandes. La cubierta de madera de teca del barco brillaba al sol. El texto, seguido de unos emojis que representaban olas y agua, decía:

> ¡Al mar a navegar! A veces hay que ceder a los ruegos de los niños, a pesar de lo que piense la abuela ;)

La foto se había publicado cuatro días atrás.

Danijela amplió la imagen para ver mejor las caras de los adultos. Los rostros eran simétricos. Ambos sonreían como cuando quieres presumir de tus dientes blanqueados.

Algo le resultaba muy conocido en ambos.

Leyó el nombre de la cuenta y se fijó en la marca azul que tenía al lado, lo que significaba que era una cuenta oficial: filippabauer.

Era Filippa Bauer quien había publicado la foto.

Danijela se sintió como en un coche que aceleraba a doscientos kilómetros por hora sin conductor. Había tenido esa sensación unas cuantas veces en su carrera, y era entonces cuando descubría algo extraordinario.

Como ahora.

Los clics en el sitio web del periódico no le importaban. La noticia en sí era lo que valía.

Hacía tan solo unas semanas, en una de sus cenas de los miércoles, George le había hablado de la familia Bauer. Ella sabía quiénes eran, por supuesto, pero les habían pasado muchas cosas en los últimos años y él acababa de escribir un largo artículo sobre ellos en el suplemento dominical del periódico matutino. A los treinta y un años, la modelo Filippa Bauer se había dado cuenta de que su belleza era un bien perecedero y había lanzado la marca de cuidado de la piel Bauers con su marido, Joakim, que también había trabajado como modelo. En

solo cinco años, la empresa había crecido considerablemente gracias a sus caras conocidas y a la imagen exitosa que transmitían a través de sus redes sociales. El hermoso apartamento, los niños y los numerosos viajes se mostraban a sus seguidores en Instagram, que eran más que los que tenía el primer ministro del país. Los seguidores les daban *likes* a las fotos tanto como compraban los productos. "Como si Filippa Bauer utilizara sus propios productos para mantener su belleza", había pensado Danijela.

A diferencia de cuando era modelo de Victoria's Secret y salía con un famoso actor sueco en Nueva York, ahora Filippa Bauer concedía pocas entrevistas. A George lo había rechazado, por ejemplo. Ella y su marido hablaban de su negocio multimillonario y de las nuevas oficinas en Portland y Shanghái en periódicos extranjeros de negocios, como el *Financial Times.* Suecia se les había quedado pequeña, aunque ella viviera allí y se relacionara con amigos famosos y con los hijos de la realeza.

Danijela hizo una captura de pantalla de la foto grupal en la cubierta del barco antes de desplazarse por los comentarios. Corazones y elogios. Nadie parecía sospechar que se trataba de la familia sueca aniquilada, aunque alguien debería haber sospechado algo, porque ni Filippa ni Joakim habían publicado nada desde el fin de semana. En el mundo de los *influencers*, cuatro días era probablemente tanto como un año.

Volvió a mirar a los hijos. Dos niñas y un niño con grandes sonrisas. Debían de tener entre dos y ocho años. El tirante del traje de baño de la niña mayor se le había deslizado por el brazo. El niño parecía haberse quemado la piel de los hombros.

Así que esta era la familia fallecida.

La gran noticia se acababa de convertir en la historia del año. Danijela no tenía ganas de llamar a Sigge. En lugar de eso, envió la foto y escribió un mensaje de texto:

> Aquí están los suecos muertos. Hasta ahora, sin confirmar. La policía sabe que fue una bomba, pero no lo anunciará hasta dentro de varias semanas.

Cuando se envió el mensaje, a Danijela le preocupó de verdad que la información que acababa de darle a Sigge pudiera provocarle un infarto. Él, muy cínicamente por supuesto, pensaría que el giro de los acontecimientos era demasiado bueno para ser verdad.

Contó los segundos que faltaban para que el teléfono le vibrara agresivamente en la mano. Atendió la llamada deslizando el dedo por la pantalla.

—Esto no está confirmado. Tendrás que hacerlo tú mismo —dijo.

—Es algo verdaderamente grande. Esa imagen lo dice todo —comentó Sigge.

—Sí, sí —respondió Danijela rascándose el brazo.

—¿Así que fue una bomba?

—Tengo una vaga confirmación de la policía, pero nada oficial. Así que tienes que mantenerlo en secreto por ahora.

—Lo entiendo. Loa acaba de empezar a investigar a la empresa. Si tenemos suerte, obtendremos una confirmación de ellos. Entonces, publicaremos la primicia.

Danijela miró hacia el agua de nuevo.

—¿Ya está? No voy a seguir con esto. Ya hice lo que me pediste.

Hubo un silencio. Después, Sigge respondió:

—En realidad, no.

—¿No? —Danijela alzó inmediatamente la voz.

—Los nombres aún no están confirmados…

—Debes de estar bromeando.

—… pero quiero que sepas que estoy la hostia de impresionado. No quiero saber cómo te has enterado de esto tan rápido.

Danijela resopló.

—Apagaré mi teléfono en diez segundos. Una vez que lo haga, no podrás localizarme.

—Ni se te ocurra —replicó Sigge rápidamente. Ahora era él quien alzaba la voz.

—¿En serio?

—Tienes que reconstruir los últimos días de la familia.

—Pero eso lo puede hacer otra persona, ¿no?

—Eres la única que está allí. Quiero saber qué hicieron Joakim y Filippa Bauer en Croacia. Dónde se alojaban, qué comían, con quiénes se reunían, qué compraban, si discutían y con qué frecuencia tenían sexo.

—Realmente no tengo tiempo —intentó explicar Danijela.

—Los de Recursos Humanos y yo lo olvidaremos todo si vas al hotel Navis. Según la penúltima publicación de Instagram de Filippa Bauer, se alojaban allí. Toma fotos, habla con el personal y los huéspedes. Haz lo que siempre hacemos.

Danijela se quedó mirando la pantalla. El gordo cabrón de Värmland había colgado.

CAPÍTULO 12

Al cabo de ocho tonos, Loa se dio cuenta de que nadie de la centralita de Bauer atendería su llamada. Cortó. Era probable que cundiera el pánico en la oficina central de la empresa. Arrojó los restos de la insípida ensalada César a la papelera que había bajo su escritorio y entró en la cuenta de Instagram de Filippa Bauer. La selección de imágenes era moderna y elaborada. Un selfi en el cuarto de baño, donde se veían al fondo el lavabo doble y la sauna, una copa de champán en Sturehof, Filippa vestida con un traje de lino claro posando ante la verja de una casa de principios del siglo xx, o con un sudor ligero tras una excursión por Los Ángeles luciendo una gorra rosa brillante. Tenía las cejas oscuras y definidas, el pelo largo y claro, los ojos azules y transparentes, y los labios carnosos, con un arco de cupido pronunciado y ligeramente carnoso.

Probablemente, Filippa había sido la chica más popular de la escuela todos los años, y como se había casado con Joakim Bauer, siempre le había tocado el chico más atractivo.

Para Filippa Bauer, la vida parecía haber sido una fiesta, con ella como invitada de honor.

¿Qué importaba todo eso ahora que ella y toda su familia habían sido aniquilados?

Loa dejó el teléfono sobre el escritorio y buscó otros números telefónicos en la página web de la empresa Bauer. Por el rabillo del ojo, vio a Sigge revolotear de un lado a otro por la redacción.

En la categoría "Equipo" de la página web, aparecía el nombre de la jefa de Comunicación: Bea Stark. Un flequillo negro enmarcaba el rostro serio; a primera vista, parecía una cincuentona que aún fingía tener treinta años. Tal vez llevara una camiseta de rayas bajo la chaqueta.

Encima de su foto y su nombre solo había una dirección de correo electrónico. Loa pensó que una responsable de comunicación debería estar pendiente de que la localizaran, pues ese era su trabajo. Pero así iban las cosas en todas partes: las personas y las empresas poderosas eran cada vez más cerradas y solo querían comunicarse si era bajo sus condiciones.

Loa pensó unos segundos antes de clicar en la bandeja de entrada de su correo electrónico para intentar un truco cuya eficacia estaba comprobada. Escribió el nombre de Bea Stark en la barra de búsqueda.

Entre sus miles de correos sin leer, apareció un comunicado de prensa de hacía cuatro años con remitente de la jefa de comunicaciones de Bauer. Al final, aparecía su número de móvil.

Perfecto.

Eso había sido cuando los Bauer aún no eran tan famosos y Bea Stark estaba más preocupada por hacer un buen trabajo. Todo el mundo era fácil de localizar en aquel entonces; solo era cuestión de buscar.

Loa marcó el número y sintió alivio al oír el tono de llamada: el número seguía activo.

Sigge se paró junto a él, golpeteó con enfado su reloj de pulsera y articuló con la boca "tic, tac, tic, tac". Loa señaló el teléfono pegado a la oreja para demostrar que estaba haciendo todo lo posible.

Después del segundo tono se oyó un crujido y un "¿Hola?".

Loa se inclinó sobre el escritorio y sintió que la adrenalina empezaba a recorrerle el cuerpo.

—Hola, soy periodista del *Aftonposten*. —Prefirió no decir su propio nombre.

Si ella llegase a grabar la conversación, era muy probable que a Loa le saliera el tiro por la culata. Precisamente en situaciones como esa, era muy fácil etiquetar a un periodista como un buitre desalmado.

Hubo silencio del otro lado de la línea. ¿Acaso Bea Stark estaba en una reunión convocada con urgencia, haciéndoles señas a sus colegas para advertirles que los periódicos habían empezado a llamar? ¿O estaba sola y no tenía ni idea de cómo comportarse?

—¿Sí? —dijo por fin con tono indiferente, tal vez porque no quería enseñarle aún las cartas que tenía en la mano, ni siquiera reaccionar ante su llamada.

Loa se dio cuenta de que tendría que utilizar toda su munición a la vez.

—Lamento profundamente lo que ha ocurrido. Me pregunto si querría usted hacer algún comentario sobre la muerte de Filippa y Joakim Bauer en la explosión de un barco frente a la costa de Istria.

Mencionó la ubicación geográfica solo para demostrar que estaba bien informado y esperó la respuesta.

En cambio, hubo silencio. Después, ella cortó. Como si hubiera respondido a

una señal, Sigge reapareció frente a su escritorio; por supuesto, lo había oído todo. Loa miró a su jefe.

—Su jefa de comunicaciones sabe que lo sabemos —dijo.

—Entonces, la pelota está rodando —comentó Sigge—. ¿Habéis oído eso, Eva y Evah? —gritó y se volvió hacia otro escritorio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó una de ellas, también a los gritos.

—Que tenéis que estar atentas a la bandeja de entrada donde van a parar todos los comunicados de prensa. Y tenéis que organizar una búsqueda en todas las redes sociales de la empresa. —Sigge estiró la espalda. Estaba feliz de poder enseñar algo, de dar una pequeña lección a la gente nueva—. En este momento, la empresa de los Bauer está activando un plan de comunicación de crisis. Después, los consultores facturarán varios cientos de miles por ello. El consejo que recibirán es emitir un comunicado de prensa en el que confirmen brevemente lo sucedido tras consultar a las familias, por supuesto.

—¿Y qué pasará después? —replicó a gritos Evah.

—Después, podremos publicar la noticia.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Ojalá fuera adivino —suspiró Sigge, dispuesto a continuar con su exposición.

—No eres más que un cínico —murmuró Loa para sí.

—Quizá se aconseje a la dirección que anuncie la noticia a última hora de esta noche. Temen que ensucie a la marca. Y Filippa y Joakim no son tan queridos, no se los llorará de esa manera. La gente más bien se regodeará en el morbo de la noticia —prosiguió Sigge.

—¿Qué quieres decir?

Loa oyó el sonido de alguien que mascaba chicle a sus espaldas. Katarina Sundman había aparecido de la nada y no se mostraba impresionada por lo que acababa de decir Sigge.

—Eran demasiado guapos, tenían demasiado éxito y disponían de demasiado dinero —continuó él sin rodeos.

—¿Y por eso piensas que no habrá duelo nacional?

—Exactamente —respondió.

—Pero te olvidas de una cosa —dijo ella.

—¿De qué?

—Los niños. Han muerto tres niños. Eso, en todo caso, revolucionará las cosas.

Sigge hizo un gesto con la mano, probablemente para indicar que no era momento de cuestionamientos.

—Razón de más para seguir indagando y averiguar si alguien los quería muertos.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría? —preguntó ella.

Sigge se encogió de hombros.

—Qué sé yo. Una regla que nunca pasa de moda es que cuanto más éxito tienes, más enemigos te creas, ¿no?

—Seguro que no se aplica a ti —replicó Katarina.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sigge.

—Que tienes muchos enemigos aun sin tener éxito.

Loa ahogó una risita.

Sigge hizo girar su reloj de pulsera en lugar de responder.

—Sí, sí. No tengo tiempo para esto. Tengo que reunirme con una informante. —Alzó aún más la voz—. ¿Todo el mundo sabe qué hacer mientras no estoy aquí? —gritó para que lo oyera toda la sala de redacción—. Publicad la noticia en cuanto tengamos la confirmación. Nadie se nos puede adelantar.

Un "sí" colectivo recorrió la sala.

Una vez que Sigge se hubo ido, Katarina se sentó en la silla vacía junto a Loa.

—Estoy trabajando en la necrológica sobre el ascenso y la caída de la hermosa pareja —dijo sin que Loa le hubiera preguntado nada.

—Qué emocionante —respondió.

Katarina Sundman carraspeó y se inclinó un poco más hacia él. Se notaba que tenía algo en mente y Loa deseó que pudiera soltarlo de una vez. Como ella no continuó, él la incitó con un suspiro.

—¿Sí?

Ella reaccionó y comenzó a hablar.

—Algo me ha llamado la atención. —Su voz adquirió un tono que anunciaba algo importante—. Miré más de cerca esa foto. —Katarina levantó su teléfono y amplió la imagen lentamente—. La familia está en la proa.

—¿Y?

—Solo se ve el mar. Solo agua azul al fondo.

—¿Y eso qué significa?

—Que salieron del puerto. El barco estaba mar adentro.

Loa le arrebató el móvil a Katarina, aunque él tenía acceso a la misma foto.

—¿Te preguntas quién hizo la foto?

—Exacto. —Katarina acentuó cada letra lentamente.

—¿Y no será un selfi? ¿O quizá usaron un temporizador?

—La cámara está demasiado lejos del grupo y la altura sugiere que la foto la tomó una persona.

Loa recordó que Katarina tenía experiencia en el tema, ya que había sido fotógrafa y editora fotográfica durante muchos años. Sintió que el corazón le latía más deprisa. Había una sexta persona a bordo.

Katarina lo miró triunfante al ver que se daba cuenta. Asintió lentamente y enarcó una ceja.

—No estaban solos en el barco —dijo Loa—. ¿Podría haber sido un miembro de la tripulación?

—¿Crees que Joakim Bauer necesitaba ayuda para navegar en un velero? —Katarina Sundman lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Loa se rascó la cabeza.

—Ahora no te entiendo del todo.

—Joakim Bauer era un regatista profesional. Había cruzado el Atlántico varias veces. Fíjate un poco en su cuenta de Instagram y lo verás. Escribió que se crio en una familia a la que le encantaba navegar.

Katarina levantó dos dedos.

—En segundo lugar, Alquileres Opatija no ofrece tripulaciones para los barcos que alquila. La página web dice claramente que debes ser capaz de navegar por ti mismo.

A Loa se le aceleró aún más el corazón.

Alguien más había estado a bordo justo antes de que Filippa y Joakim Bauer y sus tres hijos volaran por los aires. Alguien que o bien también había perdido la vida, o bien era responsable de la muerte de cinco personas.

CAPÍTULO 13

Desde lejos, el hotel boutique Navis parecía estar hecho de bloques blancos y negros arrojados al azar contra la ladera de la montaña, justo a orillas del mar. Al entrar en el vestíbulo, Danijela se dio cuenta de que allí no se había dejado nada librado al azar. Grandes ventanales del suelo al techo ocupaban las paredes que daban al agua. En las demás paredes colgaban obras de arte modernas y de gran tamaño. Delante del mostrador de la recepción había sillones con formas angulosas en tonos rosas, azules, amarillos y verdes, como piezas de un juego de tablero.

Era la hora de comer y una pareja de ancianos seguía en el salón; ambos estaban bebiendo una taza de café. El resto de los huéspedes, al parecer, estaba tomando sol en la terraza. Un hombre y un niño perseguían una pelota de playa turquesa en la piscina infinita; otras personas leían en las hamacas.

El sudor le corría lentamente por la espalda a Danijela hasta los tobillos. Había caminado los dos kilómetros y había recibido otro mensaje de Loa.

Una sexta persona estaba en el barco, además de la familia. Averigua quién era.

¿Una sexta persona? ¿Podría haber sido un miembro de la tripulación? El teléfono volvió a sonar. Era como si Loa le hubiera leído la mente.

Se dice que Joakim sabía navegar sin ayuda.

Tal vez se tratase de una niñera, pensó Danijela. ¿Una niñera que tenía una relación secreta con el padre? ¿Que fue rechazada y decidió hacer explotar el barco? Poco probable, pero cosas más raras se han visto.

El mensaje de Loa era breve. ¿Habría dejado de lado sus propios sentimientos para centrarse en la noticia o estaría enfadado porque ella no le había respondido? Y los demás, ¿qué estarían pensando? George probablemente estaría enfadado, pero eso le tenía sin cuidado. Anton, en cambio… Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en su reacción. Si ella hubiera podido elegir, le habría dicho la verdad. La relación entre ellos era frágil y lo último que ella

necesitaba en ese momento era que él se sintiera traicionado, pero no tenía otra opción. Todo lo que había hecho había sido para protegerlo. El resto tendría que resolverlo más tarde… si salía de esta.

El reloj ya marcaba la una y media. Pronto tendría que conseguir un coche, tal vez un arma, e irse al campo. Se paró frente al mostrador pulido y observó el silencio cómodo y confiado que reinaba en el vestíbulo, algo que solo ocurre cuando una habitación cuesta seis mil coronas la noche. Para conformar a Sigge, tendría que trazar el mapa de los últimos días de la familia Bauer en el hotel. Cómo, no lo sabía. En un hotel de alto nivel como ese, nadie tendía a soltar información.

Un hombre de unos cincuenta años con aire juvenil estaba al otro lado del mostrador de recepción. Tenía los ojos brillantes, como si aún disfrutara de descubrir la vida.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó en un inglés educado.

Danijela no se quitó las gafas de sol y se inclinó hacia delante.

—No me alojo en el hotel, pero ¿podría ayudarme, quizás, de todas maneras? —preguntó en el mismo idioma.

—Por supuesto. ¿Qué puedo hacer por usted?

Teniendo en cuenta lo que acababa de observar, las probabilidades de que el personal del hotel la ayudara eran escasas. Su mejor opción era hablar con otros huéspedes.

—¡Hace muchísimo calor! Necesito refrescarme con una limonada o algo en la piscina —continuó, abanicándose teatralmente con las manos.

—Por supuesto —respondió el hombre con un gesto de la mano. Se adelantó, abrió la puerta, salió a la zona de la piscina y empujó una hamaca vacía—. ¿Necesita también una toalla? —preguntó.

—Solo una limonada estará bien. Preferiblemente con un poco de vodka —respondió Danijela y se sentó. El hombre tomó su pedido sin hacer comentarios y desapareció silenciosamente de su vista.

El mar azul oscuro se extendía como una enorme alfombra frente a ella.

Tan rápido como había desaparecido, el hombre reapareció con un vaso empañado. Danijela le dio las gracias y se lo llevó a la boca. El hielo tintineó agradablemente mientras bebía.

Danijela miró a su izquierda. A la sombra, en una hamaca similar a un par de metros de distancia, había una mujer. Llevaba un traje de baño drapeado, gafas de sol oscuras tan grandes que le cubrían la mitad de la frente y un grueso libro

en la mano, que había apoyado en la rodilla. Danijela observó la cubierta del libro, se fijó en el color amarillo brillante y en el título. Era una novela que había ganado el Premio August dos años antes y confirmaba lo que ella esperaba.

La mujer era sueca.

Tenía la piel morena y había leído más de dos tercios del libro, de casi setecientas páginas. Todos los detalles indicaban que llevaba allí al menos unos días. Si Danijela tenía mucha suerte, la mujer habría estado allí al mismo tiempo que la familia Bauer y podría darle la información que necesitaba para el artículo.

Bebió un poco más de copa y sintió que el vodka se le subía a la cabeza directamente desde la boca.

—Muy buen libro, a pesar de estar ambientado en Gotemburgo —dijo sonriendo con esfuerzo.

La mujer apartó rápidamente el volumen y giró la cabeza. A través de las gafas, Danijela alcanzó a distinguir los ojos grandes.

—Ah, hola. Una sueca. Qué bien —dijo la mujer enderezándose—. Es un poco largo, pero, por lo demás, me gusta —continuó.

Danijela se fijó en un pequeño logotipo de Versace junto al muslo. La mujer tenía algo de ballena. Su voz sonaba potente y nasal al mismo tiempo. ¿Podría ser una cantante de ópera retirada? Era difícil determinar su edad porque tenía el pelo rubio y bien peinado, pero sin duda pasaba de los sesenta.

—¿Le gusta Croacia? —le preguntó para poder entablar conversación.

—Me encanta —respondió la mujer—. Me he alojado en este mismo hotel cinco años seguidos. Es precioso.

"Me". Así que estaba allí sola. Eso era esperanzador. Tal vez fuera más probable que hubiera interactuado con la familia Bauer.

—Así es —dijo Danijela, y bebió de nuevo.

En ese trago, el sabor del vodka se sintió más fuerte. Sentía la espalda aún más pegajosa al sol. Hubiera matado por poder sumergir la cabeza en la piscina.

—Pero me niego a nadar en el mar —exclamó la mujer cuando vio que Danijela miraba el agua clorada—. Me dan miedo los peces.

Danijela ocultó su desdén. Así que se trataba de una mujer solitaria y loca. Se dio cuenta de que necesitaba darse a conocer para conseguir algunos temas de conversación útiles para un artículo. Si empezaba a preguntar por los Bauer sin

decirle que era periodista, no podría dar marcha atrás. La mejor táctica era ser directa. Movió la hamaca con las piernas para acercarse unos centímetros y carraspeó.

—¿Podría hacerle una pregunta? —susurró.

A la mujer le picó la curiosidad, se quitó las gafas de sol y cerró el libro.

—¿Sí?

Danijela sintió un tufillo a alcohol. No era la única que tenía algo fuerte en el vaso.

—Soy periodista y estoy investigando sobre la familia Bauer. —Tuvo que contenerse al darse cuenta de que la noticia de lo sucedido aún no había salido a la luz—. ¿Conoció usted quizás a Joakim y Filippa cuando se alojaron en el hotel?

El ambiente se volvió tenso de inmediato. Parecía como si a la mujer la hubiera alcanzado un rayo.

—¿Periodista? —susurró con tono de desagrado.

—Y muy buena —intentó. La mujer volvió a ponerse las gafas de sol.

—Nunca hablaría con la prensa sobre nadie.

—Pero usted no sabe lo que estoy buscando —arriesgó Danijela.

—Cené con ellos, pero nunca le diré a nadie de qué hablamos. —Frunció los labios—. Nunca.

Danijela respiró hondo. "Maldita sea". La dama de la ópera había cenado con ellos. Probablemente tenía un montón de detalles que ahora se habían perdido por completo. Danijela decidió contarle lo que sabía para darle la vuelta a la situación. Bajó aún más la voz.

—Aún no es oficial, pero resulta que sé que…

—Disculpe —gritó la mujer en falsete al hombre de la recepción, que daba una vuelta a la piscina.

Danijela terminó su bebida, porque se dio cuenta exactamente de lo que estaba pasando. En un inglés incoherente, la mujer empezó a gritar que Danijela era una periodista que intentaba sonsacarle información sobre "los Bauer". Como si fueran la familia Kardashian o algo así.

El tono de su voz era tan agitado que sonaba como si Danijela hubiera abusado de ella. El hombre asintió; no parecía que le costara entender a quién se refería la mujer.

Danijela se levantó y, para su sorpresa, el hombre la aferró del brazo.

—Váyase de aquí ahora mismo —le dijo bruscamente.

Fue como si todo el hotel hubiera dejado de moverse para quedarse mirándola. Danijela se zafó del apretón. En la recepción, los ojos de todos los huéspedes se clavaron en ella cuando pasó, con el hombre pisándole los talones.

Por fin, se encontró en el aparcamiento, junto a dos apestosos cubos de basura verdes.

—Váyase de aquí y no vuelva nunca más —dijo entre dientes demasiado alto, aunque nadie más podía oírlos.

Parecía que exageraba, como si estuviera actuando. Después, se inclinó hacia ella y le dio lo que parecía ser una tarjeta de visita.

—Llámeme —le susurró al oído antes de entrar y cerrar la puerta tras de sí.

Confundida, Danijela avanzó a tropezones hacia la carretera que conducía a Opatija. La tarjeta se le resbalaba de la mano sudorosa mientras se la metía en el bolsillo de los vaqueros negros. Vio un taxi en marcha y le hizo señas con la mano para que se detuviera; para su alivio, estaba libre. El coche se detuvo, ella se subió y se limitó a señalar con la mano hacia la ciudad.

CAPÍTULO 14

Sigge Classon se sentó en el confesionario lo más quieto que pudo y aguzó el oído. Sin embargo, sabía que era inútil. No se había abierto ninguna puerta, no se oían pasos por el suelo.

Ella no vendría.

Habían pasado dos semanas desde su último encuentro, y parecía que los temores que tenía desde entonces se confirmarían. Sigge había roto su acuerdo cuando la siguió para ver quién era. Creyó que ella no se había dado cuenta de su presencia, pero podía haberse equivocado.

Sigge tuvo que aceptar que también lo había echado a perder, como tantas otras cosas de su vida.

Era especialmente doloroso teniendo en cuenta quién era ella. Había reconocido inmediatamente el perfil cuando se asomó por la puerta. Dada la posición en la que ella se encontraba, tenía acceso a mucha información útil. De todas maneras, en el tiempo transcurrido desde su último encuentro, él se había resistido a husmear; no quería arriesgarse a que ella se diera cuenta. Durante los cierres aburridos en la redacción, había soñado despierto e imaginado adónde podría conducirlo este vínculo con ella. A veces quería gritar: "¡Deberías saber a qué me dedico, con quién estoy en contacto!". Al mismo tiempo, no había dejado de temer que ella hubiera podido verlo.

Llevaba cuarenta y cinco minutos sentado allí; ella nunca había llegado tarde.

La situación le recordó la vez que se armó de valor para tener una cita con alguien a quien había conocido por internet. Después de una hora y dos mojitos en el bar del hotel Scandic Malmen, se dio cuenta de que la mujer con la que llevaba chateando más de dos meses probablemente había entrado en la sala y se había dado la vuelta al verlo. La humillación fue como una puñalada, y en aquel momento se prometió no volver a pasar por lo mismo.

Esta era una situación completamente diferente, pero la agonía de esperar sin certeza alguna era igual.

Al final, decidió que no podía seguir allí sentado. Tenía que tener un poco de orgullo, maldita sea.

Sigge salió del estrecho cubículo. Fuera, en la iglesia, una gran pintura mural de María Magdalena le llamó la atención. Ella lo miraba con seriedad y una mano en alto.

Con lentitud deliberada, Sigge pasó por entre los bancos. Mientras él estuviera en la iglesia, aún había esperanzas de que ella apareciera.

Después, abrió la puerta de madera y salió.

CAPÍTULO 15

La luz de la tarde entraba a raudales por las ventanas de la redacción. Loa se reclinó en su silla y trató de imaginar el aire frío de septiembre. Llevaba todo el día sentado ante su escritorio. Aún le faltaba cubrir una hora de su turno. Después, podría ir al sótano de la Biblioteca Real a continuar su trabajo privado sobre los cargos de espionaje contra Harald Timander, ahora que tenía una pista. Tal vez se acercaría un poco más a la explicación sobre lo que les había ocurrido a su enigmático amigo y al amor de su vida.

Danijela aún no había respondido a su mensaje de texto. El último había sido breve y Loa era consciente de que era infantil, pero no podía evitar sentirse dolido. Era su mejor amigo y ella le había confiado la responsabilidad de cuidar de su hijo. Lo menos que podía hacer era responderle.

No se sabía nada de Anton, lo que indicaba que había hecho caso a lo que le habían indicado que hiciera: quedarse en casa con el móvil apagado y sin acercarse a la ventana, para estar seguro. El cierre de la edición con los directores del periódico había terminado y al personal diurno ya lo estaban sustituyendo los que trabajarían en el turno de noche. Entraron con energías renovadas y abrieron sus ordenadores. Cansados, los empleados diurnos se disponían a volver a su vida hogareña.

Sigge había irrumpido en la redacción hacía una hora y estaba de mal humor. Le había gruñido a cualquiera que intentara acercarse a su mesa. En su pantalla ahora estaba el artículo terminado sobre la familia Bauer, que se publicaría en cuanto se confirmara que los fallecidos eran ellos. La imagen de Instagram, más recortada, se reproducía en la parte superior. Una franja blanca con el gran rótulo "Última hora" en la parte superior. El titular decía: "Pareja de famosos muerta en la explosión de barco".

Loa había observado cómo Sigge se sentaba y esperaba impaciente. Tenía la piel demacrada y le colgaban bolsas pesadas bajo los ojos. No dormiría hasta que esa noticia se publicara.

Loa no se había atrevido a adelantarse para sugerir la teoría de Katarina Sundman sobre el sexto pasajero del barco. Cuando Sigge estaba de ese humor,

era más testarudo que Danijela antes del café matutino, y Loa sabía que no era receptivo a las ideas, a menos que uno tuviera algo concreto que ofrecer. Ahora todo se trataba de dar la noticia. Hacerlo a tiempo era lo más importante. Había que ser los primeros, pero no anunciar nada demasiado pronto. Hasta que no hubiera confirmación oficial de que era la familia Bauer la que había muerto, tenían que cruzarse de brazos.

Mientras esperaban, Loa había revisado todos los *feeds* de las redes sociales para encontrar algún indicio de una persona más en la tripulación. No había ningún amigo, niñera ni nadie más en las imágenes. Todas las historias habían desaparecido, porque ya habían pasado 24 horas. Tampoco pudo encontrar nada más en las fotos etiquetadas de la empresa.

Sin embargo, habría sido muy fácil trazar el itinerario de la familia a través de la cuenta de Instagram de Filippa Bauer. La familia había aterrizado en Croacia y se había alojado en el Navis durante tres noches antes de alquilar el velero que explotaría a primera hora de la mañana.

Había algunos selfis, algunas fotos de comida y muchas del mar. Nada más.

Sigge le había pedido a Loa que escribiera unas líneas sobre las actividades de la familia en los últimos días, en previsión de que Danijela hiciera averiguaciones más amplias sobre el terreno.

Loa se preguntaba por qué alguien querría matar a esa familia. Era imposible discernir que tuvieran enemigos o rivales al ver sus publicaciones tan cuidadosamente producidas.

—Por supuesto que el padre engañaba a la madre. Yo también lo habría hecho si fuese tan atractivo como él —había dicho Sigge antes, cuando se habían discutido los posibles motivos.

—Quizás ella también lo engañaba a él —arriesgó Loa, pero la discusión le resultaba incómoda. Aún no se habían enfriado los cadáveres y ellos ya estaban especulando sobre quién había engañado a quién.

Tratando de encontrar otro ángulo, había buscado en los archivos multimedia un artículo crítico sobre la pareja. ¿Era posible encontrar un conflicto en alguna parte?

En los últimos años, la facturación de la empresa se había disparado, y muchas de las entrevistas que antes les habían hecho por ser celebridades habían pasado a ser ajustadas entrevistas sobre negocios. Todo claro y ordenado. No había un solo tema de conversación en el que alguien criticara a

la pareja. ¿Acaso no había ningún antiguo empleado descontento? ¿O un socio comercial?

Entonces, se oyó un grito desde un escritorio. Era Eva K., que cada vez se veía más ojerosa; al parecer, no se había atrevido a irse a casa, a pesar de que su turno había terminado hacía media hora.

—¡Llegó el comunicado de prensa!

Sigge se levantó de la silla y enseguida estuvo detrás de Eva. Repitió lo que ella había dicho, pero aún más alto, incluso con más ganas, por si alguien no lo hubiera oído. Echó una ojeada al texto y murmuró las palabras clave. Efectivamente, alguien de la empresa de los Bauer había escrito un texto impersonal sobre la muerte del fundador durante un viaje al extranjero.

—Duelo. Plan de crisis. Bla, bla, bla —comentó Sigge antes de llamar a todos los presentes en la redacción—. Está confirmado. Vamos, joder.

CAPÍTULO 16

Danijela estaba de pie en la calle principal de Opatija, mirando los edificios del siglo pasado con fachadas revocadas en varios tonos suaves de amarillo, naranja o salmón. El centro de la ciudad tenía una franqueza pintoresca que distaba mucho de la Croacia que ella recordaba. Le hacía pensar más bien en la Riviera. El pavimento no era de asfalto tosco, sino de adoquines de piedra duros y brillantes. Ante ella se desplegaban tiendas de lujo y hoteles con carteles discretos.

La calle estaba vacía de coches y de gente, quizá porque todo el mundo estaba puertas dentro para esquivar el calor de la tarde. Sacó del bolsillo la tarjeta de visita. La gruesa cartulina blanca decía que Luka Vlašić era el gerente del hotel Navis. Atendió la llamada al primer tono.

—Un momento —susurró en inglés. Se oyó un eco de pasos de fondo.

—Tómese su tiempo —respondió Danijela en croata esperando su reacción, que no se oyó.

Quizás estaba tan ocupado escondiéndose de los demás huéspedes y de sus compañeros de trabajo que no se dio cuenta de que ella había cambiado de idioma.

Pasó medio minuto y el sudor empezó a correr por la frente de Danijela. Se abanicó con la mano izquierda y cambió de acera para buscar sombra. Fue a parar delante de una tienda Prada y fantaseó con llegar a la fiesta de Navidad del trabajo con el bolso rosa y el abrigo verde brillante que se exhibían en el escaparate. Si acaso volviera a asistir a las fiestas de Navidad del trabajo. O a cualquier otra fiesta de Navidad.

—Ya está. Lo siento. He tenido que buscar una habitación vacía —respondió él en croata, sin comentar el hecho de que ahora hablaban el mismo idioma. Pero quizá se había dado cuenta desde el principio—. Quiero disculparme por lo de antes, pero era necesario.

—No hay problema —dijo Danijela.

—La huésped con la que usted ha hablado da buenas propinas, pero también hace peticiones poco razonables. Y tiene un temperamento de mil demonios.

La imagen que tenía Danijela de la mujer se hizo aún más nítida.

—Creo que entiendo lo que quiere decir.

—Deberías haber hablado conmigo desde el principio —dijo él, tuteándola por primera vez.

—Di por sentado que el personal del hotel no hablaba con periodistas. Ya sabes, la discreción y todo eso.

Luka se quedó callado. Danijela observó los coches que pasaban por la calle.

—Normalmente eso es cierto. Pero en lo que respecta a esa familia, estaré encantado de ayudarte. El comportamiento de esta huésped no es nada comparado con el de ellos.

—¿Tan malo era?

—¿Qué quieres saber?

Había algo en su tono seco y directo que ella apreciaba. No había nada débil ni engañoso en él. Los Bauer habían sido unos huéspedes infernales y ahora quería vengarse.

—Quiero saberlo todo —respondió Danijela apretando aún más el teléfono contra la oreja.

Decidió no contarle lo que les había sucedido a los Bauer. En el peor de los casos, saberlo lo haría cambiar de opinión. Ahora que tenía una fuente de información, no se atrevía a ponerla en peligro.

—Eran unos nuevos ricos idiotas que pensaban que todo podía solucionarse con suficiente dinero.

—¿Puedes concretar?

—El padre era un borracho y parecía creer que podía suavizar cualquier cosa con una propina.

A Danijela se le aceleró el pulso.

—¿Puedes darme más detalles?

—Insultos, rabietas…

—¿Y su mujer?

—Era igual de insoportable, pero un poco más cabrona. Actuaba como si fuera la dueña del mundo.

—¿Qué hacían en el hotel, además de comportarse como cerdos? —preguntó Danijela.

Luka se rio con crudeza.

—Lo de siempre. Comían, bebían, nadaban, no salían nunca del hotel.

Parecía que la madre y el padre solo querían tomar sol y bañarse en la piscina. La única que se preocupaba por los niños era su *baba*, la abuela.

Danijela se levantó las gafas de sol y las puso encima de la cabeza.

—¿La madre de él o la de ella?

—La de él. Parecía que quería mucho a sus nietos. Jugaba con ellos todo el tiempo.

Una abuela. ¿Sería ella la sexta persona en el barco?

—¿Cómo era?

—Amigable, cariñosa. Tuve la sensación de que se avergonzaba de su hijo y de su nuera. Se había acostumbrado a arreglar el desorden que dejaban ellos en la piscina y sonreía como disculpándose cuando se cruzaba conmigo.

Danijela empezó a caminar por la acera, pasando por delante de más tiendas de lujo. Miró la ropa que había sido su escudo durante toda su vida adulta. No estaba segura de por qué. Le daba cierta sensación de control y la alejaba de la persona que había sido cuando vivía allí.

Se preguntó cómo proceder. A estas alturas, el periódico no podía publicar nada de lo que le había dicho el gerente del hotel. Era demasiado poco halagador y no se podía escribir así sobre gente que acababa de explotar por los aires.

—¿Recuerdas su nombre? El de la abuela, digo.

Luka volvió a reírse.

—Lo siento. Todos los nombres suecos son muy raros. Creo que empezaba con L.

—Qué lástima.

—Si no recuerdo mal, la habitación estaba reservada a nombre de Joakim.

—Oh, no —se decepcionó Danijela. Maldijo para sí: necesitaba el nombre para taparle la boca a Sigge y que este diera por cumplida su misión. Él todavía tenía el poder suficiente para quitarle el trabajo.

—Pero puedo averiguar el nombre de todas maneras, si quieres.

—¿Sí?

—Tenemos copias de los pasaportes de todos los huéspedes. Por ley, todas esas cosas deben guardarse. Dame una hora más o menos, tomaré una foto y te la enviaré. Si sirve de algo…

—No tienes ni idea de cuánto.

Luka colgó.

Danijela miró a su alrededor. A unos veinte metros, detrás de un hotel de

cuatro plantas pintado de amarillo diente de león con un restaurante al aire libre que estaba desierto, vio un cajero automático. Fue allí y sacó todo el dinero que pudo. Mientras guardaba los billetes en el bolso, oyó un zumbido. Al principio pensó que era Luka, que ya le había enviado la foto del pasaporte. Pero en la pantalla del teléfono leyó una notificación del *Aftonposten*. Se había publicado la noticia sobre la familia Bauer. Una vez que les hubiera transmitido el nombre de la sexta víctima, ya habría hecho suficiente. Del resto podrían encargarse ellos mismos. Ahora, ya no tenía tiempo para ocuparse de eso.

CAPÍTULO 17

Loa caminaba por Kungsgatan, en dirección a la Biblioteca Real, cuando vio a un grupo de hombres parados frente al cine Rigoletto. Le parecieron vagamente conocidos. Cuando el hombre de pelo oscuro y rizado que estaba más cerca de él se volvió, casi en cámara lenta, Loa sintió como si le estuvieran arrojando un cubo lleno de hielo sobre la cabeza.

Era Edvard, su exnovio.

Estaba demasiado cerca de él para dar media vuelta. Identificó las otras caras, una por una. Ted. Niklas. Johan. Arvid. Se parecían entre sí, vestidos con suéteres ajustados y pantalones claros.

Loa sentía un nudo tan tenso en la garganta que lo único en lo que podía concentrarse era en dar un paso tras otro. Miró hacia la acera y se acercó a la fachada de la casa al pasar junto al grupo.

Los otros cuatro eran amigos de Edvard y formaban la ruidosa y entusiasta pandilla de la que Loa también había sido parte durante algunos años como invitado. Con ellos había viajado a Berlín, Barcelona, Nueva York y Copenhague. Habían participado en fiestas organizadas en apartamentos a la moda y bailado en clubes nocturnos hasta el amanecer.

Todo había terminado abruptamente, más de tres años atrás, cuando Edvard hizo las maletas y abandonó el apartamento de Loa para no volver jamás. Con él, todos los demás desaparecieron también de la vida de Loa como si nunca hubieran sido parte de ella. En realidad, no era nada sorprendente: él solo formaba parte de aquel ambiente por su relación, bastante frágil, con Edvard.

Desde el principio, Loa había notado que varios de ellos se mostraban escépticos hacia él. Se les escapaban comentarios cuando estaban borrachos. Ted, por ejemplo, pensaba que Loa no era lo suficientemente gay. ¿Cómo era posible eso? Que no anduvieras de la mano de tu novio por la ciudad no significaba que te avergonzaras, había desmentido Loa en la fiesta en la que había recibido ese ataque. Pero Ted tenía razón, por supuesto. A Loa le incomodaba mostrar su orientación. No quería molestar a nadie innecesariamente y quizá Ted malinterpretaba demasiado su actitud.

—Tuviste una infancia demasiado sencilla —le había dicho Niklas varias veces—. Por eso no aprecias todo lo que tienes ahora.

No podía estar más equivocado, pero si Loa hubiera empezado a discutir en serio, habría tenido que decir cosas que nunca le había dicho a nadie, así que era mejor callarse.

John, por su parte, se había burlado una vez de la ignorancia de Loa en historia, cuando despotricaba contra toda la politiquería y la indignación que caracterizaban a muchas de las fiestas de la casa.

Loa entendía todo eso, pero, a la vez, había anhelado durante mucho tiempo llegar a un lugar donde pudiera ser quien era. Quería disfrutar de la vida en la gran ciudad, no estar enfadado y en guardia todo el tiempo.

En otra ocasión, él y Edvard habían discutido sobre lo importante que era salir del armario en todos los contextos nuevos. Loa tampoco estaba muy de acuerdo con eso. A veces no le parecía relevante mencionar con quién estaba saliendo, aunque nunca se lo negaría a sí mismo. Loa había cometido el error de decir que él era algo más que un hombre gay. Edvard, antes de salir furioso del apartamento, le había gritado que probablemente, en el fondo, Loa se odiaba a sí mismo. Así fueron las cosas. Loa no era tonto, entendía por qué los ataques lo afectaban cada vez más: probablemente, porque mucho de lo que le decían era cierto. Nunca había estado cómodo en el mundo gay de Estocolmo. Al principio, cuando se mudó allí desde Mariestad, se había sentido libre y tranquilo. Ahora, en cambio, cuando iba a los bares y clubes nocturnos, estaba igual de vacilante y nervioso que antes. Era como si no entendiera los códigos o no supiera leer qué juego se traían todos entre manos.

Se alejó rápidamente unos pasos más por la calle y recordó cuánta competencia, jerarquía y tensión sexual había entre los amigos. Nunca pudo dejar de preguntarse con cuál de ellos se había acostado Edvard, aunque su novio lo negara cada vez que le preguntaba.

—Oye, ¿no era...? —oyó que decía alguien a su espalda mientras se alejaba a toda prisa.

Sentía que las miradas le quemaban en la nuca y no quería ni pensar en lo que dirían de él una vez que estuviera lo suficientemente lejos como para no oírlos.

Giró en la tienda Fjällräven de Norrlandsgatan, pasó junto a las colchas con estampado escocés del escaparate de Hästens y se dirigió a Humlegården. Mientras subía corriendo la escalera de piedra que conducía a la Biblioteca

Real, el corazón le latía tan fuerte que sentía como si tuviera un pajarito dentro del pecho. Abrió la puerta de un tirón y recordó aquella tarde lluviosa de enero de hacía casi tres años, cuando empezó a investigar el caso de los supervivientes de la tragedia aérea de Medborgarplatsen. En aquel momento, ignoraba todo lo que ocurriría después.

La puerta se cerró de golpe detrás de Loa y él trató de olvidar lo que acababa de ocurrirle. Pasó junto al guardia de seguridad de la biblioteca y el detector de metales de la entrada y bajó las escaleras que conducían a los sótanos.

Solicitó rollos de microfilmes de mayo de 1995. Se sentó en un asiento libre, insertó un rollo en la máquina y, tras unos cuantos intentos, aparecieron ante él fotografías de periódicos en blanco y negro. Siguió enrollando con cuidado y las páginas pasaron como si flamearan.

Vio ante él una época diferente: distintos tipos de letra y distintos personajes principales. Ingvar Carlsson era el primer ministro y Bill Clinton ocupaba la Casa Blanca. Pasó un día tras otro, y aunque a Loa le encantaba deleitarse con ese tipo de historias del pasado, se esforzó por no empezar a leer sobre otros temas. Cuando llegó al 15 de mayo, empezó a preguntarse si Allan Arnell se había equivocado.

Al llegar al 17 de mayo, Loa dejó de pasar el rollo de microfilme entre dos páginas de periódico.

En la página 14, relativamente cerca del final del periódico, un titular decía: "Funcionario sueco del Ministerio de Asuntos Exteriores, sospechoso de espionaje". El artículo estaba ilustrado con una fotografía de la entrada del Ministerio.

El texto era breve y describía cómo la Säpo había irrumpido en el Palacio Real y había detenido a un funcionario de unos sesenta años. Entre líneas, se sugería que había filtrado información altamente confidencial a una potencia extranjera. Loa pasó al periódico del día siguiente. La historia aparecía en la portada y en las páginas 6 y 7: "Espía para Rusia", decía, con una pequeña franja en la parte superior con la advertencia: "Sospecha de la policía".

El artículo relataba cómo el hombre, supuestamente, había trabajado para la Unión Soviética y después para Rusia durante muchos años. "¿Se está gestando otro caso como el de Stig Bergling?", especulaba el periodista. Palabras como "escándalo" y "vergüenza para Suecia" se repetían varias veces. Las pruebas contra el hombre no eran concluyentes, pero según las fuentes del periodista, era solo cuestión de tiempo antes de que el fiscal presentara cargos.

De acuerdo con lo que decía el periódico, el nombre en clave ruso del hombre era "la Paloma".

Tecleó "Harald Timander", "espía", "Rusia" y "la Paloma" en el buscador de su teléfono. La pantalla se llenó de resultados, pero ninguno tenía que ver con la noticia.

Meneó la cabeza. ¿Por qué no había una página de Wikipedia o un hilo en Flashback? Si este caso había tenido la misma magnitud que el de Stig Bergling, debía de haber sido una gran noticia. Aunque la Guerra Fría hubiera terminado y la Unión Soviética ya hubiera caído, "la Paloma" podría haber hecho mucho daño a Suecia.

Loa siguió pasando el rollo de microfilme, pero era como si la noticia se hubiera esfumado al cabo de dos días. Frustrado, siguió adelante, día tras día. Transcurrida una semana, volvió a detenerse. Al final del periódico apareció el titular: "Presunto espía liberado por falta de pruebas". Había sido destituido de su puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no se presentarían cargos contra él.

A su alrededor, la biblioteca empezó a desvanecerse. Estaba solo en el archivo. Para estar seguro, Loa hojeó los periódicos del resto de aquel mes de mayo. La noticia no se mencionaba ni una sola vez. Al parecer, la afirmación de Henry de que la acusación contra Harald había sido falsa era cierta.

Loa imprimió los artículos que ya había leído y recogió sus cosas. Mientras subía las escaleras de la biblioteca, se dio cuenta de que una forma de avanzar era buscar en los propios archivos de la Säpo. Con algo de suerte, habría un expediente que explicara por qué se había considerado sospechoso a Harald.

Salió del edificio y miró las enormes copas de los robles. En pocos días, las hojas caerían al suelo. El tráfico de Birger Jarlsgatan pasó zumbando a su lado. Anochecía y la vida nocturna del vecindario de Stureplan cobraba vigor.

Se resistía a usar el metro, así que pasó de largo al ver la señal blanca y azul con la M y siguió caminando hacia su casa. En las terrazas al aire libre de Kungsträdgården, la gente seguía sentada bajo las lámparas de infrarrojos, resistiéndose a aceptar que ya no hacía calor.

La advertencia de Danijela le resonó inesperadamente en la cabeza y miró las caras anónimas que había a su alrededor. ¿Acaso alguna de esas personas podría estar vigilándolo?

De pronto, tuvo la fuerte sensación de que lo seguían. Aceleró el paso. Al llegar a la calle Skeppsbron, se volvió rápidamente. Dos hombres con perros

caminaban a su lado y lo miraron extrañados. Se dijo que estaba imaginando cosas.

De vuelta en casa, se sintió aliviado al ver el resplandor de la habitación de huéspedes. Anton se asomó a la puerta, observó el rostro de Loa e inmediatamente se puso serio.

—¿Qué pasa?

Loa decidió no hablar de su paranoia, pero había algo más que debía contarle. Se acercó a Anton y le puso el brazo sobre el hombro.

—No te enfades con ella —empezó.

Anton pasó de preocupado a decepcionado.

—Oh, vamos. ¿Se ha ido?

Loa asintió. Esto iba tal como George había temido.

—Dame tu teléfono —dijo Anton entre dientes.

Loa se lo alcanzó sin pensarlo dos veces. Antes de que pudiera reaccionar, Anton lo tomó, se dio la vuelta y salió dando un portazo. Loa se quedó allí y oyó a Anton hablar en voz alta al otro lado. Cuando notó que la voz agitada no esperaba respuesta, se dio cuenta de que Anton estaba expresando su rabia en un contestador automático, diciendo cosas que nunca se atrevería a decirle en persona a su madre.

CAPÍTULO 18

El sol intenso y amarillo se ocultaba tras las montañas. Danijela bajó el parasol, aceleró un poco más y giró bruscamente en una curva de la carretera que zigzagueaba entre el mar y las montañas.

En el asiento del copiloto, a su lado, había una pistola Smith & Wesson negra. Había conseguido comprársela a un fornido guardia de seguridad del club de estriptis que estaba en las afueras de Opatija, gracias a sus dotes de persuasión y suficiente dinero en efectivo.

Tamborileó con los dedos sobre el volante. Aún le quedaban dos horas de viaje y, cuando llegara, ya habría oscurecido por completo. Había reservado una habitación de hotel con un nombre falso a tres kilómetros de donde debía estar al día siguiente a las diez. Se cruzó con algunos coches; por lo demás, todo estaba tranquilo y silencioso.

Levantó el pie del acelerador, cogió el teléfono, que estaba en el asiento junto a la pistola, y lo encendió. Miró la pantalla, que se iluminó. Desde un número desconocido, alguien le había enviado una foto. Probablemente había sido Luka Vlašić, del hotel Navis, que había conseguido la copia del pasaporte de la madre de Joakim Bauer. Se la pasaría a Loa cuando llegara al hotel. Seguramente él ya había vuelto a su casa, y dado que la página web del *Aftonposten* estaba dominada por las noticias de las celebridades que habían muerto en el barco, probablemente no había prisa por difundir a bombo y platillo el hecho de que la sexta persona a bordo era una abuela desconocida.

Entonces, volvió a sonar el móvil. Danijela giró el volante para tomar la curva y miró la pantalla: era un mensaje de voz. Tras varios intentos fallidos, consiguió poner el teléfono en altavoz. Un minuto después, había escuchado todo el mensaje de Anton.

Estaba absolutamente furioso. Pero, sobre todo, decepcionado porque ella le hubiera mentido.

Danijela consideró la posibilidad de detener el coche y tratar de comunicarse con él, pero se dio cuenta de que eso solo empeoraría las cosas. Todo lo que

ambos habían construido desde el regreso de Anton de Australia ahora era un caos.

Se concentró en la carretera. Entonces, tuvo un *flashback* de su madre al volante, con un cigarrillo en la boca y la ventanilla abierta.

Dos días después del noveno cumpleaños de Danijela, había empezado lo que ella misma llamó "el mes del horror". Todo había comenzado cuando su madre fue al hospital a consultar a un médico. Dijo que iba al dentista, pero Danijela había estado espiando detrás de una puerta y había oído a su padre, Josip, y a su tía Blanka hablar en voz baja en la cocina la noche anterior. A juzgar por su tono serio, Danijela supo inmediatamente que iba a ocurrir algo malo. Pocos días después de la visita al hospital, su madre empezó a pasar la mayor parte del tiempo en su habitación.

—Necesita descansar —decía su padre cuando Danijela le preguntaba por qué no podía entrar a verla.

Por las noches, en las conversaciones de la cocina, el tono se volvía cada vez más urgente.

—¿Cómo se las arreglará la niña? —decía Blanka entre sollozos.

Dos semanas después del cumpleaños de Danijela, su madre fue al hospital para "descansar mejor". Los adultos se comportaban de manera aún más extraña y, al cabo de unos días, su padre le dijo que quería hablar con ella. Estaba sentada en su regazo cuando él le dijo que su madre se había quedado dormida y se había ido. Danijela había pasado horas gritando y llorando sin poder contenerse.

Pasaron muchos años antes de que finalmente se enfrentara a su padre y le preguntara por qué nunca le había permitido despedirse de su madre ni acompañarla en sus últimos días. Él le había respondido que quería protegerla, que nadie esperaba que todo sucediera tan deprisa.

Fue después del "mes del horror" cuando Danijela empezó a sentir rencor hacia los secretos y hacia las personas que no le decían la verdad. Cuando murió su madre, la familia dejó de viajar en coche. Su padre se quedó en la casa del pueblo y se acabaron las vacaciones en las cabañas del camping. La tía Blanka fue de visita y les llevó comida casera todas las noches durante años, pero nunca abrazó a Danijela. Eso fue antes de la guerra, antes de todo. Ahora su padre y Blanka ya no estaban allí, pero ella sí. Y ahora alguien había atacado a su hijo y la había obligado a volver a todo aquello que se había esforzado por

olvidar. Apretó las manos con más fuerza alrededor del volante para controlar el malestar que se había apoderado de su cuerpo.

Pasó por delante de unas casas de piedra blanca que le resultaron conocidas. O ya no vivía nadie allí, o alguien quería conservar el recuerdo de lo ocurrido. Algunas todavía tenían orificios de balas, un recordatorio de lo que le había sucedido a la gente cuando todos se convencieron de que la guerra era necesaria. Danijela sentía que sudaba, aunque el aire acondicionado del coche era fresco.

Por fin llegó al hotel y se detuvo en el aparcamiento de grava. Miró el arma antes de apoyar la cabeza en el volante para serenarse.

Cogió el móvil y abrió el mensaje de texto que había recibido. Efectivamente, era de Luka, quien había enviado la fotocopia del pasaporte.

Danijela leyó el nombre: "Lena Bauer".

Tenía cincuenta y seis años, y en la imagen en blanco y negro se distinguía un rostro bello, de ojos grandes y oscuros y pelo corto.

Así que era cierto que la madre de Joakim también había sido alcanzada por la violenta explosión. Danijela guardó la foto en el teléfono antes de reenviársela a Loa junto con el nombre de la mujer. Estuvo a punto de escribir algo más, tal vez preguntarle si Anton estaba realmente enfadado con ella, pero se contuvo. Si Loa quería mantenerse como un profesional, a ella le convenía. Ahora no podía permitirse pensar en otra cosa; debía calmar sus emociones para concentrarse en la tarea que tenía por delante.

Pero no era solo eso. Anton, George y Loa pertenecían a otro mundo, un mundo aparte, y ella estaba decidida a mantenerlo así. Si conseguía dejarlos fuera, podría protegerlos, evitarles aquello a lo que ella se había visto arrastrada.

El mensaje se envió. Antes de dar tiempo a que Loa pudiera llamarla, apagó el teléfono. A partir de ese momento, cesó su contacto con el mundo exterior. La pantalla se quedó en negro. Solo después de apagar el móvil se dio cuenta de que ahora ella estaba tratando a su propia familia con el mismo silencio con el que los adultos la habían tratado cuando murió su madre.

CAPÍTULO 19

Cuando Loa se despertó en su cama, vio que Danijela le había enviado un mensaje a última hora de la noche anterior. Clicó en la foto adjunta y sonrió ligeramente al darse cuenta de que ella no solo había conseguido el nombre completo de la sexta persona a bordo del barco, sino también su pasaporte. Incluso en medio de la situación en la que estaba metida, Danijela no podía evitar hacer un trabajo excepcional.

Lena Bauer.

Había algo vagamente familiar tanto en el nombre como en el rostro en blanco y negro, pero no pudo reconocerla.

El nombre y la foto, eso era todo. Danijela solo había respondido a su mensaje de trabajo, no había respondido a ninguna de las otras cosas de las que tenían que hablar. Fuera lo que fuese lo que estuviera pasando en Croacia, estaba claro que no iba a compartirlo con él.

Miró el reloj: eran las seis y media. Faltaban tres horas y media para que el reloj diera las diez.

La preocupación la quemaba. Danijela iba camino a reunirse con alguien que la había amenazado para hacerla ir a su encuentro. Y no había nada que Loa pudiera hacer al respecto.

Abrió la página web del periódico, que seguía dominada por la noticia de la muerte de Filippa y Joakim Bauer. Ahora, el obituario redactado por Katarina Sundman era la nota principal: "Dejan tras de sí un imperio de mil millones de coronas", decía el titular.

Se levantó, se dio una ducha helada, se vistió, se tomó dos tazas de café fuerte y salió del apartamento. Cerró la puerta principal con cuidado para no despertar a Anton y echó los dos cerrojos. Cuando Loa había salido en defensa de Danijela la noche anterior, Anton lo había mirado con frialdad y había cerrado de golpe la puerta de la habitación de huéspedes mientras las palabras "es por tu propio bien" quedaban flotando en el aire.

Caminó por la calle empedrada y justo antes del hotel Hilton, giró hacia el

puente Centralbron. La bahía de Riddarfjärden se veía calma bajo la luz matinal. La ciudad se estaba despertando. Un tren chirriante pasó a toda velocidad por la esclusa.

Cuando Loa entró en la redacción, solo estaban Sigge y sus colegas redactoras. Había llegado temprano.

—Buenos días —dijo, y se dirigió a la cocina para tomar otra taza de café. Eva K. y Evah S. miraban fijamente a sus pantallas y no le respondieron. Sigge revoloteaba de aquí para allá; al parecer, preparaba su presentación habitual para la reunión de la mañana. Las imágenes pasaban una tras otra en su pantalla.

—¿Tienes un segundo, Sigge? —preguntó Loa.

—¿Puedes esperar hasta después de la reunión? —pidió Sigge en tono pensativo, como un padre que no quiere que su hijo lo moleste.

Loa aferró con fuerza la taza de café. No bastaba con pedirle a su jefe que le concediera tiempo. Para llamar la atención de Sigge, había que seducirlo con información, favores y secretos.

—No. La verdad es que no. Ven aquí ahora; quiero mostrarte algo.

Sigge suspiró con fastidio, pero dejó lo que estaba haciendo.

—¿Sí?

—Ayer no pude hablarte de esto. —Loa se volvió y buscó a Katarina Sundman, pero al parecer aún no había llegado a la redacción. Tuvo que esbozar su teoría por su cuenta—. Katarina piensa que había una persona más a bordo.

—Ah, ¿sí? —dijo Sigge con acritud—. ¿Y qué le hace pensar eso?

—Alguien debe de haber tomado la foto de la familia. El ángulo muestra que ya estaban en alta mar cuando los fotografiaron.

—De acuerdo —dijo Sigge, un poco más interesado—. Probablemente haya sido un miembro de la tripulación. —Se rascó el brazo, donde tenía una especie de eczema.

—Joakim era un marinero experimentado, no necesitaba que nadie tripulara el barco por él.

—OK. Entonces, ¿quizás alguien de su personal de servicio?

Loa respiró hondo.

—Danijela ha conseguido averiguar quién era la sexta persona.

La expresión de Sigge se oscureció al oír el nombre de Danijela.

—Ah, ¿sí? ¿Y te lo ha notificado a ti, pero no a su jefe? Ha apagado el

teléfono sin enviar un artículo como le pedí, así que está metida en un buen lío.

—En fin —lo interrumpió Loa con calma—. Es probable que la madre de Joakim sea la sexta víctima.

—¿La madre? —Sigge se rascó el cuero cabelludo.

Loa tomó el móvil y abrió la foto del pasaporte.

—Se llama…, perdón, se llamaba Lena Bauer y tenía cincuenta y seis años.

Sigge se puso pálido.

—No, no, no —murmuró. Y luego agregó—: No es verdad. No puede ser verdad.

Loa no estaba seguro de lo que acababa de pasar, pero siguió hablando.

—Según Danijela, se alojaba con la familia en el hotel, al menos hasta antes de anoche.

Se espabiló al ver que su jefe había dejado de escuchar. Loa nunca le había visto perder así la calma.

—¿Sigge? ¿Estás bien? —preguntó.

Sigge parpadeó y negó con la cabeza. Cogió el teléfono de Loa y amplió la foto en blanco y negro del pasaporte.

—Mierda —susurró.

—¿Sabes quién es? —preguntó Loa. ¿Así que, al fin y al cabo, esto era importante?

Sigge se levantó tan deprisa que volcó la silla con estrépito.

—Claro que sé quién es. Esto lo cambia todo. —Se le quebró la voz y salió casi corriendo.

Loa cruzó miradas con las dos Evas, que no disimularon su sorpresa.

—¿Qué le pasa? —preguntó una de ellas.

Loa no respondió. En lugar de eso, cogió el teléfono y volvió a mirar el nombre y la foto.

¿Por qué la tal Lena Bauer lo cambiaría todo?

CAPÍTULO 20

Sigge Classon se sentó en el retrete y miró hacia delante.

La ansiedad le recorría el cuerpo como una serpiente. Retrocedió, en su memoria, a la noticia de otra muerte. Aquella vez en que la policía se había presentado en su casa y le había dicho que su hija Cecilia había fallecido. Recordó haber pensado que el timbrazo, tan tarde en la noche, solo podía significar una cosa. En realidad, podía significar mil cosas, pero en algún lugar de su mente siempre había sabido que la preocupación y las noches en vela conducirían a aquel momento.

Se había quedado en el vestíbulo observando a los oficiales a través de la mirilla porque no quería abrir la puerta, no quería que se confirmaran sus temores. Después, cuando los policías se plantaron en el vestíbulo y lo miraron con discreta seriedad, no había llorado, no había gritado, sino que les había agradecido tranquilamente la información. Había cerrado la puerta y, después, había empezado el resto de su vida. La vida sin su hija.

Era culpa suya haber llegado a esto. Trató de respirar con calma, pero se le entrecortaba el aliento.

En vez de seguir las instrucciones y esperar dentro de la iglesia, se había escabullido tras Lena Bauer por curiosidad, para verle la cara. No soportaba que hubiera un secreto que no le estuviera permitido conocer.

Sigge se daba cuenta ahora de que la precaución no se debía solo al deseo de la mujer de permanecer en el anonimato. Tampoco quería que nadie viera con quién estaba hablando. Probablemente ella sabía que la espiaban, y la persona a la que temía podría haber empezado a sospechar que ella había hablado de más. Sigge cerró los ojos.

Había delatado a su informante, y ahora estaba muerta.

Abrió los ojos y se miró en el espejo. Se estaba quedando calvo, pero se negaba a raparse los últimos mechones. Antes era posible distinguir la línea de su mandíbula; ahora, la piel estaba hinchada, informe. Hubo una época en que le importaba, en que se cuidaba en las comidas, pero hacía mucho tiempo que se había rendido y había dejado de intentarlo, porque así era más cómodo.

Quiso golpearse la cabeza contra el espejo, pero se contuvo.

¿Por qué había sido tan testarudo y se había guardado el secreto para sí? Si en vez de querer ser protagonista se lo hubiera contado a alguien, preferiblemente a Danijela y Loa, quizá nada de eso habría ocurrido. Ellos habrían evitado sus incursiones desesperadas en la iglesia.

Sus mejores reporteros tenían una habilidad infalible para retorcer y dar vuelta las cosas hasta hallar una solución, para ver más allá de lo obvio, para armar cualquier rompecabezas imposible. Juntos, daban lo mejor de sí. Loa tenía muy poca confianza en sí mismo, mientras que Danijela tenía demasiada fe en su propia capacidad. Ella lo elevaba a él, y él la bajaba a tierra. También se presionaban mutuamente para ser cada vez mejores, para ser los mejores. Eran investigadores incansables. Y a la hora de la verdad, no se rendían. Eran profesionales de pura sangre con los que siempre le había gustado trabajar. Había disfrutado de hacerlos crecer. Sin embargo, siempre había sentido la necesidad de ser estricto, de mantener cierta distancia. Había creído que ese era el camino correcto, que así era ser un buen jefe.

Ahora comprendía con más claridad que se había equivocado. Claro, la informante había asegurado que él era el único con quien había compartido datos, pero en el fondo Sigge sabía por qué no le había contado a nadie lo que estaba haciendo. Se trataba de su propia vanidad. Había fantaseado con llamar a todo el equipo a una sala de reuniones y presentarles la primicia él solo, para que vieran de qué estaba hecho, por última vez, antes de que llegara el momento de entregar su pase de prensa. Debería haber confiado en ellos. Si lo hubiera hecho, las cosas no habrían acabado así.

Ahora todo se había echado a perder.

Sigge se levantó, abrió el grifo durante unos segundos, lo cerró y se fue.

CAPÍTULO 21

Cuando Danijela dobló la esquina y vio la plaza, se aclaró todo. Faltaban cuatro minutos para las diez, había aparcado el coche de alquiler delante de una tienda vacía y había caminado el último tramo. Allí apuntaban las coordenadas del acertijo de papel: Slavonski Brod, la ciudad de la orilla norte del río Sava, el curso de agua que separaba Croacia de Bosnia. Con sesenta mil habitantes, era la ciudad más poblada de la zona. Era el lugar al que había que ir si se vivía en los pueblos pequeños de los alrededores, como el de Danijela.

Apareció ante ella el espacio abierto revestido con losas de piedra oscura y Danijela se sintió más convencida que nunca: era uno de ellos quien la quería de vuelta allí.

La idea la había estado atormentando desde que había recibido la carta amenazadora dos días atrás y había visto el lugar del mapa que marcaban las coordenadas.

Había muchas personas a las que no les caía bien, pero en realidad solo había dos que, con razón, querrían hacerle mucho daño. Personas a quienes había defraudado.

Los cafés se alineaban junto a los edificios de dos plantas, pero era el de la esquina que estaba a su izquierda aquel al que solían ir las tres cuando visitaban la ciudad. Por entonces, las sombrillas del local eran amarillas; ahora eran blancas. Por lo demás, la mayoría de las cosas eran iguales: sillas rojas de plástico, mesas redondas de metal en las que te quemabas al apoyarte cuando el sol era abrasador. Un refresco Cockta por cinco dinares. Una cerveza Karlovačko por diez. Un café gratis si limpiabas todas las mesas para el dueño, un hombre canoso que siempre llevaba puesta una redecilla en el pelo.

Danijela tragó saliva y entró en la plaza.

Aunque la mayoría de los niños jugaba con acertijos de papel, solo ella y sus dos mejores amigas acostumbraban usarlos para comunicarse. Escribían mensajes, la mayoría codificados para que no los entendieran ni sus entrometidos padres ni sus molestos hermanos. Amela, Marija y Danijela. El

trío inseparable. Las tres tenían el mismo pelo oscuro y grueso y los mismos arañazos en las rodillas.

Cuando la maestra pasó lista en el primer curso de la escuela primaria, Danijela había permanecido de pie en el patio con las manos aferradas a las correas de su mochila, observando a los otros niños tomados de las manos de sus padres. Parecían absolutamente aterrorizados. Notó que algunos, incluso, habían llorado. Ella se había negado a que sus padres la acompañaran y había condenado a los demás, uno por uno. "Perdedor. Bebé de mamá. Gallina".

A medida que la marea de niños se retiraba del patio, empezó a perder la esperanza de encontrar a alguien afín. En casa, jugaba sobre todo con los perros y las vacas. Aunque eran una compañía aceptable, deseaba tener amigos.

Pero justo antes de que sonara la campana, sucedió algo.

A poca distancia, vio a otras dos chicas que caminaban solas por el patio de la escuela, sin delantales.

Danijela se acercó a ellas con paso firme y las saludó. Cuando ellas respondieron con un saludo igual de firme, Danijela les anunció que a partir de ese momento eran amigas. Ambas recibieron la información con una gran sonrisa.

Aquel fue también el momento en que Danijela notó la primera señal: las tres tenían el mismo gran hueco entre los dientes, pues acababan de perder uno. Para ella, esa fue la confirmación de que estaban destinadas a estar juntas.

Cuando terminaban las clases, pasaban el tiempo jugando juntas hasta que uno de sus padres las encontraba en lo profundo del bosque, encaramadas a una cosechadora en el granero de alguien o en algún otro lugar peligroso, y las regañaba por llegar tarde a cenar.

En la escuela, reorganizaban los pupitres para que las tres pudieran sentarse juntas. La maestra había hecho una excepción, probablemente porque no podría hacer frente a la resistencia que le opondrían.

Amela, Marija y Danijela. Ahora era una de ellas la que la amenazaba.

Respiró hondo para serenarse. El arma estaba sujeta a su calcetín en la pantorrilla. Se había puesto pantalones oscuros y una camisa verde de manga larga. La liga con que se había atado el pelo le tironeaba el cuero cabelludo.

Se había preparado lo mejor que había podido, pero no sabía si estaba lista para aquello, para lo que había ocultado y apartado de su mente durante treinta años.

En la esquina más alejada había una frutería. Por lo demás, la plaza estaba

casi desierta. En la cafetería vio a dos hombres mayores que bebían café.

Danijela siguió caminando, pero sentía las piernas como si estuvieran revestidas de cemento. Cada paso era un esfuerzo. Sin embargo, siguió avanzando.

Una vez allí, se sentó ante una mesa desvencijada. El reloj dio las diez y una camarera con el pelo teñido de rojo apareció a su lado. Sacó un sobre marrón del bolsillo de su delantal y lo puso delante de Danijela, que se quedó mirándolo. La sangre le latía en el cuello, detrás de las orejas. Se volvió hacia la mujer, que ya se alejaba.

—¡Espera! —gritó. Su voz sonó como un instrumento tenso y desafinado.

La camarera se detuvo y se dio la vuelta.

—Lo único que sé es que tengo que darte eso —respondió con tono neutro antes de volver detrás del mostrador y empezar a limpiarlo con un paño de cocina.

—¿Quién te lo dio? —preguntó Danijela, pero la camarera se limitó a negar con la cabeza.

Abrió el sobre. Dentro había una fotografía de George en la puerta de su casa. La barba incipiente y la longitud del pelo indicaban que había sido tomada hacía tan solo unos días.

Danijela encendió el teléfono para llamar a George y advertirle que él también debía esconderse en el apartamento de Loa, pero se detuvo. Probablemente la estaban vigilando y no tenía margen para actuar. Incluso ella lo entendía: se trataba de control. Moonlight quería demostrarle que no tenía otra opción que hacer lo que le dijeran.

Había algo más dentro del sobre. Miró y sacó una hoja doblada: un mapa. Lo desplegó sobre la mesa.

En la parte inferior del mapa había una cruz roja. En el borde, alguien había escrito: “Llega al otro lado. Hazlo por Marija”.

Danijela examinó los nombres de los pueblos, los ríos y la frontera nacional. Fue entonces cuando se dio cuenta.

En realidad, volver a Croacia no era lo peor que podía pasarle.

Había un lugar en el que era mucho peor estar.

CAPÍTULO 22

Sigge había desaparecido de la redacción. El portátil seguía sobre su mesa, rodeado de tres tazas de café medio vacías. El director editorial había tenido que improvisar la reunión matutina en la sala de descanso sin una presentación de PowerPoint, porque tampoco sabía dónde se encontraba Sigge. Estaba visiblemente estresado y empezaba frases que no terminaba. Incluso el subdirector del periódico se veía perdido sin la presencia de Sigge. El estado de ánimo del equipo era aún más confuso y la mayoría de los empleados especulaba sobre lo que le habría ocurrido a su jefe. Katarina Sundman se había sentado en un taburete en medio del grupo y lideraba el juego de adivinanzas.

—Se volvió completamente loco por nada. Quizás está estresado.

Loa se levantó y se fue. Había algo en ese tipo de dinámica de grupo que siempre lo hacía sentirse incómodo. Sabía que no era uno más de la pandilla, y aunque ni siquiera estaba seguro de querer serlo, la ausencia de Danijela lo dejaba dolorosamente claro. Echaba de menos a su compañera.

En lugar de quedarse con ellos, se sentó a estudiar las estadísticas del sitio web. Se dio cuenta de que los artículos sobre la explosión del barco ya eran los que más clics habían obtenido en el año. El interés por la muerte repentina de la próspera familia era, obviamente, enorme.

Pero Loa ya no estaba seguro de que esa fuera la gran noticia. Se dio cuenta de que el extraño comportamiento de Sigge tenía que ver con la muerte de Lena Bauer. Buscó su nombre, obtuvo varios resultados, pero ninguna de las fotos se parecía a la del pasaporte.

No había avanzado mucho más cuando le sonó una notificación de su correo electrónico. El asunto decía: “Ven a la sala de reuniones. Ahora”.

El remitente era Sigge. Katarina Sundman también estaba en la lista de destinatarios.

Loa levantó la vista y se encontró con la expresión complacida, pero confusa, de Katarina Sundman. Ambos se levantaron como si estuvieran en guardia y salieron al hueco de la escalera. Ninguno de los dos dijo nada mientras subían uno detrás de otro los dos tramos de escalones hasta alcanzar la sala de

reuniones que daba al edificio de ladrillo oscuro de la tienda Åhléns. El ventanal de cristal iba del suelo al techo. Sobre una moqueta verde oscuro había una mesa brillante con seis sillas a juego.

Era la misma sala en la que él y Danijela se habían sentado con Sigge cuando discutieron si Nina Meijer había mentido sobre lo que había hecho en relación con el accidente aéreo de Medborgarplatsen. Todo aquello parecía haber ocurrido hacía mucho tiempo.

En el lado corto de la mesa, Sigge se sentó con las manos entrelazadas y los miró muy serio.

—Cerrad bien la puerta.

Katarina Sundman, que entró última, hizo lo que él había pedido. Tiró del picaporte para asegurarse de que estaba bien cerrada. Parecía insólito que incluso ella fuera tan dócil.

Se sentaron.

—¿Qué narices pasa? —dijo Katarina, quizá, más que nada, para romper el pesado y extraño silencio—. ¿Ha muerto alguien o algo así?

Sigge se levantó y se paró junto a la pizarra blanca que ocupaba la mayor parte de una de las cuatro paredes de la sala.

—Lo que voy a contaros no debe salir de esta habitación. ¿Entendido? —El acento norteño se coló en la última frase.

—Por supuesto —respondieron ambos a coro, pero en un tono que realmente gritaba: "¡Ve al grano de una vez!".

Sigge cogió una foto impresa de Lena Bauer, que pegó a la pizarra con un imán rojo redondo. No era la del pasaporte, sino una imagen más oficial de ella mirando seria a la cámara y vestida con camisa y chaqueta. Loa volvió a sentir esa familiaridad al verla, pero seguía sin poder ubicar de quién se trataba.

Sigge cogió un vaso que estaba junto a su sitio en la mesa y bebió dos tragos largos. Un poco de agua le salpicó la camisa desde la comisura de los labios.

—A principios del verano, recibí un correo electrónico anónimo.

Esperó para confirmar que estaban prestando atención. Loa y Katarina asintieron.

—El remitente quería comentarme un dato. "Una primicia muy importante", decía textualmente. Ponía como condición que nos reuniéramos en un confesionario dentro de la iglesia católica de Folkungagatan. Según el correo, el asunto era muy delicado y debía tratarse de esa manera especial.

—¿Y fuiste? —preguntó Katarina cruzándose de brazos.

—Por supuesto —respondió Sigge, y continuó—: La persona en cuestión estaba sentada en el lugar del cura, detrás de una celosía, imposible de identificar. Justo como ella quería.

Loa recordó de pronto la oscura escena del garaje de la película *Todos los hombres del presidente*, en la que los periodistas Bob Woodward y Carl Bernstein se encontraban con la fuente secreta conocida como "Garganta Profunda", el comienzo de lo que, después, se convertiría en el escándalo Watergate.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Loa.

—Al principio, quería asegurarse de poder confiar en mí.

—¿Y cómo lo hizo?

—Me preguntó qué pensaba yo sobre la verdad.

—¿La verdad?

—Le respondí, por supuesto, que estaba por encima de todo. Que era el principio más importante de mi profesión. Que la verdad era lo prioritario, fueran cuales fuesen las consecuencias.

—¿Quedó satisfecha con esa respuesta? —dijo Loa.

—Parece que fue exactamente lo que quería oír.

—¿Sabes por qué se puso en contacto contigo?

—Ella sabía que soy el jefe de redacción del *Aftonposten*. Y como es el periódico más importante de Suecia, no es tan extraño que me haya buscado. Quería hablar con la persona que pudiera darle más información, por así decirlo. —Sigge bebió otro trago de su vaso y se secó la frente—. Aclaró las condiciones desde el principio: ella hablaría y yo me limitaría a escuchar. No se me permitía hacer preguntas.

—Qué amable —replicó Katarina.

—La respeté. La segunda vez que nos vimos, me dijo que había trabajado en un puesto alto del Gobierno sueco. Que había sido muy influyente y que ahora se preocupaba por el desarrollo de Suecia.

—¿En serio? —dijo Katarina—. ¿Qué le preocupaba?

Sigge se encogió un poco de hombros ante la respuesta.

—Quién dirigiría próximamente el país.

—¿El primer ministro? ¿El viejo? —continuó Katarina.

—Bueno —respondió Sigge—. Mi informante dijo que hay un plan.

—¿Un plan? —preguntaron Loa y Katarina al mismo tiempo.

—Al parecer, el "viejo", como lo llamáis vosotros, se ha enterado hace poco

de que tiene graves problemas en el corazón. A pesar de que se lo ve cansado, sus índices de popularidad están por las nubes. Es fiable, tiene experiencia y…

—Es hombre —añadió Katarina.

—Exacto. Según el comité del partido, que al parecer mi informante conoce muy bien, es mejor dejarlo terminar su mandato para no perturbar las elecciones. Su misión es asegurarse otra victoria electoral. El pueblo tendrá lo que espera.

—Y una mierda —replicó Katarina—. El electorado será engañado.

—Esa es una forma de verlo —comentó Sigge, con un tono diplomático poco habitual en él—. Pero esa no es la cuestión.

—¿Y qué es? —preguntó Loa.

—El plan para designar a su sucesor.

—¿Karin Kennedy? —dijeron Loa y Katarina a coro.

Era un secreto mal guardado que ella era la siguiente en la línea sucesoria para el liderazgo del partido, que ya debería haber sido elegida hacía diez años, antes de que la dejara fuera de juego una facción del partido que pensaba que ella deseaba demasiado el puesto.

—Exactamente —respondió Sigge—. La ministra de Asuntos Exteriores, Karin Kennedy, está tras bambalinas, preparada para hacer finalmente su entrada. Después de Año Nuevo, si es reelegido, el primer ministro convocará una rueda de prensa, le echará la culpa a su reciente afección cardíaca y renunciará. Y, entonces, Karin Kennedy será la primera ministra en su lugar.

—Pero ¿qué hay de malo en eso? —preguntó Katarina—. Ella hará historia y el partido tiene un plan. Eso suena como que van a asumir responsabilidades.

—Sí, pero esto es precisamente lo que le preocupaba a mi informante. En nuestra tercera reunión, que tuvimos hace quince días, me contó su verdadero propósito. —Sigge colocó otra foto impresa en la pizarra, esta vez de Karin Kennedy—. Tenía información que, según ella, haría que Karin Kennedy no fuera apta para ocupar el cargo de primera ministra. Se supone que se trata de algo que ocurrió hace mucho tiempo.

Un silencio espeso se apoderó de la sala. Esperaban lo que estaba por venir.

—¿De qué se trata? —preguntó Loa.

—Ni puta idea —respondió Sigge—. Pero es una bomba política, que tanto las potencias extranjeras como los adversarios políticos utilizarían hasta aplastar por completo al partido.

—La informante se ha tomado su tiempo. Solo faltan nueve días para las

elecciones —dijo Katarina.

—Lo sé —admitió Sigge—. Claro que lo sé. —Se levantó de la silla, paseó un par de veces de un lado a otro; parecía que se preguntaba cómo contarles el resto—. Ayer iba a reunirme de nuevo con ella para averiguar por fin de qué se trataba, y también para obtener pruebas concretas.

—¿Y? —dijo Katarina Sundman y apretó los labios con fuerza.

—No vino. Nunca apareció —dijo Sigge—. Porque está muerta.

—¿Muerta? —jadeó Katarina.

—Durante nuestra última reunión, vi su cara por casualidad —murmuró Sigge.

—¿Por casualidad? —exclamó Loa.

—Sí. Tuve que hacerlo —dijo Sigge en voz baja.

—¿Y la persona que viste era Lena Bauer? —arriesgó Loa.

—La persona que vi por casualidad era Lena Bauer —confirmó Sigge.

—Que ha muerto en una explosión a bordo de un velero en Croacia.

En ese preciso instante, Loa se dio cuenta. Fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor en su cabeza. Estaba tan nervioso que se levantó de la silla.

—¡Lena Bauer es la hermana de Karin Kennedy!

Sigge asintió.

—Buen trabajo, Loa. —Escribió los nombres bajo las imágenes en la pizarra con rotulador rojo, de manera descuidada. Luego, trazó una gran flecha entre ambos—. Y hasta hace un año, Lena Bauer era secretaria de gabinete de su hermana. Dejó el cargo abruptamente después de una cumbre que se llevó a cabo en Chicago en el verano de 2021. Según nuestras fuentes, fue despedida por Karin Kennedy. El equipo de redacción de la sección de política trabajó en ello en su momento, pero no llegó más lejos. Se publicó una nota en el periódico que decía que Lena había renunciado por razones personales y, después, todos siguieron con su vida.

—Despedida por su propia hermana… —dijo Katarina Sundman enarcando las cejas.

Sigge hizo una pausa antes de continuar.

—Así que se trata de dos personas que se han seguido la una a la otra durante toda su vida. Karin siempre ha estado en primera línea y Lena se ha desenvuelto en un segundo plano. Trabajaron juntas como ministra y secretaria de gabinete durante más de siete años antes de que se terminara el vínculo —

explicó Sigge, y dibujó un gran signo de interrogación entre las fotos de ambas hermanas. Dejó el rotulador sobre la mesa y se terminó el resto del agua—. Y ahora la situación es la siguiente: Lena Bauer se puso en contacto conmigo, obviamente con la idea de desenmascarar a su hermana antes de que se convirtiera en primera ministra. Antes de que hubiera elecciones. Y cuando estaba a punto de hacerlo, la mató lo que probablemente haya sido un artefacto explosivo frente a Istria, en el mar Adriático.

Katarina Sundman se inclinó hacia delante.

—Espera un momento. ¿Entonces, Filippa y Joakim Bauer no eran el objetivo del atentado?

Sigge golpeó la mesa con la mano. El sonido hizo vibrar el cristal. Loa se estremeció e hizo un esfuerzo por permanecer indiferente.

—¡Claro que no eran el objetivo! —Sigge se pasó la mano por el escaso pelo gris—. Lena era el objetivo.

—¿Y no crees que esa Lena pudo haber muerto por una extraña coincidencia? —replicó Katarina con una sonrisa rígida.

—No. Por supuesto que no fue una coincidencia. —Sigge suspiró pesadamente antes de continuar—: He trabajado en periodismo toda mi vida adulta. A pesar de todas las precauciones que tomó, hubo algo que Lena Bauer no consiguió ocultar.

—¿Qué? —preguntó Loa.

—Que estaba asustada. Muy asustada. —A Sigge le tembló la voz. Notoriamente impresionado, se recompuso—. Ahora, vosotros dos tenéis una tarea muy importante.

—Averiguar la verdad —completó Katarina.

Loa tragó saliva. Se sentía nervioso y exaltado al mismo tiempo. Esto era grande, enorme.

Sigge continuó:

—Exactamente. Vais a descubrir lo que quería revelar Lena Bauer sobre su hermana.

Despegó las fotos de la pizarra y las rompió en pedacitos mientras limpiaba con el puño lo que había escrito en la pizarra.

—Y no solo eso —continuó. Se sentó y los miró—. ¿Qué podría haber estado dispuesta a hacer Karin Kennedy para detenerla?

—¿Te refieres a si la futura primera ministra del país mandó a asesinar a su hermana para ocultar la verdad? —dijo Loa con la voz ligeramente temblorosa.

—Si fue así, es responsable de la muerte de seis personas —añadió Katarina Sundman; los demás ya se habían dado cuenta de ello.

—Tenéis poco más de una semana. Después, son las elecciones —replicó Sigge.

Loa asintió lentamente; sentía que se le erizaba el vello de los brazos.

—Si conseguimos que esto se confirme, hará temblar toda la campaña electoral —dijo.

Sigge meneó la cabeza con furia.

—No, Loa. Si esto es cierto, no solo haremos temblar la campaña electoral. Haremos temblar todo el puto país.

PARTE II
LAS HERMANAS DE KIRUNA

Nada degrada y deprime tanto a un hombre como la conciencia de no ser amado.
Hjalmar Söderberg, *Doctor Glas*

1975

Karin se paró frente a la entrada de la mina, se quitó su mochila Kånken roja para descansar los hombros y se ajustó los vaqueros a la cintura.

Tras bajarse del autobús, sus compañeras habían caminado en fila detrás de ella por la zona vallada. Era la más rápida, a pesar de llevar zuecos. Pero también tenía ganas de liderar el grupo, ya que iban a realizar una visita muy especial.

La entusiasta clase formó un semicírculo. Karin se dio cuenta de que Lena se había alejado lo más posible de ella y estaba junto a la profesora Gun.

Había una diferencia de dieciocho meses entre Karin y su hermana, solo un curso, pero el otoño anterior habían subido a Lena de curso, "para que tuviera más desafíos", según había explicado el director. Habían quedado igualadas de un plumazo y, desde el día en que empezaron las clases, todo el mundo consideró a Lena la hermana gemela de Karin. No solo eso: ahora tenían que estar juntas durante los recreos, en las fiestas y en las celebraciones escolares.

Lena había aprendido a leer a los cuatro años y ya era la primera de la clase en Botánica y en Historia de Suecia. Ahora, por supuesto, le estaba contando a la profesora Gun, de pelo corto canoso y grandes gafas, alguna anécdota sobre la mina, mientras se enrollaba un mechón de su oscuro pelo con el dedo, para anotarse puntos extra aun antes de que la visita hubiera empezado siquiera. Llevaba el pelo recogido en una coleta, lo que resaltaba aún más su flequillo recto.

Karin puso los ojos en blanco con fastidio. Por suerte, había tres áreas en las que superaba a su hermana: la hora de actuación en clase, la recaudación de fondos para el viaje escolar y la carrera de cien metros.

Todos los viernes por la tarde interpretaba en un aula a oscuras la canción que en ese momento era el número uno de la semana en la lista del programa de radio *Poporama*. Una bola de discoteca giraba en el techo y durante tres minutos era la reina de la clase.

Lena siempre evitaba ese momento en particular. En cuanto se acercaba a un escenario, se sentía incómoda. Lo mismo ocurría cuando las hermanas recorrían el vecindario vendiendo cosas para recaudar dinero para el fondo de la clase. Mientras Lena balbuceaba su pregunta tras llamar a la puerta y encontrarse con la mirada escéptica de un desconocido, Karin se había dado cuenta enseguida de que poseía un poder mágico y difícil de explicar. Podía vender cualquier cosa: daba igual que fueran calcetines, billetes de lotería, bombones o calendarios con motivos de la ilustradora Elsa Beskow. Todo se vendía enseguida y la sensación de contarle a la gente lo increíble que sabían las golosinas o la fantástica calidad de los calcetines era embriagadora. En realidad, no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero se daba cuenta de que tenía la capacidad de influir en las personas, aunque ellas mismas no lo notaran. El delegado de la clase había comentado en secreto que, si llegaban a hacer ese viaje antes de empezar el bachillerato, sería casi exclusivamente gracias a Karin.

A la hora de correr, no había ninguna duda sobre quién era la mejor. Lena casi no había avanzado más allá de la línea de salida cuando Karin ya había pasado la meta. En ese instante explosivo y breve tras el disparo, cuando mantenía el ritmo con las rodillas altas, pasos cortos y movimientos controlados de los brazos, experimentaba una felicidad difícil de describir. Sobre todo, cuando veía que su hermana no tenía ninguna esperanza de alcanzarla.

Se abrió la puerta principal y los ojos de toda la clase se dirigieron hacia allí. Con el casco rojo, parecía aún más alto que su metro noventa. Tenía la mandíbula ancha y una sonrisa de oreja a oreja.

El orgullo le brotó del pecho: papá.

Él miró atentamente al grupo, hasta que vio a Karin y le guiñó un ojo.

El padre de Kajsa Ginstmark era policía, la madre de Annika Ahlsén era oftalmóloga, pero el padre de Karin y Lena Johansson era el jefe de la mina. En Kiruna, era algo muy importante.

La noche anterior, Karin se había asomado al dormitorio, donde su padre estaba de pie frente al espejo del armario practicando su presentación entre dientes. Los Beatles, sus favoritos, se oían débilmente en el reproductor de vinilos. Al verla, la había llevado al salón y había bailado con ella "Hey Jude".

Ahora arengaba y repetía exactamente la misma frase que había ensayado la noche anterior. Pero esta vez, su voz tenía potencia y fuerza.

—Hola y bienvenidos a LKAB. Me llamo Börje. Espero que ninguno de

vosotros tenga claustrofobia, porque hoy estaremos a más de mil metros bajo tierra. Pero no tengáis miedo: aquí nada es peligroso.

Se oyó un murmullo que recorrió el grupo. La insistencia de Börje en que nada era peligroso tuvo el efecto contrario y, cuando todos tuvieron que ponerse los cascos, se reforzó la sensación. Les habló de la historia de la mina, de la huelga que había paralizado la actividad unos años atrás, de lo que se hacía allí abajo y de por qué era importante para toda la zona de Norrbotten.

Karin le hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza para demostrarle que lo había hecho bien y él le devolvió la sonrisa, aliviado.

El padre de Karin y Lena abrió la puerta y entró en una gran habitación oscura. Karin y el resto del grupo lo siguieron. Los veinticinco estudiantes nunca habían estado tan silenciosos.

Las oscuras formaciones de la montaña se alzaban sobre ellos, y cuanto más se adentraban, menos espacio había por encima de sus cabezas. El aire era húmedo. Una gota de agua golpeó la frente de Karin, que se la limpió con el dorso de la mano.

Finalmente, Börje se detuvo. Se dio la vuelta y dijo con media sonrisa:

—Ahora vamos a bajar aún más. ¿Estáis preparados?

Un nuevo murmullo recorrió el grupo. Karin miró a la profesora, que le guiñó un ojo. También ella parecía encantada con Börje.

Cuando Karin oyó los cables que se movían mecánicamente por encima del hueco del ascensor, sintió una punzada en el estómago. Las hermanas habían visitado en muchas ocasiones a su padre en el trabajo, pero la mayoría de las veces se habían quedado en la planta baja. Nunca les habían permitido bajar tanto.

Börje pulsó el botón del ascensor. Aparecieron en su rostro los hoyuelos que Karin había heredado.

—Yo bajaré primero y vosotros me seguiréis. Hay una sorpresita esperando ahí abajo. —Señaló con la cabeza a la profesora Gun, como si lo hubieran planeado juntos.

Karin se obligó a sonreír. No sabía nada de eso, no había formado parte del ensayo del día anterior. Miró a Lena, que no movió un músculo.

Börje entró en el ascensor y saludó con la mano cuando se cerraron las puertas. Todos especulaban sobre lo que ocurriría allí abajo.

—Una explosión —dijo alguien.

—Olvídalo —susurró Lena en voz alta y sabihonda—. Nunca provocan

explosiones cuando hay gente cerca.

Kajsa Ginstmark le dio un codazo a Annika Ahlsén y ambas soltaron una risita. Así que no solo Karin pensaba que Lena era una sabelotodo.

Nadie más de la clase prestó atención al comentario. En cambio, todos fijaron la vista en los números de arriba, que mostraban la ubicación del ascensor mientras descendía a gran velocidad. Menos cien metros. Menos doscientos metros. Menos trescientos metros.

Primero, se apagó la pantalla. Después, todo sucedió muy deprisa: se oyó un estruendo, seguido de un fuerte golpe. Las luces naranjas empezaron a parpadear furiosamente y sonó un aullido estridente.

Karin tragó saliva. No podía apartar los ojos de las puertas del ascensor. Sentía como si la luz desapareciera, como si el entorno se volviera oscuro e indistinto. Quería gritar, pero no podía.

—¿Qué está pasando? —gritó alguien.

El sonido se hizo más fuerte. Varias personas con monos de trabajo y cascos se abalanzaron sobre ellos y los empujaron para apartarlos. Eran hombres grandes, con un gesto duro y serio en la cara.

—Tenéis que salir. ¡Ahora mismo!

Las palabras eran severas y duras.

—¡Papá! —gritó Lena, que se había abierto paso hasta llegar junto a Karin—. ¡No!

Karin se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos.

CAPÍTULO 23

Loa se masajeó las sienes con las yemas de los dedos mientras miraba primero el rostro ancho de Sigge, marcado por todas aquellas noches al servicio de la verdad. Luego, a la antes hermosa Katarina, a quien las decepciones de la vida le habían trazado arrugas profundas alrededor de la boca y bolsas oscuras bajo los ojos. Lo que ambos tenían en común era que se veían impasibles de una manera muy poco razonable. Bien podrían haber estado discutiendo los preparativos del concurso anual de pasteles de Navidad. ¿Estaban tan hartos después de tantos años que, cuando debían sentir alguna emoción, se mostraban indiferentes? Concentrados, lo llamaría alguien. A Loa le pasaba todo lo contrario. Con cada nuevo acontecimiento que ocurría en su vida o en el periódico, se volvía más neurótico. En este caso, tampoco podía ignorarse la gravedad del asunto. La futura primera ministra de Suecia ocultaba un secreto oscuro. Y ahora, la mujer que había amenazado con sacarlo a la luz estaba muerta: había volado por los aires junto con su hijo y la familia de este. La luz de la sala de reuniones se había vuelto más tenue, más gris. Los vasos y las tazas de café se amontonaban en desorden sobre la mesa, vacíos y sucios. Sigge se reclinó en su silla.

—Esto es lo que haremos —empezó—. Loa vendrá conmigo a la redacción para hacer lo único razonable que se puede hacer.

Loa meneó la cabeza.

—¿Y qué es?

—Pedir una declaración.

—¿De Karin Kennedy?

—Por supuesto. —Sigge se estiró para alcanzar una de las tazas usadas y se sirvió los restos fríos de café—. Luego, haremos un análisis en función de cómo reaccione.

—¿Y cómo crees tú que reaccionará? —continuó Loa, escéptico.

—Podría quedarse completamente muda.

—¿O…?

—Lo más probable es que diga algo. Y si es así, ya tendremos una noticia.

Por un lado, tendremos la plena confirmación de que Lena Bauer estaba a bordo de ese barco. Por otro lado, podremos publicar un artículo sobre el gran dolor de la ministra de Asuntos Exteriores por la muerte de su hermana y cosas similares.

Loa asintió. Comprendía cómo funcionaba la mente de Sigge. Ahora estaban en medio del juego y había llegado el momento de jugar la primera carta para conseguir una reacción. Pero, como de costumbre, todo iba tal vez demasiado rápido cuando su jefe estaba al mando.

—Antes de hacer nada, deberíamos aclarar algunas cosas —dijo Loa, moviendo la cabeza de forma demostrativa.

—Dispara —respondió Sigge con un extraño acento inglés. "*Schuut*".

—¿No deberíamos comunicarnos con la policía o con el Servicio de Seguridad? —Loa sabía cuál sería la respuesta, pero alguien tenía que hacer la pregunta.

Sigge se encogió de hombros.

—¿Y decir qué?

—Que tenemos una pista que deberían investigar.

—Tonterías. La única pista que tenemos es el dato no confirmado de Lena Bauer.

—¿Y quieres decir que eso no es suficiente?

Sigge se rascó la cabeza.

—El testimonio de Lena está en el marco de la protección de las fuentes —dijo a regañadientes.

—¿Estás seguro? —preguntó Loa—. ¿Aunque esté muerta?

—Sobre todo ahora que está muerta. —Sigge alzó la voz y se subió las gafas sobre la canosa cabeza—. No podemos revelar su identidad. Ni siquiera yo debería saber que era ella con quien hablaba, lo que complica aún más las cosas. Entonces, no podemos decirle mucho a un policía idiota. Tendremos que manejarnos por nuestra cuenta, para empezar.

Katarina Sundman se quedó mirando a Loa en silencio. Siempre estaba discutiendo por todo, desde los horarios de trabajo hasta las nuevas máquinas de café, pero ahora no lo apoyaba. Probablemente, porque sabía que ese trabajo beneficiaría su carrera. A Sigge le pasaba lo mismo. Estaba obsesionado con obtener la última gran primicia. Si la mitad de lo que aseguraba era cierto, obtendrían el Gran Premio de Periodismo y tendría su triunfo y su coronación

antes de jubilarse. Por lo tanto, ninguna molestia —como la policía, por ejemplo— podría interponerse en su camino.

—Pero… —dudó Loa al darse cuenta de que necesitaba jugar esa carta.

—Pero ¿qué?

—Si Lena tenía razón en que hay algo del pasado de Karin que ella quiere ocultar a toda costa, ¿no debería saberlo ya la Säpo? ¿No la investigaron antes de que se convirtiera en ministra de Asuntos Exteriores, hace ocho años?

—Esas auditorías solo se fijan en si ha tenido criadas negras o si depende de una potencia extranjera. Esto es otra cosa. Y de momento, tenemos que hacer el trabajo nosotros.

—¿Qué debemos hacer con la investigación de lo que pasó en Croacia? —preguntó Katarina.

—Por supuesto, seguiremos informando.

Croacia. Los pensamientos de Loa volaron en otra dirección. El reloj de su teléfono marcaba las 10.15.

Ahora Danijela estaba en el punto de encuentro.

Sigge cerró el portátil de golpe, como para poner fin a las preguntas ansiosas. Se volvió hacia la pizarra para asegurarse de que todo estaba claro.

—Vamos, Loa. Tenemos trabajo que hacer.

A Sigge y Loa los recibieron miradas curiosas cuando entraron por la puerta de la redacción.

Sigge se acercó a la mesa y alzó la voz.

—Escuchad todos. Esta es la situación: acabamos de enterarnos de que Lena Bauer, la hermana de la ministra de Asuntos Exteriores, Karin Kennedy, y exsecretaria del gabinete, también estaba en el barco que explotó en Croacia. Loa va a difundir la noticia enseguida para que todo el mundo lo sepa.

Hubo un murmullo que se convirtió en silencio antes de que los rostros se volvieran hacia las pantallas. Con cara de póquer, Sigge se sentó en su silla como si todo fuera normal.

Loa abrió el portátil que tenía en el escritorio y entró en la página web del Gobierno. Cuando vio la foto del jefe de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, dio un respingo. Oskar Asplund era unos años mayor que Loa y vestía camisa blanca y corbata azul oscuro. Tenía el pelo oscuro y corto y los ojos igual de oscuros. Loa supuso que había nacido en Corea.

Por su aspecto, lo reconoció enseguida. Era alguien que había aparecido

durante años en bares gays y sitios de citas. Nunca habían hablado, pero no podía ser una desventaja saber que estaban "en el mismo club". Loa tenía una vaga idea de que trabajaba en política, pero no se había dado cuenta de que ocupaba un cargo tan alto.

Abandonó bruscamente sus pensamientos cuando Sigge apareció a su lado.

—Karin Kennedy está en Bruselas y lleva allí cinco días. Reunión ministerial. Hay fotos en Reuters de todos los días.

Loa asintió. Le costaba interpretar a Sigge. ¿Saber eso era bueno o malo? Bruselas está lejos de Croacia, pensó, pero se limitó a responder:

—Ahora mismo llamo al jefe de prensa.

—También me han informado de que la policía croata sigue investigando la explosión del barco, pero que la policía sueca está prestando ayuda.

—Es bueno saberlo.

Sigge desapareció. Loa marcó el número y Oskar Asplund atendió inmediatamente.

—Mi nombre es Loa Bergman y llamo desde el *Aftonposten*
—dijo Loa.

—¿Sí? —Si Oskar reconoció el nombre de Loa, no dio ninguna señal de ello.

—Nos hemos enterado de que Lena Bauer es una de las víctimas de la explosión ocurrida en Croacia. En primer lugar, el periódico quiere expresar sus condolencias.

Loa guardó silencio para dar a Oskar espacio para responder, pero no dijo nada.

—Además, nos preguntamos si la ministra de Asuntos Exteriores tiene algún comentario al respecto. Debe de ser duro perder a una hermana —continuó.

Los segundos que siguieron parecieron minutos.

Loa se rascó la cabeza. Como jefe de prensa, seguramente Oskar debería estar al corriente.

—También debe de ser duro para usted, claro. Usted también trabajó con ella. No hace mucho que renunció a su puesto como secretaria del gabinete —arriesgó Loa, pero se dijo que debía dejar de hablar. El panorama no mejoró.

—La ministra de Asuntos Exteriores hará un comentario en X. Más allá de eso, no tiene nada que añadir. —La voz era tenue.

—¿X? ¿Lo dice en serio?

—Gracias por llamar.

La irritación le recorrió el cuerpo. Desde su asiento, Sigge pareció entender lo

que había ocurrido y se limitó a menear la cabeza. Pasaron cuatro minutos. Loa actualizó X una y otra vez hasta que apareció la publicación.

> Tengo el corazón destrozado por la noticia de que mi querida hermana es una de las personas fallecidas en el trágico incidente frente a Opatija. En toda su vida adulta, el mar era el lugar que elegía para relajarse, el lugar que más amaba. Durante mucho tiempo hizo un trabajo importante para el partido, para Suecia y para el mundo. La echaremos mucho de menos.

Loa acercó su silla rodando hasta el escritorio de su jefe para recibir instrucciones de cómo continuar.

—Frío como el hielo —dijo Sigge—. Pero, al menos, ahora podemos seguir el ángulo del duelo de la ministra de Asuntos Exteriores.

—La Liga Juvenil del partido también ha publicado en X —gritó Evah S. desde el otro lado—. Un obituario resumido.

Sigge se levantó.

—Quiero publicar una foto de las hermanas juntas. Ya.

—Luego se volvió hacia Loa—. Lo has hecho muy bien. Ahora, ven conmigo.

Loa recogió sus cosas en silencio. Una vez en los ascensores, Sigge no marcó el número cinco, sino el dos.

Loa lo miró sorprendido.

—¿Adónde vamos?

Sigge sonrió irónicamente.

—Pronto lo sabrás.

CAPÍTULO 24

Cuando Sigge tuvo que utilizar todo el peso de su cuerpo para abrir el sótano, Loa se dio cuenta de dónde estaban.

—¿Qué hacemos aquí? —exclamó mientras lo seguía a la sala que estaba vacía desde que se había desmantelado el puesto de Katarina Sundman en el archivo fotográfico y se la había ascendido a investigadora, tras su contribución a la gran primicia sobre el accidente aéreo de Medborgarplatsen. Los tubos de luz fluorescente cobraron vida lentamente. Se había sustituido el viejo escritorio por una mesa rectangular de superficie brillante que ocupaba casi toda la sala. El nivel dos en el ascensor significaba, en realidad, dos plantas bajo tierra. Sin ventanas.

—Tenemos que trabajar con discreción —respondió Sigge, y se sentó. Un chirrido agudo les atravesó los oídos cuando echó la silla hacia atrás y casi tocó con la espalda la pizarra de la pared—. La sala de reuniones no es lo bastante segura. La gente nos verá y se preguntará qué estamos haciendo.

Loa se sentó en el lado opuesto, junto a la puerta. Abrió el ordenador; para su sorpresa, tenía acceso a internet allí abajo. "Algo es algo", pensó, y estornudó. En las molduras de las paredes se acumulaba una gruesa capa de polvo.

Poco después, la puerta se abrió de golpe a sus espaldas.

—¿Qué es esto? —preguntó Katarina Sundman—. Pensé que estabas bromeando —continuó con cara de estar a punto de darse la vuelta y volver a cerrar.

—Lo siento, fue la única habitación que pude conseguir con tan poco tiempo —dijo Sigge con indiferencia.

Ella no respondió, sino que se limitó a sentarse lo más lejos posible de su jefe con un fuerte suspiro. Loa parpadeó; tenía los ojos secos. La falta de luz diurna ya le resultaba dolorosa. ¿Cuántos años había pasado Katarina Sundman sentada allí, desterrada de la redacción? ¿Diez?

—Antes de investigar el barco bomba, el autor, instigador o cualquier otra cosa, tenemos que empezar por el final
—dijo Sigge—. Tenemos que ir hasta el núcleo. —Se demoró un instante para

despertar la intriga en su escaso público—. ¿Qué había descubierto Lena sobre su hermana?

Katarina lo miró con los ojos entornados.

—Creo que primero deberíamos empezar por algo completamente distinto. Quiero saber qué te dijo.

—¿Lena?

—Sí, ¿qué te dijo en la iglesia la mujer que crees que era Lena Bauer? Quiero oír las palabras exactas.

Loa bajó la vista a la mesa para esquivar la pésima energía que siempre surgía cuando los dos estaban en la misma habitación. Era de dominio público que Katarina y Sigge habían tenido un romance en los años ochenta. Según un rumor que surgió después de que Katarina abandonara el sótano, y probablemente difundió ella misma para desautorizar a Sigge, el romance había vuelto a florecer en los noventa, después de que ambos estuvieron en Mariehamn para cubrir el hundimiento del *Estonia*. "Supongo que solo Katarina y Sigge son capaces de ponerse cachondos cuando se han ahogado 852 personas", había dicho Danijela cuando se enteró. O quizá necesitaban consuelo e intimidad durante una crisis total, había pensado Loa. El hecho de que Sigge hubiera decidido incluir a Katarina Sundman en el equipo decía más de la brillantez de ella que de la generosidad de él.

—Lena dijo que había pasado algo hacía mucho tiempo, algo tan grave que no era posible que Karin Kennedy fuese la líder del país. Eso fue lo que insinuó.

—Sigge, por favor. —Katarina sacó lentamente un paquete de chicles de nicotina del bolso de cuero negro que parecía comprado en Åhléns antes del cambio de milenio. Se metió uno en la boca y empezó a mascar—. ¿Estás delirando?

Sabía lo que hacía. Se estaba acercando a un punto delicado. Sigge era conocido en el ambiente por su olfato infalible para las noticias, pero también por las anécdotas y los detalles retorcidos que colaba en artículos ajenos y que después resultaban no ser ciertos.

—Tienes que darnos datos precisos —continuó—. Si no, no podremos trabajar.

Sigge frunció los labios, se quitó las gafas de la cabeza, cerró el ordenador y se puso de pie, como si estuviera a punto de irse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Katarina.

—En lugar de entretenernos con un montón de detalles sobre las palabras exactas, deberíamos ponernos a trabajar.

—De acuerdo… —respondió Katarina.

—Karin tiene cincuenta y siete años. Ha sido política la mayor parte de su vida adulta. Por eso es importante centrarse en los aspectos correctos.

—¿Y en qué estás pensando? —preguntó Loa suavemente para descongelar el ambiente gélido.

—En que tenemos que retroceder y hacer una línea temporal desde que nació hasta hoy.

—Tardaremos una eternidad —dijo Loa.

—Por eso hay que empezar desde el principio —replicó Sigge—. Y publicar todo lo que ha hecho.

—¿Por qué?

—Porque es más probable que algo haya ocurrido en su vida cuando era joven, antes de que pensara en dirigir el país algún día —dijo Sigge—. Solo es cuestión de empezar por el principio. Repasad la historia de las hermanas. Encontraréis algo.

Sigge se volvió hacia la pizarra. En letras rojas escribió: “He descubierto algo del pasado que la incapacita para ser primera ministra”. Con dureza, casi con agresividad, subrayó la palabra “pasado”.

—Aquí tienes sus palabras exactas, Katarina.

1977

Después del funeral, fue como si los adultos quisieran volver a la normalidad lo antes posible. Para Karin, era incomprensible. ¿Cómo podían reír, comer, dormir o hablar de otra cosa que no fuera él?

Su madre, Inger, seguía trabajando como secretaria en la mina. Cuando Karin le había preguntado cómo podía soportar estar allí, ella se había limitado a responder: "Si no lo hago, perderemos la casa. Tengo que manteneros". Decía que no quería ver su foto, que era algo demasiado difícil de ver.

Desde aquel día, las hermanas habían transitado su duelo de maneras muy distintas: Karin se volcó hacia el mundo exterior. Para su propia sorpresa, pronunció un largo discurso en la iglesia durante el funeral. Se dirigió a los periodistas del periódico *Norrländska Socialdemokraten* para que escribieran sobre la inseguridad de los trabajadores de la mina LKAB. En la pista que había detrás de la escuela, corría más rápido y de forma más explosiva que nunca.

Lena se encerró en sí misma. Evitaba a los pocos amigos que tenía y se sentaba en su habitación rodeada de pósteres de ABBA y Björn Skifs. Empezó a leer todo lo que llegaba a sus manos. Al cabo de un tiempo, pasó a los libros de su madre. Danielle Steel, Sidney Sheldon y Judith Krantz le dieron las claves del mundo adulto. Entre otras cosas, aprendió lo que les pasaba a las mujeres cuando se enamoraban. Tenían los ojos brillantes, las risas sonaban diferentes, se enrollaban el pelo con los dedos y se arreglaban mucho cuando salían de casa.

Una noche, después de que Lena le contara a Karin lo que había aprendido, estaban sentadas a la mesa. Mientras su madre, Inger, preparaba puré de patatas y *falukorv*, Karin la miró y vio que algo había ocurrido. Sus ojos, que por lo general tenían una mirada vacía, ahora brillaban. Sonreía radiante al mirar a sus hijas, y lo más evidente de todo: tenía en los labios una fina capa de pintalabios rosa.

Karin recordó la primavera anterior, cuando el nudo que sentía en el pecho

era aún más grande y pesado. Inger le había hablado del nuevo ingeniero que había empezado a trabajar en la mina, el estadounidense que tenía el mismo apellido que el presidente asesinado.

Durante el verano y el otoño, les había hablado largo y tendido de las hamburguesas, los batidos, los vaqueros y las películas del país del otro lado del Atlántico. Y estaba encantada de utilizar con él el inglés que había aprendido durante un verano en Brighton a los dieciséis años.

Hacía unos meses, su madre había dejado de hacer esos comentarios. Ahora todo encajaba.

De las novelas románticas, Lena y Karin habían aprendido que, si una mujer era infiel o quería ocultar un enamoramiento, dejaba de hablar de la persona en cuestión en el momento en que se daba cuenta de que se había enamorado.

Karin masticó el *falukorv* sin preguntar. Quería esperar a su madre, darle tiempo para que lo contara cuando estuviera preparada. En el fondo, seguía sintiéndolo como una traición. ¿Ya había sustituido a papá Börje por otro?

Unas semanas más tarde, se oyó un grito en la habitación de Lena. Karin corrió tan rápido que resbaló en la alfombra del pasillo. Cuando llegó, encontró a su hermana sentada en el suelo con el diario íntimo de su madre abierto. Lena la miró con la cara enrojecida y el pelo en desorden.

—¿Estás leyendo el diario de mamá? —preguntó Karin. Ambas sabían que estaba terminantemente prohibido.

—Tienes suerte de que lo haya hecho —respondió ella respirando con dificultad.

—¿Qué pasa?

—Mamá se va a casar.

—¿Se casa? —preguntó Karin con fingida sorpresa. Ella ya lo sabía. Mamá estaba enamorada. La mirada lo había revelado todo.

—No es lo peor.

—¿No?

El contenido de la lámpara de lava azul se movía lentamente en la mesita de noche que tenía a su lado.

—Nos mudaremos.

"¿Mudarnos?".

Lena completó:

—Nos mudaremos a los Estados Unidos.

CAPÍTULO 25

"Empezad desde el principio", había dicho Sigge, pero Loa y Katarina no siguieron sus órdenes.

Fue Loa quien lo había sugerido: dado lo que sabían ahora, o lo poco que sabían, podrían encontrar el secreto de Karin Kennedy en el material existente. Es decir, datos que habían recibido entre los mensajes que enviaban los lectores del periódico, o pistas y gastos que no se podían confirmar por alguna razón.

Empezaron por mirar sus propios archivos. Aunque estaban llenos de mensajes extraños, la mayoría ya comprobados o descartados, no estaba de más dedicar unas horas a examinar lo que había llegado en los últimos años. Buscaron el nombre de la ministra de Asuntos Exteriores y empezaron.

Katarina Sundman trabajaba con una rapidez asombrosa y podía leer a una velocidad superior a la de Loa. Eso le molestó. Normalmente, estaba muy agradecido por su vista láser mental y podía leer un texto en cuestión de segundos. Pero Katarina era superior.

La habitación se estaba quedando rápidamente sin aire. Loa miró el tambor de ventilación situado sobre la puerta y supuso que había dejado de funcionar hacía muchos muchos años. Pero la mayor molestia eran las luces automáticas, que se apagaban cada diez minutos. Se turnaban agitando las manos para demostrar a los sensores que seguían allí. Loa no quería saber qué había hecho Katarina en todos los años que había trabajado en esa oficina.

Al cabo de tres horas, habían revisado todo el material.

—Nada de nada —dijo Katarina.

—Limpia como la nieve —continuó Loa.

—¿Y qué pensamos de ese tipo de personas? —preguntó ella, dedicándole una gran sonrisa. Los dientes dañados por la nicotina le recordaron a Loa los de la reina de Dinamarca.

—Que son las peores de todas —respondió.

Sin embargo, era sorprendente que nadie pareciera desearle ningún mal. Alguien que está en el poder suele tener muchos enemigos, pero parecía que Karin Kennedy no tenía ninguno.

Revisaron en solo diez minutos los mensajes descartados. Eran sobre una investigación que al final había sido imposible publicar. Trataba de que Karin Kennedy había utilizado el avión del Gobierno más a menudo que el primer ministro. El editor jefe del periódico había intervenido y señalado: "Su trabajo es viajar por el mundo. Se burlarán de nosotros si publicamos esto". Aparte de eso, se habían producido pocos escándalos durante su etapa como ministra. Algunas declaraciones sobre los derechos LGBTQ habían causado revuelo durante una visita a Irán, y en el mismo viaje se había negado a llevar un velo. Por lo demás, como Loa había dicho antes, estaba "limpia como la nieve".

En las encuestas anuales, era más popular que el primer ministro entre las mujeres.

Loa llamó al comentarista político del periódico, Jonas Jutterberg. Era un hombre canoso, de voz seca, que siempre llevaba pajaritas de colores. A pesar de su aspecto, y a diferencia de muchos otros en la redacción, era muy discreto. Loa sintió que podía confiar en él. No tenía sentido subir a la oficina. Jutterberg estaba o bien investigando en el terreno o en su villa de Bromma.

—Tengo dos minutos —respondió Jutterberg sin saludar—. Luego vuelvo a la campaña electoral.

—¿Tienes alguna fuente sobre Karin Kennedy?

—No puedo contestar así, ¿sabes? La gente puede oírlo. —La voz seca se volvió aún más áspera a medida que se agitaba—. ¿Y por qué quieres saberlo?

—Mueve los hilos que tienes. Quiero saber si hay algo sobre ella, algún rumor, lo que sea. Y verifica lo que sabe la gente sobre la relación entre Karin Kennedy y Lena Bauer. Si alguien sabe qué pasó entre ellas cuando Lena fue despedida del Ministerio.

—Veré qué puedo hacer.

Pocos minutos después, volvió a llamar.

—Mi fuente trabaja en el partido, no en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¿Y? —preguntó Loa.

—No tenían nada que decir. No había chismes ni nada. Ambas son adictas al trabajo, o quizá debería decirse que lo eran en aquel entonces. Estuvieron muy unidas durante mucho tiempo y consiguieron hacer mucho.

—¿Pero…? —quiso saber Loa.

—No hay peros. Desde que me dedico a esto, nadie ha tenido nada malo que decir sobre Karin Kennedy. Mi fuente dice que sigue siendo así. Hay un

montón de auténticos bastardos, en todos los ámbitos de la política, pero ella no es uno de ellos. Está atenta a la gente, se preocupa por su bienestar.

—Vamos, ¿has llamado a la persona correcta?

—No insistas, no conseguirás nada. Confía en mí. Hay un montón de fuentes alrededor de la gente que le cae mal a todo el mundo. Pero en el caso de la ministra de Asuntos Exteriores, muchos son inesperadamente leales.

Loa le dio las gracias por su ayuda y colgó; luego, fue a la página web del *Aftonposten* y leyó el artículo que aún estaba en la parte superior del sitio. Había mucho interés por la sexta víctima del barco. Se había montado una serie de imágenes de archivo; hojeó las fotos. Karin entre los líderes mundiales, en todos los rincones del mundo. La hermana pequeña, Lena, un paso por detrás, siempre discreta, con gesto neutro.

Más abajo, aún estaba el artículo sobre el imperio de Joakim y Filippa Bauer. Volvió a estudiar sus rostros. Luego, se inclinó hacia Katarina.

—¿Es realmente prudente dejar de investigar todo lo que tiene que ver con las demás víctimas que estaban en el barco? ¿No deberíamos seguir moviendo los hilos en la empresa de los Bauer?

Katarina lo miró de reojo.

—Sí, creo que sí. Pero no le digas una mierda a Sigge. Se volverá loco.

CAPÍTULO 26

Loa y Katarina se fueron a almorzar temprano. Se dirigieron a Kungsholmen para asegurarse de que no se toparían con ningún colega entrometido. El Naked Fish Sushi Bar estaba vacío. Cogieron sus platos y ocuparon la mesa del fondo del local. Loa mezcló todo el wasabi en la salsa y mojó un maki.

—¿Qué se siente al volver al sótano? —preguntó.

Katarina masticó con la boca abierta antes de responder.

—Mejor de lo que pensaba. —Se había deshecho de los palillos y comía con cubiertos—. Sigge estará contento ahora que he vuelto.

Loa bebió un trago de limonada.

—¿Qué pasó realmente entre vosotros dos?

Katarina se rio.

—¿Qué no pasó? —Tomó otro bocado y siguió hablando antes de terminar de masticar—. Él era reportero y yo, fotógrafa. Ya sabes cómo es el trabajo en los lugares insignificantes, en los hoteles de pueblo. Aunque tenía a mi prometido en Gärdet, me sentía sola. Y una noche, en Sundsvall, Sigge llamó a la puerta.

Loa se rio.

—Me cuesta un poco imaginarme eso.

—No tienes ni idea.

—¿Cuánto duró?

—Solo unas pocas veces. Pero terminamos volviendo poco después.

—Eso puede pasar. —Loa resistió el impulso de preguntar si había ocurrido en septiembre de 1994. Si era cierto o no, todavía quería creerlo.

—Fue entonces cuando todo se fue al infierno.

—¿Qué quieres decir?

—Mi marido nos descubrió. El cabrón era tan estúpido que llamó a casa una noche.

—Oh, cielos.

—Me divorcié; él se quedó con su mujer unos años más, pero por alguna

razón empezó a odiarme. Tal vez estaba avergonzado o enfadado porque no yo quería seguir viéndolo.

—¿Fue entonces cuando fuiste a parar al sótano?

—No, entonces no. Poco después, a Sigge lo ascendieron a jefe de redacción. Yo estaba soltera y pedí un nuevo horario de trabajo. No quería hacer turnos ni viajar por medio país. —Meneó la cabeza, como si recordara aquellos días—. Pero la dirección se negó. Yo sabía, por supuesto, que era Sigge quien se oponía a todo, quien veía así su oportunidad de deshacerse de mí.

Loa tragó saliva. No tenía ni idea de eso. Sabía que Katarina Sundman no había sido una fotógrafa popular en la redacción. La gente decía que era gruñona y que le costaba trabajar en equipo. Al mismo tiempo, le llovían los premios: había ganado dos veces el premio a la Foto del Año y era la responsable de varias fotografías editoriales consideradas clásicas.

—¿Tuviste que elegir? —preguntó.

—Sí. Las opciones fueron archivar fotos o renunciar.

—Mierda.

—Todavía tenía una hipoteca que pagar y un hijo que mantener. La elección fue fácil.

—Comprensible.

Katarina se rio.

—Y ahí me quedé hasta que Danijela, de entre toda la gente, me pidió ayuda con la historia del accidente aéreo.

—Deberías haberlo denunciado —dijo Loa.

Katarina resopló.

—A veces hay que apretar los dientes y seguir adelante.

Loa la miró. Por primera vez, comprendió por qué desconfiaba de todo el mundo.

La habían defraudado una vez y siempre estaba preparada para que volviera a ocurrir.

CAPÍTULO 27

Danijela no había necesitado mostrar su pasaporte cuando condujo el coche de alquiler a través de la frontera con Bosnia. En algún lugar de su interior había tenido la esperanza de que la detuvieran, de que alguien la ayudara a no avanzar en esa dirección.

Cuando la policía fronteriza le indicó con la cabeza que siguiera, ya no hubo vuelta atrás.

El entorno le resultaba inquietantemente familiar, como si la memoria se desplegara en forma de un claro mapa de su infancia. Danijela percibía los olores penetrantes, aun a pesar de que no había bajado la ventanilla.

El coche avanzó lentamente. La grava seca se arremolinaba como una tormenta de arena delante del parabrisas. Tal vez hacía semanas que no llovía. A un lado de la carretera había una casa con fachada de ladrillo rojo. La ventana tenía tablones clavados en lugar de cristal. La mitad de las tejas del tejado estaban en el suelo. Árboles de pesadas copas se erguían en fila, tan cerca unos de otros que casi se tocaban.

Y entonces, se encontró allí. Se le aceleró el pulso cuando el coche entró en el pueblo donde había crecido. El lugar donde había pasado los primeros veintidós años de su vida.

Estaba en casa.

—¿De dónde vienes? —Una y otra vez la misma pregunta, y siempre la misma respuesta, que era cierta y a la vez no. Porque ¿qué respondes cuando el país en el que te criaste ya no existe?

Cuando Danijela llegó a Suecia, la mentira se le escapó de la boca.

—De Croacia. Soy de Croacia —respondió en la litera de la habitación que compartía con cuatro familias en el campo de refugiados del centro de acogida de Luleå. La anciana que había preguntado también quiso saber de qué ciudad era. Cuando Danijela dijo Slavonski Brod, el asunto quedó zanjado. Danijela siguió diciendo Croacia, aunque el pueblo donde se había criado había pertenecido antes a Bosnia. En realidad, no tenía nada de extraño. Mientras

existió Yugoslavia, las fronteras eran fluidas; era como cruzar a otro país. Después, la cosa se volvió grave y se complicó.

Pero, en el fondo, Danijela sabía por qué había mentido: porque no quería pensar en lo que había ocurrido en ese lugar, en lo que ella había hecho. Y cada vez estaba más claro que quien la había llevado hasta allí no iba a permitirle olvidarlo.

Aparcó el coche delante de la vieja cancha de fútbol. No era posible llegar en él al lugar marcado en el mapa. Ahora tendría que caminar el resto del trayecto.

La hierba estaba alta. Los juncos pálidos se mecían con el viento. En uno de los fondos de la cancha aún había una portería. La red estaba rota y los hilos, oscurecidos por la suciedad. Danijela, Amela y Marija habían pasado allí gran parte de su infancia. Ella era la que pateaba la pelota con más fuerza, pero las otras dos metían más goles. Todas las demás niñas eran solo extras en sus juegos.

Tragó saliva. Tenía la garganta seca y se maldijo por no haber llevado una botella de agua.

El lugar estaba desoladoramente vacío. La inquietud le recorrió el cuerpo. ¿Alguien la estaba observando? Se detuvo en la zona boscosa detrás de la portería, donde siempre solía desaparecer la pelota. Luego, empezó a caminar hacia los árboles.

Cuando el campo abierto apareció ante ella, supo que había llegado al lugar correcto. Había caminado media hora por el denso bosque. El mapa seguía en su bolsillo. No lo necesitaba.

No había carreteras ni casas cerca. En el horizonte, las montañas onduladas y fértiles.

Ella sabía muy bien lo que era este lugar.

El campo de la muerte.

Incluso antes del estallido de la guerra, nadie quería estar allí debido a los insectos y plantas venenosas que había. Una vez que la gente empezó a matarse entre sí, caminar por ese lugar quedó descartado por otra razón: las minas.

Debería dar la vuelta y volver a casa. A Suecia. El sentimiento era tan fuerte en su interior que ni siquiera reflexionó sobre lo que acababa de llamar “casa”.

Entonces, recordó las palabras del mapa. “Llega al otro lado”.

Al darse cuenta, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Era como si todo se ralentizara. Alguien quería que cruzara el campo de la muerte.

Todo estaba increíblemente silencioso. Lo único que se oía eran los grillos,

que lanzaban sus llamadas, como pequeños rugidos ahogados. A Danijela le sudaban la frente y las axilas.

¿Habían retirado las minas del lugar? ¿O la persona que buscaba venganza había plantado otras nuevas?

Volvió a mirar hacia el campo.

Por aquel entonces, durante la guerra, las minas destrozaban cuerpos y mataban gente por todo el país. Este lugar en particular tenía una importancia estratégica, porque el campo era un puente entre lo que más tarde se convertiría en los países de Croacia y Bosnia.

Danijela recordaba el miedo constante de que esa frontera se diluyera.

"Hazlo por Marija".

Marija, la de la risa sonora y el pelo rebelde. Marija, que quería mudarse a Sarajevo para estudiar cine porque le encantaba la película *Fanny y Alexander,* de Ingmar Bergman.

Marija, a quien Danijela había traicionado.

Cuando recordó el día en que tomó la decisión, se le hizo un nudo tan grande en la garganta que sintió como si alguien la estrangulara.

Danijela miró hacia el campo y midió con los ojos la distancia que podía haber hasta el otro lado. Intentó compararla con la altura de los árboles de alrededor. ¿Cuánto medían? ¿Veinte metros? ¿Cabían cinco árboles tumbados uno junto al otro delante de ella?

¿Tendría que caminar cien metros sabiendo que a cada paso que diera podría producirse una explosión?

El corazón le latía con fuerza, sentía las piernas entumecidas. Vio a Anton ante ella, la hermosa persona en que se había convertido. Lo vio recién nacido, acunado por los brazos de George. Aquel día en que Anton estaba aprendiendo a montar en bicicleta y tuvieron que ir corriendo a urgencias porque se rompió un brazo. Cómo deslizaba su mano en la de ella cuando sentía timidez. Si Danijela cometía un error ahora, no volvería a verlo. No lo vería conseguir su primer trabajo, casarse, tener hijos. Ahuyentó ese pensamiento.

Escupió en la hierba. No lo haría por Marija. Lo haría por Anton.

Entonces, empezó a caminar.

Tensó el cuerpo y dio un paso adelante como siempre hacía en karate. Todo el pie en el suelo, la pierna recta, la espalda recta. Se concentró y se convirtió en la Danijela militar, a la que llamaban "la reina de la montaña". Había sido

su entrenador, Miro, quien le había puesto el apodo, tal vez para animar a los demás del grupo a correr tan rápido como ella en los terrenos escarpados.

El suelo crujió bajo las zapatillas de deporte. No hubo ningún "bang".

Danijela levantó el pie. Lentamente, lo dejó oscilar antes de posarlo nuevamente en el suelo. Cuando todo el peso de su cuerpo se hubo desplazado, soltó el aire.

No hubo explosión.

Dio otro paso rápido hacia delante, sin mirar hacia abajo. No debía sentir. No debía pensar. Un paso. Y otro más.

Se detuvo y miró a través del campo abierto, hacia el otro lado. ¿Cuántos pasos faltaban?

Danijela sabía que había diferentes tipos de minas: las que mataban y las que solo herían. En la guerra, puede ser incluso más difícil tener que ocuparse de un amigo herido que ha perdido un brazo o una pierna que de uno que ha muerto.

Pensó en su cicatriz. La cicatriz que tanto se cuidaba de ocultar y que siempre le había dicho a Anton que se la había hecho un dragón que escupía fuego.

La verdad, por supuesto, era otra.

Las cigarras habían dejado de cantar. La sensación incómoda de sentirse observada había estado presente toda la tarde, pero ahora era aún más fuerte. Miró a su alrededor: las montañas ondulantes se alzaban en la distancia, como un ominoso telón de fondo.

Apretó las manos y susurró en voz baja:

—Ponte las pilas, coño.

Y, después, apoyó lentamente el pie izquierdo en el suelo.

Mientras dejaba que el peso de su cuerpo la siguiera, cerró los ojos y sintió que el corazón le latía con fuerza.

Bo-bom. Bo-bom. Bo-bom.

No hubo explosión.

También movió el pie derecho. Ningún "bang".

Danijela había llegado al otro lado.

Una oleada de alivio le recorrió el cuerpo. Se sintió como si hubiera estado mucho tiempo bajo el agua y, por fin, pudiera respirar. Respiró profundamente el aire fresco y giró la cabeza para mirar el trayecto que acababa de cruzar. De inmediato, el lugar volvió a parecerle hermoso. Sonrió un poco al darse cuenta de que se las había ingeniado para zigzaguear, tal como había aprendido.

Entonces, vio algo por el rabillo del ojo que perturbó la imagen que tenía delante. Intentó identificar lo que se veía entre las hojas verdes oscuras y los troncos de los árboles.

Había algo que se movía.

CAPÍTULO 28

Cuando Katarina y Loa cerraron la puerta de la habitación del sótano, se sentaron alrededor de la mesa y se quedaron mirando la pizarra y la palabra que Sigge había subrayado: "pasado".

—Es un concepto muy amplio —comentó Katarina.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —replicó Loa riendo.

Sugirió que miraran en el archivo de textos y buscaran la primera gran entrevista de Karin Kennedy. Era un viejo truco y siempre solía dar buenos resultados. En ese tipo de conversación, la persona tendía a contar más cosas sobre sí misma, a dar más indicios sobre su vida privada hasta que se volvía más consciente y precavida. Cuanto más famoso se hacía alguien, más cosas empezaba a ocultar.

Karin Kennedy había sido entrevistada en el *Hemmets Journal* en 1998 y había posado frente al edificio del Riksdag con una chaqueta de estampado escocés y grandes gafas redondas de cristal sin montura. Tenía treinta y tres años y acababa de ser elegida diputada. "La muerte de papá me cambió para siempre" era el titular.

La entrevista empezaba con el gran trauma.

Su padre, Börje, había muerto en un accidente en el ascensor de la mina de Kiruna cuando ella tenía diez años. Fue entonces cuando comenzó la militancia política de Karin. En pocos años se dedicó a reclamar la seguridad de los trabajadores, organizar manifestaciones y escribir artículos para el periódico local.

Katarina se colocó detrás del hombro de Loa y leyó la entrevista.

—¡Avanza! —susurró al cabo de unos segundos.

—Han pasado muchas cosas desde entonces —rio Katarina cuando llegaron al final.

—¿Qué quieres decir?

—No parece que los trabajadores sean su centro de atención últimamente.

—Aun así, es una bonita historia. Parece que se apasionaba por algo, a diferencia de muchos otros —respondió Loa.

Katarina salió de la habitación sin decir nada. Cuando la puerta se cerró de golpe, se preguntó si se habría enfadado porque él no estaba de acuerdo con ella. Al cabo de unos minutos, regresó con un bloc de notas adhesivas.

Katarina se inclinó sobre la mesa.

—Oye, hagamos una línea de tiempo. —Apartó su bolso para liberar espacio —. Ahora que empezamos a tener pizcas de información, sería bueno armar el mapa de su vida.

Katarina escribió "1975" y "muerte de su padre" en una nota rosa que pegó a la mesa.

Según el artículo, Inger, la madre de Karin y Lena, se volvió a casar en 1977 con un ingeniero estadounidense que había conocido en la mina. Al año siguiente, se trasladaron a los Estados Unidos.

Loa tomó el bloc y escribió "1978" y "traslado a EE. UU." en otra nota que colocó junto a la primera.

—En solo tres años, las hermanas perdieron al padre, ganaron una nueva figura paterna y otra patria —dijo Katarina.

—Y no solo eso. Inger, Karin y Lena Johansson también se convirtieron en Kennedy —agregó Loa—. Me pregunto cómo les ha afectado. —Recordó que él también había fantaseado, tanto de niño como de adolescente, con que le ocurriera algo parecido: que su madre, Agneta, volviera a casarse y tuvieran que abandonar Mariestad. Y, preferiblemente, Suecia.

—La madre debía de estar realmente enamorada para destrozar así la vida de las niñas —dijo Katarina, y continuó—. Pero quizá necesitaba un hombre que la mantuviera. ¿Tal vez irse a otro país no era importante en aquel contexto? Quién sabe…

Katarina sacó un chicle de nicotina y empezó a mascarlo intensamente. Loa llevaba mucho tiempo preguntándoselo, pero después de comer pensó que ya había suficiente confianza entre ellos. Bajó la voz.

—¿Cuándo dejaste de fumar?

Katarina giró la cabeza lentamente antes de esbozar una sonrisa.

—En los ochenta.

Ambos soltaron una carcajada.

—Mi exmarido también pensaba que mascaba demasiado fuerte. —Se encogió de hombros—. Pero qué cojones, es mejor esto que estar sentada fumando bajo techo.

Loa sonrió. Entonces, sonaron los teléfonos de ambos. Era Sigge.

—No hace falta que atendamos —dijo Katarina—. Lo llamaremos cuando tengamos algo que decirle.

—Tal vez deberíamos darle algún tipo de actualización
—sugirió Loa.

—Puede esperar un poco.

Imperturbable, Katarina se inclinó de nuevo sobre el artículo que se veía en la pantalla de Loa.

—¿Te has fijado en esto? Mira. Parece que el periodista era un perezoso de mierda. Se ve que transcribió la conversación palabra por palabra en el artículo: pregunta, respuesta, pregunta, respuesta.

Loa se inclinó hacia delante y volvió a mirar el texto.

—Quieres decir que podemos suponer que es como una entrevista de radio sin editar, más o menos.

—Exactamente. Se incluye todo lo que se dijo durante la entrevista. —Katarina hizo *zoom* en el texto, hacia el final—. Y mira esto. La pregunta era: "¿Cuánto tiempo vivió en los Estados Unidos?". Y ella respondió: "Bastante". Para una niña y una adolescente, probablemente pareció incluso mucho tiempo. La siguiente pregunta: "¿Por qué volvió al país?". La respuesta: "Hubo muchos factores implicados".

—Esto es interesante —dijo Loa—: Karin interrumpe la entrevista, empieza a señalar hacia el edificio del Parlamento y dice: "¿No estaría bien que hiciéramos la foto fuera?".

Se miraron.

—Karin trataba de desviar las preguntas —exclamó Loa.

Sin decir palabra, Katarina se alejó hacia su asiento. Loa siguió avanzando en el archivo de textos y leyó cinco entrevistas más que se habían publicado antes de que Karin se convirtiera en ministra.

Al observar cómo la mirada de Loa volaba por la pantalla, Katarina hizo lo mismo.

El patrón de los textos se repetía. Cuando se le preguntaba a Karin Kennedy sobre su traslado a los Estados Unidos, cómo había vivido allí y cómo se sentía al haber vuelto a Suecia, las respuestas eran cada vez más vagas. Le gustaba hablar de comer hamburguesas e ir al autocine, pero nunca había dado una respuesta clara sobre por qué se había ido del país. Cuando se convirtió en ministra de Asuntos Exteriores, el tema ya no se mencionó. Cuando le

preguntaban por qué había adoptado ese apellido, se limitaba a decir: "Mi madre se casó con un estadounidense cuando yo tenía doce años". Nada más.

Katarina levantó la vista.

—Creo que hemos identificado una pregunta importante.

Loa tamborileó sobre la mesa con los dedos.

—¿Por qué Karin volvió de los Estados Unidos?

Un par de horas e incontables tazas de café después, Loa gritó:

—¡Lo tengo!

Katarina rodó en su silla hacia él. Era una larga entrevista, más bien un perfil, publicado en la revista de los miembros de la rama juvenil del partido, en relación con la toma de posesión de Karin Kennedy como ministra de Asuntos Exteriores. Cuando le preguntaron por qué ella y su familia habían vuelto a Suecia, había respondido: "Mi padrastro consiguió un trabajo que no podía rechazar. Por eso volvimos".

Así que consiguió trabajo. En Suecia.

—Es extraño que de pronto recordara el motivo —dijo Katarina.

Loa estuvo de acuerdo. Era extraño que ella diera esa explicación solo varios años después. Se recostó en su silla.

—Sigue sin mencionar el año.

—No lo había pensado —dijo Katarina—. Podemos comprobar con Hacienda cuándo volvieron.

Diez minutos después, Katarina Sundman tenía varios documentos interesantes en la bandeja de entrada de su correo electrónico. Cuando la empleada de Hacienda comprendió quién era la persona sobre la que requerían información, se mostró extremadamente cooperativa.

—A algunas ratas grises del Gobierno les encanta tener un poco de emoción en su vida —dijo Katarina—. Hay que dar las gracias y tomar lo que nos den.

Según los documentos, Karin, Lena, Inger y Pete Kennedy habían regresado a Suecia en agosto de 1983, cinco años después de haber emigrado a los Estados Unidos.

Katarina sacó la declaración de impuestos de Pete Kennedy.

—Mira esto —dijo.

—¿Qué? —preguntó Loa.

—Me cuesta creer que Pete Kennedy hubiera vuelto a Suecia para ser voluntario. —Katarina señaló la pantalla—. En 1983, no pagó ni un céntimo

de impuestos. En otras palabras, no ganó ni un céntimo. Y mira esto —continuó, señalando la página siguiente—: En 1984 pagó impuestos por primera vez en junio.

—Estuvo casi un año sin trabajar —dijo Loa mirando a Katarina.

—Mierda, qué raro.

—Karin y Lena terminaron el bachillerato a principios de aquel verano, ¿no? Quizá querían estudiar en Suecia para evitar endeudarse con préstamos estudiantiles.

—Ninguna de las dos estudió sino hasta años después —respondió Katarina tras examinar los certificados de las universidades.

—Tienes respuestas para todo —dijo Loa—. ¿Será que quizá solo añoraban su hogar? No todo el mundo prospera en el extranjero.

—Pero ¿por qué dijo que habían vuelto por una oferta de trabajo del padrastro?

Loa se quedó en silencio.

—¿Pete e Inger están vivos?

—Murieron. Ella en 1995 y él en 2002. —Katarina buscó la documentación y señaló los años—. La única de la familia que sigue viva es Karin Kennedy.

1979

Karin se tapó la cabeza con la almohada. El ruido chirriante y monótono y los gemidos ahogados sonaban más fuerte cuando se daba cuenta de ellos. Dio vueltas en la cama y pensó que, después de todo, podría agradecer una cosa: al menos no habría hermanitos.

Pete Kennedy era estéril. Karin se había enterado durante una gran fiesta que habían hecho en el jardín cuando acababan de mudarse al vecindario. Mamá Inger se lo había contado en secreto en la cocina a Ann Margret, la mujer del jefe de policía. Karin se había quedado oculta en el pasillo y lo había oído todo.

—Le encantan los niños. Por eso está tan contento de tener al fin dos hijas —había dicho.

Las palabras de su madre la sorprendieron. Ella misma se había preguntado si ella y su hermana siquiera le caían bien a su padrastro o si solo eran una cosa desagradable que le había tocado.

También era severo y tenía poca paciencia. No era violento, pero solía estallar si hablaban en voz alta o pasaban delante de la tele cuando él estaba viendo el fútbol. Karin aprendió rápidamente lo que le gustaba y lo que no, y se las arreglaba para mantenerlo de buen humor.

A Lena se le hacía más difícil. A Pete le molestaba que fuera tan evasiva, y era como si cada vez se enfadara más con ella, aunque Lena no sabía discutir con él, o quizá precisamente por eso.

Después de solo unas semanas en el nuevo país, Pete había convencido a Inger de que todas debían cambiarse el apellido para ser aceptadas como verdaderas estadounidenses. Tanto Lena como Karin se resistieron. Sentían como si el último vestigio de su padre se desvaneciera. Pero un día, los formularios aparecieron sobre la mesa de la cocina y no hubo nada que pudieran objetar al respecto. Después de examinar el pasaporte, tumbada en la cama de su habitación, Karin debió admitir que era más bonito y especial llamarse Kennedy que Johansson.

La gran casa de piedra de Chicago contrastaba con la vida que habían llevado en el norte de Suecia. La vivienda era tres veces más grande; el jardín parecía una cancha de fútbol en comparación, y la televisión mostraba anuncios que resultaban cautivantes de ver, casi más que los propios programas. Karin quería comprar todo lo que veía.

Su madre había pasado de ser secretaria a ama de casa, y parecía que le encantaba hornear pasteles y probar diferentes dietas. Pete trabajaba en la construcción de los rascacielos del centro, volvía a casa tarde por la noche y maldecía la jornada laboral. Los domingos obligaba a su nueva familia a ir a la iglesia.

A regañadientes, Karin se había dado cuenta de que, en el fondo, podía haber sido estadounidense toda su vida. Era ruidosa, extrovertida y sociable, y una vez que se le pasó la ansiedad por perfeccionar su inglés, no tardó muchos meses en soñar en el nuevo idioma. La pronunciación de Lena era mejor que la de Karin, pero no le servía de nada. Era demasiado correcta, demasiado aburrida, demasiado sueca. Lena acaparaba toda la atención en Suecia porque sabía leer y hacer cuentas mejor que los demás; ahora era Karin quien se llevaba los laureles. La señorita Gun siempre apretaba los labios cuando Karin hablaba mucho durante una clase. Allí era al revés. En realidad, no importaba lo que dijera, siempre que lo hiciera de forma convincente.

Lo mejor era cuando tenían que aprender a debatir. A muchos de los nuevos compañeros les parecía emocionante batirse a duelo con alguien de la Suecia —socialista—. Karin aprendió rápidamente a arrinconar con su retórica a sus compañeros y a dar con la frase final que la hiciera ganar. No se trataba de tener el mejor argumento, sino de hacerlo lo más contundente posible, utilizando palabras y símiles que convencieran a la gente y les hicieran sentir y visualizar lo que ella quería.

Al final del semestre, los dos mejores alumnos de cada clase se batían en duelo en un debate delante de toda la escuela y las familias. Cuando Karin se enteró de que había sido elegida para hablar a favor de la guerra de Vietnam, fue directamente a la biblioteca de la escuela a estudiar la grabación en vídeo del debate presidencial entre Richard Nixon y George McGovern. Allí se dedicó a robar casi todo el discurso del candidato republicano. Memorizó todas las frases con gancho y practicó frente al espejo, como hacía su padre, Börje.

Una vez en el escenario, con una chaqueta roja recién comprada y ante varios cientos de personas, aplastó por completo a Alice Spears, que supuestamente lo

tenía mucho más fácil. La adrenalina le corría a Karin por todo el cuerpo mientras derramaba su discurso.

Y fue cuando ganó y recibió los vítores de todos que vio por primera vez a su madre llorar de orgullo y, luego, la cara de Pete. Había algo en sus ojos, algo brillante, que confirmaba lo que le había oído decir a su madre cuando creía que Karin no la oía: Pete estaba orgulloso, muy orgulloso. Por muy severo que fuera, ahora Karin sabía que en el fondo creía en ella, que solo quería que fuera la mejor, que ella lo hacía feliz.

Solo años más tarde comprendería lo devastador que sería.

CAPÍTULO 29

Loa y Katarina abandonaron el edificio del periódico tras acordar seguir trabajando desde casa, por separado. Se marcharon sin decirle nada a Sigge.

La puerta principal se cerró de golpe a sus espaldas. El aire era fresco, pero no completamente frío.

—Se estará preguntando dónde estamos —rio Katarina antes de despedirse para seguir su camino por Mäster Samuelsgatan en dirección a Stureplan. Desde atrás, Loa pensó que parecía una indigente, quizá porque la gorra de color amarillo mostaza que se ponía sobre la cabeza no combinaba con la chaqueta rojo brillante.

Algunos hombres pasaron junto a Loa. Unos tacones duros golpetearon sobre el pavimento. Probablemente venían del Ministerio de Industria, calle abajo, o del despacho de algún abogado. Un hombre de pelo rubio sospechosamente espeso que caminaba al fondo de la multitud aferraba fuertemente su maletín de color granate mientras se ajustaba el único auricular en la oreja y decía que llegaría a casa "enseguida".

Por reflejo, Loa entró en la tienda Åhléns y se paró en las escaleras mecánicas que bajaban a la estación del metro; olió el hedor habitual y vago a orina y a gente mojada y sucia.

Se hundió en un asiento de cuatro plazas y sacó su teléfono. Danijela no había dado señales de vida en todo el día. No podía decidir si eso era bueno o malo. Lo único que sabía era que ella había quedado en encontrarse con alguien a las diez de la mañana y que ya era de noche.

La preocupación le retorcía el estómago como si alguien le clavara un cuchillo recién afilado. No debía pasarle nada a Danijela. Él no tenía a nadie más.

Mientras el metro avanzaba a toda velocidad hacia Slussen, vio en el reloj que eran las siete y cuatro minutos. Estaba anocheciendo y el caos de la construcción de los alrededores quedaba oculto por la oscuridad. Se bajó y salió del metro, pasó la plaza Södermalmstorg y subió por los adoquines hacia el apartamento.

Allí estaba de nuevo: la sensación de ser observado. Se dio la vuelta, pero detrás de él la calle estaba vacía. Al llegar al edificio Laurinska Huset, miró por última vez a su alrededor antes de colarse rápidamente en el portal.

Cuando abrió la puerta del apartamento, estaba en penumbra y en silencio. Loa encendió la lámpara del vestíbulo y miró el óleo que cubría toda una pared. No se había atrevido a quitarlo. El tema era misterioso, rozando lo espeluznante. Un mar tormentoso con nubes oscuras y una pequeña barca de remos a punto de naufragar. El cuadro no tenía firma y, aunque Loa había intentado buscar el tema en Google, no había conseguido averiguar quién era el artista ni qué significaba para Henry.

Colgó el abrigo en uno de los percheros de bronce y sintió que el silencio lo inquietaba. ¿Anton seguía en el apartamento? ¿Había ocurrido algo?

El pánico estaba a punto de atacarlo de lleno cuando vio un par de zapatillas de deporte blancas de talla cuarenta y cinco colocadas ordenadamente donde habían estado esa mañana. Recorrió el pasillo y llegó a la habitación de huéspedes; la puerta estaba entreabierta. Las cortinas seguían echadas y olía a cerrado. Se asomó por la puerta. Anton estaba tumbado en la cama mirando el resplandor blanco del iPad.

El iPad de Loa.

—Hola, por fin estás en casa —respondió Anton con un suspiro pesado.

—¿Tan mal lo has pasado?

—Un poco, sí. Estoy empezando a subirme por las paredes. Lo siento, pero he tenido que coger esto prestado.

—Esto que encontraste en lo más profundo de mi habitación. —"Eres tan desvergonzado como tu madre", pensó Loa y sonrió para sí, pero respondió, en un esfuerzo por mostrar compasión por el hecho de que debía de ser terrible no poder encender al móvil—: Claro, no pasa nada. ¿Ya has cenado? —preguntó intentando no pensar demasiado en su historial de internet.

—No —dijo Anton—. Quizá podamos hacer lo mismo que con mamá…

—… y pedir algo en Foodora —respondió Loa.

—Exacto.

Veinte minutos más tarde, estaban sentados en la cocina, cada uno devorando su *pad thai*. Loa había encargado que le llevaran la comida a la parada de autobús de Mariatorget por precaución, aunque probablemente no era necesario.

—Todavía no puedo creer que se fuera así sin decir nada —exclamó Anton

escarbando hábilmente con los palillos de madera en busca de más comida en la caja de cartón. Sin duda había sido George quien le había enseñado a comer así. Danijela seguía sujetando los cubiertos con la mano equivocada cuando comía, como si fuera una niña. El cuchillo en la mano izquierda y el tenedor en la derecha.

—Seguramente tenía sus razones —dijo Loa tratando de calmar la decepción de Anton.

Anton dejó con rabia los palillos y se tocó nerviosamente la cara. Al observar su mirada dura, Loa se dio cuenta de lo estresado y preocupado que estaba Anton por la situación. Era insoportable para él, pero Danijela era la madre de Anton y eso era algo totalmente distinto.

—Danijela se fue por su propia voluntad, para salvarte, y lo único que podemos hacer es esperar —respondió Loa con toda la calma que pudo—. No importa lo puñeteramente difícil que sea.

—Tienes razón. —Anton le dio la vuelta a la caja de cartón para sacar lo que quedaba de comida. Probablemente Danijela le había enseñado eso. Probablemente no había comido en todo el día. Loa se dio cuenta de que tal vez no había comida en la nevera y se sintió un mal anfitrión, pero no había planeado tener un huésped.

Bebió un trago de agua de uno de los vasos que había puesto antes de que se sentaran.

—Oye, tengo que preguntarte algo.

Anton levantó la vista.

—¿Sí?

—¿Nunca te dijo nada, a medida que tú crecías…? —Loa buscó las palabras, sin querer sonar demasiado curioso o acusador—. ¿Nada sobre lo que le había pasado? ¿Y quién querría perseguirla ahora?

Anton meneó la cabeza.

—Cuando le pregunté, porque tienes que entender que lo he hecho, se inventó un montón de historias raras que probablemente pensó que me había creído.

—¿Como qué?

—Aseguró, entre otras cosas, que la cicatriz que tiene en el estómago se la había hecho un dragón.

Loa volvió a reír.

—Claro, la primera vez que dijo eso yo tenía unos siete años. Estaba obligada

a responder así, incluso durante mi adolescencia. Al final me rendí.

—¿Qué cicatriz era esa?

—Es muy grande. Hoy estaba preguntándome si se la habría hecho con algún tipo de herida de bala o algo así.

—¿Ha hablado alguna vez de sus padres?

—Todo lo que ha dicho es que ya no están vivos.

—¿Cuándo murieron?

—Antes de que yo naciera. Así es como suele responder. Los llama "mamá" y "tata". Ni siquiera sé sus verdaderos nombres.

Anton abrió mucho los ojos. Quizá se avergonzaba de lo poco que sabía.

—Cuando le preguntaba, se ponía triste y me dejaba claro que le era difícil hablar de ello. Así que dejé de preguntar.

Loa reconoció esa actitud. Él también le había hecho ese tipo de preguntas, pero ella eludía el tema o lo hacía sentirse culpable por entrometerse. Nunca obtuvo respuestas. Era lo mismo con su propia madre. El verano anterior había descubierto lo que había ocurrido realmente la noche en que él había nacido: su madre había sido traicionada, pero nunca se lo había dicho a Loa, hasta que él mismo lo averiguó.

—¿Has estado alguna vez allí? —Loa recordó que Danijela había estado en un almuerzo hacía varios años y un periodista le había preguntado si viajaba a Croacia los veranos. Ella había respondido vagamente, pero dijo que a su hijo le encantaban los helados de allá. Luego, había cambiado elegantemente de tema.

—¿En los Balcanes?

—Sí.

Ahora fue el turno de Anton de reír brevemente.

—No. De ninguna manera. Se negaba a ir allá. Decía que le traía recuerdos desagradables, así que papá y yo le creímos. De todas maneras, ella había huido de la guerra.

"Y ahora ha vuelto", pensó Loa. "A lo que sea de lo que estaba huyendo".

CAPÍTULO 30

Loa encendió la lámpara verde de estilo Strindberg del escritorio de la biblioteca, una igual que la que Danijela tenía en su apartamento de Östermalm. A través de la ventana miró hacia la bahía de Riddarfjärden, sumergida en la oscuridad. Más allá, farolas, ventanas, autobuses y coches iluminaban Skeppsholmen y el casco antiguo de la ciudad. ¿Podría verlo alguien ahora? Intentó quitarse esa idea de la cabeza.

De mala gana, cogió el teléfono para llamar a George. La última vez que se habían visto, le había pedido a Loa que intentara mitigar el efecto de la mentira de Danijela cuando se la contara a Anton, pero el resultado había sido todo lo contrario: Loa había fracasado estrepitosamente.

Se acercó el móvil a la oreja y lo dejó sonar.

Al final obtuvo la respuesta del buzón de voz de George, lo cual era extraño porque debería estar aún más ansioso por estar disponible ahora. Pero tal vez estaba ocupado con algo o no había oído la señal.

Abrió el portátil y consultó el correo electrónico que le había enviado Katarina sobre los antecedentes de Karin Kennedy.

Su carrera en las altas esferas de la política había comenzado cuando el partido aún gobernaba el país con puño de hierro. A principios de los años noventa, más gente comenzó a fijarse en ella y fue entonces cuando se la empezó a describir como una estrella emergente. Su estilo de oratoria fue comparado con el de Olof Palme, pero no se mencionaba la evidente conexión entre ambos: los dos habían recibido formación en oratoria en el sistema escolar estadounidense.

Loa oyó a Anton trastear en la cocina. Se oían golpes en las puertas; le recordaba cuando su madre, Agneta, estaba enfadada por algo y quería llamar su atención. Estaba claro que Anton estaba inquieto por la situación, y también preocupado. La mente de Loa vagó por todo lo que Anton no sabía sobre su madre. Todas las respuestas parecían estar muy lejos, en otro país.

Entonces se dio cuenta. Buscó el nombre de Katarina Sundman entre los contactos de su móvil y la llamó.

—Oye, acabo de darme cuenta de algo —exclamó cuando ella atendió enseguida.

—A ver —dijo Katarina Sundman.

—¿Hay un archivo de prensa estadounidense?

—¿En qué estás pensando?

—De lo que realmente hemos estado hablando todo el día es de que el tiempo que la familia pasó en los Estados Unidos parece muy borroso. Deberíamos comprobar si se publicó alguna noticia sobre Karin o algún otro miembro de la familia en algún periódico local. Cualquier cosa.

—Es una posibilidad remota.

—Mejor eso que nada —replicó Loa.

—Entiendo lo que dices. Oye, de hecho, conozco a un tipo en el *Chicago Tribune*. Lo conocí en un curso de investigación supercaro que hice en Londres el invierno pasado, al que obligué a Sigge a enviarme. —Se rio entre dientes—. Y antes de que te montes películas, te informo que está casado y tiene la misma edad que tú.

—Te creo. —Katarina había dejado de sorprenderlo.

Aquel mismo día había demostrado haber pasado por un espectro de experiencias vitales que él nunca había imaginado.

—Allí ahora es justo después de comer. Me arriesgaré y lo llamaré, y luego te comento.

Loa se levantó y empezó a pasear por la biblioteca. A su alrededor, las estanterías rebosaban de enciclopedias y libros de autores como Oscar Wilde, Carl Jonas Love Almqvist, Viktor Rydberg, Karin Boye, E. M. Forster. Gigantes que Loa nunca había llegado a leer. Se recordó que tenía que ir a los archivos de la Säpo para indagar más en la historia de Henry y Harald, pero habían surgido tareas más importantes. O, al menos, más urgentes.

Entonces, volvió a sonar el teléfono.

—No eres tan estúpido —empezó Katarina sin saludar.

Loa tomó un bolígrafo. Le latía con fuerza el pulso.

—Dime.

—Mi contacto ha escaneado los archivos de los periódicos. Karin Kennedy no es exactamente un nombre familiar, así que no había muchos artículos.

—Vale.

Las notificaciones del correo electrónico empezaron a sonar de nuevo.

—Lo que encontró está en tu bandeja de entrada.

Loa clicó en el archivo PDF que mostraba páginas de periódicos en el viejo formato de sábana, que solía cubrir toda una mesa de comedor, antes de que los periódicos cambiaran al formato tabloide, más manejable. El nombre *Chicago Tribune* aparecía en letras garabateadas sobre una multitud de notas, todas ellas con un tamaño de titular similar. Todo parecía una gran mezcolanza y no era posible fijar la vista en nada.

—¿Qué es lo que debo ver? —dijo Loa, paseando la mirada por las páginas.

—Mayo de 1981. El equipo ganador de los campeonatos nacionales de oratoria.

Loa hizo *zoom* y allí estaba una jovencísima Karin Kennedy sosteniendo un trofeo junto a un hombre que parecía un cachorro a su lado. Karin llevaba el pelo largo y oscuro peinado con rizos hacia fuera y parecía Farrah Fawcett en *Los ángeles de Charlie*. Los alumnos de Chicago del instituto St. Gregory the Great habían ganado la final a los de Minnesota en Los Ángeles. A Karin Kennedy la habían apodado "la apisonadora sueca" y el jurado había quedado impresionado de que una chica tan joven ocupara tanto espacio y aplastara a sus oponentes como si ya fuera senadora en el Congreso. El texto terminaba con la afirmación del periodista de que no solo era una hábil oradora, sino que también tenía un gran talento para correr. "Supera a sus compañeros incluso fuera de la escuela", decía el artículo.

—¿Corredora? —dijo Loa y notó que Katarina había esperado exactamente esa reacción porque el ruido que hacía al mascar se hizo más intenso—. ¿Así que corría?

—Condenadamente rápido, al parecer. Estaba entre las más veloces de todo Illinois, tanto en los cien como en los doscientos metros, incluso con solo dieciséis años.

—Vaya.

—Y aquí es donde se pone interesante. —Katarina estaba claramente disfrutando de la ventaja de saber más que Loa.

—Dime.

—Abre el siguiente artículo.

Loa abrió el siguiente archivo PDF. Era otra página publicada en *el Chicago Tribune*: "Clasificada para los Campeonatos Estatales".

Karin Kennedy llevaba el pelo recogido en un moño y estaba en la línea de salida de la pista de carreras con las manos estiradas hacia delante, mirando

fijamente a la cámara. Un top de una tela sedosa le cubría la parte superior del cuerpo.

El texto decía que Karin Kennedy se había clasificado para los Campeonatos Estatales que se celebrarían en julio de 1983. Estaba entusiasmada por competir en las dos pruebas de velocidad.

—Lee el último párrafo —insistió Katarina.

Karin Kennedy ha conseguido una beca de atletismo y ha sido admitida en la prestigiosa Universidad de Harvard para el próximo otoño. Allí estudiará Ciencias Políticas y Comunicación Política.
"Me ilusiona mucho. Es un sueño combinar el atletismo con la política", comentó.

Loa parpadeó para asegurarse de que había leído bien.

—¿Por qué demonios ella y su familia abandonaron el país justo antes de que pudiera ingresar a Harvard?

—Algo debió de pasar aquel verano —dijo Katarina.

—Algo pasó aquel verano —confirmó Loa.

Se quedaron en silencio. El corazón de Loa latía cada vez más deprisa.

¿Habían llegado a lo que Lena había llamado "un acontecimiento del pasado"? Ya habían ubicado el lapso de tiempo y, probablemente, el lugar.

Katarina frunció el ceño.

—Y al descubrir esto fue cuando se me ocurrió otra cosa.

—¿Qué?

—O, mejor dicho, sumé dos más dos —continuó ella con lentitud.

—¡Ve al grano ya!

—El verano pasado, Karin Kennedy y Lena Bauer asistieron a una cumbre en los Estados Unidos.

Loa echó la cabeza hacia atrás cuando todas las piezas encajaron en su cabeza.

—¡Hostias! —exclamó—. La cumbre fue en Chicago.

—Exacto. Visitaron su antigua ciudad y, después, se desencadenó todo. Tras la cumbre, Lena dejó su cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Y, más tarde, se puso en contacto con Sigge.

—Eres un puto genio, Katarina Sundman —se oyó decir Loa.

—Te das cuenta de lo que esto significa, ¿verdad?

Loa miró la noche de Estocolmo.

—Es hora de viajar a los Estados Unidos.

CAPÍTULO 31

Loa bebió un sorbo del café amargo de Starbucks que le había costado cincuenta y cinco coronas y metió el recibo en sus pantalones claros para no perderlo, aunque tendría que recordarle tres veces a Sigge que le reintegrara el gasto.

Eran las siete y diez. El vuelo de SAS a Chicago salía en una hora y Loa se acomodó en un asiento cerca de la puerta de embarque. Linda Hamilton le había enviado un mensaje para avisarle que estaba en camino, lo que probablemente significaba que pronto pediría un taxi y se colaría en el avión en el último minuto.

Antes de salir, Loa había llenado la nevera de comida para Anton. Se había puesto en contacto con George a primera hora de la mañana y le había contado sus planes: Anton se quedaría en el apartamento, y si necesitaba algo, George podría ir a verlo, siempre y cuando hiciera lo que Danijela les había ordenado y se asegurara de que nadie lo seguía hasta allí.

No era un plan perfecto, pero no tenía elección. Si no investigaba esta noticia, alguien se la robaría.

Después, había llamado a Sigge. Le había presentado la teoría de que algo debía de haber ocurrido durante el verano de 1983 y la posible relación de ese suceso con la cumbre de Chicago, el despido de Lena Bauer y, más tarde, sus encuentros con Sigge. A Loa le había preocupado que su jefe descartase la tesis por ser demasiado vaga, solo para no incurrir en gastos que afectaran las precarias finanzas del periódico. Pero había reaccionado de forma completamente opuesta.

—Casi estoy enfadado por que no estés ya de camino. ¡Es una pista increíble! —había exclamado Sigge—. Es evidente que Karin Kennedy ha mentido sobre el motivo de su salida de los Estados Unidos. Hay algo la hostia de raro allí. Pero trabajad con eficiencia, porque nos saldrá carísima la investigación y nos falta presupuesto —se había apresurado a añadir.

Para disgusto de Loa, Sigge también había exigido que Linda Hamilton viajara como fotógrafa.

—Puedo tomar las fotos yo solo —había intentado proponer, pero Sigge se había opuesto.

Era una cuestión de seguridad: había recalcado que era mejor ir en equipo que solo, aunque el viaje pareciera inofensivo a primera vista. Siempre era difícil saber a qué situaciones se enfrentarían, así que era importante obtener buenas imágenes y secuencias de vídeo. Si resultaba ser algo tan grande como Sigge imaginaba, tenían que estar preparados.

—Ahora mando yo —había agregado Sigge con calma antes de colgar.

Loa miró hacia la pista. Dos grandes aviones blancos rodaban por ella. Uno, en el que probablemente viajaría él, acababa de aterrizar. Cada vez que veía un avión, pensaba en el accidente de Medborgarplatsen. Era un pensamiento inevitable. Antes, siempre le había gustado estar en el aeropuerto de Arlanda. Recordó la primera vez que había viajado en avión, cuando su clase del bachillerato había ido a Roma. Le encantaba estar entre viajeros que arrastraban el equipaje de mano en los suelos pulidos, oír los anuncios por los altavoces y ver el tablón de los horarios de partidas a destinos exóticos que le daban la sensación de que el mundo se abría ante él.

A su alrededor, los demás pasajeros ya se habían acomodado para esperar el momento de subir al avión. Ya nadie compraba revistas ni periódicos: todos miraban fijamente sus teléfonos, igual que Loa. Una notificación del *Aftonposten* apareció en su pantalla. "Macabro hallazgo de una familia muerta en Croacia".

Loa clicó en el artículo, pero no se enteró de nada nuevo. El texto era, sobre todo, un resumen de lo que ya se sabía hasta entonces. Al final, se repetía que la policía se enfrentaba a un macabro descubrimiento, sin especificar de qué se trataba. Daba la sensación de que el periódico sabía algo que no podía publicar.

Sigge atendió inmediatamente cuando Loa llamó.

—¿Qué ha encontrado la policía en Croacia?

Se oía de fondo el rumor de la redacción.

—Piernas, brazos, una cabeza. —Sigge sonaba completamente indiferente a lo que decía—. Juguetes.

A Loa se le revolvió el estómago ante la imagen que se le estaba formando.

—Oh, Dios mío.

—Tenemos otras pistas en marcha —dijo Sigge—. Después te contaré. Concéntrate en Karin Kennedy por ahora.

Justo cuando Loa colgó, el móvil le vibró en la mano. Cuando vio el nombre

en la pantalla, suspiró sonoramente. “Mamá”.

Agneta Bergman tenía una extraña habilidad para percibir las cosas. Cortó la llamada y escribió un mensaje de texto.

Es un mal momento. ¿Qué quieres?

Aparecieron tres puntos en la pantalla y luego desaparecieron. Unos segundos después, el teléfono volvió a sonar. Entonces, se sintió obligado a atender. Siempre era así: ella lo controlaba incluso aunque él se resistiera.

—¿Hola? Como te decía, estoy un poco ocupado —dijo casi con prudencia, para no molestar a los demás viajeros que lo rodeaban.

—¿Tan ocupado que no tienes tiempo de hablar con tu madre?

—Estoy trabajando —respondió.

—Aun así, me entristece.

Al oír su voz arrastrada, se dio cuenta de que no había hablado con ella desde su cumpleaños, el primero de julio. O, mejor dicho, el dos de julio, cuando ella decidió llamar, porque no era muy precisa la fecha que celebraban. Después de pasar el verano anterior en Mariestad, Loa había decidido que tenía que prescindir de su madre. La culpa y la vergüenza que ella proyectaba sobre él le habían dolido más de lo que quería admitir, pero ahora tenía que aprovechar la oportunidad de forjar su propia vida, sin ella. Aún no sabía qué había hecho su madre con el dinero del depósito de su apartamento, que él le había prestado y que se había esfumado, ni cuál había sido el papel de Agneta en la desaparición de Julie Möller el año anterior. Por supuesto, no le había dicho que ahora poseía un apartamento valorado en más de 30 millones de coronas suecas.

Agneta siguió hablando de lo de siempre: sus conflictos y el deterioro de su salud. Loa miró el avión que rodaba por la pista y murmuró algo parecido a una respuesta. Finalmente, se hartó.

—Mira, estoy a punto de tomar un avión. Ya hablaremos otro día.

—¿Adónde vas? —Sonó como si estuviera ofendida porque él la había interrumpido.

—Lo siento, es un secreto. Pásalo bien.

Colgó.

La sensación de apartarla, de desconectar su voz, le quitaba el aliento. Ella ya no tendría influencia sobre él.

Al mismo tiempo, una azafata rubia y de edad madura se situó en el

mostrador de embarque y se inclinó sobre el micrófono.

—En unos momentos comenzará el embarque del vuelo UA069 a Chicago.

¿Dónde estaba Linda Hamilton?

Embarcó y estaba a punto de abrocharse el cinturón cuando la vio en el pasillo, un poco encorvada, aunque no estaba ni cerca de tocar el techo.

"Tiene los mismos delirios de grandeza que Danijela", pensó.

—Maldito taxista. Lento —gimió Linda mientras se sentaba a su lado. Se alisó la blusa roja brillante y se arregló un gran collar dorado que seguramente había hecho sonar el detector de metales.

Loa se contuvo para no preguntarle cuándo había pedido realmente el taxi. A veces deseaba ser más como ella, no tan puntual y puntilloso.

Las azafatas pidieron a los pasajeros que apagaran los móviles y empezaron su demostración de las medidas de seguridad, mientras Linda seguía navegando tranquilamente en su teléfono.

Durante el despegue, Loa contó hasta veinte en silencio para sí. Solo cuando llegaron a una distancia segura del suelo se atrevió a relajarse.

Abrió su ordenador y lo encendió. Cuando se conectó al wifi, vio que había recibido un nuevo correo electrónico de Katarina. Ya estaba levantada y trabajando.

"Actividades en Suecia tras el regreso" era el asunto.

Miró discretamente a su alrededor para asegurarse de que nadie miraba su pantalla, pero todos parecían sumidos en sus pensamientos. Linda se había recostado en su asiento y miraba a una joven Sarah Jessica Parker: estaba viendo viejos episodios de *Sexo en Nueva York*.

El primer documento era un certificado de empleo. En febrero de 1984, Karin Kennedy había comenzado a trabajar en el McDonald's de Kungsgatan. Trabajó allí hasta el otoño de 1989. Al mismo tiempo, empezó unos cursos en la Universidad de Estocolmo en la primavera de 1985. El tercer documento daba fe de una licenciatura en Ciencias Políticas, que había obtenido en el semestre de primavera de 1990. Dos años más tarde, se convirtió en concejal del Ayuntamiento de Estocolmo. En 1998, fue elegida diputada suplente del Parlamento sueco y su carrera despegó en serio.

Loa se inclinó hacia atrás. En los Estados Unidos, Karin Kennedy se había convertido rápidamente en una estrella como oradora y como velocista, y estaba a punto de ir a Harvard. Luego, mucho más rápidamente, ese panorama

había sido sustituido por malolientes cocinas de hamburguesas y un período prolongado en los pasillos deprimentes de la Universidad de Estocolmo.

En Chicago, todo parecía haber ido sobre ruedas. En Suecia, parecía que todo había sido al revés, como si su vida se hubiera detenido durante mucho tiempo.

Lena no figuró en ningún registro hasta que empezó a estudiar Derecho en Uppsala en 1985. Se casó en aquel verano y dos años después, nació su hijo Joakim. A pesar de ello, se licenció en 1990 y aquel mismo año empezó a trabajar en la Cámara de Comercio de Estocolmo. A mediados de los noventa, trabajó para la poderosa familia Wallenberg en varios cargos de alta responsabilidad hasta que fue convocada inesperadamente por el Ministerio de Asuntos Exteriores para el puesto de secretaria de gabinete en 2014. La oposición se enfureció por el nombramiento y utilizó palabras tales como "nepotismo". El paso de Lena por el mundo empresarial también suscitó dudas sobre conflictos de intereses.

Al cabo de un tiempo, las críticas amainaron, como con tantas otras cosas. Loa apagó el ordenador. Una animación de un globo terráqueo brilló en la pantalla que tenía frente a él en el respaldo del asiento de delante. Loa siguió el recorrido del avión en el mapa; pronto cruzaron la frontera noruega. Según el reloj de la esquina inferior izquierda, faltaban más de siete horas para llegar.

¿Qué más tenía para seguir, aparte de su presentimiento? Se dio cuenta de que tendría que avanzar más o menos a tientas cuando llegaran.

Pero si había ocurrido algo tan grave como para que la propia hermana de Karin Kennedy la considerase incapaz de ser primera ministra, él tenía que averiguarlo.

1980

La vista hizo que a Karin se le revolviera el estómago, tanto que tuvo que retroceder unos pasos para alejarse del ventanal, de su madre y de Pete. Jadeó para recuperar el aliento y sintió el vaivén bajo los pies. Lena estaba aún más lejos, pálida.

La familia estaba a cuatrocientos cuarenta y dos metros sobre el suelo y, al parecer, desde allí se veían cuatro estados: Illinois, Indiana, Michigan y Wisconsin. Estaban en la cima de la Torre Sears, el edificio más alto del mundo.

Todo lo que había más abajo parecía de juguete, una miniatura. Karin pensó que el cuerpo se le haría añicos si se cayera y aterrizara en el suelo. La idea era descabellada, pero no podía quitársela de la cabeza. Unos años antes, Pete había participado en la construcción del edificio, pero por alguna razón no habían ido a verlo nunca hasta ahora. Ella era la encargada de la excursión de ese domingo y sabía que Lena tenía más miedo a las alturas que ella, pero, como de costumbre, su hermana no había discutido la elección. A veces a Karin le parecía que Lena se desvanecía en el nuevo país. Trataba de adaptarse, de hacer amigos, pero cuanto más lo intentaba, más rápido alejaba a la gente. Pete Kennedy ni siquiera se esforzaba por ocultar que prefería a Karin. A menudo presumía de la destreza de su hijastra como corredora, pero le interesaba más lo que él llamaba su inteligencia política. Para alivio de Karin, Pete ni siquiera miraba los resultados de sus exámenes. Mamá Inger estaba absorta en clubes de lectura y eventos sociales, y no tenía ni tiempo ni energía para fijarse en lo que ocurría en la vida de sus hijas.

Karin había oído a Inger y a Pete hablar frente al televisor cuando creían que nadie los oía:

—¿Qué será de Lena? ¿Por qué no sale a ver a sus amigos? No puede quedarse sentada en su habitación.

—Va a estar bien, ya lo verás —había dicho Inger.

—En cambio, Karin… —había agregado Pete tras darle un trago a su cerveza —. Esa chica tiene algo. Tiene talento.

Inger había soltado una risita y había cambiado de canal.

—¿Qué te parece si invitamos a alguien el próximo fin de semana?

En la Torre Sears, Karin se acercó a la ventana de cristal. El viento arreció otra vez y las manos se le humedecieron de sudor.

Entonces, pensó en cuánto confiaba Pete en ella. Apretó los dientes y dio otro paso hacia el cristal.

—¿No es increíble? —dijo Pete poniendo la mano en el hombro de Karin mientras ella apoyaba toda la cara contra la ventana. Ella le devolvió la sonrisa, antes de voltearse rápidamente para ver a Lena mirarla con envidia.

CAPÍTULO 32

Loa y Linda contemplaban una casa de tres plantas de piedra oscura. Estaban en West Rosehill Drive, en el suburbio de Andersonville, donde las casas se alineaban ordenadamente rodeadas de grandes y frondosos robles. Una calle ancha cortaba la zona residencial por la mitad. A bordo del avión, Loa había leído que Chicago había sido la segunda ciudad con más población sueca a principios del siglo xx: en la zona norte había muchos inmigrantes suecos. Durante el trayecto en taxi desde el aeropuerto habían visto una gran estatua del caballo tradicional de la provincia de Dalecardia cerca de la estación del metro. Al parecer, también había un museo de Ikea y varios sitios para la típica pausa del café con un dulce.

En lugar de registrarse en el hotel, habían ido directamente a la zona donde había vivido la familia Kennedy entre 1978 y 1983. Con suerte, los propietarios actuales de la casa tal vez supieran algo sobre los anteriores.

Loa subió las escaleras y llamó al timbre. Linda fue detrás de él. El tiempo era más fresco allí y Loa se dio cuenta de que iba poco abrigado: tiritaba dentro de su fina chaqueta.

Se abrió la puerta y una mujer de pelo plateado los miró con severidad.

—¿Sí?

Loa bajó un escalón.

—Somos de un periódico sueco y estamos escribiendo sobre nuestra ministra de Asuntos Exteriores, que, según tenemos entendido, vivió en esta casa en los años setenta.

—¿Y? —Llevaba una gabardina beis, que mostraba claramente que estaba a punto de salir.

—Karin Kennedy. ¿No conoce a nadie de la familia?

—No, no. Solo hace unos pocos años que vivimos aquí. En realidad, no tengo ni idea de quién vivía aquí antes. Ahora tengo prisa, voy a una audiencia judicial. —La mujer levantó ostentosamente su maletín antes de bajar con energía las escaleras y meterse en el coche que estaba aparcado en la entrada.

—Qué borde —dijo Linda.

Loa suspiró y echó a andar de nuevo hacia la calle. Al pasar junto a un enorme arce, las hojas anaranjadas crujieron al viento. Entonces, oyó un graznido. Se dio la vuelta y vio a un anciano afroamericano que estaba de pie junto a la casa y los observaba con un rastrillo en las manos. Iba vestido con un mono azul.

Linda miró a Loa y le hizo un gesto que significaba: "Deja que me ocupe yo".

—¡Hola! —dijo abriéndose paso entre las hojas hacia donde estaba el hombre.

—Les pido disculpas por mi jefa. —El hombre se quitó la gorra y se la apoyó contra el pecho—. Se pone muy desagradable cuando está estresada. Su marido falleció hace unos años, así que ahora lo único que le queda es su trabajo.

Hablaba con un profundo acento sureño.

—¿Usted se ocupa del jardín? —preguntó Linda.

—Llevo muchos años cuidando los jardines de todo el mundo aquí —respondió el hombre.

A Loa le dio un vuelco el corazón. Esta podía ser la fuente de oro.

—¿Trabajó para los Kennedy? —preguntó Linda ladeando la cabeza. Parecía que intentaba imitar un poco su acento.

—Por supuesto. —El hombre apoyó el rastrillo en la fachada de piedra de la casa—. Pero por poco tiempo. Empecé a principios de 1983, exactamente dos años después de que Ronald Reagan asumió como presidente. —Le temblaba toda la parte superior del cuerpo.

Loa dio unos pasos hacia delante.

—¿Qué recuerda de la familia? —preguntó. Era un buen comienzo. Casi demasiado bueno.

—No mucho, en realidad. Yo venía una vez a la semana por las mañanas y en ese horario solo estaba la madre, pero siempre estaba ocupada con su propio trabajo.

—¿Cómo fue el verano de aquel año, cuando se mudaron?

—La casa se quedó vacía durante unas semanas y yo me ocupé del jardín de todas maneras, aunque no me pagaran. Pero luego vino una nueva familia y, para ser sincero, eran más amables y pagaban mejor. —El hombre desvió la mirada y se quedó pensativo—. Ella estuvo aquí —respondió distraído—. Yo estaba cortando el césped, pero estoy seguro de que era ella. Estaba en la escalera y la echaron igual que a ustedes.

Linda ladeó la cabeza, confusa.

—¿Quién?

—La hermana triste.

—¿Lena? —preguntó Loa.

El hombre asintió.

—Ella no me vio. Si me hubiera visto, me habría saludado. Era la única de la familia que era amable.

—¿Cuándo estuvo aquí? —quiso saber Loa.

—El verano pasado.

—¿Recuerda cuándo?

El hombre ni siquiera pensó.

—El miércoles 14 de julio. El día del cumpleaños de mi nieta.

Loa buscó en su memoria cuándo había tenido lugar la cumbre. Del 14 al 18 de julio. Lena Bauer, secretaria del gabinete del Ministerio de Asuntos Exteriores, se había tomado la molestia de visitar su antigua casa el día de su llegada, en plena cumbre internacional, cuando lo más probable era que tuviera que trabajar las veinticuatro horas del día. Era increíble que hubiese ido por motivos puramente sentimentales.

—¿Estaba sola?

—Sí, vino en taxi.

—¿Oyó lo que quería?

—No. Pero solo estuvo aquí un minuto. Luego se fue.

—Gracias por su ayuda —respondió Linda con una amplia sonrisa. Loa no estaba tan convencido de que el hombre hubiera terminado su historia.

—¿Y después? —preguntó.

El hombre volvió a tirar del rastrillo y asintió.

—Bueno, por casualidad vi hacia dónde se fue después.

"Por casualidad". Los curiosos eran las mejores fuentes.

—¿En serio?

—Fue a casa de la familia Hansen, justo enfrente. —Loa y Linda se volvieron al mismo tiempo y vieron una casa de ladrillo similar con una puerta de color marrón oscuro. Había un Volvo gris aparcado en la entrada.

—¿La familia Hansen? —preguntó Loa.

—Viven allí desde los años sesenta. Según tengo entendido —añadió, aunque obviamente lo sabía.

—¿Vio si Lena entró en la casa? —preguntó Loa.

El hombre frunció los labios, como si lo hubieran pescado fisgoneando.

—Se ve que es usted muy observador. Eso es bueno —lo aduló Loa.

—Estuvo allí más de una hora, después de que Hansen la dejara entrar.

Una hora. ¿Solo hablaron de viejos recuerdos, entonces? Tal vez sí. Durante ese tiempo, es posible averiguar algo del pasado.

—Vaya, debían de estar muy unidos en aquel entonces
—indagó Linda.

—Bueno, no lo sé. Pero el padre de la familia era muy amigo de Hansen, más que la mayoría. Hansen conocía a casi todo el mundo por aquí, después de todos sus años de servicio.

—¿Servicio? —preguntó Loa, y percibió el tono ansioso de su voz. Pero ahora, probablemente, no importaba.

—Sí, Hansen fue el jefe de la policía de aquí hasta que se retiró.

Loa se volvió hacia la casa y luego hacia Linda, que tenía los ojos muy abiertos.

—Gracias por la ayuda. Creo que iremos a ver si tiene algo que contarnos.

—Buena suerte —respondió el hombre en tono amargo y empezó a rastrillar las hojas de nuevo.

CAPÍTULO 33

Loa se dio cuenta de que la casa de piedra no solo tenía el mismo aspecto que la de los Kennedy. El timbre también sonaba igual: tres sonidos ascendentes, tintineantes y con eco.

Pasó medio minuto. Después, abrió la puerta un hombre que, a primera vista, confirmaba todas las ideas preconcebidas sobre cómo debía ser el aspecto de un jefe de policía estadounidense retirado. Pelo canoso, cejas pobladas, estatura por debajo de la media, camisa blanca metida por dentro de unos vaqueros claros y unos ojos oscuros y escépticos. Salió a los escalones y cerró la puerta tras de sí. Ningún desconocido vería su vestíbulo.

—¿Puedo ayudaros en algo? —La voz de Raymond Hansen era profunda e impresionante. Un ligero temblor de su cuerpo sugería que debía tener unos ochenta años, pero, por lo demás, parecía inusualmente jovial.

A Loa siempre lo estresaba hablar con hombres duros como él. Tragó saliva.

—Somos periodistas. De Suecia.

—¿Sí?

—Si hemos entendido bien, usted lleva viviendo aquí mucho tiempo y podría ayudarnos con algunas preguntas.

Raymond suspiró y miró al otro lado de la calle, al jardín. La fuente se había delatado.

—¿Preguntas?

—Estamos escribiendo acerca de Karin Kennedy, quien vivió enfrente hace muchos años. Al parecer, al mismo tiempo que usted.

El exjefe de policía no movió su cara ni un milímetro.

—Vivió aquí unos años. Hace mucho tiempo.

Las palabras le salieron ásperas y entrecortadas, como si no quisiera decir ni una de más.

—Pero su hermana Lena estuvo aquí justo el año pasado, ¿no? —dijo Loa—. Eso no fue hace tanto tiempo —añadió como una provocación deliberada.

Otro suspiro.

—Bueno, puede ser. —Meneó la cabeza—. Perdone, pero ¿sobre qué está

escribiendo?

Loa volvió a tragar saliva. Linda se quedó en silencio detrás de él, asimilando el malhumor sin hacer nada por remediarlo.

—Va a haber elecciones en Suecia y estamos haciendo perfiles de los candidatos. Probablemente sepa que Karin es la ministra de Asuntos Exteriores y que la están promocionando como la próxima primera ministra…

Raymond Hansen resopló cansado.

—¿Y tienen que venir a un suburbio de las afueras de Chicago?

—Ella se crio aquí, por eso es interesante. —Loa buscaba las palabras adecuadas.

La puerta se entreabrió y se asomó una mujer.

—Cariño, ¿quiénes son?

—Nadie, Ann Margret. Ya se iban. —Empezó a empujar la puerta para cerrarla.

—¿Qué hizo Lena aquí durante más de una hora el verano pasado?

Raymond Hansen miró a Loa con desagrado. Luego, cerró de un portazo. Se oyó la cadena de seguridad cuando la enganchó.

Había una estatua de yeso de Jesús en los escalones. La pintura se había descascarillado un poco.

1981

Karin Kennedy se alisó la camisa y entró en el comedor en penumbra. Intentó relajar el rostro para parecer lo más sorprendida posible cuando se encendieran las luces.

Solo había recibido un enigmático mensaje sobre cuándo y dónde debía estar, pero ya sabía lo que le esperaba. Pete lo había estado planeando durante meses en el mayor de los secretos, pero sus amigas de la escuela se lo habían contado.

Su decimosexto cumpleaños era un hito importante de su vida en los Estados Unidos. *Sweet sixteen*.

Cerró la puerta tras de sí y se adentró en la oscuridad.

Entonces, se encendieron las luces. Todo el techo estaba lleno de globos de helio rosa. Delante de ella había un grupo de unas cincuenta personas. Su madre, Inger, con un vestido rojo, estaba en el centro junto a Pete, que vestía un traje a medida. La muleta que a veces necesitaba usar cuando le dolía demasiado la cadera estaba apoyada en un rincón. Karin no vio a Lena.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todos a coro.

Karin se llevó las manos a la cara y gritó: "¡Dios mío!" en tono histérico, bastante teatral. Si habían hecho todo eso para ella, más le valía esforzarse.

Pete la abrazó.

—Todo lo mejor para mi niña —le susurró al oído.

—Gracias, papá —respondió ella, y se detuvo al oír lo que había dicho. "Papá".

¿Fue entonces cuando sustituyó a Börje por Pete?

Él no dijo nada, pero obviamente se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir.

De pronto, sin saber cómo, Karin tenía una cerveza en la mano. No sabía quién se la había dado. En realidad, faltaban cinco años para que fuera legal bebérsela. Miró al jefe de policía, Raymond Hansen, que estaba hablando con su madre. Era el amigo más íntimo de Pete y ambos se reunían a menudo. Cuando Raymond estaba en su casa con la familia, siempre dedicaba un rato a

conversar con Karin. “La próxima alcaldesa de Chicago”, solía llamarla, haciendo un saludo burlón. Aún llevaba puesto el uniforme y el arma era claramente visible bajo la chaqueta. Le guiñó rápidamente un ojo, como si le estuviera dando su bendición.

Ella articuló un “gracias” con los labios y bebió un trago. Levantó el vaso de cerveza en el aire y brindó hacia lo lejos.

De fondo sonaron las primeras notas de “Gimme gimme gimme”, su canción favorita de ABBA, y ella se lanzó a la pista de baile. La gente se agolpó a su alrededor, y cuando Karin levantó las manos al aire los demás hicieron lo mismo.

Fue en medio de un paso de baile cuando lo vio. Entró por la puerta principal vestido con una chaqueta de cuero oscura. Llevaba el pelo despeinado. Le brillaron los ojos cuando lo vio y el corazón le dio un salto. En apariencia, solo era su entrenador que venía a felicitar a su mejor deportista. Karin hizo un esfuerzo por no mostrar ninguna reacción. Nadie debía sospechar nada. Y al mismo tiempo, no podía ocultarlo.

Que estuviera prohibido lo hacía aún más excitante.

CAPÍTULO 34

—Seguro que esconde algo —dijo Linda mientras sacaba una Coca-Cola de la nevera. Se habían alojado en el hotel Hilton, que estaba situado en la Magnificent Mile; el agente de viajes del periódico había hecho las reservas a última hora. Compartían una habitación que daba al río Chicago, y en cuanto cruzaron el umbral Linda se había reservado la cama de matrimonio y había movido la individual contra la pared opuesta. La avenida relucía debajo.

—Es policía, debe de desconfiar de todo el mundo —dijo Loa dando un mordisco a la pizza que habían comprado y llevado a la habitación. Tenía mucho queso y masa gruesa, y era una especialidad de Chicago.

La diferencia horaria los perseguía. Era primera hora de la tarde, pero ambos estaban cansados y hambrientos. Loa sintió que la ansiedad se apoderaba de él y consideró la posibilidad de tomarse un Atarax, porque sentía el cuerpo fuera de combate.

—Quizá solo quería ser leal a Lena.

Linda resopló.

—Se puso rígido en cuanto le nombramos a la familia Kennedy. ¿No lo viste?

—Tal vez tengas razón. —Loa dio otro bocado. Se le cerraban los ojos. ¿Qué hora era en casa? Empezó a calcular, pero lo dejó—. Bueno, lo que sabemos es que Lena Bauer se escapó en mitad de la cumbre para intentar, primero, entrar en su antigua casa y, luego, ir a ver a Raymond Hansen. Una reunión que él ni siquiera confirma que haya tenido lugar. Nuestra única fuente es un jardinero fisgón.

—Pero recuerda, ella estuvo allí durante una hora.

—¿Crees que es mucho o poco? —preguntó Loa.

—Supongo que depende de para qué.

Loa se comió el resto de su porción de pizza. No estaba satisfecho con la respuesta.

—Había algo que ella quería averiguar. Algo que tenía entre manos. ¿Por qué, si no, iba a ir hasta Andersonville?

—Linda se había quitado la bandana y se había dejado sueltos los rizos oscuros,

que peinó suavemente con los dedos. Se quedó pensativa un momento y luego dijo—: Y ahora, ¿qué hacemos?

—Hemos identificado a la persona que pudo haberle dado a Lena Bauer algún tipo de respuesta.

—¿Vamos a la policía?

—No veo otro camino. Sabemos que ella lo visitó y cuando le preguntamos al respecto, él se mostró a la vez enfadado y cerrado. Eso significa algo, ¿no?

Loa se sentó en un sofá y se quedó mirando la pantalla del ordenador. Por el rabillo del ojo, vio a Linda ir a su cama, donde se acostó y empezó a mirar su teléfono. Loa pensó que ella podría dedicarse a editar las fotos que había tomado en Andersonville, pero no era su trabajo organizarle el tiempo. Linda no tenía experiencia en trabajos de investigación y enseguida Loa echó de menos tanto la habilidad de Katarina como la de Danijela para escarbar en los registros públicos y en los rincones oscuros de internet. Ahora estaba abandonado a su suerte para rastrear datos sobre Raymond Hansen. En un artículo publicado cuando se jubiló, dieciséis años atrás, Loa leyó que había sido comandante del Distrito Veinte más de treinta y cinco años. Había ascendido rápidamente de oficial de patrulla a sargento y, luego, a jefe de policía.

Junto a la foto de su fiesta de despedida había un retrato suyo vestido de uniforme y con gorra. Varias estrellas e insignias le engalanaban todo un brazo y el pecho.

Su carrera se vio coronada por una ceremonia en la jefatura de policía en la que fue homenajeado por el alcalde. Raymond Hansen, según el artículo, había dedicado toda su vida a hacer de Chicago una ciudad más segura.

Loa hizo *zoom* en la cara del hombre.

"¿Qué hizo Lena en tu casa?", pensó.

—¿Encontraste algo? —preguntó Linda desde la cama.

—Parece haber tenido una carrera intachable. Pero esa es la impresión que siempre te llevas cuando lees sobre la vida de alguien que se jubila.

—Humm. —Linda había dejado de escuchar y volvía a mirar el teléfono. Seguramente estaba comprando jerséis negros de Totême por cinco mil coronas.

Se oyó un zumbido en la mesita. "Danijela", pensó Loa. Era el momento en que anunciaría que todo había ido bien. Que estaba bien. Que estaba de regreso en Suecia. Pero en la pantalla apareció el nombre de Katarina

Sundman. Allí ya era tarde, probablemente cerca de medianoche. Encendió el altavoz y le hizo un gesto con la mano a Linda. Ella se levantó de la cama y cruzó la habitación para sentarse frente a él.

—Hola —dijeron los dos a coro.

—Hola. ¿Cómo os va?

—Más o menos —respondió Linda.

A Loa le irritó esa respuesta, pero no era mentira. No se habían acercado mucho a averiguar lo que Lena Bauer pretendía confiarle a Sigge. Loa le habló a Katarina de la visita a Andersonville y del testimonio del jardinero.

—¿Y tú qué has encontrado? —le preguntó.

—Encontrar, lo que se dice encontrar… —le respondió Katarina—. Es más bien una observación.

—Cuéntanos.

—Leí los informes sobre el viaje de Karin Kennedy a los Estados Unidos. Dos reporteros suecos, uno de la Radio Sueca y otro del *Dagens Nyheter*, cubrieron la visita. Iba a reunirse con el vicepresidente, así que la noticia tenía algo de importancia.

Linda se apoyó en el minibar y tomó una bolsa de M&M's que abrió de un tirón. Se metió un puñado en la boca.

—Todo se insinúa entre líneas, por supuesto —continuó Katarina—. Pero la sensación es que Karin estaba mal preparada. Pronunció un discurso lleno de rarezas y respondió incoherentemente a las preguntas de los periodistas. Os acabo de enviar por correo electrónico un reportaje que se emitió aquí por la radio. Escuchadlo a partir del segundo treinta.

Loa cogió su ordenador y puso Play en el reproductor. Quien hablaba era la ministra de Asuntos Exteriores. Se oyó un resoplido.

—Tengo que pedirles que vuelvan en otro momento. —Se oyó un murmullo del periodista—. Como ya he dicho, tengo que pedirles que vuelvan más tarde. —Otro murmullo, ahora en tono un poco más alto y más agitado—. Hagamos una pausa aquí. Tenemos una agenda muy apretada.

Loa entendió lo que Katarina quería decir: Karin Kennedy nunca sonaba así. Ella siempre podía eludir las preguntas incómodas, y el hecho de que hubiera respondido de esa manera era llamativo.

—Tal vez tuvo un mal día —dijo Loa.

—O su compañera de trabajo más cercana había desaparecido —respondió Katarina.

—¿Desaparecido? Lo único que sabemos con certeza es que el 14 de julio cogió un taxi para ir a Andersonville. Nada más.

—Revisé todas las fotos de la cumbre, de todas las agencias de noticias. Cuando la delegación llega al aeropuerto de O'Hare, se ve a Lena Bauer junto a Karin Kennedy. Ya la tienes en la bandeja de entrada de tu correo electrónico. Y también todas las demás fotos.

Loa dejó que la primera imagen llenara la pantalla. Karin Kennedy caminaba al frente, vestida con un traje azul marino y una suave sonrisa, obviamente consciente de que todo lo que hacía estaba siendo registrado. Un paso por detrás iba Lena Bauer. Camisa blanca, pelo más corto, un poco más rellenita, dos credenciales colgadas del cuello con cordeles, una carpeta de cuero oscuro abierta que leía mientras caminaba.

—Parece que todo estuviera en orden —dijo Loa en tono interrogante.

—Avanza un poco más —respondió Katarina.

Loa hojeó las fotos. Karin Kennedy entre hombres trajeados. Karin Kennedy con el vicepresidente de los Estados Unidos. Karin Kennedy en una conferencia de prensa.

—No se ve a Lena por ninguna parte —dijo Loa. Pensó que la ministra de Asuntos Exteriores parecía desamparada. Se veía más cansada a medida que transcurrían los días.

—Exacto —respondió Katarina.

—Quizá Lena estaba enferma —intentó decir Loa, pero su instinto le dijo que la verdad iba más en la línea de la pista que estaban investigando.

Lena descubrió algo. Una vez de regreso en Suecia, la despidieron. Al final, no vio otra salida que recurrir a Sigge.

—Me tomé la libertad de contactar a los organizadores de la cumbre. —Loa seguía impresionado por la eficiencia de Katarina, su habilidad para ponerse en acción—. Llamé al coordinador de la secretaría; me presenté sinceramente como investigadora y dije que solo quería comprobar cierta información. Esta persona me confirmó que Lena Bauer había abandonado la delegación pocas horas después de llegar.

—Sí, eso ya lo sabemos —respondió bruscamente Loa. Tenía la sensación de que debería haber sido él quien hubiera obtenido esa información, no alguien sentado en su casa en Suecia.

Mientras Sigge no dijera lo mismo… Había rumores de recortes de personal en el periódico y lo último que Loa quería era que la dirección se reuniera en

secreto y llegara a la conclusión de que él ya no estaba a la altura. Aunque tal vez eso fuera cierto últimamente.

—Al parecer, se armó un buen lío cuando se marchó —dijo Katarina.

—Perfectamente comprensible.

—El asesor político de Karin, Martin Pax, tuvo que intervenir. Fue él quien asumió la secretaría del gabinete cuando Lena tuvo que marcharse.

Linda buscó imágenes en Google y apareció una galería de fotos de un hombre de unos cincuenta años.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó Loa.

—No importa, porque ahora es cuando llegamos a la parte más interesante —dijo Katarina y continuó—: Al parecer, Lena Bauer no volvió con el grupo hasta unos minutos antes de que la comitiva partiera de nuevo hacia el aeropuerto.

Linda silbó despacio.

—Y eso no es todo. Solicité los gastos de viaje de la visita. Es decir, los recibos de todas las habitaciones de hotel y demás. Todo.

—¿Y?

—La habitación de Lena no se utilizó. Se dejó intacta durante el viaje. El hotel no la cobró.

—¿Estuvo fuera durante toda la cumbre? —preguntó Loa, desconcertado.

—Citando a la persona con la que hablé, "se la llevó el viento".

CAPÍTULO 35

No había ni un rayo de luz delante de Danijela. Se había despertado y había abierto los ojos, pero lo único que veía era oscuridad.

Todo había sucedido muy rápido. De la nada, había aparecido un hombre vestido con ropa militar y se había abalanzado sobre ella. Se le veía la mirada vacía a través de la capucha negra que llevaba puesta. No había dicho ni una palabra.

Danijela se había preparado para resistirse, con la adrenalina recorriéndole el cuerpo. Pero antes de que sus piernas y brazos pudieran reaccionar, el hombre la había aferrado, rápida y eficazmente. Se oyó un chasquido, probablemente el disparo de una pistola Taser. Después, todo se volvió negro.

Acababa de despertarse en ese lugar y no podía calcular cuánto tiempo había pasado. El hambre le devoraba el estómago.

Cuando se movió, se dio cuenta de que estaba inmovilizada. Tenía las piernas y las manos atadas con bridas. Los bordes afilados le cortaban la piel. Debajo de ella, sentía la aspereza del frío hormigón.

—¡Eh! —gritó, y se dio cuenta de lo seco que tenía el paladar. El grito no llegó muy lejos.

Poco a poco, los ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudo distinguir los contornos del lugar en el que estaba encerrada. Las paredes eran del mismo hormigón que el suelo. La habitación estaba vacía, con una excepción.

Delante de ella, en el suelo, había un acertijo de papel.

Se acercó y lo recogió con las manos atadas. Lentamente y con dificultad, consiguió desplegarlo y giró el cuerpo para leer lo que estaba escrito dentro. Tuvo que forzar la vista para distinguir las letras.

Sobreviviste.
Marija no.
¿No deberías haber sido tú?

¿Marija había muerto?

Imaginó frente a ella el rostro alargado, los profundos ojos azules y el pelo

rizado que su amiga siempre se apartaba de los ojos con un soplido. La risa ondulante y la postura orgullosa cuando lograba otro lanzamiento o forzaba a su oponente a caer al tatami. A Danijela le impactó la ironía de que solo unos días antes, cuando había ido al club de karate, no tenía ni idea de que todo esto iba a suceder.

Fue en un club de karate donde había comenzado la cadena de malas decisiones, una tarde nevada de noviembre en Slavonski Brod, la ciudad que estaba al otro lado del puente. La ciudad de la que Danijela decía que provenía, aunque era mentira. Los copos de nieve caían al suelo fuera de las estrechas ventanas. Los años ochenta pronto darían paso a los noventa.

La gran catástrofe estaba a la vuelta de la esquina.

Todo comenzó con el deseo de defenderse, dada la atmósfera que se respiraba en el país y los rumores que circulaban. Marija, Amela y Danijela eran las únicas chicas que se habían inscrito en la clase de karate y se subieron al autobús que las llevaba a la ciudad, donde se encontraba el único club de la región.

Ella era la que más había insistido. Era un poco más alta, un poco más fuerte, un poco más irreverente. Si su madre hubiera estado viva, le habría prohibido ir, pero ahora no había nadie que la detuviera. Había visto el cartel en el tablón de anuncios del pueblo. Las demás habían dudado un poco, pero finalmente se habían dejado convencer.

Cuando entraron en la sala, vestidas con la ropa amarillenta de segunda mano que Danijela había conseguido, once hombres las miraron fijamente. Olían a sudor y testosterona. El entrenador era Miro, solo unos años mayor que ellas, y les dio la bienvenida, aunque los demás parecían escépticos. Entendía que tener tres chicas era bueno para la dinámica del grupo. Era cálido, amable y les exigía a ellas lo mismo que a los demás.

Una noche a la semana se convirtió en tres y el tiempo pasó volando. Era embriagador controlar el cuerpo, poder aterrizar suavemente o derribar al oponente casi sin hacer ruido. El cuerpo de Danijela se volvió esbelto y fuerte. Poco a poco fueron aceptadas por los hombres. Miro sonreía discretamente a medida que ellas mejoraban cada vez más, casi más que los varones.

Fue en enero de 1992. Cuando las chicas llegaron al club, los hombres ya se habían ido hacía rato. Entendieron que algo había pasado.

—Cerrad la puerta —les había dicho Miro con tono exasperado.

Danijela no era tan tonta como para no entender por qué el ambiente era tan

extraño. La olla que había estado calentándose a fuego lento estaba a punto de hervir.

Cuando él fue al almacén y sacó las armas, le pareció tan absurdo que al principio se echó a reír. Cuando lo asimiló todo, se dio cuenta de lo grave que era.

Danijela recordó todo lo que había reprimido. Cómo la guerra se había infiltrado lentamente en su piel, en el país. De un día para otro, los antiguos amigos, vecinos y amores se habían convertido en enemigos acérrimos.

Miro estaba preparado. Lo había entendido todo antes que los demás.

"¿No deberías haber sido tú?".

En algún lugar dentro de sí misma, Danijela lo había sabido todo el tiempo, aunque había esperado y rezado por un milagro muchas veces. Había puesto a sus amigas en una situación imposible de resolver.

La deuda que había esquivado durante treinta años la golpeó tan fuerte que sintió que no podía respirar.

Todo estaba conectado. Las decisiones de aquel entonces tenían su castigo ahora.

CAPÍTULO 36

Loa Bergman miró las fotos de Martin Pax. Los ojos de color azul hielo lo miraban fijamente. Tenía el pelo rubio oscuro, espeso y peinado con raya en medio. Según la información que había conseguido obtener, Martin Pax tenía cuarenta y nueve años y vivía solo en un apartamento de tres habitaciones en la calle Adolf Fredriks Kyrkogata, en el centro de Estocolmo.

Loa buscó el número y llamó.

—¡Pax! —atendió con tono militar.

Loa se presentó y dijo que estaba escribiendo sobre la trágica muerte de Lena Bauer.

—¿Tiene algo que decir sobre ella?

—¿Por qué? No es una figura pública de interés para sus lectores, ¿o sí?

Loa cerró los ojos. Martin Pax parecía desconfiado, tal como él había temido.

—No cualquiera muere en la explosión de un barco en Croacia —dijo Loa —. Hay mucho interés y parece que era una persona enigmática.

—¿Eso era una pregunta?

—Sí.

—Trabajaba mucho.

—Parece que hubo un incidente cuando ustedes fueron a Chicago. Tenemos información de que ella desapareció durante la visita.

—Se puso enferma —respondió bruscamente.

—Tenemos otra información que sugiere que…

—Oiga. —Martin Pax adoptó un tono de voz más duro y aún más decidido —. Tengo un Ministerio de Asuntos Exteriores del que ocuparme. Así que, si me disculpa…

Martin Pax colgó el teléfono. Loa se sintió como si lo hubieran regañado.

Linda lo miró desde el sofá.

—¿No funcionó?

—No. ¿Salimos un rato?

El lago Michigan estaba a solo unas manzanas del hotel. Los rascacielos espejados rodeaban el agua. A Chicago se la conoce como "la ciudad del

viento", especialmente en otoño, cuando predomina el clima ventoso. Pero aún no se notaba; el aire estaba en calma.

Caminaron rápidamente en silencio, pasando junto a turistas, dueños de perros y parejas que iban de la mano. Linda llevaba una bufanda negra espectacularmente larga y una boina roja. Con sus largas zancadas, parecía que simulaba desfilar en una pasarela de moda.

—¿Por qué un periodista sueco presente en el lugar no se dio cuenta de que faltaba la secretaria del gabinete? —dijo Linda cuando se detuvieron en un mirador.

—¿Quién sabe? —Loa se desabrochó el abrigo y miró hacia el agua oscura—. Los periodistas enviados suelen estar muy ocupados. Se podría pensar que están centrando su atención en la ministra durante una visita como esa, pero en realidad no funciona así. Hacen algunas entrevistas, escuchan las ruedas de prensa. Por lo demás, el trabajo es bastante aislado.

Linda se volvió hacia él.

—¿Y cómo es que nadie reaccionó cuando Lena Bauer se fue de pronto?

—Ocurrió en pleno verano. La mayoría de los periodistas políticos estaban de vacaciones. Cuando volvieron al trabajo, se vieron inundados de comunicados de los partidos. Supongo que ya nadie tuvo tiempo de escribir sobre ello.

Dejaron atrás el agua y se dirigieron de nuevo hacia el centro de la ciudad. Por casualidad, terminaron frente a The Bean, la judía plateada espejada de Picasso. Los turistas se tomaban divertidos selfis con los rostros distorsionados en la obra de arte. Loa se miró a sí mismo y se dio cuenta de lo que debía hacer a continuación.

Se dio la vuelta y empezó a caminar.

—¿Adónde vas? —le gritó Linda.

—Si me quejo de la cobertura, tendré que buscar yo mismo las pruebas que faltan —gritó sin volverse y se dirigió al *Chicago Tribune*—. Nos vemos en el hotel.

Chris Sullivan tenía el pelo claro y vestía una camisa blanca y una corbata negra. Loa le estrechó la mano con firmeza. El hombre que tenía delante en la recepción del edificio del periódico era innegablemente guapo, y Loa se esforzó por no aparentar que le gustaba.

—Bienvenido —le dijo—. Vine tan pronto como pude, espero que no hayas

tenido que esperar mucho.

—No pasa nada. Vine a probar suerte para ver si puedes ayudarme —respondió Loa.

Había enviado un mensaje de texto a Katarina, quien a su vez le había enviado otro a Chris, y un momento después estaba frente a él. Mientras Chris guiaba a Loa a través del control de seguridad, Loa le explicó los antecedentes de la investigación. Si querían seguir adelante, necesitaban un aliado sobre el terreno, alguien en quien confiar para que los ayudara a orientarse. Se lo contó todo, poco a poco, mientras subían un tramo de escaleras. Chris se volvió hacia él.

—Mierda.

Loa se rio nerviosamente.

—Veremos si la historia se sostiene.

—Si tienes éxito, ganarás todos los premios de periodismo que existen —respondió Chris, y acompañó a Loa a una sala austera con paredes de cristal y dos ordenadores al fondo. No se parecía en absoluto a una oficina de redacción de un periódico. Quizás la redacción estuviera en otra planta.

—Estoy en medio de un pequeño aprieto, pero siéntete como en casa —dijo Chris y luego, cerró la puerta.

Loa se sentó frente a uno de los ordenadores y movió el ratón. En la pantalla apareció un buscador con el logotipo del periódico. Según un texto que se veía en la parte inferior, contenía todos los artículos publicados desde la fundación del periódico, en 1847.

Loa comenzó por buscar a Raymond Hansen. Por razones obvias, aparecieron más resultados que cuando había buscado en Google: al menos un centenar de artículos. Echó un vistazo a los titulares. El oficial hablaba de varios casos importantes que había resuelto la policía. Aparte del artículo de homenaje por su jubilación, no había nada de carácter privado. En cuanto a su carrera, a primera vista no destacaba nada, pero Loa tendría que leer los artículos con más detenimiento. Eso tendría que ser una pregunta para más adelante. Exportó los artículos y se los envió a sí mismo por correo electrónico.

Apoyó los dedos sobre el teclado y miró la barra de búsqueda vacía. Se le ocurrió una idea: Karin era un nombre poco común en los Estados Unidos, y no era en absoluto imposible que algún periodista hubiera cometido un error. Los sistemas de los periódicos digitales no eran tan inteligentes como los

motores de búsqueda de internet; si se escribía mal un nombre, no se obtenían resultados.

Por intuición, eliminó la "n" al final del nombre. Buscó "Kari Kennedy".

Pulsó Enter y dejó que el ordenador hiciera su trabajo. Cero resultados. Probó otra vez y eliminó la "r": "Kain Kennedy".

Antes de que el sistema terminara de procesar, tuvo tiempo de preguntarse si la referencia a Caín podría ser simbólica. La página se actualizó.

Dos resultados. Su intuición había sido acertada: había más. Clicó en el primer artículo.

El 5 de abril de 1983, el periódico publicó una nota sobre una estudiante de último año de bachillerato, "Kain Kennedy", que había corrido doscientos metros en menos de veinticuatro segundos en un campeonato escolar. Habían tenido que revisar el sistema de cronometraje del estadio ante un tiempo tan notable.

La noticia era coherente con lo que ya sabía sobre ella: si la habían admitido en Harvard con una beca, debía de tener un talento excepcional.

Una foto pequeña, no más grande que dos sellos, estaba incrustada en el texto. Loa la amplió con unos pocos clics. El epígrafe confirmaba quiénes eran: "La talentosa atleta con toda su familia". Karin estaba de pie en la pista de atletismo con una medalla colgada al cuello. La mano de su madre, Inger, se apoyaba en su hombro. Lena miraba seriamente a la cámara y Pete tenía una gran sonrisa. Sostenía discretamente una muleta y llevaba pantalones claros que le llegaban por encima de la cintura.

Abrió el segundo artículo y allí lo encontró.

LA PROMESA DEL ATLETISMO SE PIERDE LA COMPETICIÓN

La atleta de Chicago Kain Kennedy, de 18 años, no competirá en los Campeonatos Estatales dentro de dos semanas por haberse roto el brazo durante la celebración del Cuatro de Julio, según su entrenador. "Está desolada por la lesión y ahora se concentrará en recuperarse lo antes posible", declaró Aaron Gardner al periódico.

La nota iba acompañada de lo que parecía ser una foto de archivo, ya que en ella Karin no se veía lesionada.

Tras regresar a Suecia, no parecía que se hubiera unido a ningún club de atletismo ni que hubiera competido en suelo sueco, ni siquiera una vez. Dado el excelente tiempo que se mencionaba en el primer artículo, podría haber estado en el equipo nacional.

Treinta y ocho años antes, se había roto el brazo el Día de la Independencia. Un mes después, regresó a Suecia y nunca más volvió a correr.

Algo le dijo a Loa que ese suceso ocultaba algo más grande, algo que de alguna manera conducía a una informante anónima en una iglesia de Estocolmo y a un velero incendiado en el mar Adriático.

Loa se levantó y se alejó del ordenador. Miró fijamente la sala en la que estaba, lejos del corazón palpitante del periódico. Cuando su rostro se reflejó en el cristal, se vio sonreír.

Se estaba acercando.

1983

Karin miró la bandera estadounidense que ondeaba frente a la cabaña de madera de color crema. Un quinteto de cuerdas con músicos vestidos de frac y sentados en sillas en el césped tocaba violonchelos y violines al unísono, mientras los coches, taxis y minibuses llegaban al aparcamiento. De los vehículos salían invitados elegantemente vestidos, con aire expectante. A todos les encantaba estar allí y nadie podía ocultar la alegría por estar entre los invitados.

Pete Kennedy tamborileaba con los dedos sobre el volante mientras esperaba en la fila para aparcar. Inger estaba sentada a su lado, retocándose el maquillaje con los labios fruncidos ante el espejo retrovisor. Karin se irguió en el asiento trasero y se miró en el mismo espejo.

Lena estaba quieta y parecía nerviosa. Cuando le había preguntado si realmente tenía que ir, Karin había visto a su madre mirarla y decirle:

—Piensa en toda la gente agradable que podrías conocer. Te vendrá bien salir un poco.

Las fiestas del Cuatro de Julio de Michelle Ingalls se comentaban en toda la ciudad. A diferencia de todas las demás fiestas que se hacían en el jardín junto a la casa de la familia Kennedy en West Rosehill Drive, esta siempre se celebraba en la casa de verano de la familia en New Buffalo, a tres kilómetros del distrito financiero central de Chicago, a orillas del lago Michigan. La tradición exigía una gran hoguera en la playa y un fastuoso espectáculo de fuegos artificiales al anochecer.

Cuando Michelle Ingalls tenía veinte años, se había casado con un multimillonario petrolero de Texas. Diez años atrás, a él le habían diagnosticado un tumor cerebral agresivo que acabó con su vida pocas semanas después. Desde entonces, la principal ocupación de su viuda era la caridad. Y organizar fiestas.

A Karin siempre le había caído bien Michelle. Parecía que no se avergonzaba

por nada. Además, solía llevarles pasteles y tartas recién horneadas para que Karin los disfrutara frente al televisor después de la escuela.

Michelle era el centro del vecindario y siempre se esforzaba por ser amable con cualquiera que estuviera un poco fuera de onda o fuese nuevo. Así fue como se había encariñado con Inger Kennedy unos años antes, y también por eso ellos, obviamente, estaban entre los invitados a la lujosa fiesta.

Todos en la familia Kennedy coincidían en que Michelle y su hija Billie, que estaba en la misma clase que las hermanas, eran tan diferentes como una madre y una hija pueden serlo.

—Billie heredó todos los defectos de su padre —solía bromear Pete en la mesa de la cocina cuando Karin le contaba alguna travesura nueva y turbia en la que se había metido Billie en la escuela. Al mismo tiempo, Karin era amiga de Billie porque se había dado cuenta de que era mejor tenerla de su lado que en su contra.

Billie tenía una imaginación muy viva, pocos escrúpulos y poco control de sus impulsos, una combinación de consecuencias devastadoras para cualquiera que se cruzara en su camino. Varios de sus compañeros de clase habían sido víctimas de su crueldad; el peor caso había sido el de un chico que fue expulsado durante todo un mes tras ser sorprendido robando todo el fondo común de la clase. En realidad, lo había hecho a instancias de Billie. Todo el mundo lo sabía, pero nadie se atrevía a decirlo por miedo de ser la próxima víctima.

Su madre, Michelle, era todo lo contrario a Billie. Había algo ingenuo y bondadoso en su suave acento de Dallas, que no había perdido a pesar de llevar treinta años en Illinois. Era consciente de que su cabello rubio y sus faldas ajustadas con volantes atraían la atención de los hombres. Pero la cruz y el anillo de boda que colgaban de su cuello indicaban que nunca habría otro hombre en su vida. Aún se consideraba casada, solo que con alguien que había fallecido. Karin solía pensar que la sonrisa vacía que mostraba al hornear un nuevo plato o vender papeletas de lotería los sábados a beneficio de un orfanato de África solo disimulaba una tristeza indeleble.

Ahora la observaba dirigir al personal del cáterin para que sirviera canapés y champán. De pie en el porche, con su collar de perlas, Michelle tenía un aspecto ligeramente estresado, como si quisiera parecer un poco agobiada y ocupada minutos antes de que comenzara la gran fiesta del año. La criada de la familia, Mei-Fen Li, cruzó el césped perfectamente cortado. Llevaba el mismo

uniforme que los tres hombres de la empresa de cáterin. La espesa melena oscura le caía sobre los hombros y la cicatriz de su operación de labio leporino era más visible ahora que el sol le daba en la cara. Sonrió débilmente.

Mei-Fen Li llevaba muchos años trabajando para Michelle Ingalls. Vivía en una habitación en el garaje, no tenía hijos y todavía hablaba un inglés bastante rudimentario. Al parecer, enviaba casi todo su sueldo a su familia de China cada mes. Según Michelle, Mei-Fen Li era feliz cuando le permitían pasearse con su plumero entre los perros de cerámica que decoraban el salón.

Karin no estaba convencida de que esto último fuese del todo cierto. Cuando Michelle no estaba en casa, Billie llamaba a Mei-Fen Li "Ching-Chong" y la maltrataba al exigirle que le llevara Coca-Cola y algo de picar a su habitación. Teniendo en cuenta eso y todo lo demás, Karin pensaba que Mei-Fen Li era un enigma que cuidaba diligentemente de la casa, temporada tras temporada. Año tras año.

—Esa sí que nunca tiene un día libre —susurró Inger cuando quedó satisfecha con el color de sus labios y vio a Mei-Fen servir champán a los invitados.

Lena se quedó en su asiento y no se desabrochó el cinturón.

—¿Vienes? —preguntó Karin mirando a su hermana.

Lena salió de sus pensamientos.

—Sí, claro —respondió, pero se notaba que no lo decía de corazón.

Karin salió del coche y cerró la puerta con la misma fuerza que su padrastro. Se ajustó el vestido rojo y tiró un poco del escote para que los senos se vieran más. Luego, esbozó su mejor sonrisa y se colocó al frente de las escaleras, lista para hacer su entrada. Mamá, Pete y Lena se quedaron detrás de ella.

Ya podía comenzar la fiesta.

CAPÍTULO 37

Loa se despertó a las cuatro en punto. Siempre había sido sensible a los cambios horarios, por muy cansado que estuviera. Linda estaba acostada de espaldas a él, con un antifaz con estampado de leopardo sobre los ojos. Loa se levantó de la cama y abrió la cortina. Había algunos coches en la avenida; en las ventanas de los hoteles al otro lado de la calle no se veían luces encendidas. La densa oscuridad rodeaba los altos edificios.

La ciudad dormía. En un breve sueño, antes de despertarse bruscamente, Loa le había acariciado el pelo a Chris Sullivan. El reportero del *Chicago Tribune* lo había acompañado fuera de las oficinas tras el descubrimiento en los archivos y le había prometido que lo ayudaría si necesitaba algo más.

En Suecia, el día había comenzado hacía horas. Cogió su teléfono móvil, ignoró todas las notificaciones que se habían acumulado y entró en la página web del periódico de la competencia.

Además de las noticias sobre lo ocurrido en Croacia, otro titular acaparaba la atención. El primer ministro, junto con Karin Kennedy, había visitado una escuela en Rinkeby donde habían presentado un plan para romper el ciclo de exclusión. Al parecer, varios miles de millones de coronas resolverían todos los problemas de segregación y delincuencia organizada. Observó la foto del hombre canoso y su princesa heredera. Un ministro de Asuntos Exteriores solo aceptaría ser parte de un proyecto así si tuviera planes más ambiciosos, pensó Loa. Karin Kennedy sonreía, habituada a las cámaras. Parecía notablemente imperturbable pese a la muerte de su hermana, ocurrida pocos días antes. A pesar del riesgo de que la consideraran insensible, tal vez quería transmitir que, después de todo, trabajar por el país era lo primero.

—Recuerdo cuando mi madre enviudó y debíamos cortar las salchichas *falukorv* en rebanadas muy finas para que duraran —había dicho Karin Kennedy a los periodistas—. Nadie debería sufrir la pobreza en nuestro país. Por eso es tan importante la movilidad social.

Ninguno de los periodistas que la acompañaban le preguntó qué hacía allí,

por qué no la había acompañado a las afueras de Estocolmo el ministro de Integración o, quizás, el de Economía.

Loa revisó lo que informaban los demás medios al respecto y descubrió que la conferencia de prensa había tenido un gran impacto. Las nuevas encuestas también mostraban que el partido había ganado una ligera ventaja en la opinión pública. Tenían el viento a favor.

Apareció un mensaje de texto de George en la pantalla, breve y al grano.

Ya basta. Voy a ir a la policía.

Loa entendía a George; esto había ido demasiado lejos. La idea de que la policía interviniera y se hiciera cargo lo hizo suspirar aliviado. Que Danijela pensara lo que quisiera al respecto.

Linda se movió en la cama, el edredón blanco se deslizó y ella murmuró algo en sueños. Loa entró en el baño, se duchó con un chorro de agua suave para no despertarla, se vistió, cogió su portátil y bajó al vestíbulo del hotel. La recepcionista lo saludó con la cabeza cuando se sentó en un sofá esquinero.

Loa llamó a George, que atendió inmediatamente.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó.

—Que no pueden hacer nada porque ella se fue allá voluntariamente —respondió George.

—¿Y las fotos de Anton?

—¿Qué fotos? —preguntó George retóricamente—. Estuve en su apartamento buscándolas, pero ya no estaban. Debe de habérselas llevado.

El alivio momentáneo que había sentido se desvaneció. Danijela tendría que valerse por sí misma y él no podía hacer nada al respecto. Cortaron la comunicación.

Loa abrió el ordenador para obligarse a pensar en otra cosa. Entornó los ojos para mirar la pantalla y pensó. Había visto suficientes películas como para saber que la fiesta nacional del Cuatro de Julio era sagrada en los Estados Unidos. Karin y Lena Kennedy tenían dieciocho y diecisiete años en aquel momento. Seguramente estaban en algún tipo de celebración cuando Karin se rompió el brazo, un mes antes de que la familia abandonara el país apresuradamente. No era descabellado imaginar que alguno de sus compañeros de clase o amigos supiera lo que había pasado.

Tras una búsqueda rápida en Google, descubrió que los anuarios escolares del

instituto St. Gregory the Great estaban en los archivos del ayuntamiento, que no abría hasta las ocho. Recién eran las cinco. Loa volvió a la habitación y vio antiguos episodios de *Las Kardashian* en la televisión sin sonido, tratando de relajarse y mirando el amanecer por la ventana hasta que Linda se despertó a las siete. Había visto las peleas y el amor entre las hermanas sin oír nada; bastaba con ver las rígidas expresiones faciales para seguir la intriga.

Salieron de la habitación y desayunaron en el comedor oscuro antes de dirigirse al ayuntamiento. En los archivos, que estaban cuatro pisos bajo tierra en el gran edificio de ladrillo, un amable archivista de pelo canoso los ayudó a encontrar tanto el catálogo de la escuela como el anuario de 1983. Loa y Linda se sentaron ante una mesa de teca al fondo de la sala. Linda empezó con el catálogo escolar, mientras que Loa revisó el anuario. La mayor parte del material consistía en *collages*, fotos y textos sueltos. Loa solo tuvo que hojear unas pocas páginas para darse cuenta de quién era una de las grandes estrellas de la escuela. Karin Kennedy no había sido reina del baile de graduación, pero los editores del anuario la habían nombrado Estudiante del Año y Atleta del Año. Sus éxitos en las carreras de velocidad se describían en una página completa.

Había posado en una foto con su entrenador Aaron Gardner mientras se preparaba en los tacos de salida, con las manos extendidas, una rodilla en el suelo y el trasero en el aire. Él tenía el pelo rubio y fino y estaba detrás de ella. Tenía las manos alrededor de sus hombros.

En el breve texto, Aaron contaba lo entusiasmado que estaba por el talento de Karin Kennedy: "No hay límites para su talento".

Pero después del verano había dejado de correr.

Linda se inclinó sobre el anuario.

—Qué chico más guapo —dijo señalando a Aaron.

Loa estuvo de acuerdo, por supuesto, pero se rio suavemente. No se atrevía a ser tan franco con ella como con Danijela. Con Danijela, podía decir casi cualquier cosa sin temor a ser juzgado. Linda constantemente ponía límites extraños y era capaz de enfadarse y acusar a Loa de ser sexista si él hacía un comentario en broma, a pesar de que ella misma no dudaba en criticar la apariencia de los demás.

Loa siguió hojeando el anuario. En una página completa, Karin Kennedy posaba nuevamente, esta vez en el escenario del auditorio de la escuela. Llevaba una chaqueta rosa y su rostro parecía franco y seguro. Le brillaban los ojos.

Estaba muy lejos de la mujer con bótox que actualmente aparecía en todos los periódicos de Estocolmo. En el texto, decía que aspiraba a una carrera política, quizás en el Congreso estadounidense.

"No nací en los Estados Unidos y, por lo tanto, no puedo ser presidenta. A mi padrastro le entristece mucho. Está pensando en intentar cambiar la Constitución", bromeaba en el texto. Linda cerró de golpe el catálogo de la escuela, que obviamente había terminado de revisar, movió la silla de tal manera que cruzó todo el sótano y se inclinó sobre el hombro de él para leer.

—Esa es una gran cita —exclamó señalándola por si Loa no la había visto.

—Creo que solo se es tan arrogante cuando se tienen dieciocho años y se piensa que el mundo entero está a tus pies —respondió él.

Recordó lo que él había dicho en el periódico escolar cuando se graduó. Que iba a ser periodista y que todo el mundo leería mucho más sobre él en el futuro. ¿Habría estado orgulloso de sí mismo el Loa de dieciocho años si hubiera podido ver el futuro? No estaba muy seguro de ello. En realidad, nada había salido como lo había planeado.

Loa volvió a examinar la foto de Karin Kennedy de joven. Su arrogancia la había llevado bastante lejos. Ahora estaba muy cerca de convertirse en primera ministra. ¿Era también la gran misión profesional de Loa detenerla?

A mitad del anuario, le llamó la atención la extraña ausencia de Lena. No había ninguna foto de ella ni ninguna mención. Era como si no hubiera ido a la escuela.

Probablemente, sus propios años de bachillerato se podían resumir de forma similar. Durante aquellos tres años, había querido llamar la atención lo menos posible, preferiblemente ser un fantasma, para evitar situaciones innecesarias en las que se metieran con él por ser débil, tímido o, lo peor de todo, gay. Quizás Lena tenía la misma estrategia: llamar la atención lo menos posible para causarse el menor daño posible.

No se podía decir lo mismo de su hermana.

Una doble página con el breve título "Mejores amigas" mostraba a las que habían sido elegidas las amigas más unidas de la escuela. La doble página mostraba ocho grupos de fotos. En todas había chicas. En la foto número seis, Karin Kennedy aparecía con una diadema ancha y la cabeza cerca de la de otra chica que llevaba una diadema similar. La leyenda decía que esa otra chica se llamaba Valerie Franklin.

No solo tenían la misma diadema, sino también el mismo peinado ondulado

y la misma amplia sonrisa. Tres frases resumían su increíble amistad: "Nos llamamos por teléfono cuando nos despertamos y antes de irnos a dormir. Entre medias, nos vemos todo el tiempo. Es genial encontrar a tu alma gemela".

Loa puso los ojos en blanco con fastidio y sospechó que Linda estaba haciendo lo mismo. Miró más de cerca a Valerie Franklin. Era la persona a quien había estado buscando. Si había alguien que pudiera saber qué había hecho Karin Kennedy aquel Día de la Independencia, era ella.

CAPÍTULO 38

—Murió —dijo Chris Sullivan por teléfono—. Valerie Franklin falleció de cáncer de mama en 2016.

Loa le había enviado la foto a Chris, quien había buscado en los datos del censo de los Estados Unidos.

—Mierda —susurró Loa, y el sonido resonó en la sala sin ventanas del archivo municipal. Un anciano que hojeaba un gran libro verde los miró con el ceño fruncido y las gafas en la punta de la nariz—. Eh… Lo siento. A veces este trabajo se hace un poco duro.

—Loa, sé lo que quieres decir. Pero tengo buenas noticias.

—Cuéntame.

—Su hermano John está vivo y trabaja como contable…

Loa sintió que volvía la esperanza.

—… y su oficina está a solo cien metros de donde estás ahora mismo —continuó Chris.

—Vamos para allá —respondió, y colgó.

Loa y Linda salieron del edificio, se adentraron en la amplia acera y se encontraron con un Chicago melancólico. La gente y los taxis amarillos pasaban a toda velocidad. Los golpeó un fuerte olor a gases de tubo de escape. La empresa de contabilidad donde trabajaba el hermano de Valerie se encontraba en un rascacielos. Loa se acercó a la recepcionista del vestíbulo y pidió hablar con John Franklin. Admitió que no tenía cita y que estaba probando suerte. La joven, que llevaba unos auriculares de plástico negros en la cabeza, pulsó los botones y habló discretamente por el micrófono.

—Vendrá enseguida —anunció.

Loa y Linda se sentaron en un sofá junto a una ventana. Hombres y mujeres vestidos con trajes sastre entraban en tropel al vestíbulo abarrotado y pasaban por unos torniquetes antes de desaparecer en los ascensores de cristal rumbo a los pisos superiores del edificio.

Diez minutos más tarde, John Franklin se acercó a ellos. Era de baja estatura,

tenía el pelo canoso y una mirada escéptica en los ojos oscuros. Llevaba un traje a rayas finas y tenía un poco de caspa en los hombros.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó mientras estrechaba primero la mano de Loa y luego la de Linda.

—Tenemos algunas preguntas que esperábamos que su hermana pudiera responder, pero tengo entendido que ha fallecido. Lo siento —dijo Loa.

Una mirada seria cruzó el rostro del hombre.

—Gracias, señora. La echamos de menos todos los días. —Giró la muñeca y miró su reloj de pulsera—. No tengo todo el tiempo del mundo. ¿Qué querían saber?

—Somos periodistas de Suecia —comenzó Loa.

—¡Suecia! —respondió con entusiasmo, como solo un estadounidense puede hacerlo y sin que nunca se sepa si lo dice en serio o no.

—Su hermana era amiga de la actual ministra de Asuntos Exteriores sueca.

Su sonrisa persistió.

—Sí, lo entiendo. —Hizo un gesto con las manos para restarle importancia —. Están escribiendo sobre Karin Kennedy. Sí, Valerie estaría orgullosa si viera a Karin en la CNN.

—Hay elecciones en Suecia y estamos haciendo un perfil de Karin. Se rumorea que pronto podría convertirse en primera ministra.

John arqueó las cejas.

—¿En serio? —Seguían de pie en el vestíbulo. John no los había invitado a sentarse—. No sé muy bien cómo ayudarlos. No hemos sabido nada de Karin y su hermana desde que se mudaron, allá por los ochenta. De eso hace casi cuarenta años.

Un grupo de personas pasó cerca. John miró rápidamente hacia ellos.

—¡Ahora voy! —le gritó al hombre que iba al frente del grupo.

—¿Conocía a Karin y Lena? —le preguntó Loa con nerviosismo.

John negó con la cabeza.

—Era Valerie quien salía con ellas. Yo no estaba en su clase y en aquella época me importaba principalmente el fútbol. Pero vivíamos cerca. Me parecía emocionante que vinieran de Suecia. Karin se dejaba ver y oír mucho y siempre estaba en el centro de atención. Lena era más reservada, pero daba la sensación de que entendía el mundo de otra manera, que todos los demás parloteaban, pero ella era la única que tenía las respuestas correctas. Simplemente decidía guardárselas para sí misma.

Mientras John miraba hacia los ascensores, Loa se dio cuenta de que no le quedaba mucho tiempo.

—Lo que nos interesa son, más concretamente, algunos acontecimientos del verano de 1983, que es cuando se mudaron.

—Sí. Todo sucedió muy rápido. Mi hermana estaba triste por ello y, al parecer, no se supo nada más de ellos después.

—¿Sabe qué los llevó a irse a Suecia?

—No. Fue por trabajo, ¿no? O quizás echaban de menos su hogar. La verdad es que no lo sé. —Se encogió de hombros y volvió a mirar su reloj—. Tengo que volver ya.

—Oiga, antes de irse… —dijo Loa. Se dio cuenta de lo grosero y desesperado que sonaba.

—¿Sí?

—¿Recuerda lo que hicieron su hermana y Karin Kennedy aquel Día de la Independencia, el Cuatro de Julio?

John tragó saliva.

—Sí, claro. Estuvieron en casa de Michelle Ingalls. —Ahora empezaba a calentarse la historia. Loa lo sentía en todo el cuerpo.

—¿Michelle Ingalls? —preguntó Loa—. ¿Quién era?

—Una viuda de Texas. Sí, las fiestas allí eran una locura. Siempre organizaba una muy grande el Cuatro de Julio, en su casa de verano cerca de New Buffalo. Plataformas flotantes de madera, cáterin, fuegos artificiales, todo ese circo.

—¿Usted también estuvo allí, en 1983?

—Sí, claro. Pero solo por la tarde. Después, me fui a casa con mis padres y Valerie se quedó. Esa fue la última vez que se organizaron esas fiestas —añadió —. Y después me enfadé porque nunca más se volvieron a celebrar y yo me había ido a casa temprano. Ya saben lo egocéntrico que es uno cuando es adolescente.

Loa asintió con la cabeza.

—Pero fue una estupidez por mi parte pensar así.

—¿Por qué?

—Porque al menos sobrevivimos.

—¿Qué quiere decir?

John Franklin bajó la voz.

—Fue horrible.

—¿Horrible?

—Sí, la razón por la que dejaron de celebrarse las fiestas fue porque Michelle se sentía muy mal por lo que había pasado.

—¿Qué pasó? —preguntó Loa.

—La criada de Michelle murió.

Loa reprimió el impulso de gritar. Se obligó a permanecer en silencio y dejar que John Franklin continuara su relato.

—Fue un accidente de coche. Bueno, se ahogó, para ser exactos. En medio de la fiesta, se llevó el coche de Billie Ingalls y se marchó.

—¿Así, sin más?

—Después corrieron rumores de que uno de los chicos del cáterin se había comportado de forma inapropiada o algo así, pero lo negaron.

—¿Y nadie se dio cuenta de que había desaparecido?

—No es lo que se dijo después. Al parecer, todos habían bajado a la hoguera de la playa. La casa estaba un poco más arriba. Entonces, ella desapareció. Supongo que nadie le dio importancia.

—¿Cuándo encontraron a esa mujer, a la criada?

—Mei-Fen Li. Se llamaba Mei-Fen Li. Es un nombre que nunca olvidaré. Creo que el coche lo encontraron por la mañana. Se había arrojado por un puente, directamente al agua. Pobrecita.

—Qué horror —dijo Linda.

—Michelle Ingalls nunca se recuperó de eso. —John estuvo a punto de encogerse de hombros, pero reprimió el gesto y dio un paso atrás, como para indicar que se marchaba.

—¿Michelle está viva?

John negó con la cabeza.

—No. Creo que murió hace más de veinte años. Si no recuerdo mal, leí un obituario en el periódico cuando falleció. Era una figura muy conocida en la ciudad. —Carraspeó—. Lo siento.

Sonrió a modo de disculpa, estrechó la mano cortésmente a Loa y Linda y se apresuró hacia los ascensores.

Lo observaron irse y, cuando se cerraron las puertas, Loa se volvió hacia Linda y ambos se miraron con entusiasmo. Loa quería saltar y gritar, pero se contentó con hacerle una seña a Linda que significaba "¡Dios mío!".

Cuando salieron a la calle, el tráfico era intenso. Ya se acercaba la hora del almuerzo. Era estresante pensar que en Suecia ya había terminado la jornada laboral.

Loa llamó a Chris Sullivan, que atendió inmediatamente.

—Agárrate fuerte —comenzó Loa.

—¿Sí? —Se oía el murmullo habitual de fondo de una sala de redacción.

—Hablamos con el hermano de una chica que era amiga suya. Al principio no tenía mucho que decir.

—¿No?

—No, hasta que me habló de una tal Mei-Fen Li que, supuestamente, se suicidó arrojándose de un puente con un coche el Cuatro de Julio, cerca de New Buffalo.

—Mierda.

—Averigua todo lo que puedas sobre ese incidente. —Las palabras salieron de la boca de Loa y se sintió avergonzado. Sonaba como una orden. Rápidamente, añadió—: Si tienes tiempo, claro.

—Haré lo que pueda.

—Al parecer, trabajaba para una mujer que organizó una gran fiesta aquel día. Karin y Lena estuvieron en aquella fiesta.

—Sí, capitán —respondió Chris y colgó.

—¿Cuál es nuestra teoría? —dijo Linda mientras se dirigían hacia el hotel.

Loa echó la cabeza hacia atrás y siguió con la mirada un rascacielos.

—Podría ser pura coincidencia…

—¿Pero…?

—Pero tenemos una criada muerta, un brazo roto y una mudanza precipitada —continuó Loa.

—Hay algo la hostia de raro.

—Sí, hay algo muy raro —respondió él.

1983

Los fuegos artificiales estallaban en el cielo negro con destellos blancos, azules y rojos. Los invitados, de esmóquines y vestidos de noche, contemplaban el espectáculo. Debía de haber más de cien personas allí. Karin Kennedy estaba en la terraza, apoyada contra una pared, observando a Michelle Ingalls aplaudir al ritmo de los estallidos.

Se volvió hacia Valerie, que estaba bebiendo lo que quedaba de un ponche que se había servido en su copa cuando nadie la veía. Su cabello claro y quebradizo se movía con el viento. Algo brillaba en los ojos de su mejor amiga, como si hubiera decidido emborracharse de verdad esa noche. Si a Karin también la hubieran dejado beber, quizá se habría atrevido a contarle su secreto, esos sentimientos que le latían en el pecho. Habían estado juntas en su habitación toda la tarde anterior planeando qué ponerse para la fiesta. En el fondo, Karin solo había querido contarle lo que realmente sentía, pero le había prometido a Aaron no decírselo a nadie. En lugar de eso, ella y Valerie se habían probado vaqueros y tops brillantes.

—Los colores son un poco exagerados —susurró.

Valerie negó con la cabeza.

—A mí me gustan —pronunció la última palabra con dificultad y Karin se arrepintió de no haber bebido alcohol.

Maldito atletismo, maldito entrenamiento y malditas carreras.

Había renunciado a tantas cosas por eso… Por las exigencias y por seguir ese plan del que no debía desviarse.

Michelle Ingalls se volvió hacia el grupo que estaba en las escaleras que bajaban a la playa.

—¡Eh! ¡Eh! —Dio dos palmadas rápidas—. Dejemos a los jóvenes y continuemos la fiesta en mi casa de la ciudad.

Valerie se volvió hacia Karin.

—Gracias a Dios —le susurró al oído y miró a su madre, a su padre y a su

hermano, John, que estaban saludándola con la mano. John era solo un año menor que Lena, pero tenía que irse a casa con ellos. "Los chicos son más inmaduros a esta edad", había explicado la madre de Valerie. En cierta medida, era verdad.

Karin se paró frente a la ventana que daba a la rotonda donde los coches daban la vuelta para irse. Tuvo tiempo de ver a Pete y a Inger abrazarse y besarse antes de subir al coche. Él le abrió la puerta; ella siempre se sentía incómoda cuando alguien hacía eso por ella. En Kiruna, nadie le abría la puerta a nadie.

Aun así, a Karin la hacía feliz verlos y pensar que habían podido empezar de nuevo, a pesar de todo lo que había pasado. En diez minutos, la casa se había quedado sin adultos. Cuando el último coche se alejó, se produjo un silencio expectante entre los jóvenes. Entonces, Billie Ingalls gritó:

—¡Ahora empieza la verdadera fiesta!

Subió el volumen del equipo de música al máximo. Se oyeron sintetizadores histéricos y una mujer que gritaba tan fuerte que parecía estar sufriendo mucho. Karin no reconoció la canción. Billie se había quitado su brillante vestido largo y se había puesto una falda ajustada y un top corto antes de lanzarse a los brazos de uno de los camareros. Le revolvió los rizos castaños con las manos. Se pusieron licores, vino y cerveza sobre las mesas y sobre el mueble de la televisión.

Alguien se inclinó sobre un espejo e inhaló una raya de cocaína. Algo le dijo a Karin que aquello se descontrolaría rápidamente. Buscó a Lena, pero no la vio por ninguna parte.

Al otro extremo de la abarrotada sala de estar, vio a Valerie, que se dirigía decidida hacia un chico que bebía cerveza sentado en un sillón. Diez segundos después, se encontraba en su regazo.

Cuando Karin los vio juntos, sintió una punzada de celos. Esa cercanía electrizante era embriagadora y recordó exactamente cómo había sentido los labios de Aaron cuando la besó por primera vez, detrás de la caseta del material de la pista de atletismo.

Ahora estaba sola en la fiesta, mientras todos los demás tenían a alguien con quien bailar y besarse. No era justo. Ella también quería presumir de su novio. Cada vez que ella y Aaron se habían visto en los últimos meses, siempre había terminado en la misma conversación: que él estaba preocupado por que los descubrieran. Pero ¿qué tenía eso de peligroso? No había más de cinco años de

diferencia entre ellos. Claro, tal vez él no podría seguir siendo su entrenador. Pero si realmente la amaba, no sería un gran precio a pagar. Ella estaba cansada de tener que ser cautelosa, cansada de tanta disciplina.

¿Por qué no podía volverse un poco loca como todos los demás? Si Aaron no estaba allí, al menos podría aprovechar la oportunidad para divertirse esa noche. De todas maneras, él nunca se enteraría. Vio una botella de tequila. El licor puro era el menos dañino para el cuerpo, pensó, mientras destapaba la botella y bebía un trago. Hizo una mueca cuando el tequila le quemó la boca.

Karin cruzó el salón, pasó por el vestíbulo, entró en la cocina y tomó una gran taza roja, llena hasta el borde de cerveza espumosa. Se la bebió de varios tragos largos.

Cuando volvió al pasillo, se abrió la puerta del baño de golpe y Billie Ingalls salió tambaleándose, seguida de cerca por el camarero de pelo rizado. Billie tenía el pelo revuelto y se estaba arreglando los tirantes del top, que se le habían caído. La expresión indiferente del rostro sugería que no le importaba en absoluto lo que la gente pudiera pensar sobre lo que acababa de hacer allí dentro.

—¡A la hoguera! ¡Vamos! —gritó Billie sin mirar a Karin.

La fiesta se trasladó de un plumazo desde la casa hasta la playa oscura, donde el olor a humo era intenso. Karin siguió a los demás; sintió la arena colarse entre los dedos por sus sandalias abiertas, sintió el efecto del alcohol. Una especie de niebla se le acumulaba en la cabeza mientras bailaba con desconocidos y miraba la luna en el cielo. Debía de ser la luna más grande que había visto nunca. Se soltó el pelo y lo dejó caer sobre los hombros.

¿Por qué no bebía en todas las fiestas? Empezaba a darse cuenta de todo lo que la disciplina de correr le había robado.

Lena, por su parte, no tenía que preocuparse por los entrenamientos; podía hacer lo que quisiera, pero no aprovechaba esa ventaja. Si a Karin le hubieran permitido ser ella por un día, se habría soltado y no le habría importado lo que pensaran los demás.

El tiempo fluía. ¿Cuánto hacía que estaba allí? No tenía ni idea. La música de los altavoces resonaba sobre el agua. ¿Era una canción de Madonna? Normalmente, Karin habría sido capaz de reconocerla al primer acorde, pero ahora no estaba segura. Justo cuando estaba a punto de identificar la letra, Valerie apareció y le tiró del brazo.

—Tienes que entrar en la casa.

—¿Por qué? —Karin sentía la lengua grande y pesada.

—Billie está en el baño vomitando. Ha pedido que vayas.

¿No estaba Billie bailando allí fuera?

—¿Por qué yo?

La expresión de Valerie indicaba que no había otra alternativa. Si Billie exigía algo, lo conseguía.

—Probablemente deberías ir ahora mismo —dijo, y desapareció hacia la hoguera.

Karin se alejó de la playa, tambaleante, y subió los escalones de piedra. Se oían ruidos extraños que provenían del rosal premiado de Michelle Ingalls y el chirrido de un columpio, a poca distancia.

Cuando Karin entró en la casa, reinaba un silencio inesperado. Sus pasos crujieron sobre el suelo de parquet. Entonces, oyó gritos procedentes del baño.

—¿Eres tú, Karin?

—Sí.

—Entra. Necesito ayuda. —La voz sonaba lastimera.

Karin abrió la puerta y la golpeó el olor a vómito reciente. Inmediatamente vio a Billie con la cabeza colgando sobre el retrete. El top se le había arrugado en la espalda y la falda estaba torcida. La tela tenía manchas misteriosas en el pecho. Billie levantó la cabeza, miró a Karin y esbozó una sonrisa torcida. Tenía la cara manchada de maquillaje negro. Las pecas y el pelo rojo la hacían parecer aún más pálida de lo que ya era.

—Oh, Karin. Has venido. ¿Puedes sujetarme el pelo?

La situación hizo que Karin recuperara inmediatamente la sobriedad. Todo se enfocó nuevamente.

—Claro —dijo.

—Eres la mejor. ¿Lo sabes? —dijo Billie.

—Tú también —dijo Karin, pero se sintió falsa.

Billie volvió a girar la cabeza hacia el retrete y vomitó aún más. Primero se oyó un sollozo, luego el contenido del estómago que caía al agua. Karin dio un paso atrás.

—Eres la mejor —repitió Billie. Habló hacia el retrete y el sonido rebotó en la cerámica—. No como esa maldita Mei-Fen —continuó—. Entró aquí para ayudar sin permiso.

—Pero fue amable de su parte —intentó decir Karin mientras se preguntaba qué hacía allí, con una persona a la que despreciaba. Pero darle la espalda la

metería en problemas. ¿Qué decían en la telenovela que echaban por televisión? "¿Mantén cerca a tus enemigos?".

—¡No! —gritó Billie sin contenerse. Sonaba como una niña de dos años que no había podido salirse con la suya—. Mamá la quiere, pero yo sé lo que significa en realidad su puta sonrisa falsa. Trata de quedarse con el dinero de mamá, lo sé.

—¿Pero de verdad lo crees? —Karin visualizó a la mujer pequeña de sonrisa bondadosa. ¿Cómo podía Billie decir eso?

—Estoy completamente segura —respondió Billie—. Pero pronto todo se resolverá. —Sonrió y sacó una bolsa de polvo blanco de su sujetador—. Le eché Rohypnol en el té. Cuando mamá descubra que ha estado tomando drogas en horario laboral, las cosas cambiarán.

Karin cerró los ojos. Oh, no. Se sentía incómoda. La euforia que había inundado su cuerpo hacía solo un momento había desaparecido.

—¿Te traigo un vaso de agua? —dijo para cambiar de tema.

—Sí. Mejor con hielo.

Karin abrió el baño y justo fuera estaba el camarero al que Billie había besado unas horas antes. Parecía confundido.

—Te he estado buscando.

—¿A mí?

—Eres Karin, ¿verdad?

Entonces vio que él tenía en la mano el teléfono blanco de la cocina, cuyo cable cruzaba toda la habitación como una línea tensa.

—Sí, soy yo.

—Toma. —Le entregó el auricular—. Hay alguien que te busca.

CAPÍTULO 39

Loa y Linda pasaron por el distrito financiero y se pusieron en la cola de un restaurante que estaba en un edificio de una sola planta, encajonado entre dos rascacielos. Loa quería buscar otro, pero Linda se mantuvo firme.

—Sin duda es buena señal que haya cola —dijo.

A Loa le fascinaba la forma en que Linda Hamilton veía el mundo: nunca estaba satisfecha, sino que siempre quería seguir adelante, hacia la siguiente esquina, porque ¿qué podría esconderse detrás? Se mudaba cada dos años aproximadamente, a diferentes apartamentos de principios de siglo en el centro de la ciudad. A veces se cansaba de tener un balcón, pero al año siguiente, cuando salía el sol primaveral en marzo, lo deseaba con todas sus fuerzas. A menudo solo quería mudarse a un piso más alto, a algo más grande, más caro, más bonito.

Se comportaba de la misma manera en sus relaciones. Los novios se sucedían uno tras otro, y lo único que mostraba de ellos en Instagram eran sus espaldas, para no tener que borrar las fotos en dos meses. Al menos, eso era lo que suponía Danijela. Los hijos o incluso un perro nunca habían estado en sus planes. "Quiero sentirme libre", respondía Linda siempre que Sigge le hacía la pregunta. Él era el único lo suficientemente descarado como para sacar el tema a colación.

Después de cuarenta minutos, lograron sentarse en unos asientos rojos que parecían sacados de *Grease*. Una neblina de vapor llenaba el local. Una mujer de hombros anchos y cabello oscuro parecida a la presentadora de televisión Ricki Lake les sirvió café mal preparado, beicon y tortitas. "Tendré que hacer dieta en casa", pensó Loa mientras miraba el plato y daba un mordisco a una tortita que estaba rellena de arándanos y espolvoreada con azúcar. Mojó otro trozo en lo que creyó que era nata, pero cuando se llevó la comida a la boca, se dio cuenta de que era mantequilla batida. El sabor graso se le extendió por la lengua. Linda bebió un trago de su café.

Entonces, se abrió la puerta. Loa sintió cómo se le sonrojaba el cuello al ver al apuesto reportero.

—¡Chicos! —gritó Chris Sullivan al otro lado del local para ahogar el fuerte murmullo de los invitados—. Siento llegar un poco tarde.

Loa saludó con la mano, pero la bajó rápidamente. No quería parecer demasiado ansioso, así que se recordó a sí mismo que Chris estaba casado y era heterosexual.

Chris se quitó el abrigo beis y se sentó junto a Loa. Llevaba una camisa blanca y una corbata negra. Debía de ser una especie de uniforme de trabajo para él. Loa miró al reportero y decidió que se vestiría mejor cuando volviera a Suecia.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó.

—¿Que si he encontrado algo? —respondió él, sacando su ordenador de una bolsa.

—Qué rápido —respondió Loa, y apartó el plato, ya que de todas maneras no se comería el resto.

Linda cambió de asiento y se sentó frente a Chris.

El artículo que llenaba la pantalla se había publicado en la página 20 del *Chicago Tribune*. Dos tercios estaban ocupados por una imagen en blanco y negro de una grúa que sacaba un coche del agua. Al fondo se veían dos vehículos de policía. "Muerte de una mujer en un accidente", decía el titular, y el breve artículo informaba:

> Mei-Fen Li, de 32 años, originaria de China, murió en un accidente cuando se precipitó con su coche al agua desde un puente cerca de Burns Harbor en la madrugada del 5 de julio.
> El vehículo fue encontrado por una patrulla de la policía por la mañana y, tras un importante operativo, fue recuperado por la tarde.

—Bueno, esto confirma lo que nos dijo John —comentó Loa mirando el puente roto al fondo de la fotografía. La barandilla de madera se había convertido en astillas. El agua parecía oscura e inhóspita, incluso durante el día.

—Pero mira aquí —dijo Linda, y señaló el final del artículo.

> "Consideramos que se trata de un accidente muy trágico", dijo el jefe de policía Raymond Hansen, que dirige la investigación.

Raymond Hansen. Jefe de policía. El vecino.

Linda miró a Loa con los ojos muy abiertos.

—No me lo puedo creer —exclamó; cogió la taza de café y se bebió de golpe todo el contenido.

—¿No es extraño que el jefe de policía estuviera a cargo de la investigación? —continuó Loa volviéndose hacia Chris.

—Por supuesto. Se aleja del protocolo habitual.

—Pero no es impensable, ¿no? —preguntó Loa.

—No tanto, quizás hubiera razones para ello. Dada la fecha, muchos estaban de vacaciones. De hecho, lo entrevisté varias veces en épocas de verano —continuó Chris—. ¿Por qué os llama la atención su nombre?

Loa lo puso al día rápidamente sobre la conexión del policía con la familia Kennedy.

—No es de extrañar que hiciera una declaración en el artículo si era el jefe de policía —señaló Chris.

—Es cierto —respondió Loa—. Pero es la coincidencia en sí misma lo que llama la atención.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Linda.

Detrás de ellos, la camarera parecida a Ricki Lake recorría con prisa el suelo ajedrezado del local y recogía los platos de las mesas.

—Lo llamativo es toda la cadena. El brazo roto, la fiesta en la que estaba Karin, una criada muerta. Y además está este policía, a quien se supone que Lena visitó el verano pasado. —Loa carraspeó—. Sé que quizá solo vemos lo que queremos ver y ahora queremos ver una conexión. Pero también, cuando se producen coincidencias extrañas, hay que ser capaz de detectarlas.

Linda se miró las uñas durante unos segundos antes de decir:

—Suenas conspirativo.

—Tenemos que trabajar según algún tipo de teoría —continuó Loa. El asiento de rejilla se le pegaba a la espalda. Echaba de menos a Danijela. Ella habría entendido lo que quería decir. Porque, al igual que él, veía lo peor de las personas. Cuando se es periodista, esa es una buena cualidad. Como ser humano, no siempre es tan positiva—. Deberíamos buscar a la hija de Michelle Ingalls. ¿Puedes comprobar dónde vive? —agregó mirando a Chris.

—Dame un minuto —respondió él tecleando—. Ya no vive en los Estados Unidos.

—¿En serio?

—Emigró en 1994 a Australia.

—Maldita sea —respondió Loa—. ¿Hay algún número de teléfono? ¿O tiene

Facebook?

Chris negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Pero podría haberse casado y cambiado de apellido.

Se quedó en silencio y se pasó la mano por el pelo. Loa se detuvo justo cuando estaba a punto de hacer lo mismo.

—¿Cómo piensas seguir? —preguntó Chris.

Linda agitó la mano delante de la cara de Loa.

—¿Hola? ¿Qué estás pensando?

Loa negó con la cabeza.

—Lo siento. Necesito pensar un poco.

Hubo un alboroto detrás de ellos. La hora punta había terminado y ellos eran los únicos clientes que quedaban. Probablemente, la camarera deseaba que dejaran sus billetes sobre la mesa y se marcharan.

Entonces, a Loa se le ocurrió una idea.

—¿Puedes comprobar si Aaron Gardner sigue viviendo en Chicago?

—¿El entrenador de Karin?

—Sí, exactamente. Tengo la sensación de que él sabe más.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Linda.

—Ella se lesionó justo antes del campeonato. Por supuesto, él debe de saber lo que pasó.

—No está mal —respondió Linda—. Te apuesto cien dólares a que también se acostó con ella.

Chris tecleó algunos datos. Luego, levantó la vista del ordenador.

—Hay un Aaron Gardner de sesenta y tres años. Debe de ser él.

—Danos la dirección.

—Por desgracia, vive en Nueva Jersey.

—Mierda —exclamó Loa. Ricki Lake se volvió hacia él horrorizada.

—Pero tiene un número…

Loa lo marcó en su teléfono. Lo puso en altavoz.

Después de treinta segundos, una voz ronca respondió.

—¿Hola? —Loa apoyó las palmas de las manos en el asiento para calmarse.

—Me llamo Loa Bergman y soy periodista.

Se oyó pronunciar su apellido exactamente igual que cuando los cineastas estadounidenses se referían a su gran maestro, el famoso director sueco. *Borgmaan*.

—¿Sí?

—Estoy escribiendo acerca de una persona a la que usted entrenó.

—He entrenado a cientos de personas a lo largo de los años. —El hombre sonaba cordial, pero un poco engreído—. Una de ellas ha ganado el oro olímpico —continuó—. Así que va a tener que ser un poco más específico.

Loa estaba enfadado consigo mismo por no haber investigado más. Quizás podrían haberlo halagado un poco si lo hubieran sabido.

—Soy de Suecia —dijo, en busca de una reacción.

—Suecia —repitió Aaron.

La forma en que pronunció la palabra no era una pregunta confusa, sino algo más fatídico, como si la palabra llevara consigo algo radiactivo.

—Estoy escribiendo sobre Karin Kennedy —añadió Loa, aunque no era necesario. Aaron había entendido a quién buscaba—. No sé si usted sabe que es nuestra ministra de Asuntos Exteriores.

El silencio se prolongó al otro lado de la línea. Loa se inclinó sobre el teléfono para asegurarse de que la llamada no se había cortado. Pero los segundos pasaban.

55.

56.

57.

58.

59.

—Gracias a Dios —dijo Aaron finalmente.

Loa miró a Linda y Chris, confundido.

—¿Disculpe?

—He estado esperando que alguien llamara para preguntarme por ella.

1983

Cuando Karin oyó su voz, el corazón le latió aún más rápido.

Aaron la había llamado. Allí, allí. Ahora. Estaba tan desesperado por localizarla que había corrido ese riesgo.

Se enrolló el cable alrededor de un dedo. Una sensación de calor se le extendió por el cuerpo.

Él la deseaba.

—No veo la hora de verte. No veo la hora de verte. Ven a casa conmigo ahora, esta noche.

Karin miró a su alrededor en el vestíbulo. El único que podía oír la conversación era el panel de madera oscura. El alcohol había entumecido la mente de Karin; no encontraba las palabras adecuadas.

—Está bien, está bien. Ya voy —se oyó decir.

Entró silenciosamente en la cocina y colgó el auricular en el teléfono blanco. Trató de identificar lo que desbordaba en su interior. Excitación. Vanidad. Enamoramiento. Embriaguez.

Esto último era un problema. Aaron descubriría sin duda que había estado bebiendo, pero esperaba que para entonces estuviera ocupado con otras cosas. Pero ¿cómo podía hacer para llegar a la ciudad? No tenía coche ni dinero. El plan era que su madre y Pete vinieran a buscarlas a ella y a Lena al día siguiente. ¿Podría pedirle prestado el coche a Billie? Ella, más que nadie, lo entendería. A Billie Ingalls también le encantaría que le confiaran ese secreto. Cuando se trataba de ese tipo de confianza, se podía contar con ella, sin duda; Karin estaba bastante segura. Especialmente si Billie se había descarrilado al intentar drogar a la pobre criada.

Extendió la palma de la mano, sopló sobre ella y la olfateó. ¿Cuánto alcohol había bebido? ¿Dos chupitos de tequila? ¿O tres? También se había tomado unas cuantas cervezas. Dos tazas rojas, tal vez. De todas maneras, no estaba tan

borracha; podría usar el coche de Billie para ir a la ciudad. Si conducía despacio, no pasaría nada.

Se oyó un estruendo detrás de Karin. Se volvió rápidamente y vio a Billie salir a toda velocidad del baño, dar un portazo, resbalar en la alfombra y correr hacia el salón y la puerta del patio que daba a la playa, sin darse cuenta de que Karin estaba allí, a dos metros de distancia. Karin se encogió y estuvo a punto de llamarla para preguntarle por el coche, pero se quedó callada. Cuanto más tiempo pasaba, más se alejaba Billie.

Quizás era mejor así.

Karin sabía dónde estaba la llave. Billie siempre la dejaba puesta en el contacto porque ya había vuelto loca a su madre por perder la llave innumerables veces. "Como si alguien fuese a robarse un coche que está dentro de una propiedad", solía decir.

Era mejor que Karin tomara prestado el coche ahora y le contara todo al día siguiente, cuando todos estuvieran despiertos y sobrios.

Desde lejos, observó cómo se elevaban hacia el cielo las llamas amarillas de la fogata. La música sonaba a todo volumen. La fiesta duraría muchas horas más. Probablemente Billie se acostaría en su cama con un cubo a su lado para vomitar y se dormiría muy pronto. Valerie estaba ocupada besándose con aquel muchacho y tampoco echaría de menos a Karin.

Solo quedaba un problema: Lena.

Karin tendría que inventarse una excusa al día siguiente. Fue al vestíbulo, abrió el armario y buscó entre la ropa como si estuviera revisando un fichero. Cogió su chaqueta y salió. La parte delantera estaba envuelta en la oscuridad y el silencio.

Como si fuera una señal, Karin oyó un chirrido.

—¿Adónde vas?

Karin cerró los ojos, apretó los dientes y giró la cabeza. Lena estaba sentada en una mecedora blanca en la terraza, sola, con una manta sobre las rodillas. Como si la hubiera estado esperando.

—No te preocupes. —Karin bajó un escalón.

—¿Te vas? —Se le quebró la voz, y entonces Karin vislumbró a una niña abandonada, más allá de la mirada severa y vigilante.

La bandera estadounidense colgaba sobre ellas. Parecía pesada y flácida cuando no había viento.

Lena se levantó rápidamente.

—Si te vas, voy contigo.

"Consíguete una vida propia", pensó Karin. ¿Se había dado cuenta Lena de que ella había estado bebiendo? ¿Le echaría un sermón? Se sintió invadida por la ira hacia su hermana. Lena no sabía lo que era ser Karin, tener constantemente la mirada de todos encima, sentir la presión de las expectativas de todo el mundo. Lena no hacía más que sentarse con la nariz metida en un libro. Ahora que se estaban haciendo mayores, resultaba que Lena era la más inteligente de las dos y, sin duda, la que más éxito tendría. Karin estaba harta de su moral y sus principios.

—Como quieras —dijo entre dientes y siguió caminando hacia el Ford negro aparcado más cerca de la casa. Detrás de ella, oyó los pasos de Lena.

Cuando Karin abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave, Lena exclamó:

—¿Te llevas el coche de Billie?

Se dio la vuelta.

—Lo he pedido prestado. Cállate ya.

Lena no dijo nada más. Se dio prisa para dar la vuelta al coche y llegar al asiento del copiloto, porque Karin arrancó ni bien se sentó en el asiento del conductor. La llave estaba en el contacto, como era de esperar. Sin aliento, Lena cerró la puerta y forcejeó con el cinturón.

Karin no se molestó en abrochárselo. Aceleró y la grava de la rotonda se desparramó detrás de las ruedas.

Se encendió el estéreo del coche.

Oh, esta noche es la noche en que nuestros sueños se hacen realidad.

La melodía entrecortada le resultaba familiar. La música provenía de una cinta de casete.

Las hermanas no se dijeron nada. ¿Lena se había sonado la nariz?

Karin salió del aparcamiento y se incorporaron a la carretera principal. Pisó el acelerador y sintió como si su campo visual se redujera al aumentar la velocidad. Un arbolito Wunderbaum de ambientador colgaba del espejo retrovisor. Karin inhaló el perfume dulzón a chicle y se sintió mareada. Una señal azul les indicó que faltaban veinticinco kilómetros para Chicago. En media hora, como mucho, estarían allí.

El aire cálido de la noche entraba por las ventanillas abiertas y le acariciaba el pelo. Por un momento, Karin se sintió invadida por una fuerte sensación de libertad. La carretera se extendía ante el coche, tenía la vida por delante y ella era quien conducía.

El camino se convirtió en autopista y las líneas blancas pasaban volando. Entonces, vio una salida y recordó exactamente cuál era: la que su madre solía tomar para alejarse del tráfico intenso y conducir junto al agua. Allí no se encontrarían con ningún coche.

Sin pensarlo más, se desvió rápidamente. Ambas salieron disparadas hacia un lado.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Lena.

—Es mejor ir por aquí —dijo Karin.

—Tal vez, salvo que quieras que te detengan por conducir borracha —dijo Lena con dureza.

El coche rugía por el estrecho camino. La luz de las farolas se proyectaba en el interior de forma entrecortada. Delante de ellas había un puente que cruzaba el agua en línea recta. La luna colgaba sobre ellas como un globo.

Lena se sentó con los ojos muy abiertos y echó la cabeza hacia atrás mientras cruzaban a gran velocidad el puente de madera.

Entonces, se oyó un ruido extraño.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Lena.

Karin se inclinó y bajó el volumen de la música. Esta vez, el sonido era más claro. Alguien estaba gimiendo.

Karin y Lena volvieron la cabeza al unísono y vieron un pequeño cuerpo tendido en el asiento trasero.

Mei-Fen Li.

Parecía dormida.

—¿Qué hace aquí? —gritó Lena sin contenerse—. ¿Por qué está aquí acostada?

Debía de haberse desmayado cuando le hizo efecto la droga que le había dado Billie. Karin soltó el volante con una mano y la puso sobre la boca de Lena para amortiguar su voz.

Pero ya era demasiado tarde. Mei-Fen Li se había despertado y Karin vio sus ojos horrorizados en el espejo retrovisor.

Después, Mei-Fen gritó, fuerte y sin control.

Fue entonces cuando el coche se desvió hacia la derecha. Desesperada, Karin aferró el volante y, justo cuando iba a frenar, chocó contra la barandilla de seguridad. El sonido fue como el de una rama de árbol que se rompe.

Fue como si el tiempo se detuviera y todo quedara en silencio.

Permanecieron suspendidas en el aire durante unos segundos y, presa del

pánico, Karin intentó frenar, aunque sabía que era inútil. Después, el coche cayó y el agua fría y oscura entró a raudales.

Lo único que se oía era la música que seguía sonando en el estéreo.

Esta noche, nena,

esta noche, ooh-ooh.

Esta noche es la noche en que nuestros sueños se hacen realidad.

CAPÍTULO 40

—¿Por qué? —Loa casi no podía respirar. Ahora estaban cerca—. ¿Por qué… ha estado esperando a que alguien lo llamara para preguntarle por Karin Kennedy?

Aaron Gardner reaccionó de inmediato a la pregunta.

—Porque me ha atormentado durante casi cuarenta años.

—¿Lo ha atormentado?

—Usted quiere saber sobre aquel Cuatro de Julio, ¿verdad?

Linda se tapó la boca con la mano. Loa se esforzó por mantener la calma. No debían mostrar demasiado interés. Si lo hacían, podrían asustarlo.

—Sí, así es. Por la madrugada del 5, para ser exactos —respondió.

—Tenía mis motivos para mantener la boca cerrada, pero supongo que el plazo de prescripción ha pasado. —El hombre suspiró, tal vez con alivio—. Teníamos planes para vernos aquella noche.

Linda arqueó las cejas. Por supuesto, había tenido razón.

—Karin iba a venir a mi casa —continuó Aaron—. Yo era su entrenador, pero en realidad solo tenía unos pocos años más que ella. No me aprovechaba de nadie ni de nada. Simplemente estábamos enamorados y llevábamos dos años viéndonos en secreto. Creo que a los dos nos excitaba esa clandestinidad.

—No creo que a nadie le importara hoy en día —dijo Loa para animarlo a continuar, pero no estaba seguro de que fuera cierto.

—Quizás. Pero por eso nunca he hablado de ello, porque me avergonzaba. Si se hubiera sabido que me acostaba con mi atleta más importante, nunca me habrían permitido seguir trabajando como entrenador.

Estaba en lo cierto. Las acciones tenían consecuencias y, en ese caso, Aaron Gardner había pensado en sí mismo.

—Es perfectamente razonable que no quisiera contarlo, pero ahora tiene la oportunidad. ¿Qué es lo que ha estado ocultando, Aaron?

—La lesión que sufrió Karin.

—¿El brazo roto?

—Sí. Algo no cuadraba.

—¿No? —preguntó Loa con la mayor neutralidad posible, aunque lo único que quería era gritar: "¡Cuéntame todo lo que sabes!".

—Todo se volvió aún más extraño cuando la familia regresó a Suecia tan repentinamente. Pero también me dio la oportunidad de tapar toda la situación, de no pensar más en ella. Espere un momento —dijo Aaron en voz baja—. Necesito entrar y sentarme. Estoy en el jardín.

Solo entonces Loa se fijó en el viento que se oía de fondo. Se imaginó a Aaron de pie junto a una preciosa casa de madera, rastrillando hojas con una camisa a cuadros. Pero ¿qué sabía él?

—Mi mujer volverá pronto. Solo puedo hablar mientras ella no esté. Ella no sabe nada de esto. —Se oyó una puerta que se cerraba. El viento amainó.

—¿Así que iban a encontrarse aquella noche? —dijo Loa para que Aaron volviera a la historia. Dado que él había dicho que "iban a verse", supuso que el encuentro nunca había llegado a suceder.

—Sí. Yo estaba en una fiesta en la ciudad y llamé a la fiesta en la que estaba Karin.

—¿A qué hora?

—Antes de medianoche.

—¿Y decidieron verse?

—Sí, ella iría a mi casa lo antes posible. Vivíamos en el mismo barrio.

—¿Karin dijo cómo iba a llegar hasta allí?

—No, pero yo supuse que tenía que ocuparse de su hermana, que también estaba en la fiesta. Y después de que se fueran a su casa, probablemente tendría que escaparse una vez que Lena se hubiera dormido, o algo por el estilo. Cuando hablé con Karin, me di cuenta de que había estado bebiendo, pero en aquel momento no le di mucha importancia. Yo estaba borracho y excitado…

—¿Qué pasó después? Ella no llegó, ¿verdad? —dijo Loa, preocupado por si los interrumpían en cualquier momento. Dentro del restaurante, la camarera parecida a Ricki Lake se estaba preparando para echarlos pronto. La cuenta llevaba más de quince minutos sobre la mesa.

—No, no apareció. Nunca llegó. —Aaron se quedó en silencio—. Cuando se acercaba la una y media, empecé a preocuparme. Así que pasé por delante de su casa.

—¿Y qué vio?

—Absolutamente nada. Todo estaba a oscuras. Los padres debían de haberse

acostado hacía rato. Me fui a casa, pero no conseguí dormirme hasta las cuatro. Nadie llamó a la puerta ni llamó por teléfono.

—¿Quizá no habían llegado? La casa de Michelle Ingalls estaba un poco alejada de la ciudad, ¿no?

—Estaba a treinta minutos. Al día siguiente, Karin me llamó. Me dijo que había llegado alrededor de la una y que se había caído por las escaleras y se había roto el brazo.

—Ella no sabía que usted había estado fuera.

—Exacto. Así que me mintió.

—Quizá se confundió con la hora. Es aún más probable si estaba borracha.

—No, claro que no puedo saberlo, pero me cuesta mucho creerlo. De hecho, se lo pregunté a su amiga Valerie tiempo después. Y me dijo que había estado buscando a Karin en la fiesta alrededor de la medianoche, pero que no la había encontrado. Tampoco a Lena.

Loa se dio cuenta de que no podrían preguntarle a Valerie sobre eso, porque estaba muerta.

—Quizás ya había ido al hospital antes de que usted llegase a su casa.

—Por alguna extraña razón, fue a urgencias a primera hora de la mañana. Karin dijo que no había sentido dolor hasta que se despertó, pero no me lo creí. ¿Toda una noche con un brazo roto? No estaba tan borracha. Y, además, si se hubiera hecho daño en su casa, su padrastro no la habría hecho esperar hasta el día siguiente. Ese hombre habría insistido en llevarla directamente al hospital, sin importar la hora. La tenía en un pedestal, habría hecho cualquier cosa por ella.

—¿Y la madre? —preguntó Loa.

—Karin estaba más unida a su padrastro —le respondió Aaron.

—Y luego, ¿qué pasó?

—Después de aquella noche, fue como si todo hubiera cambiado entre nosotros. Rompió conmigo y no quiso saber nada más de mí. No volvimos a hablarnos nunca más. No pudo entrenar en todo el verano, por razones obvias, y más tarde me enteré de que toda la familia se había mudado a Suecia.

Loa miró a Chris. Él asintió. Era el momento de hacer la pregunta crucial.

—Si lo he entendido bien, usted cree que aquella noche ocurrió algo más, y que a raíz de eso ella resultó herida.

—Me ha entendido bien.

—Y si le digo que tiene que ver con la muerte de Mei-Fen Li aquella noche,

¿qué me responderá?

Loa sabía que la respuesta lo decidiría todo.

Hubo silencio al otro lado. Luego, Aaron sollozó.

—Oh, Dios mío.

1983

Karin se inclinó hacia delante y rodeó a su hermana con los brazos. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo.

—¿Lena?

No obtuvo respuesta. Le castañeteaban los dientes.

Karin intentó comprender lo que acababa de pasar.

Había salido de la autopista. Después, el golpe y, entonces, el agua helada por todas partes. Había oído un extraño rugido. Había agitado los brazos con movimientos lentos y pesados.

Fue entonces cuando se dio cuenta: estaba atrapada bajo el agua. El pánico se apoderó de ella.

No podía respirar. Iba a morir.

Cuando lo comprendió, fue como si hubiera adquirido nuevas fuerzas. Se impulsó fuera de la ventanilla del coche e inmediatamente sintió el cuerpo libre y ligero en el agua.

Aire, necesitaba aire.

Pataleó y nadó en lo que creía que era dirección ascendente, hasta que por fin salió a la superficie. Con un rugido, tomó su primera bocanada de aire.

Lena y Mei-Fen Li todavía estaban en el coche. Sin pensarlo, se dio la vuelta y se impulsó de nuevo dentro del agua negra. Sentía cómo trabajaban sus músculos mientras nadaba hacia abajo, brazada tras brazada. Le parecía que avanzaba infinitamente lento y ¿por qué le dolía tanto el brazo? Pero no tenía otra opción. No podía dar marcha atrás ahora.

Llegó al coche. Lena estaba inconsciente en el asiento delantero. ¿Estaba viva? Karin forcejeó con el cinturón de seguridad hasta que pudo desabrocharlo y sacarla. Con sus últimas fuerzas, llevó a su hermana a la superficie y la arrastró hasta el muelle de piedra. Le dio una palmada en la espalda y Lena empezó a toser y a vomitar agua.

Se lanzó de nuevo, pero ahora el brazo ya no le respondía. El dolor se

extendía hasta el hombro y le bajaba por la espalda.

El corazón le latía con fuerza. Una persona se estaba muriendo allí abajo.

Respiró hondo y volvió a sumergir la cabeza en el agua. Con la ayuda del otro brazo, consiguió bajar unos metros hasta que tuvo que rendirse y dar media vuelta. Para entonces, el dolor era tan intenso que sentía que iba a desmayarse. Se había dado cuenta de que tenía que salir del agua o moriría.

Acarició la espalda de su hermana. Por dentro, repetía las mismas palabras una y otra vez.

"Esto no está pasando. Esto no está pasando. Esto no está pasando".

CAPÍTULO 41

Tras la conversación con el entrenador Aaron Gardner, Chris se había excusado y se había apresurado a volver a su redacción:

—Debo trabajar unas horas. Hablaremos pronto —había dicho alejándose a zancadas.

Loa dejó una generosa propina a la camarera; luego, él y Linda salieron a la calle y pararon un taxi para ir al lugar donde Mei-Fen Li había fallecido. Se acomodaron en el asiento trasero. En su bolsillo, el teléfono vibró y Loa lo sacó con dificultad. Era una notificación de un nuevo artículo publicado en el sitio web del *Aftonposten*. Cuando leyó el titular, sintió, por un breve instante, que estaba en el lugar equivocado, a pesar del avance que acababan de lograr en su investigación.

TODOS MIS NIETOS MURIERON EN LA EXPLOSIÓN DEL BARCO

La foto mostraba al padre de Filippa Bauer, Bruno Westin, sentado junto al agua en su casa de Norrtälje con una foto de Filippa, Joakim y los tres niños en la mano. Tenía una gran barba blanca y vestía una chaqueta azul oscura, como si hubiera vivido en el archipiélago toda su vida. Los ojos vacíos miraban a la cámara.

En la entrevista, describía la conmoción que había sentido al enterarse de la explosión:

Ya no hay luz en mi vida y dudo que vuelva a haberla alguna vez.

Contaba que los niños pasaban las vacaciones en su casa de verano del archipiélago y que a todos les encantaba salir a navegar juntos.

La muerte les llegó en un lugar que les encantaba, rodeados por el mar.

Loa siguió leyendo el artículo. Bruno contaba que Filippa era una persona con objetivos claros desde muy joven. Que había montado a caballo durante

toda su infancia y que, por lo tanto, había adquirido una gran capacidad de decisión cuando era necesario.

Desde muy pequeña supo lo que quería. Y le encantaba la aventura…

Según el texto, Bruno había tenido que interrumpir la entrevista varias veces. Al mismo tiempo, insistía en que quería contar la historia, recordarle a la gente que detrás de los titulares había personas reales.

Todas las especulaciones sobre lo que ocurrió son desagradables. He perdido a mi hija y a mis nietos, y la gente escribe cosas cada vez peores en Flashback. Debería darles vergüenza. Lo mismo pasaba cuando Filippa estaba viva. Tanta envidia y malicia. Todos esos comentarios viles, a veces amenazas directas.

Bruno Westin tenía exigencias claras para las autoridades. Quería que los cuerpos fueran repatriados a Suecia y que la policía sueca llevara a cabo una investigación exhaustiva.

Me están mareando entre Suecia y Croacia y es muy muy frustrante.

Era el artículo familiar perfecto. Para sorpresa de Loa, la autora era Evah Sparre. Ella había dejado el escritorio y se había hecho cargo de la cobertura de la familia después de que Danijela pasara a la clandestinidad y de que Loa, Katarina y Linda se centraran en la pista de Karin Kennedy.

Era impresionante que hubiera conseguido que el anciano accediera a una entrevista. Loa volvió a leer las líneas sobre las amenazas en las redes sociales contra Filippa Bauer. ¿Podría ser ella el objetivo, después de todo? ¿Que lo que había ocurrido aquella noche en Chicago no tuviera nada que ver con la explosión en Croacia cuarenta años después?

Por el momento, era imposible saberlo. Pero ahora estaban allí y tenían una misión clara: descubrir lo que ocultaba Karin Kennedy. Revelar lo que la hacía inadecuada para ser primera ministra, antes de las elecciones que podrían convertirla en la heredera del cargo.

Simplemente, Loa tenía que aceptar que esa pista ya no era suya, sino de Evah.

Veinticinco minutos más tarde, llegaron a destino. Era como si hubieran aterrizado en otra parte del país. Casas bajas y escasas, mansiones en la playa, postes eléctricos desgastados. Soplaba un viento frío procedente del lago

Michigan. Se quedaron uno junto al otro, mirando el puente, que ya no era de madera, sino de acero. Comparado con las fotos del accidente publicadas en los periódicos, se veía similar, excepto porque ahora era más difícil caer al agua.

Linda empezó a tomar fotos.

A esas alturas, el escenario les quedaba bastante claro. Aaron Gardner llama a Karin y le pide que vaya a su casa. Ella se marcha de la fiesta. Nadie la ve a ella ni a su hermana Lena después de la medianoche. Karin no vuelve a su casa esa noche; al menos, no a la hora que le dice a Aaron. De alguna manera se lesiona el brazo, tan gravemente que por la mañana tiene que ir al hospital. Esa misma madrugada, Mei-Fen Li aparece muerta en el agua, dentro del coche de Billie Ingalls. El hecho se califica de trágico accidente.

Karin renuncia entonces a una beca en Harvard y la familia Kennedy se traslada a Suecia.

—¿Crees que Karin conducía el coche? —preguntó Linda. Se abrochó el abrigo y se estremeció.

Loa se pasó la mano por el pelo. Imaginó el coche viniendo desde New Buffalo y chocando contra la barandilla del lado derecho del puente. Inclinó la cabeza y siguió la caída al agua del vehículo imaginario. Visualizó a Karin en el asiento del conductor. Quizás no llevaba puesto el cinturón de seguridad y por eso había logrado salir del coche sin ahogarse. Se había golpeado contra el tablero y se había roto el brazo derecho.

¿Qué hacía Mei-Fen Li en el coche? ¿Estaba Lena allí también?

Linda se tapó la boca.

—Mató a una persona. Dios mío.

—Me temo que solo es una suposición —dijo Loa; el viento le soplaba en el rostro.

—¿Puedo volver a ver la página del periódico?

Loa le mostró su teléfono. Linda amplió la imagen. El fotógrafo había logrado hacer la foto tan rápidamente que, si se miraba con atención, aún se podía ver a Mei-Fen Li en el asiento del conductor. Llevaba puesto el cinturón de seguridad.

—Mover un cadáver bajo el agua no es algo que puedan hacer dos chicas. Créeme.

Loa movió el *zoom* de la imagen y tocó la pantalla con el dedo.

—Ahí.

—¿Qué debo ver? —preguntó Linda.

—Una cabina telefónica —respondió Loa señalando el muelle desde donde habían izado el coche—. Ahí. Así fue como pidieron ayuda: llamaron a alguien.

Linda lo miró.

—Debe de ser imposible comprobar registros telefónicos tan antiguos. ¿Qué opinas?

—Probablemente —respondió Loa con lentitud, y entonces pensó en la foto de los Kennedy. Pete tenía sobrepeso y se apoyaba en una muleta para caminar. Pero había alguien a quien podrían haber acudido. Alguien que, sin duda, habría sabido lo que requería la situación.

—Creo que podemos permitirnos ser un poco cabrones y preguntar a la persona que más probablemente sabe lo que pasó —dijo Loa.

CAPÍTULO 42

Raymond Hansen abrió la puerta principal después de que Loa gritara que no dejaría de llamar hasta que él saliera.

El rostro del anciano policía estaba pálido de ira.

—Tienes suerte de que ya no tenga mi arma reglamentaria —susurró—. Si no abandonas mi propiedad inmediatamente, llamaré a mis antiguos colegas y no lo pasarás bien.

—Oiga, quizá me reconozca. Lo he entrevistado varias veces —intentó Chris Sullivan, que había acudido también a Andersonville. Él y Linda estaban detrás de Loa, en los escalones. La ventaja numérica nunca viene mal en situaciones como esa.

Raymond negó con la cabeza a Chris y se volvió hacia Loa, a quien le dolían los nudillos de tanto golpear a la puerta, pero se las arregló para esbozar una sonrisa.

Quizá no era una buena estrategia enfrentarse así a la ira de Raymond Hansen, pero en ese momento a Loa le pareció la única opción posible.

—Primero, Karin llamó a Pete aquella noche. —Loa insistió en la penúltima palabra para dejar claro a qué noche se refería. "Aquella noche". Continuó—: Luego, él cruzó la calle para ir a verlo a usted y le pidió ayuda. Con su físico, era imposible que pudiera resolver el problema por su cuenta. ¿A quién más iba a acudir, si no a su mejor amigo, que, además, era su vecino?

El señor Hansen mantuvo la mano en el picaporte mientras negaba con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo.

—Era Karin quien conducía el coche en el que apareció muerta la criada.

En el taxi habían acordado hacer todo lo posible para provocar una reacción o, en el mejor de los casos, una confesión. Continuó sin dar a Raymond oportunidad de responder:

—Las chicas aseguraron que habían intentado rescatar a Mei-Fen Li del coche, pero no habían podido. Y ahora querían salvarse a sí mismas.

Raymond retrocedió hacia la casa.

—No voy a escuchar esas tonterías.

—De alguna manera consiguieron trasladar a Mei-Fen Li al asiento del conductor. Además, usted sabía que un coche patrulla de la policía o algún vecino pronto descubriría que el puente estaba roto y que había un coche en el agua. Solo tenían que esperar a que eso ocurriera.

Raymond Hansen no movió ni un músculo. Loa intuyó que estaba a punto de cerrar la puerta de golpe, así que siguió hablando:

—Todo fue terriblemente trágico, por supuesto. Pero ¿qué era una mujer soltera de China comparada con las brillantes perspectivas de Karin? Además, ya estaba muerta. Lo hecho, hecho está, ¿no?

Loa se sentía audaz, cada vez tenía más ganas de seguir presionando. Quizás una palabra imprudente saldría de la boca de Raymond Hansen en un arranque de furia. Pero se quedó en silencio. Absolutamente en silencio.

—Usted estaba acostumbrado a guardar secretos; le resultaba fácil. Para Pete y la familia Kennedy, en cambio, fue más difícil. Supongo que los invadió la ansiedad cuando se dieron cuenta de lo que había pasado. Fue entonces cuando Pete decidió marcharse de los Estados Unidos para proteger a Karin, pero también a sí mismo.

Raymond entornó los ojos.

—Espero que ella los demande por difamación —murmuró casi sin mover los labios.

Loa se llevó la mano al pecho, donde tenía un iPhone con el que estaba grabando la conversación. No había habido confirmación, pero tampoco una negación rotunda.

—Ahora viene la parte difícil. —Ladeó ligeramente la cabeza—. ¿Por qué Lena empezó a investigar esto tantos años después?

Raymond cerró de un portazo.

Loa se apoyó en el estrecho panel de cristal que había junto a la puerta y alzó ligeramente la voz.

—¿No lo sabía todo? ¿Por eso vino a verlo? Si es así, ¿qué le dijo usted? ¿Y fue por eso por lo que rompió relaciones con su hermana?

—Salgan de mi terreno. Si no, pasará algo realmente desagradable —gritó Raymond desde el interior de la casa.

Loa sintió que le temblaban las manos. Retrocedió hasta quedar junto a Chris y Linda. Entonces, vio que se movía una cortina en el piso de arriba.

Una mujer con gafas redondas oscuras los miraba desde allí. La esposa de

Raymond Hansen.

Chris sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta.

—Si sabe algo —gesticuló y la dejó en el buzón.

La cortina volvió a moverse. La mujer había desaparecido.

1983

Lena seguía sentada, con la mirada fija al frente. Le temblaba el cuerpo delgado. Karin la soltó y se levantó. Entonces, sintió que ella también temblaba. Y después sintió el brazo, que le dolía muchísimo. Respiraba entrecortadamente.

Esto destruiría su carrera antes incluso de que empezara. Esto destruiría toda su vida.

La voz de Pete resonaba en su interior: "Estás destinada a ser grandiosa. La gente te escuchará. Serás una líder".

Ahora todo había terminado. Los ojos le ardían por las lágrimas.

"Oh, mierda. Oh, mierda. Oh, mierda. Oh, mierda. Oh, mierda. Oh, mierda".

Los pensamientos le giraban cada vez más rápido en la cabeza. Se volvió y buscó con la mirada, como si intentara encontrar algo que detuviera sus pensamientos. Entonces vio una cabina telefónica, a unos treinta metros de distancia. Brillaba débilmente por dentro.

Algo parecido a la esperanza se despertó en su interior.

Ayuda. Podía pedir ayuda a la policía o a una ambulancia.

¿Podría alguien salvar a Mei-Fen Li?

Karin se dio la vuelta de nuevo y miró hacia el agua. Nadie salía a la superficie. Volvió a mirar a Lena, que seguía acurrucada. Parecía tan pequeña, tan aterrorizada.

Karin tenía que pensar rápido. Corrió hacia la cabina telefónica, abrió la puerta de un tirón y se quedó mirando la máquina. El teclado metálico estaba sucio y desgastado. Buscó en el compartimento de las monedas. Quedaban unos pocos centavos. Introdujo una moneda tras otra y esperó que fueran suficientes. Se llevó el auricular al oído y volvió a sentir un dolor agudo en el brazo. El tono sonó insistentemente.

Cuando su dedo índice ya estaba sobre el número nueve, se detuvo. Era

como si la mano no quisiera hacerlo.

¿Realmente lo había pensado bien? Si llamaba al 911 ahora, nunca saldría de esto.

Karin se mordió el labio y dejó que los dedos marcaran otro número. Cuando comenzó a llamar, rezó en silencio para que no atendiera su madre. Inger nunca la perdonaría. El pulso le latía con fuerza en la cabeza.

Debían de haber vuelto a casa hacía horas. La fiesta posterior de Michelle en la casa de la ciudad solía ser un evento tranquilo.

"¡Contesta el puto teléfono!".

Entonces, se oyó un ruido en el otro extremo de la línea.

—Familia Kennedy. —La voz de Pete era enérgica y dijo algo así como—: ¿Quién es y por qué llama tan tarde?

El alivio fue tan fuerte que le ardían los párpados.

—Tienes que ayudarnos. Ha pasado algo terrible. —Se le quebró la voz.

—¿Karin? ¿Eres tú?

Ella sollozó mientras le contaba lo que había pasado. Al principio, Pete parecía sobre todo aliviado de que estuvieran bien, pero su tono de voz cambió y casi se le oyó pensar lo mismo que Karin: ¿qué significaría esto para el futuro?

Les ordenó que no se movieran de allí, pero que se escondieran si llegaba alguien más.

—Por seguridad —añadió.

Prometió que iría lo antes posible.

—Cuida de tu hermana —dijo, y colgó.

El viento era aún más frío cuando Karin salió de la cabina telefónica. Se sentó junto a Lena en el borde del puente y la abrazó. Su hermana miraba apáticamente al agua, pero al menos habían dejado de castañearle los dientes. Karin le frotó el brazo sobre el hombro para calentarla.

Entonces oyó a Lena susurrar algo.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué ha pasado? —Lena continuó—: ¿Es culpa mía?

Karin no estaba segura de haber oído bien. ¿Estaba Lena tan conmocionada que no entendía lo que había pasado? ¿No sabía quién conducía el coche?

Fue entonces cuando se le ocurrió una idea.

"Piénsalo bien".

El tiempo que pasó pareció durar horas, pero la ropa seguía igual de mojada y

fría. Dentro de Karin, la inquietud se hacía cada vez más fuerte. Allí, bajo el agua, estaba Mei-Fen Li. Muerta. Le parecía incomprensible.

Desde la carretera adyacente, a unos cientos de metros de distancia, se oyó el ruido de un coche, pero nadie pasó por donde ellas estaban sentadas. Cada vez que sonaba un motor, Karin se quedaba paralizada, hasta que finalmente llegó un vehículo que se dirigió hacia ellas. Las luces eran tan brillantes que Karin tuvo que taparse los ojos con la mano. Lena casi no reaccionó.

El coche frenó de pronto. Para sorpresa de Karin, oyó dos puertas que se cerraban.

"No. No. No. No. No, no, no, no".

Rogó que Pete no hubiera llevado a Inger con él. Ella nunca lo superaría. La destrozaría.

Karin vio dos siluetas que se movían en la oscuridad hacia ella y Lena. Primero vio a Pete cojear. Llevaba la camisa desabrochada y el pelo revuelto. Un paso detrás de él, apareció otra silueta. Karin suspiró aliviada cuando se dio cuenta de que no era su madre. Era un hombre.

Entonces, se dio cuenta de quién era. Jadeó horrorizada.

¿Cómo podía haber hecho eso?

Iba a ir a parar a la cárcel. Estaba perdida.

Pete se acercó y la abrazó. El abrazo fue largo y cálido, y parecía decir: "Todo irá bien. Todo saldrá bien".

—Mis chicas. Mis chicas —balbuceó.

Nunca les había hablado con tanta ternura en la voz. Se agachó junto a Lena, pero ella no reaccionó a su presencia. Pete se levantó y volvió a abrazar a Karin.

Entonces, ella lo empujó.

—¿Qué hace él aquí? —Señaló a Raymond Hansen, que estaba a poca distancia, a una distancia respetuosa, vestido con ropa oscura y ajustada. Sin su uniforme de policía, parecía desnudo.

—Raymond nos dará ayuda con esto. —La abrazó de nuevo—. Podemos confiar en él.

Cuando volvió a mirar a Raymond, Karin se dio cuenta de que llevaba un neopreno y una máscara de buceo.

—¿Qué va a hacer?

—Aclarar una cosa. —Pete le dio una palmada en la espalda—. Mei-Fen debe estar en el asiento del conductor. Debe parecer que ella conducía.

Él se ocuparía de cambiar de lugar el cuerpo, por el bien de Karin. Sin decir

nada, Raymond saltó al agua con una linterna. Pete miró hacia la carretera, visiblemente nervioso.

A Karin le volvió a doler el brazo. Apretó los dientes para disimular el dolor. Pete la miró.

—¿Qué te pasa en el brazo?

Karin negó con la cabeza.

—No lo sé… Me pasó cuando caímos al agua.

Pete reflexionó con calma.

—Si puedes aguantar, será mejor que vayamos al hospital por la mañana. Así nadie hará preguntas. Aún no sabemos cómo va a acabar todo esto.

Karin tragó saliva y asintió.

Pete se volvió hacia Lena de nuevo.

—¿Cómo estás, cariño? —No hubo respuesta.

Se sentó junto a Karin, su voz se suavizó y casi susurró:

—¿Tú conducías el coche?

A Karin se le revolvió el estómago. Entonces, se dio cuenta de lo que le había dicho a Pete. Solo había explicado que habían conducido hacia la ciudad. Que la criada de Michelle se había quedado en el coche, drogada, que se había despertado y las había asustado haciéndolas salirse de la carretera. No había especificado quién conducía y Pete no había preguntado.

Lena negó lentamente con la cabeza. Entonces, fue como si la parálisis desapareciera y Lena empezó a llorar.

—Creo que había alguien más en el coche —sollozó. Su voz sonaba frágil y confusa al mismo tiempo.

No sabía qué había pasado.

Se oyó un chapoteo y, entonces, Karin vio a Raymond Hansen acercarse desde el muelle.

Asintió con la cabeza hacia Pete.

Lena se inclinó hacia él.

—¿Qué hice? —repetía una y otra vez. Pete miró a Karin. Su rostro decía: "No digas nada ahora. Deja que piense que fue ella quien lo hizo".

Karin tuvo la oportunidad de corregirla, de salvar a su hermana. No dijo nada.

El agua volvió a quedar en calma ante ellos, como un cielo nocturno sin estrellas.

CAPÍTULO 43

Fuera de la ventana de la habitación del hotel, estaba oscuro. Abajo, en las amplias calles, el tráfico circulaba sin descanso. Estados Unidos se veía magnífico.

Loa y Linda estaban sentados uno frente al otro en los sofás, donde se podía oír claramente la respiración entrecortada de Sigge Classon desde el iPhone.

Sobre la mesa había dos bolsas de papel de McDonald's. El contenido ya había desaparecido y los desechos se esparcían alrededor del teléfono. Loa se limpió los dedos, que estaban grasientos por todas las patatas fritas que se había comido. El hambre y la diferencia horaria lo habían convertido en un desastre. Tenía el estómago revuelto y se sentía ligeramente preocupado de que Chris se hubiera dado cuenta de que sentía debilidad por él.

Aparte de unos cuantos chasquidos, masticaciones y espontáneos "oh, mierda" y "joder", Sigge no había dicho nada durante los veinte minutos que Loa había tardado en explicarle lo que habían descubierto. Debía de ser un nuevo récord de silencio. Loa había disfrutado de cada pausa artística que había podido hacer. No se podía negar que habían dado con una historia espectacular. Si es que era cierta.

Para cuando llegó al problema principal, Linda había dejado de sorber su vaso de Pepsi y había completado los detalles de lo que Aaron, John y Raymond habían dicho y lo que no.

Todos habían coincidido en que no tenían pruebas. Por desgracia, el hecho de que el exjefe de policía Raymond Hansen no hubiera desmentido nada no era suficiente.

—No podemos confirmar que Karin haya conducido el coche. No sabemos cómo ni por qué Mei-Fen Li estaba dentro. ¿Estaba durmiendo allí? ¿Estaba haciendo autostop voluntariamente? —preguntó Loa.

Contuvo un bostezo. Su reloj interno le pedía acurrucarse bajo el edredón blanco y cerrar los ojos, pero aún no habían terminado.

Hubo silencio al otro lado de la línea, lo que indicaba que Sigge estaba pensando intensamente.

—Las pruebas se encuentran en una investigación de hace treinta y nueve años, que probablemente un jefe de policía haya hecho desaparecer, de todas maneras —dijo Loa.

—¿Has intentado acceder a esa investigación? —preguntó Sigge.

Loa asintió, aunque él no podía verlo.

—Hicimos una solicitud en la comisaría, pero nos la rechazaron inmediatamente. Lo interesante sería conseguir los datos de la autopsia. El protocolo. —Tragó saliva antes de continuar—. Nos gustaría ver si hay indicios de que no era Mei-Fen Li quien conducía el coche. Si eso se refleja en el informe de las lesiones.

—Supongo que solo su familia puede solicitarlo —dijo Sigge.

—Exacto —respondió Loa, que ya estaba desesperado.

Había pasado horas tratando de encontrar a la familia de Mei-Fen Li en China, sin resultados. Lo único que tenían era su nombre.

Miró los rascacielos, los hoteles y los centros comerciales. Pensó en Karin Kennedy y en su romance secreto, que había tenido consecuencias tan fatídicas.

Sigge carraspeó.

—Siento decirlo, pero tienes que volver esta noche
—dijo—. Hay un vuelo en unas horas. Te necesito en Suecia.

¿Se irían ya esa noche?

La decepción le recorrió el cuerpo. El viaje había sido un fracaso. Ni siquiera quería pensar en lo que había costado.

—Habéis hecho un trabajo excelente en muy poco tiempo. Lo que sabemos ahora nos da ventaja —continuó Sigge.

Loa negó con la cabeza.

—Pero los votantes no lo sabrán —dijo con tono de niño malcriado—. No podemos publicar nada de esto.

—No importa. Tengo otra idea —dijo Sigge.

—Cuéntanosla —pidió Linda.

—Espero que lo hayas fotografiado todo. La casa, la escuela, el catálogo escolar, el anuario, a la amiga…

Linda miró su cámara y sus lentes.

—Claro. Hice muchas fotos —respondió mirando a Loa con un gesto de fastidio por la atención al detalle de su jefe.

—Muy bien. —Sigge parecía satisfecho—. Loa, escribe un puto artículo

largo sobre el tiempo que pasó Karin Kennedy en Chicago. Intercala algo sobre el dolor por la pérdida de su hermana. Solo tenemos esa jodida publicación, pero bueno, son sus propias palabras. Incluye tantos detalles como sea posible sobre su estancia en los Estados Unidos. Menciona la beca de Harvard, el atletismo, la lesión. Todo. Preferiblemente, diez mil caracteres. Los lectores están muy interesados en Lena y Karin, ahora que hemos hecho público el nombre de Lena tras la explosión del barco. Ha tenido muy buena repercusión.

Sigge se quedó en silencio antes de continuar:

—Pero, sobre todo, Karin Kennedy debe saber que estamos investigando este asunto. Que estamos respirando en su nuca. Y que ahora estamos muy cerca.

2021

Karin Kennedy levantó la vista de su maletín y vio a Lena salir del baño, donde llevaba casi media hora encerrada. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Necesitas algo? —le preguntó poniendo la mano en el hombro de su hermana, pero por dentro sentía crecer la irritación.

Ella tampoco estaba contenta con el viaje, pero ya estaban allí y tenían que organizarse. Esto era una cumbre, no una excursión de quinto de primaria.

—Estoy bien —respondió Lena mirando por la ventana. Los empleados dispersos por la cabina del avión simulaban no darse cuenta. Karin vio en el gesto de la boca de Martin Pax que él también estaba irritado; se le tensaba la piel. Le dirigió una mirada que decía: "Lo sé, pero déjalo pasar".

El avión estatal, o avión gubernamental, como los medios suecos insistían en llamar al transporte disponible para los funcionarios del Gobierno y la familia real, había iniciado su descenso hacia Illinois. En realidad, el piloto había pedido que todos se abrocharan el cinturón hacía diez minutos, pero Karin había defendido a su hermana y le había insinuado a la azafata que Lena necesitaba algo de tiempo.

Quizás no había sido tan buena idea después de todo.

Karin y Lena habían viajado a los Estados Unidos varias veces, solo por trabajo, después de dejar todo y mudarse. Era un acuerdo tácito entre ellas: solo se iba a los Estados Unidos si era necesario, y nunca jamás se debía volver a Chicago.

Cuando se habló de esa visita a Chicago, Lena inicialmente retrasó la solicitud de la delegación estadounidense, pero los funcionarios se mantuvieron firmes. El vicepresidente quería reunirse con Karin en Chicago, no en Washington. El país se encaminaba hacia las elecciones de mitad de mandato y para él era importante hacerse ver en su ciudad natal. Cuando el jefe de gabinete descubrió que la ministra de Asuntos Exteriores sueca había vivido allí durante su adolescencia, el asunto quedó zanjado, por mucho que Lena se

esforzara en insinuar lo bien que se estaba en el jardín de rosas de la Casa Blanca.

El primer instinto de Karin al enterarse de la decisión había sido cancelar el viaje. Pero se había visto obligada a entrar en razón. ¡Por Dios!, tenía la oportunidad de ser vista con el vicepresidente de los Estados Unidos. Hay cosas por las que vale la pena perder el sueño.

Durante la planificación, le pidió a Lena que cancelara una visita al barrio donde habían vivido con la excusa de que tenían el compromiso de visitar la antigua escuela de las hermanas. Irían allí en cuanto aterrizaran, para quitarse de encima el tema. Luego, pasarían el resto del tiempo en una sala de reuniones anónima y enmoquetada hasta el momento de volver a casa. Lena había pedido tiempo libre para salir y navegar por el archipiélago en barco al regresar a Estocolmo. Karin siempre se mareaba, pero para Lena el único momento en que se sentía realmente libre era en alta mar, preferiblemente sola.

Los problemas de salud mental de Lena habían comenzado cuando regresaron a Suecia, hacía casi cuarenta años. Paradójicamente, cuanto peor se sentía, más eclipsaba la culpa de Karin. Lena hablaba con detalle de las pesadillas, el agua oscura, el cadáver de Mei-Fen Li y la culpa que la atormentaba sin cesar. Karin la apoyaba y la consolaba, y cuanto más se alargaba la conversación, más remota le parecía la idea de que realmente hubiera estado ella al volante. Cuando Lena cayó en una profunda depresión, dejaron de hablar de lo sucedido. Fue doloroso para Karin presenciar cómo su hermana, durante unos meses, se desequilibró. Al mismo tiempo, ya no había forma de cambiar nada. ¿Qué diría? "¿No fue culpa tuya?". La mentira ya se había puesto en marcha aquella noche y parecía imposible de detener. Karin también lo había perdido todo: el atletismo, estudiar en Harvard, a Aaron.

Después de unos meses más, pareció que Lena estaba superando, al menos en parte, lo sucedido. Consultó con un psicólogo; quién sabe de qué habló allí, pero al final todo pareció mejorar, excepto porque se negó a tramitar el carnet de conducir.

El alivio de Pete fue evidente para Karin. La incomodidad ya no tenía nada que ver con ellos. Él e Inger regresaron a Kiruna y el contacto con ellos se volvió cada vez más esporádico. Ninguna de las dos habló con su madre sobre lo sucedido aquella noche. Pero, por supuesto, Inger lo sabía; de lo contrario, nunca habría aceptado regresar a casa, al frío y la monotonía de Suecia.

Karin miró a su hermana mientras las ruedas resonaban en la pista de

aterrizaje. Lena se estremeció. La pregunta era qué estaría pasando en su interior en ese momento. Karin esperaba que su hermana pudiera controlarse; la necesitaba a su lado para superar esto.

Habían llegado muy lejos, ella y Lena. Karin había jugado bien todas sus cartas, estaba muy cerca de lograr un cambio verdadero. Había llegado pronto a la cima, en gran parte gracias a su hermana. Ambas eran conscientes de sus respectivas fortalezas y de cómo se complementaban. Al año siguiente habría elecciones. Aunque el anciano primer ministro era un hueso duro de roer, pronto le dejaría paso, ella lo sabía. Así que no podían dejar que se echara todo a perder por algo que había sucedido hacía una eternidad. Imaginaba lo que hubiera sentido su padre, Börje, con una hija que se había convertido en primera ministra del país que tanto amaba.

El avión aminoró la marcha y se dirigió hacia una comitiva. Karin miró la pantalla oscura de su móvil. Si se veía mal, tendría que vivir con esa imagen para siempre. Se retocó el lápiz labial y se pasó la mano por el pelo. Había comido con una servilleta como babero para no tener que cambiarse de blusa al llegar.

Al parecer, no había fotógrafos en la pista. El vicepresidente las iba a recibir en la ciudad, así que no había nada importante que fotografiar allí.

Todos se pusieron de pie. Martin Pax intercambió una mirada con Karin antes de mirar a Lena. Señaló significativamente hacia la hermana de Karin, como preguntando: "¿Cómo está Lena de verdad?". Karin negó con la cabeza como respuesta. Dos arrugas de preocupación le aparecieron en la frente. Siempre era muy sobreprotector y estaba muy nervioso. Tenía que moderarse. Se propuso hablarlo con él en algún momento.

El avión se vació. Lena bajó las escaleras antes que Karin. Las azotó un calor apremiante.

Las dos se sentaron una frente a la otra en una furgoneta negra con cristales polarizados. Del espejo retrovisor del asiento delantero colgaba un arbolito de aromatizador Wunderbaum rosa. El mismo que Billie tenía en su coche. El aroma dulce inundaba el vehículo.

Karin miró a Lena y se preguntó si ella también lo habría notado. Lena permaneció inmóvil, mirando a lo lejos. Karin miró al conductor. El hombre mayor apartó la mirada del espejo retrovisor en cuanto notó que ella lo miraba. Arrancó el coche y se fue, siguiendo a las otras furgonetas negras. El horizonte de Chicago apareció a lo lejos.

Comenzó a sonar la radio a un volumen demasiado alto y el conductor dirigió la mano al salpicadero para bajarlo. La canción seguía sonando. Una suave melodía fluía del estéreo sobre sintetizadores rítmicos.

Esta noche, nena,

esta noche, ooh-ooh.

Esta noche es la noche en que nuestros sueños se hacen realidad.

Algo oscuro creció en el pecho de Karin. Era como si ya no pudiera contenerlo. Los recuerdos la inundaron.

Entonces, miró a su hermana. Lena había palidecido y se cubría la boca con ambas manos. El cuerpo le temblaba como si se estuviera congelando.

En algún lugar de su interior, Karin sabía exactamente lo que su hermana estaba pensando y sintiendo en ese momento. Lo que estaba por venir.

Entonces, la expresión de Lena cambió, como si hubiera tenido una premonición.

Karin supo lo que Lena iba a decir incluso antes de que abriera la boca.

—Eras tú quien conducía el coche.

CAPÍTULO 44

Todo había sucedido demasiado rápido. Amigos contra amigos, vecinos contra vecinos. Las familias que vivían cerca de Danijela, en el pueblo bosnio donde ella creció, eran serbias. Un día, simplemente desaparecieron. Poco después, ella presenció cómo un serbio mataba a tiros a un hombre bosnio del pueblo. Ambos se conocían de toda la vida. El grupo de karate había pasado de ser un entretenimiento a una realidad.

Había poca información sobre lo que sucedía en el resto de la región. Se retiraron al lado bosnio, de donde todos eran originarios, y esperaron al enemigo.

Su padre, Josip, se escondió en una casa que había pertenecido a la familia, en el lado croata de la frontera. No le gustaba lo que hacía Danijela y quería que se escondiera con él, pero ella se negó a huir.

—Eres una buena soldado —repetía Miro una y otra vez.

Una tarde, el grupo fue atacado mientras se dirigían de Derventa a Unka. Hasta el día de hoy, Danijela no sabía quién o qué había disparado. Y ya no importaba.

Sintió inmediatamente que le habían dado. Algo cálido y húmedo brotó de ella antes de que todo se oscureciera por el dolor.

Estuvo hospitalizada durante cuatro semanas. Al regresar, estaba más preparada que nunca para contraatacar.

Un sonido interrumpió sus pensamientos. Oyó un rasguño frente a ella: alguien estaba allí, en la habitación. El pulso le latía con fuerza detrás de las orejas. Se concentró para oír mejor, pero el corazón se le aceleró por el pánico. Instintivamente, quiso levantarse y correr. Entonces, se hizo el silencio. Le colocaron algo frío contra la frente.

Un arma.

Danijela se vio transportada a las últimas veinticuatro horas que habían pasado juntas las tres amigas. La lucha se había intensificado. Las tres estaban sentadas en un sótano, a poca distancia de los hombres. Danijela, Marija y

Amela. Habían estado tranquilas durante unos días, sin atentados ni tiroteos. Ya era de noche. Octubre se estaba convirtiendo en noviembre.

Era la calma antes de la tormenta, había dicho Miro. Los serbios estaban en camino.

Las tres habían empezado a flaquear. Una de las amigas había sugerido que se retiraran y huyeran del país.

—¿Cómo lo lograríamos? —comentó Danijela con resignación—. No tenemos pasaportes.

Después, volvieron a quedarse en silencio.

Más tarde aquella noche, descubrió dos cosas por pura casualidad. Ambas generaron una cadena de acontecimientos que determinaría por completo su destino.

Todos se habían acostado temprano, pero ella estaba nerviosa y durmió intranquila. Al levantarse por segunda vez para orinar fuera, tropezó accidentalmente con un bolso.

Y de él cayó un pasaporte.

Un pasaporte que no se suponía que existiera, ya que era imposible obtener uno nuevo en aquel entonces.

Tras examinarlo detenidamente, concluyó que era un documento elaborado de manera profesional, pero falso.

La traición le dolió en el pecho. Su amiga se había conseguido un pasaporte sin decírselo a las demás.

Tragó saliva antes de devolverlo a su lugar. Luego, se recostó en su asiento y cerró los ojos, con la ira latiendo en su interior. La mente le daba vueltas. ¿Qué haría con esa información? ¿Se enfrentaría a su amiga? ¿Por qué lo había hecho? ¿Y quién la había ayudado?

Pasaron unas horas. Debió de quedarse dormida, porque entonces la despertaron dos voces.

Se levantó con cautela y se dirigió a la puerta, donde la conversación se volvió aún más clara.

Miro hablaba con una mujer. Se mantenía firme y muy alterado.

—Los serbios vienen hacia aquí.

La otra voz respondió algo inaudible.

—No puedes arriesgarte. Están ejecutando gente. Esto es grave.

—Tengo mucho miedo.

—Te quiero. Debes escapar ahora.

Así que era eso. Miro y su amiga tenían una relación que ocultaban a todo el mundo. Y ahora él iba a salvarla solo a ella y dejaría a los demás en la estacada. Danijela había creído que las tres permanecerían juntas, hasta el final si fuera necesario. Ahora se daba cuenta de que estaba completamente sola. Nadie podía salvarla excepto ella misma. No había otra opción. Si iba a actuar, ese era el momento.

Se vistió apresuradamente, se puso las botas y tomó una pistola de uno de los hombres dormidos. Por si acaso.

Luego, fue a buscar el bolso de su amiga y sacó el pasaporte, que se guardó en el bolsillo. Abrió la puerta trasera y, resguardada por el bosque, se alejó sigilosamente al principio para que no la oyeran, aunque lo único que quería era correr.

El corazón le latía con fuerza. Se fijó si había algún sonido detrás de ella, pero no oyó nada.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, se atrevió a correr. Entonces, corrió tan rápido que le dolió. Las ramas le golpeaban los muslos, los tobillos, la cara. Mantuvo un rumbo recto e intentó pensar en lo que sabía.

Había autobuses que partían al amanecer desde el lado croata. Autobuses en los que se podía escapar.

En casa de su padre, Josip, había dinero. Si conseguía llegar a tiempo a verlo, iría. Con suerte, pasarían cinco o seis horas antes de que todos despertaran y descubrieran que ella había desaparecido. El aliento le quemaba en los pulmones, pero se sentía fuerte y concentrada.

Tras una hora corriendo, se detuvo y respiró hondo varias veces mientras sacaba el pasaporte.

Miró la foto. Ella y su mejor amiga se parecían lo suficiente como para que funcionara, para que ella pudiera salir de allí.

Entonces, volvió a leer el nombre.

“Danijela Mirković”.

PARTE III
LA SOMBRA

Solo quien ha estado en lo más profundo del valle puede comprender lo extraordinario que es estar en la cima de las montañas.
Richard Nixon

CAPÍTULO 45

Loa Bergman estaba de pie en la cinta de equipajes del aeropuerto de Arlanda, contemplando un enorme mural en blanco y negro de Karin Kennedy.

"Bienvenidos a mi ciudad natal".

Era como si ella tuviera el poder de decidir si a él le entregarían su maleta o no.

La foto debía de tener algunos años; Karin llevaba una chaqueta y miraba fijamente a la cámara. Se aferraba las solapas de la chaqueta con las manos, con un estilo informal y exclusivo a la vez. Accesible pero inalcanzable.

"¿Mataste a alguien a los dieciocho años? ¿Qué has hecho para evitar que salga a la luz?".

Loa estiró la espalda. Cuando sobrevolaban Groenlandia, se había quedado dormido. Acababa de terminar el artículo que resumía su viaje a Chicago con Linda. Aunque ocurría a menudo en la redacción de un periódico, siempre era igual de insatisfactorio tener una primicia imposible de publicar, porque lo sabías todo, pero faltaban pruebas importantes. Pocas cosas irritaban tanto. A instancias de Sigge, Loa llenó el texto con todos los detalles posibles. Incluso mencionó de pasada que las hermanas habían celebrado el Cuatro de Julio del último verano que habían pasado en el país. Pero lo más importante era lo que les habían contado.

Una criada muerta. Un encubrimiento. Y, luego, algo que empezó mucho después y los llevó hasta allí.

Loa observaba cómo se alineaban las maletas en la cinta transportadora. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Karin Kennedy. Él no votaba en las elecciones parlamentarias porque quería sentirse independiente como periodista; no quería apegarse a nadie a escondidas. Aun así, admitía que siempre le había gustado la ministra de Asuntos Exteriores. Quizás fuera buena actriz, pero parecía que se le daba bien comunicarse con la gente, de verdad. Podía reunirse fácilmente con líderes mundiales y un conductor de autobús el mismo día y parecer genuinamente interesada en ambos mundos. Una de las

mayores virtudes de Karin Kennedy era ser una de las pocas políticas de alto rango de Suecia que habían conquistado la pantalla de los medios televisivos. Era experta en hablar sin que su discurso pareciera ensayado ni guionizado, como si se dirigiera directamente a Loa. Solo la había entrevistado dos veces, y en ambas ocasiones ella había respondido a las preguntas mirándolo siempre a los ojos. También había algo que despertaba simpatía en el hecho de que había recorrido un largo camino, al haber pasado por trabajos de mierda hasta llegar al poder.

Al mismo tiempo, tal vez todo había sido una forma de ocultar que tenía la vida de una persona en la conciencia. ¿La habría atormentado esto toda su vida adulta?

Linda, que había estado esperando de pie a cierta distancia en la cinta transportadora, cogió su bolso, se despidió con la cabeza y señaló el cartel del Arlanda Express antes de desaparecer.

Finalmente, el bolso de Loa también llegó. Lo cogió, pasó la aduana y salió a la sala de espera. Los periódicos exhibidos en la tienda Pressbyrån gritaban diferentes mensajes sobre la campaña electoral. La competencia del *Aftonposten* se centraba en el anuncio del líder de la oposición sobre la inversión en zonas vulnerables. "Es hora de ponerle una trampa al gobernador", decía. Ambos periódicos matutinos habían publicado nuevas encuestas de opinión. "Una carrera muy reñida", era el mensaje. Faltaban seis días para que el pueblo sueco votara.

Loa salió del edificio, paró un taxi, reclinó la cabeza en el asiento y cerró los ojos para protegerse de la brumosa luz matutina. Con suerte, podría dormitar antes de llegar a la redacción. Sigge había sido firme en ese punto: "Tienes que ir directamente al periódico. Katarina ha descubierto cosas interesantes".

Volvió a mirar el teléfono. Seguía sin saber nada de Danijela. Lo había encendido en cuanto aterrizaron y había esperado en vano a que sonara. Ya habían pasado cuatro días desde la última vez que supo de ella. El silencio era una pesadilla.

Como si fuera una señal, llegó un mensaje de texto. Era de George.

Tenemos que hablar.

CAPÍTULO 46

Olía a humedad cuando Loa abrió la puerta de la oficina de investigación. El contenedor de basura estaba repleto de cáscaras de plátano y cajas de cartón del restaurante de sushi de la esquina. La montaña de residuos daba la impresión de que alguien creía que el personal de la limpieza llegaría y vaciaría la bolsa. Como si eso fuera a ocurrir. La mesa estaba abarrotada de hojas impresas, notas adhesivas y microfilmes.

Katarina Sundman levantó la vista de su ordenador. Tenía la piel pálida, el pelo despeinado, pero también le brillaban los ojos. Había olfateado algo.

—Bienvenido de nuevo. ¿No pudiste quitarte el *jet lag* por culpa de Sigge?

—Por lo visto, hay que dormir en el avión —respondió Loa con sarcasmo—. No hay tiempo que perder.

Antes de que Loa pudiera decir la última palabra, la puerta se abrió de golpe. Sigge entró en la habitación y se sentó a la mesa tan rápido que todo el movimiento pareció simultáneo. La extraña sincronía hizo que Loa sintiera que tenía el control de la situación. ¿También lo había rastreado Sigge a él, igual que cuando supo que Danijela estaba en Croacia?

—¡De vuelta de los Estados Unidos! —exclamó su jefe sin aliento, abriendo el portátil que llevaba bajo el brazo—. La historia del año de las hermanas de Chicago pronto se publicará como banner en la página web. ¡Qué bien que lo hayas hecho tan rápido! ¡Salió genial!

Loa se tapó la boca con la mano para ocultar una sonrisa. Había muchas cosas que nunca había podido controlar desde que era un niño, pero cuando el profesor le ponía un diez brillante en rojo en un examen, aún sentía que podía tener éxito en algo. Sentía la misma satisfacción cuando Sigge reconocía que había hecho algo bien. Muy bien, incluso.

—¿Crees que entenderá que lo sabemos? —preguntó Loa, aunque ya sabía la respuesta.

El jefe de policía retirado Raymond Hansen probablemente ya había llamado a la ministra de Asuntos Exteriores. Con semejante secreto, se podrían reactivar rápidamente contactos que, de otro modo, habrían permanecido latentes

durante cuatro décadas. Él también tenía mucho que perder si se descubría la verdadera razón de la muerte de Mei-Fen Li.

—Eso espero —respondió Sigge sacando un caramelo Marianne del bolsillo de su camisa. Le quitó el papel y se lo metió en la boca antes de continuar—. Creo que encontraste el equilibrio perfecto en el texto. Si yo fuera Karin Kennedy ahora, estaría temblando en el suelo.

—¿Es Evah S. la que sigue la pista de los Bauer? —preguntó Loa.

—Sí. Consiguió la entrevista con el abuelo ella sola. Es una chica lista.

—¿Tiene algo más entre manos? —Loa intentó no parecer demasiado ansioso ni curioso.

—Tal vez —respondió Sigge—. Pero no te preocupes. Karin Kennedy es nuestra pista principal.

Sigge tenía claro dónde estaba su objetivo y, cuando se decidía, era como un camión de bomberos. No valía la pena tratar de desviarlo de su rumbo.

Loa intentó averiguar cómo proceder. Sentía la cabeza pesada y nublada por la falta de sueño.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Sigge se tragó el caramelo y asintió hacia Katarina, como si le diera la bendición para hablar. Como si alguna vez la hubiera necesitado.

Ella carraspeó.

—He estado pensando un poco.

—De acuerdo —dijo Loa.

—Si damos por sentado que la teoría de Sigge es correcta y que Lena Bauer fue asesinada porque quería revelar la verdad sobre el accidente de coche del Cuatro de Julio de 1983, por supuesto que sería devastador para Karin Kennedy si saliera a la luz, aunque hayan pasado casi cuarenta años. Al menos, si su ambición a largo plazo es convertirse en primera ministra.

—¿Y?

—Aparte del nombre obvio de Karin Kennedy, debería haber otras personas que tengan casi tanto que perder como ella si cayera en desgracia.

Sigge asintió frenéticamente, como para demostrar que, por supuesto, ya estaba de acuerdo.

Katarina continuó.

—No es fácil hacer explotar a tu propia hermana, ni siquiera contratar a alguien para que lo haga, con la Säpo pisándote los talones y cuando nueve de

cada diez suecos te reconocen. Creo que ha recibido ayuda con esto, de alguien dispuesto a caminar sobre cadáveres para salvarla.

—O de alguien que sabía lo que Lena iba a revelar, pero no actuó en nombre de Karin —dijo Loa.

—Es una hipótesis razonable —comentó Sigge—. Pero escucha lo que encontró Katarina.

—Bien, ¿qué encontraste?

—Dos candidatos —dijo Katarina y se levantó. Tomó una hoja A4 y la puso en la pizarra—. Aquí tenemos a Oskar Asplund. Treinta y seis años. Secretario de prensa, redactor de discursos, asesor de imagen. Trabaja con Karin desde que se graduó con un máster en Política en Lund a los veintidós años. Así que llevan catorce años trabajando juntos. Ocupa su puesto actual desde que ella se convirtió en ministra. Normalmente, quienes hacen ese trabajo solo duran un par de años, pero él parece incansable.

—Leal, como mínimo —respondió Loa.

Katarina lo miró fijamente, y él se dio cuenta de que quería dejar claro su punto sin que la interrumpieran.

—Es un genio dentro del partido —continuó—. Y, al parecer, está obsesionado con que Suecia tenga como primera ministra a una mujer.

Loa se preguntó qué sabía realmente de Oskar Asplund. Llevaban muchos años en el mismo mundo sin conocerse. Oskar solía quedarse en un rincón en los clubes nocturnos, vestido con una camiseta blanca ajustada y bebiendo alcohol puro, porque los carbohidratos no parecían encajar en su cuerpo, dado su aspecto bien cuidado.

—¿Qué le ve Karin? ¿Se acuesta con él? —preguntó Sigge con una risita.

Loa tragó saliva.

—Es gay —dijo en voz baja.

Katarina se relajó unos segundos antes de continuar.

—Sí, sí. Vive solo, al menos según los registros. No he averiguado con quién se acuesta.

Sigge frunció el ceño.

—Me da igual si es gay.

Loa miró a Katarina con gesto de fastidio.

—¿Podemos continuar?

—La segunda persona es Diana Vogler. —Katarina puso otra foto en la pizarra—. Su nombre se pronuncia Dajana porque viene de ese horrible lugar

llamado Malmö. —El acento sureño de Katarina Sundman sonó más fuerte que nunca.

Una mujer de aspecto serio, de unos sesenta años y cabello corto y rubio, miró a Loa desde la foto.

—Antes de contarte más sobre ella, solo quiero que sepas que, además de Lena Bauer, Diana Vogler es la persona que ha estado más cerca de Karin a lo largo de los años.

Katarina tomó un nuevo fajo de papeles y lo extendió sobre la mesa. Karin y Diana aparecían en cada foto en diferentes poses, con distintos peinados y gafas. Las ubicaciones variaban. A veces en el Parlamento, otras en un congreso, pero en todas aparecían juntas. Como si fueran inseparables.

—¿Cuán íntimas eran?

Katarina tomó su cuaderno y leyó.

—En 1989, Karin se mudó a una residencia de estudiantes cerca de la Universidad de Estocolmo. Diana Vogler se mudó el mismo día que Karin y vivieron juntas durante cinco años.

—¿Y qué hacía Lena en aquel momento? —preguntó Loa.

Vivía en Uppsala con su hijo de dos años. Supongo que el padre del niño ya se había ido. A partir de entonces, fueron Karin y Diana las que anduvieron siempre juntas —respondió Katarina.

—¿En qué sentido? —preguntó Loa.

—Diana Vogler tuvo después una larga trayectoria en el partido. Primero como política municipal y regional. Luego, como líder parlamentaria, presidenta de la Unión de Mujeres y en varios comités electorales. Durante un tiempo, también fue miembro del comité ejecutivo.

—¿Por qué nunca ha sido ministra? —preguntó Loa.

Justo cuando Katarina estaba a punto de empezar a hablar, Sigge la interrumpió.

—Ya lo tenían planeado, pero luego ocurrió ese desafortunado incidente en el puente de Öresund. —Por la forma en que dijo esa frase, parecía que se regodeaba en ella.

—Así es. El control de alcoholemia. —Los titulares de 2001 volvieron a la mente de Loa.

En aquel entonces, las noticias las comunicaban los periódicos de papel, que salían una vez al día. Los ciclos informativos eran más lentos, lo que daba tiempo a los escándalos para crecer.

Sigge no se dio cuenta de que Katarina quería seguir hablando. Tomó la palabra y alzó la voz. Ese tipo de anécdota era lo mejor que conocía.

—Diana Vogler había estado cenando en Copenhague, según los rumores, con su amante. Por aquel entonces era concejala municipal en Malmö y la detuvieron con 0,8 de alcohol en la sangre en la frontera sueca.

—La historia se alargó tanto porque primero se negó a renunciar, si mal no recuerdo —arriesgó Loa.

—Sí, era una estúpida. Se comportaba un poco como Donald Trump antes de ser Donald Trump, por así decirlo. Daba la impresión de considerarse por encima de la ley, y su forma de defenderse diciendo que solo había tomado unas pocas copas de vino se interpretó como que siempre conducía después de beber. Con el tiempo, su actitud se volvió insostenible y tuvo que renunciar. Y así se esfumaron todas sus posibilidades ministeriales —dijo Sigge con satisfacción.

—Inteligente.

—Como mínimo. Regresó al Parlamento en 2006, a pesar de algunas críticas, pero eso ha manchado su reputación desde entonces —dijo Sigge quitándole el envoltorio a otro caramelo Marianne. Se lo llevó a la boca y Katarina lo interpretó como una señal para continuar la explicación de sus hallazgos.

Ella reflexionó:

—Lo que más la distingue es que ha sido extremadamente leal a Karin a lo largo de los años.

—¿Cómo demostró su lealtad? —preguntó Loa.

—De varias maneras —comenzó Katarina—. Cuando formaba parte del comité electoral en 2011, lo abandonó como protesta después de que no se propusiera a Karin Kennedy. —Hojeó algunos periódicos y mostró dos páginas del *Aftonposten* con detalles reveladores que habían llevado a la elección del otro candidato, al que llamaban "el hombre del bigote".

—¡Menudo desastre! —dijo Loa.

—Sí, empeoró aún más al año siguiente. —Katarina Sundman mostró una nueva foto de Diana Vogler llorando con un cigarrillo en la boca en una azotea a oscuras. Las fotos, tomadas clandestinamente, documentaban las largas maniobras nocturnas en las que el comité ejecutivo había tenido que encontrar rápidamente un nuevo líder del partido cuando el "hombre del bigote" se vio obligado a renunciar después de solo diez meses.

—Según nuestras fuentes de aquel entonces, ella se puso en una situación

incómoda con todo el grupo porque quería que Karin Kennedy también saliera elegida aquella vez.

—Pero si el partido ha estado en contra de Karin en el pasado, ¿por qué es tan obvio que ahora ella es la candidata? —preguntó Loa.

Katarina Sundman se giró hacia Sigge, quien empezó a hablar. Se le veía una mancha de chocolate en uno de los dientes delanteros.

—Por varias razones. Es el momento oportuno. Hay pocos candidatos. Sobre todo, ha fortalecido su marca personal como ministra de Asuntos Exteriores, con muchos viajes al extranjero y una actitud sensata. Igual que Hillary Clinton cuando trabajaba con Barack Obama —dijo.

—Ha hecho el trabajo más importante con mucha discreción —añadió Katarina.

—¿Cuál es?

—Viajar por todo el país y reunirse con todos los representantes del partido en cada pueblito. Ha investigado a fondo. Ahora, todos la aprecian. Al parecer, Diana también está detrás de ese trabajo de grupo de presión.

Diana Vogler parecía haber tomado una decisión pronto. Si sus posibilidades de llegar a la cima se frustraban, al menos su mejor amiga lo lograría.

—¿Y ahora Diana Vogler estaría tan desesperada que podría matar, o pedirle a alguien que mate, por Karin? ¿No suena extremadamente arriesgado?

Sigge suspiró.

—Definitivamente tiene un motivo para deshacerse de Lena. Parece que vive a través de Karin. Un motivo así es difícil de ignorar. Si Karin se convierte en líder del partido, Diana Vogler probablemente se convertirá, a su vez, en secretaria del partido. Su carrera también alcanzaría su máximo potencial de esa manera.

Loa asintió.

—¿Hay algún hombre en la vida de Karin Kennedy?

Katarina hojeó sus papeles.

—Se casó con Peder Larsen a finales de los noventa y se divorciaron el mismo año en que ella asumió el cargo de ministra de Asuntos Exteriores, en 2014.

—Muy práctica —dijo Sigge—. ¿Hijos?

—No —respondió Katarina.

—¿Y ahora? —preguntó Loa—. ¿Sale con alguien?

—¿Quién demonios tiene tiempo para salir con alguien si trabaja veinte horas al día? La gente que está en esa posición solo sale con gente del trabajo,

así tienen tiempo para socializar de vez en cuando, por muy inapropiado que sea —dijo Sigge mientras empezaba a distraerse.

Las notificaciones iluminaron su pantalla y parecía que empezaba a perder la concentración. Loa lo notó y también Katarina, que golpeó la pizarra con la mano. El golpe hizo que Sigge diera un respingo y volviera a dejar el teléfono sobre la mesa.

—¿Cómo seguimos? —preguntó Katarina.

Sigge se encogió de hombros.

—Averiguad qué estaban haciendo Karin Kennedy, Oskar Asplund y Diana Vogler cuando explotó el barco.

—¿Cómo?

Sigge abrió la puerta y se dio la vuelta.

—Sed creativos. Se nos acaba el tiempo.

CAPÍTULO 47

Cuando Loa vio a George Brink en una mesa del lúgubre comedor del personal en el quinto piso, reaccionó al notar que el exmarido de Danijela se había dejado crecer la barba y no llevaba traje. En su lugar, vestía una sudadera azul oscuro con un logo deportivo mal colocado. Tenía el pelo sin lavar y despeinado.

Loa se sentó frente a él y esbozó una sonrisa forzada para ocultar su preocupación. Había algo en su aspecto desaliñado y demacrado que le recordaba a su madre cuando estaba en un episodio maníaco. Inmediatamente se sintió culpable por haber hecho esperar a George toda la mañana, a pesar de lo urgente que le había parecido el mensaje en el que decía que tenían que hablar.

George jugueteaba nerviosamente con la credencial de acceso que le colgaba del cuello.

—Anton está bien, pero muy inquieto y ansioso —dijo rápidamente sin mirar a Loa a los ojos.

"Estás a punto de sufrir una crisis nerviosa", pensó Loa, pero respondió:

—Me alegra saberlo. —Abrió la bebida energética que había cogido de la nevera de la entrada del comedor y bebió dos tragos—. Vengo directamente del aeropuerto, así que no he tenido tiempo de ir a ver cómo está. Lo haré más tarde. Lo prometo.

George apoyó las manos en la mesa y se aferró de manera poco natural, como si no supiera qué hacer con ellas.

—No te preocupes. No es mi mayor dolor de cabeza.

La forma en que lo dijo, tan tensa, hizo que Loa comprendiera adónde iba la conversación.

—Danijela —dijeron ambos a coro.

George soltó la mesa y se pasó las manos por el pelo.

—No tenemos ni idea de qué ha pasado desde que se iba a encontrar con esa persona el viernes, quién sabe dónde.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Loa bebiendo dos tragos más de la bebida

dulzona. De pronto se sintió un poco más alerta, aunque la energía fuese artificial.

George lo miró con seriedad.

—Voy a ir allí.

—¿Que vas a ir? —Loa perdió el control de su expresión. Abrió los ojos y la boca de par en par—. ¿A Croacia?

George asintió lentamente.

—El vuelo sale en unas horas. Tengo que hacerlo por mí. Pero, sobre todo, por Anton. Solo tiene una madre. Fue un error no ir a buscarla de inmediato, ya me di cuenta, pero me pilló desprevenido.

—¿Qué vas a hacer allí? —preguntó Loa.

—Encontrarla, por supuesto.

—¿Y cómo lo harás?

—Ya se me ocurrirá algo —respondió George vacilante.

Loa negó levemente con la cabeza. La respuesta era, como mínimo, insatisfactoria.

—Loa, es mi puto deber. La policía no moverá un dedo.

Loa comprendió que no era algo negociable. Apoyó la mano sobre la de George.

—Cuidaré de Anton. ¿Sabe que te vas?

George asintió de nuevo.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Pensó que era lo correcto.

—Bien. Pero ten mucho cuidado. ¿Lo prometes?

Por tercera vez, George asintió. Pero por primera vez, parecía muy asustado.

Loa le puso la mano en el hombro.

—Por cierto, ¿qué tal te fue en Estados Unidos? —preguntó George, y un brillo le iluminó los ojos. Quizás, al igual que a Loa, el trabajo lo hacía sentirse seguro y tranquilo.

Loa dudó. No sabía cuánto se atrevería a contarle.

—¿Tiene que ver con la explosión del barco? —continuó George—. Han corrido rumores sobre la empresa…

Loa no pudo ocultar su sorpresa.

—¿En serio?

—Investigamos un poco la primavera pasada para la sección Negocios.

Averiguamos que Filippa Bauer inflaba las cifras en las entrevistas y las redes sociales.

—¿Qué quieres decir?

—Que las cosas no iban tan bien como parecía.

—Ah, ¿no?

—Se rumoreaba que Filippa era la impulsora, que mentía sin pudor para aparentar más éxito. Pero al final, en fin, algunos inversores empezaron a exigir transparencia.

—¿Por qué no escribiste nunca al respecto?

—Las cifras no coincidían con lo que ella decía en público, pero al mismo tiempo era difícil corroborarlo por completo. Por lo que he oído, hubo rumores y peticiones de una junta general extraordinaria a finales de este otoño.

—Mierda —respondió Loa.

—Así que el balance anual será una prueba más, pase lo que pase con eso.

George prometió informarle sobre cómo iban las cosas en Croacia y Loa le deseó suerte.

Mientras se despedía y se dirigía a la escalera, volvió a sonarle el teléfono.

Era Sigge.

Baja. Ha surgido algo.

CAPÍTULO 48

—Repítelo —dijo Loa, acercándose a la pantalla.

Él, Katarina y Sigge estaban sentados alrededor de sus ordenadores en la oscura habitación del sótano, observando las llamas ardientes. El periódico croata *Jutarnji List* acababa de publicar un vídeo de las cámaras de vigilancia de un hotel cercano que mostraba la explosión del barco con la familia Bauer a bordo. La imagen era granulada, el barco estaba lejos, pero después de que Katarina se esforzara por mejorar la resolución y la luz, fue posible ver con claridad el curso de los acontecimientos.

El barco era más grande que cualquier otro de los que se veían en la bahía de Kvarner. El mástil desnudo apuntaba como una lanza hacia el cielo. Una lancha de goma negra estaba amarrada en la popa. Probablemente de allí vino la explosión. Primero, se vio una bola de fuego que rozaba el agua y se desplazaba hacia arriba. Luego, el barco estalló y, poco después, una humareda oscura se elevó en el aire. Según el periódico, la explosión fue ensordecedora y se oyó a kilómetros de distancia. Aunque no había sonido en el vídeo, el ruido se sentía en todo el cuerpo.

Loa parpadeó.

Seis vidas humanas extinguidas.

—Publicaremos la grabación y escribiremos un breve reportaje sobre ella —dijo Sigge—. Evah S. se encargará —continuó.

Katarina rebobinó una vez más y pulsó el botón de reproducción. La secuencia se reinició.

—Esto confirma la conclusión a la que llegó la policía croata —dijo—. Que alguien hizo estallar el barco deliberadamente con una bomba.

Sigge odiaba sentarse tan cerca de sus compañeros, probablemente porque sabía que olía a sudor. Loa hizo todo lo posible por evitar olerlo, pero se notaba que su jefe no se había duchado en varios días.

—¿Quién cojones podría ser capaz de algo así? —dijo Sigge, estremeciéndose de la impresión.

—Oskar Asplund estuvo a un metro de Karin Kennedy todo el tiempo en

Bruselas —respondió Katarina mostrando una foto de la agencia AP—. Al menos, no pudo haber estado allí físicamente.

—Deben de haber contratado a alguien —dijo Sigge—. Tendremos que esperar a ver si los periódicos de allí o la policía encuentran algo más.

Katarina carraspeó.

—Solicité los intercambios de correos electrónicos entre los empleados del círculo íntimo del Ministerio de Asuntos Exteriores desde dos semanas antes del estallido hasta ahora. Los de Karin Kennedy, Oskar Asplund y algunos más. Veremos cuánto tardo en conseguirlos y si da algún resultado.

Por supuesto que era lo correcto, aunque fuese una apuesta arriesgada. Probablemente tardaría una eternidad si el gabinete se salía con la suya.

Loa no se reconocía a sí mismo. Normalmente, era algo que se le habría ocurrido hacer a él. Entonces, recordó algo más que también debería haber hecho hacía varios días. Se levantó apresuradamente.

—Siento que llevo días sin dormir. Seguiré trabajando desde casa, ¿te parece bien? Hablaremos en unas horas.

Subir en el ascensor a la planta baja fue beneficioso; el aire fresco que lo recibió en Mäster Samuelsgatan fue purificador. Bajó hacia el metro para afrontar su segunda misión.

CAPÍTULO 49

Danijela Mirković, como se hacía llamar desde el 10 de diciembre de 1992, quedó cegada por la luz brillante. Con los ojos entornados, trató de distinguir los contornos de la habitación.

Alguien había encendido un fuego.

Cuando se disparó el arma, pensó que sería el último sonido que oiría, pero no pasó nada. Estaba descargada. Luego, la persona había salido de la habitación sin decir palabra.

No sabía cuánto tiempo había pasado. El hambre le apretaba el estómago y tenía la garganta seca. No había dicho ni una palabra; no quería mostrar miedo ni debilidad.

Mientras los ojos se acostumbraban a la luz, vio a alguien sentado en un taburete a pocos metros de ella. Por sus largas piernas y hombros anchos, estaba segura de que era un hombre. Vestía ropa militar y llevaba un pasamontañas en la cabeza. Dos ojos castaños eran visibles a través de las estrechas rendijas del gorro. Instintivamente, quiso abalanzarse sobre esa persona, pero al intentarlo, las ataduras se le clavaron aún más en las muñecas.

El hombre permanecía inmóvil. Era profundamente incómodo su silencio, no saber qué estaba pensando ni qué iba a hacer. La pistola con la que le había apuntado a la frente había desaparecido. ¿La tendría debajo de la chaqueta?

—Como puede ver, estoy dispuesta a escuchar lo que tenga que decir —dijo, aunque no estaba segura de si había sonado lo suficientemente convincente.

Volvieron los recuerdos del ferry que había atracado en Ystad. Danijela había viajado desde Polonia y había permanecido en cubierta durante la última hora, a pesar de ser una tarde oscura de invierno. En el baño, se había cortado el pelo largo al estilo paje, para parecerse lo más posible a Danijela Mirković. Cuando vio el pelo amontonado en el lavabo, también sintió que estaba cambiando de forma. Un nuevo nombre. Una nueva identidad. Dentro de la terminal del ferry, la policía había recibido al grupo de pasajeros, unas cincuenta personas. Un árbol de Navidad de plástico con guirnaldas plateadas se alzaba contra la pared y por los altavoces sonaba una melodía que más tarde Danijela supo que

era una famosa canción navideña sueca. En aquel momento, no se dio cuenta de lo difícil que sería pronunciar *jol*, "Navidad".

Una mujer que viajaba sola con tres niños intentó hablar con Danijela, pero ella los ignoró. Finalmente, uno de los niños se acercó y le preguntó su nombre. Ella se detuvo en seco antes de responder: "Me llamo Danijela. ¿Cómo te llamas tú?".

El hombre se levantó lentamente.

—No puedo creer que finalmente te haya encontrado —empezó.

Danijela sintió una vaga sensación familiar en la voz, pero no lograba identificarla. Lo miró en silencio.

Él se llevó las manos a la cara y se quitó lentamente el pasamontañas. Cerró los ojos y emergió del gorro el espeso cabello oscuro que se extendió primero sobre su frente. Se echó el pelo hacia atrás, abrió los ojos y la miró con seriedad.

La pequeña arruga de la barbilla. Los ojos abiertos y la nariz puntiaguda y marcada. Si antes había estado asustada, no era nada comparado con el miedo de morir que sentía ahora.

—Hola, Amela. ¿O debería decir Danijela?

Había envejecido, pero seguía siendo el mismo.

Era Dario. Dario Mirković. El hermano mayor de la mujer a la que le había robado la vida.

—Pareces sorprendida. —El tono había cambiado: antes hablaba de manera nerviosa, un poco rápido; ahora, su voz sonaba apagada y lenta.

Adelantó el taburete y se inclinó todavía más hacia ella. Danijela bajó la cabeza.

—¿Qué quieres?

Él levantó el dedo.

—Primero deberías preguntar qué le pasó a Danijela. ¿O la llamamos Amela, para simplificar?

Se le aceleró el corazón. Se preguntaba, por supuesto, qué habría pasado después de robar el único pasaporte que había en el grupo y salir del país. Se lo había preguntado todos los días durante treinta años.

Dario se levantó de la silla y le dio la espalda. Danijela echó un vistazo a la habitación vacía. Al fondo había una puerta negra. Estaban en una especie de garaje o edificio industrial.

—Los serbios fueron al pueblo la mañana después de que robaras lo que era

de ella y desaparecieras.

Danijela cerró los ojos. Las escenas se repitieron en su mente.

Dario habló con una intensidad atenuada.

—Marija salió corriendo. Tan solo recorrió unos cientos de metros antes de pisar la mina. Le destrozó el cuerpo.

Danijela tragó saliva. El miedo que ella misma había sentido cuando la obligaron a cruzar el campo no era nada comparado con el pánico que Marija debió de sentir cuando corrió para salvar su vida y sintió que algo se movía bajo sus pies antes de que todo estallara.

Dario se giró de nuevo hacia ella.

—El tormento de Marija fue breve. Para mi hermana fue peor.

Danijela se preparó para lo que estaba por venir.

Dario caminó hacia ella con tres pasos rápidos. Acercó tanto el rostro al suyo que alcanzó a oler su colonia y su aliento. Olía a almizcle y café.

—Los demás huyeron cuando empezó el bombardeo, pero mi hermana no llegó a escapar. —Ahora susurró—. Los soldados se turnaron para violarla. Miro regresó para rescatarla y, entonces, le dispararon.

Danijela cerró los ojos y sintió que la invadían el dolor y la vergüenza. Meneó la cabeza, incapaz de mirarlo de frente.

—Lo siento mucho, Dario, si hubiera sabido…

—Silencio —dijo Dario con brusquedad—. Vas a escucharme. No he terminado. Mi hermana se desangró en esa casa. Alguien la penetró con una botella rota.

Un leve sonido involuntario escapó de Danijela, que se desplomó.

—Miro murió unas semanas después en el hospital. Pero antes de fallecer, me contó todo sobre tu traición.

Danijela pensó en lo humillada que se había sentido al descubrir su relación secreta. Se preguntó si el hecho de que la hubieran mantenido oculta la había justificado para robar el pasaporte. Se había sentido traicionada y los había dejado abandonados. Y ahora, ambos estaban muertos, ellos dos y Marija, su mejor amiga.

—Miro me contó cómo reaccionaron cuando se dieron cuenta de lo que habías hecho. No podían creer que fuera cierto. Que pudieras ser tan egoísta.

Danijela sintió que las náuseas le subían. Nada de lo que dijera serviría. Cualquier palabra sería insuficiente.

—Lo que sea —dijo—. Haré lo que sea para seguir viviendo. Piensa en mi

hijo.

CAPÍTULO 50

Solo pasaron diez minutos antes de que la Säpo rechazara la solicitud de Loa en el archivo de Arninge. Había un expediente sobre Harald Timander, pero era información clasificada y seguiría siéndolo. O, como dijo la recepcionista:

—Puede leer todos los papeles, pero habrá tachaduras negras por todas partes.

Sonrió con ironía y Loa ni siquiera se molestó en discutir. Se marchó sin agradecerle. Apretó el puño en el abrigo.

Gracias a la herencia de Henry, podía vivir en un apartamento enorme, rodeado de objetos y obras de arte con los que antes solo podía soñar. Al mismo tiempo, no se merecía todo eso.

Aparte de dejar de beber, lo único que Henry le había pedido era demostrar que Allan Arnell estaba detrás de las acusaciones de espionaje contra Harald. Henry había creído en Loa, había confiado en él para el trabajo. ¿Y qué había conseguido él? Entonces, se dio cuenta de que no había investigado adecuadamente a Harald Timander. ¿Había algo en los registros públicos que hubiera pasado por alto?

Se sentó en un banco del andén del tren y sacó su ordenador. El cartel indicaba que el tren llegaría en doce minutos.

Encontró cinco hombres que llevaban el nombre de Harald Timander, pero solo uno había muerto en 1998 y, tres años después, había sido acusado de espiar para Rusia.

Loa clicó en el nombre de la base de datos del periódico y no halló condenas ni cargos contra él.

La última dirección que se conocía de él era el apartamento donde vivía Loa, en Bellmansgatan. Pero en la mención del estado civil, Loa leyó algo tan extraño que al principio pensó que, después de todo, se había equivocado de persona.

Harald Timander se había casado con una mujer.

Entre 1974 y 1990, había estado casado con Mona Vikersjö. Loa parpadeó

mirando la pantalla. La exesposa de Harald Timander era escritora y vivía en una casa en Täby.

El tren entró en el andén con un rugido, pero cuando las puertas se abrieron, Loa las dejó cerrarse de nuevo. Antes de volver a su casa con Anton, tenía que hacer una parada.

Decía "Vikersjö" tanto en el buzón verde del límite de la propiedad como en la puerta de madera color marrón oscuro.

Loa se sintió inesperadamente nervioso cuando tocó el timbre.

De inmediato hubo movimiento en la ventana y una mujer de cabeza redonda abrió la puerta con cautela. Tenía el pelo canoso y liso, y debía de estar cerca de los ochenta.

—¿Sí?

—Me llamo Loa Bergman y soy periodista.

—Bien. No creo tener nada interesante que contarte, lo siento.

—Creo que sí.

—¿Y qué sería?

—Fui amigo de Henry Mountbatten. Tengo algunas preguntas sobre Harald Timander.

Al principio, Mona Vikersjö no movió ni un músculo. Luego, esbozó una gran sonrisa.

—¡Eres tú! ¡El que vive en el apartamento!

Loa se quedó tan desconcertado que al principio no supo qué decir. Así que ella conocía esa historia.

—¡Pasa! —dijo.

—Gracias —respondió él con vacilación.

Mona le sirvió café a pesar de que él se había negado con amabilidad. Obediente, bebió dos tragos de la taza floreada.

—Puede venir a visitarme si quiere —le dijo.

—Lo haré con mucho gusto.

—¿Ha estado allí muchas veces?

—Ay, sí —casi gorjeó al responder, contundente—. Muchas muchas veces.

Loa bebió el café insípido de un trago para contener su entusiasmo. Realmente quería saberlo todo, pero tenía que ir paso a paso.

—¿Cómo fue que terminaron casándose? —empezó.

—Porque debíamos hacerlo —le respondió Mona con naturalidad—. Nos

habíamos conocido en Timmy's, en Timmermansgatan, a finales de los sesenta.

—¿El club gay? —preguntó Loa.

—Sí, exacto. Yo era lesbiana, mejor dicho, soy. Él era gay. Él quería ascender en el Departamento de Estado, donde era becario, y yo, de niña, pensaba que sería la directora ejecutiva de una gran empresa. Mira, Loa. Era una época muy diferente. Nos hicimos amigos y enseguida nos dimos cuenta de que el matrimonio beneficiaría nuestras carreras y nuestra vida.

—¿Fue con él a Washington?

—Por supuesto. Trabajamos duro y todo salió bien. Nos ceñimos al plan, por así decirlo. Hasta que conoció a Henry.

—¿Qué pasó?

—Harald se descuidó y pronto todos supieron de su relación. Su carrera se hizo trizas. Y después yo también dejé de ascender en la empresa en la que trabajaba por aquel entonces. Todos se dieron cuenta de que vivíamos en un matrimonio falso. Así que volví a Suecia y, por así decirlo, empecé de cero.

—¿Cómo se sintió?

—Fatal. Pero también era lo correcto. Harald tuvo que seguir su corazón. Y, luego, me obligó a seguir el mío también.

—¿Por qué tardaron tanto en divorciarse?

—Yo quería asegurarme de que alguien me heredara si moría. Tuve cáncer a mediados de los años ochenta y quería que él fuera una especie de aval. Pero, al final, tuvimos que separarnos. Fue bueno para todos. Aunque a Henry le vino bien que, durante mucho mucho tiempo, su familia pensara que Harald estaba casado con una mujer.

Mona no le preguntó a Loa cómo se habían conocido él y Henry. Sus evasivas lo delataron.

—¿Conoció a alguien después?

Mona Vikersjö le dedicó una sonrisa pícara. Fue entonces cuando él notó el pequeño broche de arcoíris pegado en el pecho de su suéter.

—Algunas mujeres han ido y venido a lo largo de los años. Pero siempre he descubierto que soy más feliz sola, con mi jardín.

Loa hizo girar la taza de café. Entonces, le contó lo de la carta de Henry. Mona Vikersjö escuchó con los ojos muy abiertos.

—¿Había algo de cierto en la acusación de que Harald había espiado para los rusos?

—Rotundamente no. Solo fue una excusa para estropearle la vida. La

investigación se cerró a los pocos días, pero para entonces era demasiado tarde. Ya todo estaba perdido.

Loa recordó lo que había leído en la Biblioteca Real. La manera en que se había informado la noticia reforzaba lo que ella había dicho.

—He hablado con Allan Arnell —dijo Loa.

—Ah, ¿sí? Ese hijo de puta.

—¿Usted también cree que fue él quien contactó con la Säpo?

—¿Que si lo creo? —Mona Vikersjö puso los ojos en blanco—. Estoy completamente convencida de que fue él.

—¿Por qué?

—Ni Henry ni yo pudimos confirmar quién avisó a la Agencia de Seguridad, lo cual parece haber sido suficiente en aquel momento. Pero como se tomaron el rumor tan en serio, debió de ser alguien influyente.

—¿Como un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores que, además, fuera cercano a Harald?

Mona Vikersjö asintió con la cabeza.

—Pero no tan cercano como a él le hubiera gustado.

Loa la miró desconcertado.

—Por supuesto —continuó ella—. Allan estaba enamorado de Harald. Se le rompió el corazón cuando Henry entró en escena.

—Pero ¿por qué haría algo así tanto tiempo después?

—Poco después de separarnos, se pusieron en contacto. No sé exactamente qué pasó entre ellos, pero mi teoría es que Harald lo rechazó de nuevo.

—"La Paloma" —continuó Loa—. Leí en un artículo de periódico que ese habría sido el nombre en clave ruso de Harald. ¿Tiene idea de dónde salió ese dato?

—Ni idea, la verdad. Fue bastante incomprensible desde el principio. Pero es razonable pensar que también fuera algo inventado por Allan Arnell.

—¿Cómo se sintió Harald después de todo eso? El cáncer debió de aparecer unos años después, ¿verdad?

Mona miró a Loa sorprendida.

—¿Cáncer? ¿Crees que Harald murió de cáncer? —Casi escupió las palabras.

—Sí… Henry me habló numerosas veces del curso de la enfermedad.

—Harald no murió de cáncer.

Loa miró a Mona confundido.

—Se ahorcó. En el salón de su apartamento.

Loa sintió como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Qué?

—Se suicidó. No soportó los rumores de que era un espía ruso. Simplemente no era posible.

—¡Dios mío! —fue todo lo que Loa logró articular.

—Loa, tienes que entender que Harald y Henry vivieron en una época completamente diferente. En una época equivocada, podríamos decir, vista en perspectiva. Una época triste en la que a muchas personas se las trató terriblemente mal. Harald tuvo miedo toda su vida. Mucho miedo. Cuando todo se calmó tras el escándalo de que él eligiera vivir con Henry, llegó el sida y se llevó la vida de muchos de nuestros amigos. Y luego, cuando la epidemia finalmente fue derrotada, él fue acusado sin fundamentos. Fue demasiado. Supongo que simplemente no pudo soportarlo más.

Loa no supo qué decir.

—¿Dejó una carta?

Mona negó con la cabeza. Loa siguió haciendo preguntas sobre Allan, Henry y Harald, pero ella ya le había contado todo lo que sabía. Prometió contactar con ella si averiguaba algo más.

Salió de la casa adosada, subió al tren Roslagsbanan y miró por la ventanilla. Pensó en todos los sacrificios, todas las batallas libradas. Todos los secretos que la gente se había visto obligada a guardar, todos los corazones rotos. Todo el amor que, contra todo pronóstico, se había mantenido firme. Él mismo no tenía nada que ocultar. Nada pasaría si le daba la mano a su novio en la ciudad. No tenía por qué temer morir si se iba a casa con alguien y compartía una noche con un desconocido. Pero no tenía ningún secreto, ni nadie con quien compartir ni una noche ni una vida. Estaba completamente solo, con diez habitaciones. Bueno, no en ese momento.

En la estación Este, se subió a la Línea Roja del metro. Justo cuando el tren llegaba a la estación del casco antiguo, sonó el teléfono. Era Anton Brink.

Loa le había pedido específicamente a Anton que mantuviera el teléfono apagado. ¿Por qué correría un riesgo tan innecesario? ¿Quería pedir comida para llevar?

—¿Sí, hola? —respondió.

Entonces se oyó un jadeo. Anton susurró algo, pero era imposible entender lo que decía.

—¿Disculpa? No te oigo.

Anton alzó la voz.

—Tienes que venir. Ahora mismo.

La irritación desapareció al instante y lo invadió una escalofriante sensación de miedo.

Anton, que normalmente sonaba despreocupado, ahora parecía muerto de miedo.

—¿Qué pasa?

—Alguien ha entrado en el apartamento.

CAPÍTULO 51

Una vez que Loa empezó a correr, la distancia relativamente corta, de no más de un kilómetro, entre la estación de metro del casco antiguo y el edificio Laurinska Huset en Mariaberget se le hizo eterna.

Presa del pánico, casi se arrojó del tren sin tiempo para pensar si era más rápido bajar en Slussen. Sin mirar atrás, subió corriendo por la pasarela de la bahía de Riddarfjärden para ahorrar tiempo. Su abrigo desabrochado ondeaba y la bolsa le golpeaba la espalda.

Los pasos se hacían cada vez más largos mientras agitaba las manos para aumentar la velocidad. Sintió que le ardían las piernas y el pecho al entrar en una curva y girar bruscamente.

Loa corría por su vida, por la vida de Anton.

Le había prometido a Danijela que lo protegería. En cambio, había estado sentado con una anciana en Täby, investigando sucesos ocurridos hacía muchísimo tiempo, mientras alguien estaba en su apartamento, donde nadie sabía que él vivía.

Cuando el pavimento se convirtió en adoquines en Hornsgatan, tropezó, pero logró detenerse para no caer. Se recompuso y sintió el fuerte latido del corazón en el pecho.

Loa corrió los últimos cien metros. Al ver la puerta, redujo la velocidad y llamó al 112 para informar que alguien que no debía estar en su apartamento se encontraba allí. El operador alternaba entre "¿Disculpe?", "¿Qué?" y "¿Puede repetirlo, por favor?" hasta que Loa recuperó el oxígeno y la capacidad de hablar.

Tomaron nota del mensaje y le confirmaron que un coche policial estaba en camino.

—La persona que está en mi apartamento ha recibido amenazas —dijo Loa para enfatizar la gravedad de la situación, pero el operador ya había colgado.

Loa marcó el código de seguridad y abrió el pesado portón del edificio.

Entonces, la secuencia de eventos transcurrió en cuestión de segundos.

Agotado por el esfuerzo, estaba a punto de subir las escaleras para acceder a la

puerta de entrada cuando una silueta negra corrió hacia él y lo empujó con fuerza hacia atrás, sobre la acera.

Todo explotó. Se golpeó la cabeza contra el suelo y se quedó sin aire. El dolor punzante y la sorpresa inicial por lo sucedido le recordaron cuando, de niño, se había caído de una plataforma en el polideportivo del colegio, directo al duro suelo de plástico.

La silueta dobló la esquina de la casa y desapareció tan rápido como había aparecido.

Loa se levantó e intentó retener en su memoria el aspecto de su agresor, pero no había tenido tiempo de ver nada.

Se mordió el labio para apaciguar el dolor. La manga del abrigo se le había roto por el roce contra el suelo. Algo cálido y húmedo le ardía en la nuca y al tocarse con las yemas de los dedos confirmó que era sangre.

"¡Anton!".

Loa se lanzó escaleras arriba. Sus pasos resonaron contra el suelo de mármol ajedrezado. Después de cuatro tramos de escaleras, las piernas casi no lo sostenían y se impulsó apoyándose en la barandilla de nogal. Al llegar al último piso, vio de inmediato que la puerta principal estaba abierta de par en par como si fuera la escena de un crimen.

Echó un vistazo rápido al pasillo antes de adentrarse en el apartamento. La puerta de la habitación de invitados estaba cerrada y, al tirar del picaporte, se detuvo. Estaba cerrada con llave.

—¿Anton? —lo llamó frenéticamente—. Soy Loa. ¿Estás ahí?

"Responde a la pregunta. Respóndeme. Dime que estás vivo", pensó Loa antes de oír, por fin, desde dentro de la habitación:

—Sí. Estoy aquí.

El cerrojo hizo clic y la puerta se abrió lentamente. Anton salió de puntillas y se echó al cuello de Loa. Lo recorrió el alivio al ver que estaba vivo.

—Tenía mucho miedo —dijo Anton antes de echarse a llorar.

—Yo también —sollozó Loa.

Anton retrocedió bruscamente y se miró las manos.

—¡Estás sangrando!

—No pasa nada —respondió—. Solo me di un pequeño golpe.

El sonido de las sirenas se oyó amortiguado por la ventana. Normalmente, siempre lo estresaba. Ahora, simplemente lo tranquilizaba.

CAPÍTULO 52

Dos jóvenes policías uniformados estaban sentados frente a Anton y Loa en la sala, mirándolos con seriedad. Ambos eran hombres morenos de veintitantos años. "Niños", pensó Loa. Probablemente recién salidos de la universidad. "Dame a alguien con experiencia", pensó también, pero, por supuesto, no dijo nada; solo sonrió. Típico de él, intentar mantener el buen humor, incluso en esta situación.

—Hemos registrado todo el apartamento y no hay nadie
—dijo el que tenía un gran lunar sobre el labio—. Probablemente el intruso sea el que te topaste en la escalera, Leo —continuó.

—Loa —respondió—. Me llamo Loa.

—Lo siento —respondió el policía del lunar antes de leer la descripción que había proporcionado Loa para asegurarse de haber entendido todo correctamente.

Ropa oscura. Un sombrero o gorra oscura. Alto. Hombre.

Loa asintió y cerró los ojos. Se sentía como el peor testigo del mundo, pero era la única información que podía dar con total certeza. Se tocó la cabeza y palpó la venda que el otro policía le había puesto para detener la hemorragia. Anton se sentó a su lado con una manta naranja sobre los hombros.

El policía del lunar se inclinó y cogió su bolígrafo.

—Anton, ¿qué ocurrió?

A diferencia de su gruñona madre, Anton Brink estaba tranquilo y hablaba concisa y coherentemente. Contó que estaba leyendo cuando oyó abrirse la puerta del apartamento. Que había algo en la lentitud inusual con que se abría que lo hizo reaccionar. Se acercó rápidamente y vio a un hombre de pelo oscuro vestido de negro, de pie y mirando tranquilamente a su alrededor en el pasillo.

Pelo oscuro. La descripción estaba completa.

Fue entonces cuando Anton había cerrado la puerta para encerrarse y, tras llamar a Loa, se había quedado sentado con la espalda pegada a la puerta, esperando a que la persona intentara entrar.

Después de unos minutos, el hombre había salido sin cerrar la puerta del apartamento, como si quisiera demostrar que alguien había estado dentro. Y después, en la entrada, apareció Loa.

—¿Tienes domicilio protegido? —preguntó el otro oficial. Loa dio su breve respuesta ensayada en la que explicaba que publicaba noticias con contenido sensible, para evitar decir la verdad sobre por qué había obtenido un domicilio protegido: no quería que su madre supiera dónde ni cómo vivía. Luego, les contó por qué Anton se escondía en el apartamento. Ninguno de los dos hizo ni un gesto cuando explicó lo de las fotos robadas, la amenaza y el viaje de Danijela a Croacia. Era difícil saber si lo tomaban en serio o si simplemente pensaban que Loa y Anton estaban paranoicos.

—La cerradura está forzada —dijo uno de los oficiales con naturalidad—. Pero parece un trabajo profesional.

—¿Qué significa eso? —preguntó Loa, quien sentía que él también necesitaba envolverse en una manta para calmarse.

Los policías se miraron.

—Teniendo en cuenta que la persona no intentó entrar en la habitación de Anton, tenemos que considerar que tal vez no lo perseguía a él.

Loa se sintió aletargado.

—¿No?

El policía con el lunar se sintió molesto.

—Por lo que vemos, el intruso parece haber estado rebuscando en la biblioteca. Al menos, hay un montón de hojas impresas y papeles en el suelo.

Loa asimiló lentamente lo que decían. Ni siquiera había entrado y echado un vistazo mientras esperaba a la policía. La sensación de que alguien había registrado sus cosas, sus materiales de trabajo, era profundamente desagradable. Sin embargo, no le preocupaba que se hubieran llevado algo delicado. Todo eso estaba en el ordenador, no en el escritorio sin vigilancia.

—¿Y qué conclusiones sacan de eso?

—Que le perseguía a usted.

—¿A mí?

—Ha dicho que es periodista. ¿Ha escrito sobre algo delicado últimamente?

CAPÍTULO 53

Loa nunca antes había visto a Sigge Classon tan furioso como ahora. Tenía la cara roja como la pared de un granero y alternaba un sonido de frustración con "qué cojones", "qué hostias" y "puta mierda" mientras Loa describía lo que había sucedido en el apartamento de Mariaberget la noche anterior.

Katarina también estaba sentada a la mesa en la habitación sin ventanas, escuchando con la boca y los ojos muy abiertos.

Fue cuando Loa repitió la pregunta de la policía acerca de si había escrito sobre algo delicado cuando Sigge explotó. Después, hizo algo inesperado: le preguntó cómo estaba.

La preocupación hizo que Loa se echara a llorar. Todas las emociones desbordaron a la vez: la conmoción por el robo, la preocupación por Danijela, el *jet lag* y el estrés de esa maldita historia.

Obedientemente, ambos se levantaron y lo abrazaron. Sigge olía a queso y Katarina Sundman, a tienda de segunda mano. Sollozando, les contó que no había dormido en toda la noche.

Loa se recompuso, se frotó los ojos y sintió que se ruborizaba. No mencionó las demás emociones que esto le había despertado: la certeza de que ni siquiera había tenido a quién llamar cuando todo ocurrió.

Echaba de menos a Danijela más que nunca ¿Dónde narices estaba? Loa sentía que no sabría qué hacer si algo le pasara.

—¿Qué respondiste? —preguntó Katarina.

—¿Qué? —dijo Loa confundido.

—¿Qué les respondiste a los oficiales de policía cuando te preguntaron si habías escrito sobre algún tema delicado?

—Que lo único que había escrito últimamente era un artículo sobre la estancia de la ministra de Asuntos Exteriores en los Estados Unidos. Ni siquiera tomaron nota de eso.

Loa miró a sus colegas y ellos asintieron con la cabeza. Katarina y Sigge habrían actuado de la misma manera. Si hubiera dicho A, habría tenido que decir B, y en este caso eso era imposible. Por lo tanto, era mejor no ventilar

nada innecesariamente. No se le debía contar a la policía lo que estaban descubriendo o lo echarían a perder.

—¿Qué había en la biblioteca? —le preguntó Sigge con seriedad.

—Principalmente artículos de periódico del archivo.

—¿Sobre Karin?

—Todo era sobre Karin.

—¿Y no faltaba nada?

—Nada.

—¿Nada que proviniera de fuentes protegidas?

—No.

—Ya no puedes hablar de trabajo en tu apartamento. No sabemos si te habrán instalado micrófonos.

Loa asintió. Katarina se inclinó hacia delante.

—¿Dijiste que el hijo de Danijela estaba en tu apartamento?

"Mierda", pensó Loa.

Sigge había reaccionado obviamente de la misma manera, porque ahora también lo estaba mirando.

—Ah, ¿sí? ¿Tiene algo que ver con el viaje de Danijela a los Balcanes?

Loa se dio cuenta de que estaba ante un público que no se creería una mentira piadosa. Tenía que decirles la verdad.

Así que les contó todo lo del acertijo de papel, las fotos, las coordenadas y que George Brink había ido tras ella.

La cara de Sigge se puso aún más roja.

—Joder, Danijela Mirković. ¿Cómo narices puedes ser tan estúpida?

Loa asintió.

Sigge se estremeció:

—¿Y por qué no has dicho nada hasta ahora? ¿Estás loco?

Loa se encogió de hombros.

—Danijela es Danijela.

—George ha sido muy valiente al ir —dijo Katarina, y añadió—: Un auténtico caballero en su corcel blanco.

Justo cuando Loa pensaba que Sigge seguiría regañándolo, su jefe abrió su ordenador y empezó a escribir.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Katarina.

—Tengo que informar del allanamiento al editor jefe.

Loa se dio cuenta de que Katarina Sundman también había abierto su

portátil. Ambos parecían querer continuar con lo suyo.

Se levantó rápidamente y Sigge lo miró.

—¿Adónde vas?

—A averiguar quién ha estado en mi apartamento.

Loa miró el edificio de dos imponentes cúpulas en Norra Bantorget, conocido popularmente como LO-borgen. Diana Vogler, la compañera de Karin Kennedy, trabajaba en ese notable edificio.

Sin pensarlo más, se dirigió a la recepción y dijo a quién buscaba. No, no tenía cita. Bromeó sobre lo inoportuno que era y les echó la culpa tanto a las elecciones como a la presión cada vez más fuerte de los medios periodísticos.

Para sorpresa de Loa, Diana Vogler apareció enseguida delante de él. Grandes pendientes de madera le colgaban de las orejas. Sus enormes gafas de cristales oscuros probablemente ocultaban las arrugas alrededor de los ojos.

—Hola —saludó con un marcado acento sureño, y le tendió la mano—. Qué suerte que tenía un hueco en la agenda.

Loa se presentó y la siguió hasta su oficina. Ella no mostró ninguna reacción cuando él dijo su nombre y reveló para qué periódico trabajaba. O bien no tenía ni idea o bien era buena para poner cara de póquer.

Se recostó en su silla ergonómica de oficina. Detrás de ella, a través de la ventana, se veía a lo lejos la escuela Norra Latin—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estoy escribiendo sobre su amistad más cercana —respondió Loa con calma.

—¿Mi marido? —preguntó Diana con una sonrisa.

Loa negó con la cabeza amablemente.

—Karin Kennedy.

La mujer que tenía delante seguía sin mostrar ninguna reacción.

—Dicen que pronto será primera ministra —continuó él. La actitud agradable de Diana se transformó en algo diferente, ensayado.

—Primero hay elecciones generales. Y, como sabrá, ahora mismo tenemos otro líder del partido.

—Solo es cuestión de tiempo.

—¿De verdad? Entonces probablemente usted sabe más que yo. —Diana se inclinó hacia delante sobre su escritorio—. Sé que está muy contenta con el trabajo que tiene en este momento.

Diana carraspeó, probablemente para indicar que iba a dar un giro a la

conversación.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cómo está?

Diana resopló.

—Puedo darle información general para evitar inexactitudes en su supuesto artículo. Pero se dará cuenta de que no voy a sentarme aquí con un periodista y hablar de "cómo le va".

—Bueno, tenía que intentarlo —le respondió Loa con descaro.

Diana Vogler se echó a reír. Sonaba sincera, pero tal vez solo lo hacía para crear intimidad entre ellos. Rápidamente se recompuso y volvió a ponerse seria.

—Mire, entiendo que esté investigando todo tipo de cosas tan cerca de las elecciones, pero no solo se lo digo como su amiga, sino también como ciudadana. No hay nadie más adecuado para dirigir este país que ella.

—¿Por qué?

—Porque se ha estado preparando para esto toda su vida. Pero no me cite con esas palabras. ¿De acuerdo? —Diana Vogler le dedicó una media sonrisa.

Loa asintió y le dio las gracias por su tiempo. Cuando salió a Barnhusgatan, intentó analizar a la mujer que había conocido. Nada le había llamado la atención en la conversación, pero quizás eso era lo que le molestaba. No podía quitarse de la cabeza la sensación de que ella lo había manipulado.

Cruzó la calle hasta la plaza de grava que había fuera de Norra Latin, se sentó en un banco y llamó a Oskar Asplund.

El responsable de prensa respondió de inmediato.

—¿Sí? —El viento soplaba en el fondo.

—Me llamo Loa Bergman y estoy escribiendo sobre su jefa.

—Sé muy bien quién es usted —le respondió él con brusquedad.

—¿De verdad?

—Mi trabajo consiste en estar al tanto de estas cosas.

"No parecía que lo supiera la última vez que llamé", pensó Loa.

Oskar continuó:

—Así que estaba esperando su llamada.

—¿Por qué?

—Para que nos dé la oportunidad de responder al artículo profundamente especulativo que escribió ayer.

Loa cerró los ojos. No encontraba las palabras. Luego se obligó a recomponerse rápidamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted insinuó entre líneas que ella está ocultando algo después de su estancia en los Estados Unidos.

—No estoy de acuerdo.

—Hmm. —El viento volvió a soplar con fuerza—. Ya que ha llamado, nos gustaría decirle que a Karin le gustaría hablar sobre su estancia en los Estados Unidos. Por desgracia, no tiene tiempo antes de las elecciones.

CAPÍTULO 54

Mientras Loa esperaba el ascensor en el edificio del periódico, Evah Sparre apareció con una bolsa de comida para llevar. Probablemente, la otra Eva tenía hambre y estaba esperando en el escritorio.

Algo le decía que ella se sentía incómoda al encontrarse con él allí y le sorprendió notar lo desagradable que debía de parecerle.

—Hola —dijo alegremente para compensar, pero se dio cuenta de que sonaba exagerado.

—Hola —respondió ella brevemente.

—Buen trabajo tu entrevista con el padre de Filippa Bauer. ¿Cómo la conseguiste?

—Oh, gracias. —Evah se arregló nerviosamente el pelo—. En realidad, fue él quien llamó a la redacción. Yo solo tuve la suerte de atender el teléfono, pero no se lo digas a Sigge.

—Por supuesto que no —respondió Loa—. ¿Hicieron algo con respecto a esas amenazas en las redes sociales?

—Lo hemos investigado, pero solo pudimos acceder a lo que es de dominio público. La policía no dice nada más. —Evah bajó la voz—. Hay otra cosa en la que he estado pensando, pero no sé si puede ser importante.

—¿Qué? —preguntó Loa.

Evah se inclinó hacia él.

—¿Quién hereda realmente la empresa?

—Ah. Ya veo lo que quieres decir. —Era un punto de vista inteligente.

—He oído rumores en la redacción de la edición matutina; están investigando las finanzas de Bauer. Al parecer hay cifras infladas y Dios sabe qué más, pero, aun así, la empresa debe valer muchos millones.

Loa pensó en lo que le había dicho George y se rio entre dientes.

—El padre de Joakim, Sven Bauer, tiene prohibido comerciar y acumula deudas con Hacienda. Vive en Portugal.

—¿Y quieres decir que…?

—Al parecer, quería participar en el negocio de su hijo desde el principio,

pero Joakim no se atrevió a involucrarlo porque es evidente que no sabe manejar el dinero.

—Oh.

—Parece que hubo una pelea entre padre e hijo y, desde entonces, la relación ha sido distante.

—Maldita sea —respondió Loa. ¿Podría haber algo de cierto en eso? Evah arqueó una ceja.

—Aun así, vale la pena investigar. ¿No?

—Por supuesto —dijo Loa—. ¿Tienes algún contacto?

—Creo que sí…

Se abrieron las puertas del ascensor que conducían a la redacción.

—¿Vienes? —preguntó Evah.

—Sube tú, yo voy a bajar —respondió Loa.

—¿Qué vas a hacer allí abajo? Todo el mundo está hablando de ello. Dicen que es algo importante.

Loa trató de ocultar los sentimientos que lo invadían, una mezcla de orgullo por haber sido elegido y temor por la decepción que supondría fracasar.

—Ya sabes cómo es Sigge. Siempre exagera las cosas. Es una investigación normal, pero con fuentes que hay que cuidar.

Evah asintió.

—Entendido. Bueno, nos vemos.

Cuando Loa volvió a la sala del sótano, Sigge y Katarina seguían allí.

—¿Cómo te ha ido? —exclamó Sigge.

—No lo sé muy bien —respondió Loa preparándose para explicar sus conversaciones con Diana Vogler y Oskar Asplund.

Ella había reaccionado casi demasiado bien; él estaba molesto por un artículo que normalmente debería hacer feliz a un secretario de prensa.

Pero antes de que pudiera empezar a hablar, Katarina los llamó desde su asiento para que se acercaran. Tenía la cara tan cerca de la pantalla que parecía que estuviera a punto de meterse en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Sigge bruscamente.

—He conseguido un vídeo de vigilancia de Aurum, la joyería de Tavastgatan.

—¿Cómo? —preguntó Sigge.

—No hagas tantas preguntas.

Sigge refunfuñó y Katarina frunció los labios.

—Lo que todos estamos pensando ahora —continuó— es quién ha estado en

el apartamento de Loa y si tiene alguna conexión con Karin Kennedy.

Loa estuvo de acuerdo.

—Dado que la policía va a ser tan lenta, sobre todo ahora que Loa le restó importancia a estar trabajando en algún reportaje periodístico delicado, será mejor que lo averigüemos por nuestra cuenta. De lo contrario, tendremos que esperar un año, seis meses si tenemos suerte —continuó Katarina.

—¿Por qué la cámara de la joyería? —preguntó Sigge.

—Loa describió que la persona corrió en esa dirección, hacia Slussen. Ese lugar está a solo unos metros de la puerta de su edificio. Si tenemos suerte, habrá quedado grabado en la cámara.

Sigge se levantó de su asiento como un soldado. Como imanes, él y Loa se sintieron atraídos por la pantalla de Katarina.

Loa le puso la mano en el hombro.

—Eres lista —le dijo.

Katarina no respondió, sino que simplemente puso en marcha la filmación. Provenía de una cámara que probablemente estaba instalada en la ventana de la entrada de la joyería y apuntaba hacia la calle empedrada y el edificio Laurinska.

El reloj marcaba la hora en la esquina derecha.

19.45.

19.46.

19.47.

La gente pasaba por delante. El crepúsculo se hacía más intenso por momentos.

Cuando el reloj marcó las 19.48, Loa vio su propia espalda en medio de la imagen.

—¡Para! —exclamó.

Todos se acercaron a la pantalla y vieron cómo Loa pasaba corriendo con pasos que parecían tensos y tambaleantes. Cuando la nuca apareció en pantalla, se vio una calva en la parte superior de la cabeza. Loa no estaba acostumbrado a verse desde ese ángulo y siempre le resultaba igual de doloroso.

—Eres muy rápido —dijo Katarina.

—Nunca había corrido tan rápido. Pensé que iban a matar a Anton.

—Es como Karin Kennedy en la pista de atletismo
—exclamó Sigge.

Nadie se rio. No era el momento para eso.

—Fuiste valiente. Muy valiente. ¿Y si el intruso se hubiera quedado en el apartamento? —dijo Katarina con seriedad, poniéndole la mano sobre el brazo.

—No tenía otra opción —respondió Loa.

La grabación continuó. Loa se vio desaparecer de la pantalla y las emociones del día anterior volvieron a aflorar. El miedo y el pánico absolutos. En medio minuto estaba en la puerta. Luego llamó a la policía. Y después salió el hombre y casi lo noqueó. Entonces, habían pasado quizá noventa segundos antes de que el hombre apareciera allí.

Pasaron los segundos. Sigge permaneció en silencio, parecía que no respiraba.

Katarina pulsaba la barra espaciadora con los dedos para iniciar y detener la película.

Loa miró su reloj.

19.49.

Y entonces llegó. Loa inmediatamente tuvo la certeza de que el hombre que apareció corriendo era el mismo que lo había empujado el día anterior. Vestido con ropa negra y con una gorra en la cabeza, bajó corriendo la colina con largas zancadas atléticas. Tenía la cabeza gacha y miraba hacia otro lado, lejos de Riddarfjärden y de la cámara.

Interrupción.

Movimiento.

Interrupción.

Movimiento.

Paso a paso, el hombre salió fuera de cuadro y finalmente desapareció.

—¡Mierda! —gritó Loa, dando un golpe en la mesa con la mano. Se sorprendió de su propia reacción.

—Rebobina —dijo Sigge.

Loa entendió lo que buscaba. Él también lo había visto. Algo había sucedido en el último paso, un movimiento que se desviaba.

Katarina rebobinó y también pareció entender lo que Sigge estaba buscando. Se desplazó por los fotogramas y finalmente encontró el que buscaban.

Justo cuando el hombre estaba a punto de salir de cuadro, tropezó y levantó la cabeza hacia la cámara. Durante unas centésimas de segundo, se mostró tal y como era.

Con dedos ágiles, Katarina hizo una captura de pantalla y, luego, pasó la foto a otro programa de procesamiento de imágenes. En un instante, Katarina mejoró la imagen. Se volvió más nítida, más brillante, los contornos

mejoraron, el negro se volvió más negro. El blanco se volvió más blanco. Cuando terminó, una imagen borrosa llenó su pantalla.

Un hombre de unos sesenta años miraba directamente a la cámara con los ojos fijos.

Katarina negó con la cabeza.

—Nunca lo había visto antes.

Y aunque Loa lo había tocado físicamente, no le había visto la cara y, por lo tanto, tampoco lo reconoció. Mientras observaba la foto, notó que algo cambiaba en el rostro de Sigge.

—No me lo puedo creer —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Katarina.

—¿Lo reconoces o qué? —dijo Loa impaciente. No estaba de humor para sonsacarle respuestas a nadie en ese momento.

Sigge dio un paso atrás, se pasó la mano nerviosamente por el pelo, se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo de la camisa.

—Sí, estoy bastante seguro de que sí —tartamudeó.

—¿Y quién es? —preguntó Loa.

—No creía que siguiera vivo —continuó.

—Pero ¿quién es?

—Es Pål Arvidsson —dijo Sigge.

—¿Y quién es Pål Arvidsson? —volvió a preguntar Loa, con tono apremiante.

Sigge se sentó en una silla, desconcertado.

—A Pål Arvidsson lo llaman "la Sombra". Dicen que lleva décadas trabajando para el partido.

—¿Qué? ¿Es su ladrón personal? —preguntó Katarina.

Sigge negó con la cabeza.

—No exactamente. Es más bien un solucionador.

—¿Un solucionador? —preguntó Katarina.

Por primera vez en toda la mañana, Sigge sonrió.

—Cuando algo está a punto de salir mal, aparece él.

CAPÍTULO 55

—¿Por qué ahora?

Danijela Mirković arrastró la silla por el suelo de cemento, esperando a oír lo que Dario quería decir, lo que iba a decir.

Había bebido una bebida proteica con sabor a cacahuete y un litro de agua. Eso era todo lo que él le había dado cuando entró, después de lo que ella supuso que había sido una noche entera. Era difícil calcular el tiempo cuando no había ventanas ni se oían ruidos del exterior.

Estaba atada y en un lugar desconocido. Básicamente, él podía hacer lo que quisiera con ella. Aunque había bebido algo, su estómago pedía más. Pero ¿qué iba hacer? ¿Quejarse?

La pregunta era qué estaba planeando él. Pasaron unos segundos de silencio.

Ella reformuló su pregunta.

—¿Por qué has esperado tanto tiempo para atraparme?

Le corrían gotas de sudor por la frente hasta las cejas. Parpadeó mientras lo miraba fijamente a los ojos. Él desvió la mirada hacia la derecha durante una fracción de segundo. Quizás en lo más profundo de su ser había algo de incertidumbre sobre lo que estaba haciendo. Fue solo un breve instante, luego el momento pasó.

—Me llevó un tiempo encontrarte. —Su voz era ahora segura y decidida—. No tenía ni idea de adónde te habías ido. Cuando te encontré en Suecia, no podía creer que fuese verdad. Que estuvieras utilizando una identidad robada mientras trabajabas como periodista. Firmabas todos los artículos con su nombre. Te seguí en el periódico. Cada vez que publicabas algo nuevo, era como un nuevo insulto.

Danijela cerró los ojos.

Había sido demasiado tonta.

Una vez que empezó a usar ese nombre en Suecia, le resultó difícil deshacerse de él. La burocracia era complicada y los funcionarios del Servicio de Inmigración sueco eran escépticos y desagradables. Una vez que obtuvo la ciudadanía sueca, después de cinco años, tres meses y doce días, cambiar de

nombre no había sido su prioridad. Cuando se casó con George y tuvo la oportunidad de usar el apellido Brink, ya había empezado a relajarse. Las pesadillas sobre lo que había hecho se habían vuelto menos frecuentes; su traición, cada vez más lejana. George habría reaccionado incluso si ella hubiera sugerido adoptar su apellido. No habría sido propio de ella ser tan tradicional, seguir a un hombre de esa manera. O deshacerse de sus orígenes.

—Estoy dispuesta a aceptar mi castigo. He venido aquí, como tú querías, y he hecho todo lo que me pediste. —Hizo un esfuerzo por estabilizar la voz. Era importante no mostrarse desesperada.

—Por una vez en tu vida.

—¿Perdón?

—Has hecho lo que te dicen por una vez en tu vida.

—Amenazaste a mi hijo.

—Sabía que era lo que hacía falta. Ya en aquel entonces eras reacia al riesgo y terca, y por lo que sé, has empeorado.

—¿Por qué te hacías llamar Moonlight? —preguntó ella, sobre todo para que él no pensara que la había desconcertado.

Ahora fue el turno de Dario de cerrar los ojos.

—Aquella noche desapareciste con el pasaporte de mi hermana, lo que podría haber sido su salvación. La luz de la luna aquella noche… Solía fantasear con perseguirte bajo esa luz. —Se levantó y se colocó justo delante de ella—. En mi imaginación, siempre te atrapaba.

Ella tragó saliva, sin querer confirmarle que tenía razón. Danijela había huido entre matorrales, serpientes y minas para salvar su vida, y lo único que la había ayudado a seguir adelante había sido la luz de la luna, que le iluminaba el camino como una linterna con baterías débiles. Probablemente, la luna la había salvado desde el principio. Siempre dormía mal cuando había luna llena. Y probablemente por eso se había despertado y había oído aquella conversación.

Pero no dijo nada al respecto. Miró al frente y se esforzó por no demostrar que tenía miedo ni que lo que él había dicho la había hecho sentir mal. Todo lo que le había contado comenzó a calar hondo en ella.

Todos habían muerto. Y era culpa suya.

Dario también parecía cansado. Se había puesto pálido en la última hora y el sudor le perlaba la frente.

—Cuando terminó la guerra, no solo había perdido a mi hermana, sino también mi hogar, mi país y mi identidad. Todo se había hecho añicos —dijo.

Danijela recordó las imágenes de las noticias tras el acuerdo de paz. Todo lo que se había destruido, todo lo que se había perdido, todos los testimonios y las víctimas, todos los políticos que habían sido considerados responsables. Que tuvieron que enfrentarse a la ira del pueblo.

Dario continuó:

—Tuve una buena vida. Estudié en Zagreb, monté un negocio, conseguí todos los bienes materiales que podía soñar. Pero por la noche seguía soñando con mi hermana. Y contigo.

La miró fijamente.

—Y finalmente te encontré.

Danijela recordó la ansiedad que había sentido cuando vio el correo electrónico una tarde de enero, hacía más de dos años, en su apartamento de Estocolmo.

¿Te acuerdas, Dana?

Ese era el apodo de Danijela, que incluso su padre, Josip, usaba para referirse a ella. Ese nombre nunca había sido suyo. Era solo un recordatorio de lo que había robado.

—Nunca respondiste —dijo Dario, y Danijela salió de sus pensamientos. Lo miró fijamente sin mover un músculo.

¿Qué quería realmente de ella? ¿Matarla? Si era así, debía hacerlo ahora.

Ella había hecho lo que él le había dicho, había ido hasta allí, adonde había jurado no volver jamás. Había experimentado lo que se sentía cuando alguien a quien se amaba estaba en peligro y había vivido el horror del campo minado, cada paso tembloroso. Había escuchado su historia. Ahora estaba cansada de ese juego, cansada de que le echaran en cara su pasado. Tenía que acabar ya.

—¿Quién ha estado siguiendo a mi hijo? —preguntó con brusquedad.

Dario se encogió de hombros.

—Con dinero puedes hacer que la gente haga lo que tú quieres.

Le vinieron a la mente las fotos de Anton, las que la habían llevado a traicionarlo. Pensó en el mensaje de voz que él le había dejado, gritando que no quería volver a verla nunca más y que no podría volver a confiar en ella.

La ira era tan fuerte que no pudo controlarse. Gritó:

—¿Qué quieres de mí?

Las palabras resonaron en la habitación vacía. Dario dio un paso atrás, con

los ojos muy abiertos.

Ahora no le importaba si él estaba armado. Repitió la pregunta:

—Dime ya qué quieres de mí.

Dario tragó saliva.

—Quiero…

Danijela contuvo la respiración mientras esperaba a que continuara.

—Quiero que admitas lo que le hiciste a mi hermana. Y, luego, quiero que te disculpes por ello.

Danijela carraspeó.

—Siento mucho mucho lo que le pasó. Pero realmente no tuve otra opción. Si no me hubiera ido, ella habría sido la que me abandonara.

El rostro de Dario volvió a cambiar. Parecía decidido.

—Respuesta incorrecta.

Danijela cerró los ojos. Tenía que tragarse su orgullo, aunque casi no sabía cómo hacerlo. Entonces comenzó a hablar.

—Te pido perdón por haberla defraudado. Es algo de lo que me arrepentiré el resto de mi vida. Pero en una situación así, es difícil pensar en otra persona que no seas tú mismo, por muy duro que suene.

Dario se quedó sentado en silencio. El corazón de Danijela comenzó a latir cada vez más fuerte. Era como si su cuerpo reaccionara por sí solo, mientras ella luchaba por mantener la calma.

—Todos fuimos víctimas en esa guerra —continuó. Entonces, él se levantó, con la pistola en la mano.

Danijela esperó lo inevitable. Había pensado que su disculpa sería suficiente, pero ahora no estaba segura. ¿Así era como iba a terminar todo?

Él se acercó, paso a paso.

Después, se derrumbó. En un instante, fue como si todo el aire se le hubiera escapado, todo el desprecio, todo el dolor, todo lo que había guardado dentro. Se puso en cuclillas, escondiendo el rostro entre las manos, y ella vio cómo le temblaba la espalda.

—No importa lo que digas. Ella nunca volverá.

—Lo sé —dijo ella.

Entonces, Dario levantó la cabeza y la miró.

—Levántate —dijo—. Vamos a dar un paseo.

CAPÍTULO 56

El rostro pixelado de Pål Arvidsson colgaba de la pared junto a los de Oskar Asplund y Diana Vogler. Los ojos oscuros y sorprendidos miraban directamente a Loa.

"El solucionador del partido".

—Cuéntame más sobre él —dijo Loa reclinándose en su silla.

Por primera vez desde que habían comenzado a investigar, él empezaba a sentir confianza en que conseguirían la primicia de la década. La papelera rebosante ya no le parecía un asco, sino una parte importante de la decoración.

—Su apodo es "la Sombra" por una razón —respondió Sigge, frotándose la barbilla. Sabía más, por supuesto, pero probablemente estaba pensando en el arco dramático perfecto para captar al máximo la atención de Loa y Katarina —. Pocos saben algo sobre él.

—Pero tú sí, sospecho. —El tono de Katarina confirmaba que estaba tan impaciente como Loa.

—Se dice que ha trabajado para el partido desde finales de los noventa.

Katarina y Loa asintieron. Una lámpara fluorescente parpadeó, se apagó, pero volvió a encenderse. Sigge continuó:

—Solo he visto a Pål Arvidsson una vez, pero por razones obvias, nunca lo olvidaré. —Hizo una pausa y agregó un estremecimiento teatral antes de continuar.

—En aquel momento, otro reportero y yo aprovechamos la oportunidad para averiguar todo lo que pudimos sobre él. Sabemos un poco, pero no todo.

—Cuéntanoslo —dijo Loa.

Sigge se colocó las gafas en la punta de la nariz y estuvo unos minutos tecleando en su ordenador. Abrió su tristemente célebre archivo, donde guardaba toda la información, pruebas, documentos y fotos incriminatorias que pudieran ser útiles en el futuro. Luego, se rascó la cabeza para preparar su voz antes de leer en voz alta.

—Pål Arvidsson nació en Gotlandia en 1963. Sus padres eran políticos locales, pero murieron en un accidente de coche en 1968 en una carretera con

niebla en las afueras del aeropuerto de Visby. Pål, que tenía cinco años, iba en el coche, pero sobrevivió. Se dice que las cicatrices de su cara son consecuencia del accidente.

Loa alcanzó a ver una gruesa marca en la mejilla izquierda en la foto de la pizarra.

Sigge continuó:

—Después de eso, pasó por varios hogares de acogida, pero fue a parar a Estocolmo a los dieciocho años. Cuando hizo el servicio militar en la Guardia Real de Svea, fue suspendido a los diez meses por disparar munición real a otro recluta que, afortunadamente, no fue alcanzado por ningún disparo. Dos años más tarde, Arvidsson comenzó a trabajar en la sede del partido como conserje… y haciendo otras cosas —dijo Sigge, y se rio antes de continuar hablando—. Según consta en el certificado de empleo, ha trabajado allí desde entonces.

—¿Qué dice el partido sobre él? —preguntó Loa.

—Que trabaja como conserje, nada más —respondió Sigge—. Pero la única vez que tuve que tratar con él, tenía funciones completamente diferentes.

—Cuéntame —dijo Katarina haciendo un gesto con la mano como para indicar: "El escenario es tuyo".

—Fue hace trece años. Algunos periodistas y yo descubrimos que el portavoz de finanzas del partido había utilizado mano de obra ilegal tanto para la renovación de un apartamento en la ciudad como para la construcción de una terraza en el archipiélago. Teníamos una fuente muy buena: era el director de obra de ambos proyectos. Me había mostrado toda la documentación, todo estaba allí.

—¿Y qué pasó? —preguntó Katarina.

—Cuando nos pusimos en contacto con el partido para pedir una explicación, empezaron a suceder cosas extrañas. —Sigge se puso serio—. Primero, el editor jefe notó que lo vigilaban. Tenía la impresión de que un hombre lo seguía desde la redacción hasta su casa en Lidingö. No pudimos demostrar nada, pero a él le resultó muy desagradable. Y eso no fue todo.

—¿No? —preguntó Loa.

—El jefe de obra desapareció de un día para otro.

—¿Cómo dices?

—Finalmente volvió a comunicarse con nosotros y dijo que se había mudado

a España y que no quería participar más en la investigación. También dijo que todos los documentos y las pruebas eran falsos.

—¿Lo amenazaron? —preguntó Loa.

Sigge asintió.

—Estoy cien por cien seguro. Hablamos con otras personas de la empresa, pero todo se complicó debido a la protección de las fuentes. No podíamos revelar quién había sido nuestro informante y los demás empleados no sabían que su jefe se había puesto en contacto con nosotros.

—¿Cómo supiste que Pål Arvidsson estaba involucrado? —preguntó Katarina frunciendo el ceño como hacía al detectar una debilidad en el razonamiento de Sigge.

—Porque cometió un error. —Sigge levantó un dedo para que nadie se perdiera lo que acababa de decir.

—¿En serio? —dijeron Loa y Katarina al unísono.

—Al día siguiente de que la investigación se echara a perder, al editor jefe volvieron a seguirlo. El mismo hombre, desde la redacción. Cuando el editor jefe se bajó del tren en Lidingö, activó su alarma personal y, por fortuna, había un coche patrulla cerca. El perseguidor fue detenido justo delante de la casa. Pål Arvidsson cayó directamente en la trampa.

—¿Qué dijo en el interrogatorio? —preguntó Loa.

—Que todo había sido un malentendido. Que había salido a dar un paseo.

—¿Desde la redacción hasta Lidingö? —preguntó Katarina.

—La policía no tenía ninguna prueba contra él. No llevaba armas y lo liberaron poco después.

—¿Pasó algo después del arresto? —preguntó Loa.

—Nada, excepto que conseguimos su nombre y pudimos descubrir su conexión con la sede del partido. Al mismo tiempo, había otra reportera, que ahora se ha ido del periódico, que también reconoció a Pål.

—¿En qué contexto? —preguntó Katarina.

—¿Tú qué crees? —respondió Sigge con una sonrisa irónica—. Era un tema sensible. Los informantes dejaban de responder cuando llamábamos. Y luego, un hombre la siguió hasta su casa desde el metro. En aquel momento pensó que estaba paranoica, pero con esa confirmación se atrevió a contárnoslo.

—¿Preguntaron al partido? —quiso saber Loa.

—Perseguimos al responsable de prensa, pero la única respuesta que

obtuvimos fue que no podían declarar lo que cada uno de los miembros del personal, hasta el nivel de vigilante, hacía fuera del horario laboral.

Katarina resopló.

—Qué imbéciles.

—Entonces, dados los dos incidentes, ¿estás convencido de que ha estado trabajando en más operaciones? —preguntó Loa. Sigge se inclinó hacia delante.

—Estoy completamente convencido. En especial, después de lo que pasó ayer. Fue Karin Kennedy quien lo envió. Debe de estar muerta de miedo.

Sigge sonaba muy seguro. Loa se estremeció.

—¿Cómo sabías cuál era su aspecto? —preguntó—. No estabas en Lidingö, ¿verdad?

Parecía que Sigge estaba esperando que le preguntaran. Giró la pantalla.

—Aquí.

La fotografía se había tomado fuera de la sede del partido. La fachada gris pardusca era visible al fondo. Pål Arvidsson salía por la entrada principal con la cabeza gacha y un gorro negro de punto calado hasta los ojos. La cicatriz de la mejilla brillaba.

—Enviamos a un fotógrafo junto con el editor jefe, que era la única persona que sabía con certeza cuál era su aspecto. Así, podríamos estar preparados ante cualquier incidente futuro. Tardamos cuatro días en obtener esta foto. Durante ese lapso pasó bastante tiempo en su lugar de trabajo, teniendo en cuenta que trabajaba como conserje.

—Qué raro —dijo Loa.

—Por desgracia, nuestro querido editor jefe ya no vive. De lo contrario, seguramente nos habría podido contar más sobre todos los acontecimientos de aquel entonces.

—Qué mala suerte —dijo Loa—. ¿Qué hacemos ahora?

Sigge se levantó.

—Katarina, busca mensajes de texto, correos electrónicos y tráfico de internet que pueda relacionar de alguna manera a Oskar Asplund, Karin Kennedy o Diana Vogler con Pål Arvidsson. Cualquier cosa que pueda demostrar que fue contratado para esto.

Ella asintió con la cabeza.

Sigge se dirigió a la puerta y la abrió.

—¿Y yo qué? —gritó Loa a sus espaldas.

—Tú y Linda Hamilton vais a hacer lo mismo que hicieron el editor jefe y el fotógrafo hace doce años.

—¿Hacerle una foto?

—No. Esperar a que aparezca. Y, entonces, le plantáis cara. Esta vez, no permitiremos que la Sombra destruya nuestra investigación. Ni que se escape.

CAPÍTULO 57

Pål Arvidsson estaba empadronado en Ynglingagatan 15, en el norte de Vasastan. Según el registro de población, vivía desde 1993 en un apartamento situado en la segunda planta de una sola habitación, con treinta y cinco metros cuadrados.

Loa y Linda estaban sentados en el Opel blanco de Linda y miraban fijamente la puerta de roble claro. La casa había sido construida a principios del siglo xx y la fachada era de color crema.

—¿Qué hacemos si viene? —preguntó Linda, y bebió un trago de su café para llevar de Pressbyrån.

—Yo saldré, tú te quedarás más atrás y lo documentarás todo. ¿De acuerdo?

Linda asintió y volvió a beber café. Loa se frotó las manos. No tenía frío, pero era como si todas las historias policiales le hubieran inculcado que esa era la forma de actuar.

El asiento trasero estaba lleno de basura que Linda había arrojado desde el asiento del copiloto cuando entraron al coche en el garaje del periódico. Cáscaras de plátano, vasos desechables, laca para el pelo, dos tops de fiesta brillantes y un par de botas de goma verdes. Linda Hamilton estaba claramente preparada para cualquier cosa cuando salía a trabajar. Loa encendió la radio; en la estación P4 estaban hablando de las elecciones. Una anciana de Emmaboda temía tener que pagar más impuestos. "No tienes ni idea", pensó Loa. "Los impuestos son lo último de lo que deberías preocuparte".

Sin preguntar, cambió la emisora de radio a P1. La voz lo hizo reaccionar de inmediato. Linda se detuvo para confirmar la coincidencia.

La voz de Karin Kennedy era tensa, pero al mismo tiempo tranquila. El presentador que la entrevistaba la presionaba mucho.

—¿No cree que los votantes están confundidos por el hecho de que haya cambiado tan radicalmente de opinión sobre la cuestión de la OTAN?

—Cuando dije lo que acabas de reproducir al aire, Rusia aún no había invadido ningún país vecino.

Loa y Linda se quedaron muy quietos en el coche para no perderse de nada.

El presentador repitió la pregunta y Karin Kennedy repitió su respuesta.

—De acuerdo, cambiemos de tema; no estamos llegando a ninguna parte. Creo que sería extraño no hablar de su hermana, que falleció trágicamente hace solo unos días. Trabajaron juntas durante mucho tiempo…

¿Qué vendría después?

El presentador se quedó en silencio durante unos segundos, en mitad de la pregunta.

—Veo que estás llorando, Karin…, de acuerdo…, no quieres hablar de ello.

Un silencio aún más prolongado.

—Vale, entonces le damos las gracias a la ministra de Asuntos Exteriores, Karin Kennedy, por haber venido…

Loa bajó el volumen.

—¿Se ha echado a llorar?

Linda frunció el ceño.

—Esa mujer no ha derramado una lágrima en su vida, al menos no en público.

Loa negó con la cabeza.

—Qué reacción tan inesperada.

—Creo que ha sido un truco. Ya has oído cómo manipuló completamente al presentador y así no tuvo que responder. Yo hacía lo mismo cuando mi madre me preguntaba por qué no había vuelto a casa por la noche. Empezaba a llorar para evitar hablar de los chicos, el alcohol…

Loa se rio de nuevo.

Diez minutos más tarde, se publicó la noticia en línea: "Karin Kennedy se desmoronó durante una entrevista radiofónica".

Loa leyó todo lo que se había escrito, pero rápidamente llegó a la conclusión de que la historia no iba a tener más desarrollo. Karin Kennedy no hablaría de ello y el presentador probablemente tendría una reunión de crisis con su productor y mantendría en secreto lo que estaba pasando.

Él mismo no estaba seguro de qué pensar sobre la decisión del periodista. La pregunta estaba definitivamente en el límite de lo razonable, pero al mismo tiempo era relevante. Especialmente si se sabía lo que Loa y sus colegas sabían.

Pasaron las horas. El clima era tan neutro como puede serlo en septiembre. Ni calor ni frío. Los árboles ya no estaban exuberantes, pero tampoco completamente desnudos, solo un poco marchitos. Ni claridad ni oscuridad.

Loa y Linda habían tomado la decisión consciente de no llamar al timbre de

la puerta de Pål Arvidsson. Por un lado, no había luces encendidas en su apartamento, que daba a la calle. Por otro lado, querían pillarlo por sorpresa.

Propietarios de perros, adolescentes, gente con cochecitos y hombres trajeados iban y venían por la calle. De vez en cuando, alguien entraba o salía por la puerta que estaban mirando, pero nunca era Pål Arvidsson.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar? —preguntó Linda.

Loa estaba pensando lo mismo. Le dolían la zona lumbar y las nalgas. Tenía las piernas y los pies hinchados. Sentía el cuerpo como cuando fue a ver una obra de teatro de Lars Norén de cinco horas de duración en el Stadsteatern un sábado por la noche, la primavera anterior, para evitar los lugares en los que se servía alcohol.

Justo cuando estaba por llamar a Sigge para preguntarle cuánto más debían esperar allí, un ciclista bajó desde Sveaplan. Iba tan despacio que avanzaba zigzagueando vacilante. Se inclinaba sobre el delgado manillar y no llevaba casco. En su lugar, tenía puesta una gorra azul. La misma que habían visto en la grabación fuera de la joyería. Loa lo señaló.

—¡Ahí está!

Linda cogió su cámara, la levantó y empezó a sacar fotos. El sonido del disparador les agudizó todos los sentidos.

Pål Arvidsson frenó frente a la puerta número 15 y saltó de su bicicleta. Loa tomó la manilla de la puerta y se preparó para abrirla, correr hacia él y sorprenderlo.

Quizás fue el movimiento dentro del coche lo que hizo que Pål Arvidsson girara la cabeza y mirara directamente hacia allí. Loa se quedó inmóvil.

De pronto, Arvidsson se subió de nuevo a su bicicleta y pedaleó de pie hacia Norrtullsgatan.

—¡Mierda! —gritó Loa—. Nos ha visto.

Linda arrojó la cámara en el asiento trasero y arrancó el coche. El motor dio unos tirones, pero al final alcanzaron velocidad. A Loa se le aceleró el pulso; lo sentía por todo el cuerpo.

Cuando giraron en la calle, la bicicleta era visible un poco más adelante. La velocidad máxima era de 30 kilómetros por hora y el velocímetro ya marcaba cincuenta.

Pasaron por Idungatan, Tre Liljor, Vanadisvägen y Frejgatan. Loa imaginó por un momento que se estaban acercando, pero en Brygghuset, perdieron de vista a Pål Arvidsson.

—¡Puta mierda! —gritó Linda golpeando el volante con las manos cuando llegaron a Karlbergsvägen y Odenplan. La gran plaza estaba llena de gente—. ¿Dónde coño se ha metido?

Aquello no pintaba nada bien. Ahora Pål Arvidsson sabía que lo estaban buscando.

Linda condujo el coche hacia la redacción en silencio.

—Al menos, ahora sabemos que está usando el apartamento —dijo Loa en un intento por descongelar el ambiente gélido.

—Deberías haber sido más rápido. Tu vacilación hizo que nos viera —replicó Linda con frialdad.

Loa estaba recobrando la compostura para comenzar a defenderse cuando sonó el teléfono.

Era Sigge. Su voz sonaba muy seria.

—Ha habido un incendio en Skeppargatan 25.

—¿Y qué? ¿Quién vive allí?

—Vivía.

—¿Qué?

—Lena Bauer vivía allí.

CAPÍTULO 58

Sigge contó tres camiones de bomberos y dos furgonetas negras aparcadas descuidadamente a lo largo de Skeppargatan, en Östermalm. Una capa gris de humo y hollín cubría el barrio, compuesto en su mayoría por casas de principios del siglo pasado. El olor acre del humo del incendio le picaba en la nariz.

Tres personas vestidas de blanco y con máscaras antigás que les cubrían el rostro habían salido y entrado por la puerta donde se leía el número 25. Según la información que le había dado el oficial de guardia, la primera alarma de humo en el apartamento que hasta hacía poco había pertenecido a Lena Bauer se había recibido poco después de las cinco de la mañana.

Sigge no sabía mucho sobre incendios, aunque había aprendido bastante durante la cobertura del incendio de la discoteca en Gotemburgo en 1998, en el que habían muerto sesenta y tres personas. Cuando Sigge regresó a su habitación de hotel aquella noche, le temblaba todo el cuerpo y se duchó durante más de una hora para quitarse el olor. En su cabeza aún resonaban los teléfonos móviles que había oído por todas partes alrededor de los cadáveres. Padres, hermanos, amigos que intentaban en vano comunicarse con los jóvenes. Había entrevistado a varias personas en estado de shock, todas las cuales habían dicho cosas que podrían haber sido titulares, pero no se había atrevido a escribir lo que decían en su desesperación. Ese era su límite. Y mientras hablaban, solo podía pensar en su propia hija. El antes y el después que un solo momento podía crear, un abismo que nunca podría salvarse.

Aquel incendio en particular había sido provocado y se había iniciado en un grupo de sillas a las que prendieron fuego utilizando papel y líquido inflamable. Lo hicieron tres tipos a los que no se les había permitido entrar en la fiesta. Durante el juicio, los había observado y había pensado en lo increíblemente triste que era todo aquello.

Sigge miró hacia la puerta. Sabía que el factor humano solía ser la causa más común de los incendios: alguien se olvidaba de apagar la cocina o una vela, o no desenchufaba la plancha. Pero no había nadie en ese apartamento cuando se

inició el incendio. Lena Bauer llevaba varios días muerta y, antes de eso, había estado en el extranjero. Lo más probable era que alguien hubiera entrado y provocado el incendio. La escena que estaba observando reforzaba esa teoría. Se habían recogido pruebas para iniciar una investigación por incendio provocado. Era de suponer que el equipo forense ya supiera cómo se había iniciado el fuego.

La inquietante preocupación de que tal vez él hubiera orientado su investigación en la dirección equivocada —que había tenido después de que Evah le contara las nuevas pistas sobre Filippa Bauer y la empresa— ya había desaparecido. Cuando Evah lo puso al día sobre la cobertura del atentado en Croacia, por un momento se preguntó si él y el resto del equipo del sótano estarían, después de todo, en el camino incorrecto. Había irregularidades financieras que, según los rumores, estaba investigando el equipo del periódico matutino, y también estaban las amenazas en las redes sociales. Al parecer, no todo era tan perfecto en el universo Bauer como aparentaba en Instagram. Y, además, el exmarido de Lena Bauer tenía deudas y ahora heredaría de su hijo tanto dinero que no tendría más problemas financieros durante el resto de su vida. ¿Se había precipitado Sigge al decidir que la explosión tenía que ver con Lena y con lo que iba a revelarle sobre Karin Kennedy, su hermana?

Pero esto lo confirmaba todo. Cuando otros dos bomberos salieron por la puerta con objetos carbonizados, se sintió absolutamente seguro de lo que se trataba todo. El incendio se había provocado para eliminar algo que pudiera demostrar la culpabilidad de Karin Kennedy en el incidente de 1983 en los Estados Unidos.

CAPÍTULO 59

—No puede ser nadie más que Pål Arvidsson quien haya incendiado su apartamento. —Sigge parecía convencido tras volver con Loa y Katarina a la habitación del sótano.

—Pero ¿por qué irrumpió en mi apartamento y quemó el de Lena? —preguntó Loa, quien también había aprovechado la oportunidad para relatar lo que había sucedido con el encuentro fallido, pero sin entrar en detalles sobre quién había tenido la culpa.

—No tenías pruebas, a diferencia de ella —dijo Sigge.

—No debemos olvidar que podría haber sido un accidente.

—¿De verdad lo crees?

—¿Qué dice la policía? —preguntó Katarina.

—Nada —respondió Sigge.

A Loa le resultaba profundamente desagradable toda la situación. ¿Hasta qué punto se estaba volviendo peligroso todo eso? ¿Y hasta qué punto debían preocuparse por su propia seguridad?

Katarina se sentó sobre la mesa. Sus vaqueros azul oscuro se abultaban en la cintura. Se bajó el jersey rojo de punto.

—Mientras estabas fuera, descubrí algo. Una posible conexión entre Pål Arvidsson y Karin Kennedy.

Katarina levantó una hoja A4 impresa con una estrecha franja amarilla en el centro.

—Una multa de aparcamiento —dijo Loa.

Sigge le arrebató el papel. La sonrisa de Katarina brilló, siniestra.

—No es una multa de aparcamiento cualquiera —dijo—. Pål Arvidsson tiene un Nissan Micra. Un modelo viejo, blanco. Así que busqué el número de matrícula en la Agencia Sueca de Transporte.

—¿Y bien? —preguntó Loa.

—El 23 de agosto, a las 7.10 de la mañana, lo multaron por aparcar en una zona prohibida.

—A primera hora de la mañana —dijo Loa—. Fuera de su casa, en la calle

Ynglinga, ¿verdad?

—No. Mejor que eso.

Sigge se quitó las gafas y se rascó el espeso cabello gris. Su lenguaje corporal era tan rígido como el de un adicto a la heroína y agitaba la hoja de papel.

—Lo multaron con mil cien coronas por aparcar incorrectamente en Bråvallagatan 1.

—¿Adivinas quién vive en el número 1 de Bråvallagatan?

Ahora tanto Sigge como Katarina sonreían.

—Nuestra querida ministra de Asuntos Exteriores —dijo Sigge.

—¿Entonces, ella estaba en Suecia ese día? —preguntó Loa.

—A las 9.08 de esa mañana, nuestro propio fotógrafo captó a la ministra de Asuntos Exteriores en uno de los distritos electorales de Sergels Torg. Así que sí, estaba muy presente en Suecia —respondió Katarina mostrando una foto impresa de Karin Kennedy interpretando una canción folk junto a dos jubilados, vestida con un chaleco rojo de lana.

—Una multa de aparcamiento no es una prueba —dijo Loa—. Arvidsson podría haber estado allí, o cerca, por mil razones diferentes. ¿Quizás tienen una relación? ¿Qué sabemos?

Sigge caminó por el reducido espacio. El ambiente era más opresivo que cuando Loa acampaba de niño con su madre en el camping Ekuddens.

—No pongamos etiquetas. Podemos llamarlo un indicio, entonces, si no es una prueba. Pero no podemos ignorar que es muy interesante que Pål Arvidsson haya estado muy cerca de la casa de la ministra de Asuntos Exteriores. Y que su hermana haya muerto en un atentado solo seis días después.

—Pero si damos por sentado que él realmente estuvo allí, en su casa, ¿qué hicieron los del Servicio de Seguridad? ¿Dejaron entrar a un desconocido? —preguntó Loa cruzando los brazos con escepticismo. Alguien tenía que hacer de abogado del diablo.

—Nunca soltarán nada. Pero, por supuesto, ella puede ver a sus amigos cuando quiera. Y no olvides que Pål Arvidsson está muy involucrado en el partido. Puede que incluso esté al servicio de la Säpo. ¿Qué sabemos?

Loa se rio entre dientes.

—¿Crees que estuvo allí toda la noche haciendo planes?

Sigge se encogió de hombros.

Ahora era Katarina quien tenía el rostro crispado.

—Pero eso no es todo. —Abrió su ordenador—. Sigge, mira tu correo electrónico, te he enviado algo.

Sigge miró la pantalla y abrió tanto los ojos que parecía que iban a salírsele de las órbitas.

Loa miró la pantalla por encima del hombro de Katarina. Apareció una larga lista de nombres.

—Digamos que intercambié favores con un amigo de Scandinavian Airlines —comenzó a explicar Katarina—. Le pedí a esta persona que comprobara si había un tal Pål Arvidsson en sus listas de pasajeros durante un lapso entre finales de agosto y principios de septiembre.

—¡No me digas que encontraste un vuelo que cogió Pål Arvidsson! —gritó Loa.

Katarina miró a Sigge en busca de confirmación para contarle más. Él asintió con la cabeza, como si fuera su profesor o algo así.

—La mañana del 27 de agosto, Pål Arvidsson vuela a Liubliana. El viaje está reservado a su nombre y también lo confirma todo con su pasaporte.

—Pero eso es incorrecto, está en Eslovenia, ¿no? —dijo Loa.

—De Liubliana a Opatija, donde explotó el barco, se tarda una hora y cuarenta y seis minutos en coche.

—No me lo puedo creer. —Loa se frotó la barbilla de nuevo—. Y el 29 de agosto explota el barco, ¿verdad?

—Sí —respondió Katarina, y clicó para abrir más documentos—. Y ese mismo día, a las veinte y cuarenta, toma el vuelo de regreso a Estocolmo. Esta vez desde Pula, en Croacia. De Opatija a Pula se tarda aún menos —continuó Katarina—. Solo una hora y diecinueve minutos en coche.

Sigge contuvo el aliento.

—Mierda. ¿Lo entendéis?

Los demás asintieron.

—Tenemos a nuestro asesino. ¡Tenemos una cronología! ¡Tenemos la conexión! —continuó Sigge.

Loa aplaudió lentamente.

—Es increíble —dijo tras asimilarlo todo—. Pero sigue siendo tan imposible de publicar como la muerte de Mei-Fen Li.

Sigge se volvió hacia él.

—No si conseguimos que confiese.

—¿Así que lo vamos a intentar de nuevo? —Loa se sintió avergonzado al

recordar el fracaso del enfrentamiento anterior.

—Esta vez no importa lo rápido que pedalee. Tarde o temprano, Pål Arvidsson tendrá que responder por lo que hizo en la casa de Karin Kennedy y en los Balcanes.

A Loa se le ocurrió otra idea.

—Pero ¿no deberíamos acudir a la policía ahora? Son acusaciones muy graves las que estamos haciendo. Y con el incendio y todo eso…

Sigge negó con la cabeza.

—No. Nunca, nunca. Esta es nuestra investigación y no debe echarse a perder por un trabajo policial mediocre. Somos nosotros quienes tenemos que ocuparnos de esto ahora.

—Pero ¿cómo pudo ser tan estúpido como para reservar el vuelo a su nombre? —preguntó Loa.

—Ni idea. Pero lo hizo —respondió Sigge bruscamente.

CAPÍTULO 60

Le dolían las muñecas y los tobillos después de que Dario cortase las bridas y la sacase de la habitación. La luz le hacía arder los ojos tras pasar varios días en la oscuridad. Cuando se le acostumbró la vista, Danijela se dio cuenta de que estaban en una zona industrial abandonada. Dario señaló una camioneta negra y le indicó con el arma que subiera.

Después de una hora de viaje recorriendo en silencio caminos de tierra llenos de baches, Dario redujo la velocidad. Danijela comenzó a reconocer el lugar. Muchas casas estaban abandonadas, pero el lugar era el mismo. Las hojas de color verde brillante de los álamos relucían, a pesar de que el sol se había puesto entre las nubes.

Unas rejas negras rodeaban el cementerio. Las tumbas estaban muy juntas; algunas medían varios metros de altura y otras parecían no haber sido visitadas en muchos años, con maleza silvestre que trepaba hacia el cielo.

La tumba que tenían delante, en cambio, estaba cuidada con la máxima precisión. En un delicado jarrón de porcelana había un ramo de adelfas rosas. Dario extendió la mano y acarició el mármol blanco.

Danijela Mirković. 1970-1992

Danijela no se movió. Estaba analizando si la distancia que mantenía con él era la adecuada. No quería destruir la confianza que había construido aparentando mantener esa distancia. Al mismo tiempo, quería tener suficiente espacio para defenderse si él volvía a atacarla.

Dario se volvió y miró a Danijela con una sonrisa torcida.

—¿Te acuerdas de aquella vez que vendió el burro?

Ella asintió y sonrió al recordar. A los trece años, necesitaba dinero para comprarse un estéreo portátil y consiguió un comprador, un hombre mayor y crédulo, que tontamente ya se había puesto de acuerdo con ella para cerrar el trato. Cuando sacaron al burro del establo, renqueando y con los ojos bizcos, el comprador ya no pudo echarse atrás.

El hecho de que el estéreo recién comprado hubiera terminado en el río era otra historia completamente diferente.

Danijela se rio. Luego dejó que él continuara contándole todo lo que ella ya sabía sobre su hermana. La generosidad que la llevaba a preferir que otra persona se comiera su comida antes que dejarla pasar hambre. El temperamento, aún peor que el de Danijela, con portazos y vajilla rota.

Cuando él se quedó callado, ella se volvió hacia él.

—¿Puedo mostrarte algo?

—¿Aquí? —preguntó Dario sorprendido.

—No, no. A unos diez minutos de aquí.

Danijela le indicó a Dario por dónde conducir. Finalmente, le dijo que se detuviera.

Cuando él se volvió hacia la casa frente a la que había aparcado, ella lo miró para asegurarse de que entendía dónde estaban.

Frente a la casa de su infancia.

Una casa de dos plantas, llena de recuerdos, rodeada de hierba de un metro de altura. Las ventanas de la parte delantera estaban rotas. El musgo del tejado hacía que las tejas rojas casi no se vieran.

Salieron del coche.

—¿Qué hacemos aquí?

Danijela dobló la esquina sin responder. Dario la siguió. Se paró frente al macizo de flores, o lo que solía ser un macizo de flores antes de que las malas hierbas lo invadieran, y midió con la vista para situarse exactamente frente a la ventana de su antigua habitación. Luego, se acuclilló y empezó a cavar con ambas manos.

El movimiento le recordó cuando se sentó allí a hacer lo mismo más de treinta años atrás.

Dario la observó en silencio. La mano de Danijela tocó algo duro. Lentamente, sacó el contenido de la tierra.

El día en que se dio cuenta de que la guerra había llegado a su pueblo, había reunido sus anillos, las cadenas de oro de su madre y otras cosas que no podía soportar que se llevaran los serbios y las había guardado en un joyero azul. Luego, lo había enterrado todo.

Danijela le quitó la tierra y oyó un traqueteo en el interior. Abrió el joyero y miró el contenido.

Todo estaba allí, tal y como lo había dejado. Como si el tiempo se hubiera detenido.

Se fueron de la casa sin haber entrado en ella. Danijela quería conservar sus recuerdos de como era antes.

Una vez en el coche, se quedaron en silencio mientras Dario volvía a zigzaguear por los pequeños caminos antes de salir a una carretera más grande.

—Y ahora, ¿qué? —quiso preguntar Danijela, pero se contuvo.

Dario se volvió hacia ella, como si le leyera el pensamiento.

—No voy a matarte, si es eso lo que estás pensando.

—No te ofendas, pero no estoy segura de que pudieras.

Dario se rio a carcajadas.

—Podría matarnos a los dos, aquí y ahora. —Señaló el camión que se acercaba por la carretera. Para demostrar lo que había dicho, dio un volantazo para que el coche se desviara hacia la línea central de la calzada.

Dario aceleró un poco más y, justo cuando ella se disponía a aferrar el volante, giró bruscamente para volver a su lado de la carretera.

El camión pasó rugiendo.

Danijela no quería que se notara que estaba hiperventilando, pero no pudo evitarlo.

—No te mataré. ¿Sabes por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Porque mi hermana no lo habría querido.

El paisaje se deslizaba junto a Danijela. Tenía razón. La verdadera Danijela Mirković era mejor que ellos en muchas cosas y, sobre todo, era más amable. Como siempre decía papá Josip: “Esa chica es la única de vosotras tres que irá al cielo”.

Dario detuvo el coche. Habían vuelto al campo de la muerte. Danijela pensó en su amiga, en el destino que le había tocado. Nunca sabría lo que habría pasado si hubiera tomado una decisión diferente aquel día. Si no hubiera huido, si no se hubiera ido a Suecia. Quizás su amiga estaría viva hoy. Pero Anton no habría nacido.

Buscaba algo que decir, algo que arreglara las cosas, pero sabía que no había palabras para ello. Quizá Dario había pensado que, si podía castigarla, si podía hacerle admitir su culpa, el dolor desaparecería. Ella sabía que las cosas no

funcionaban así, pero esperaba que, al menos, él hubiera podido encontrar algo parecido a la paz. Ella sabía que la había encontrado para sí misma.

Después de todos aquellos años intentando olvidar lo que había hecho, justificándose, reprimiéndolo, ahora se había acabado. Siempre tendría que vivir con ello, pero ya no tendría que huir.

Extendió la mano, tomó la de Dario y la apretó ligeramente. Luego, salió del coche y cerró la puerta tras de sí. Observó cómo se alejaba por la carretera polvorienta.

Caminó rápidamente entre los arbustos hasta llegar a su coche alquilado, que seguía donde lo había dejado. Había escondido la llave debajo de la rueda. En contra de todas las normas, por supuesto. En Bosnia, así era como se hacía.

Cuando se sentó en el asiento del conductor, lo cerró con llave. Cerró los ojos y respiró hondo antes de dejar que su cuerpo se hundiera en el asiento.

Después, arrancó el motor y se marchó. Al cabo de un rato, llegó a Slavonski Brod y aparcó en la plaza. Se dio cuenta de que no sabía qué día era. Su móvil se había quedado en el viejo edificio industrial. Salió del coche y empezó a caminar lentamente. Le molestaba, pero no podía hacer otra cosa. Le dolía el cuerpo y probablemente estaba deshidratada. Caminó hasta la fuente que había en medio de la plaza y se sentó en el borde. El sol de la tarde le calentaba la piel. La terraza al aire libre a la que la habían llevado las coordenadas unos días antes estaba llena de gente ahora. A su alrededor, las personas paseaban o hacían compras. Ella ya sabía adónde iba a ir.

A lo lejos, a unos veinte metros, vio la espalda de alguien que le pareció conocido. Un hombre alto con un traje oscuro.

Entornó los ojos y sintió que el corazón le empezaba a latir con fuerza.

Como si fuera una señal, él se dio la vuelta y, cuando ella vio su gran sonrisa descarada, confirmó que no estaba alucinando.

CAPÍTULO 61

—¿Quieres hablar?

George miró a Danijela. Tenía la chaqueta colgada del respaldo de la silla; llevaba una camisa blanca desabrochada que dejaba ver el vello rizado. Parecía como si se hubiera vestido para trabajar como corresponsal extranjero en Oriente Medio y estuviera a punto de informar sobre alguna noticia importante en una retransmisión en directo, en vez de buscar a su exmujer y llevarla de regreso a casa desde los Balcanes.

Estaban sentados en la plaza de Slavonski Brod y Danijela se había bebido un litro de agua casi de un trago. Le sirvieron un plato de *ćevapčići* y patatas fritas. George no quiso comer, pero ella se metió trozos de carne y patatas en la boca y masticó con ansia. George siempre había criticado sus modales en la mesa cuando estaban casados y, cuando salían a comer a restaurantes elegantes, ella sabía que él se avergonzaba cuando no usaba la servilleta correctamente o sostenía los cubiertos con la mano equivocada.

—Me las arreglé sola —respondió—. No debías venir.

Él la miró.

—Hemos estado muy muy preocupados. —Luego le asestó el golpe más duro—: Anton ha estado muy preocupado.

Danijela resopló para no parecer afectada.

—No tenían por qué.

George se dio cuenta de que mentía: se le notaba en la cara. Pero no dijo nada al respecto. En cambio, preguntó:

—¿Qué has estado haciendo?

—Ya no importa.

—Eres un puto enigma. Y supongo que por eso es tan emocionante estar contigo. —George sonrió.

Danijela miró fijamente el plato.

—La gran pregunta es: ¿cómo llegaste hasta aquí?

—No solo se me da bien leer balances. —Danijela lo miró y levantó una ceja con curiosidad—. Está bien. Puede que no recuerdes haberme dicho que eras

de un pueblo cerca de Slavonski Brod. Solo fue una vez, pero siempre presté atención a lo que decías, aunque pienses lo contrario.

"No estoy segura de eso", pensó Danijela, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, era bastante agradable que él lo hubiera recordado. Se metió más carne y patatas fritas en la boca.

—¿Así que te la jugaste?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

La miró profundamente a los ojos. Danijela masticó en silencio. George carraspeó.

—Siento decirlo, pero tienes muy mal aspecto. Quizá deberías ir al hospital.

Danijela se acomodó unos mechones de pelo detrás de la oreja. Llevaba días sin ducharse y probablemente había perdido la capacidad de percibir lo mal que olía.

—¿Me das tu teléfono? Quiero hablar con Anton. —Le hizo un gesto con los dedos, con esa impaciencia que sabía que él odiaba. Vio que todavía tenía algo de tierra bajo las uñas rojas, por haber desenterrado el joyero.

—El iPhone de Anton está apagado. Tienes que llamar a Loa.

Danijela suspiró.

—El peligro ya ha pasado. Ya no tiene que esconderse en el apartamento. —No quería hablar con Loa. Al menos, no por ahora. Tal vez él estaba aún más enfadado con ella que Anton, aunque nunca se atrevería a responderle con enfado.

Se reclinó en la silla y sintió que un cansancio abrumador se apoderaba de todo su cuerpo.

—Lo que realmente quiero es irme a casa.

CAPÍTULO 62

Loa había abandonado la sala de redacción a las siete en punto. No había nada más que pudieran hacer en ese momento. En otras palabras, la investigación tendría que esperar hasta el día siguiente. Ahora estaba tumbado en el sofá del salón de su apartamento, navegando por internet en un vano intento por relajarse. Anton Brink estaba estirado en el otro sofá, el más alejado de la ventana. Se había mostrado genuinamente feliz cuando Loa había llegado a casa. Se había alegrado aún más cuando Loa le había mostrado dos cajas de pizza.

Habían estado sentados en la cocina conversando de todo menos de Danijela y del trabajo. Por primera vez en días, Loa se había reído a carcajadas. Anton también se había partido de risa cuando Loa le había contado historias de su vida, y él le había narrado su estancia en Australia. Le había hablado de chicas, de mantarrayas y de que lo habían despedido de dos trabajos de camarero por tener demasiada resaca, cosas que, por supuesto, le había ocultado a su madre.

Sin decirlo, se dieron cuenta de que compartían más de lo que pensaban, quizás en gran parte debido a una mujer a quien ambos amaban, pero en la que también se veían reflejados en muchos sentidos y, a veces, por demás.

Después de cenar, intentaron ponerse de acuerdo para ver una película, pero ambos se sumergieron en la tierra prometida de internet.

Entonces, la pantalla indicó que entraba una llamada. Era de George.

Loa no había sabido nada de él desde que le había dicho que iría a Croacia a buscar a Danijela.

—¿La has encontrado? —dijo Loa cuando atendió.

Hubo un silencio teatral. Después, oyó una voz femenina que no era difícil de identificar.

—Nunca se fue.

Danijela. El alivio le ardió en el pecho.

—Dios mío. ¿Cómo estás? ¿Dónde has estado?

—¿Puedo hablar con mi hijo?

A Loa no le sorprendió la respuesta. Las charlas sentimentales no eran lo

suyo, en especial cuando se trataba de ella misma. Probablemente él nunca se enteraría de lo que significaba aquel acertijo de papel, ni de lo que ella había vivido en los últimos días.

En lugar de intentar pensar en otra pregunta con la que replicarle, se dio la vuelta y vio a Anton sentado, mirándolo con horror.

—Alguien quiere hablar contigo —le dijo entregándole el teléfono.

CAPÍTULO 63

Un viento siniestro soplaba sobre Skeppsbron mientras Loa caminaba por el muelle y contemplaba el Museo Nacional al otro lado del agua. Los colores de los árboles se habían atenuado aún más, y los amarillos y rojos comenzaban a destacar. Él y Anton se habían quedado hasta tarde hablando. El alivio de que Danijela hubiera regresado ilesa era indescriptible. Loa había llamado a Sigge para darle la noticia, pero su jefe se había mostrado frío y distraído.

—Qué bien, qué bien —fue lo único que se dignó decir.

Eran casi las diez de la mañana. Dada la intensidad que había vivido en el trabajo durante los últimos días, a Loa le resultaba extraño no estar ya en la redacción.

Cruzó el puente Strömbron con el Grand Hôtel a su derecha y la Ópera a su izquierda. En la plaza Karl XII, justo a la entrada de Kungsträdgården, vio a sus compañeros, que ya estaban sentados alrededor de una mesa cerca de uno de los enormes olmos. Volvió a mirar la hora: 09.55.

Linda, Katarina y Sigge levantaron la vista hacia él.

—¿Llego tarde? —preguntó Loa.

—Les pedí a todos menos a ti que estuvieran a las 09.30 —respondió Sigge como si no hubiera nada extraño en ello—. Necesitaba pensar con claridad y les pedí ayuda a ellas. Se trata de ti —agregó.

Loa se sentó en la única silla vacía.

—¿Y bien?

—Tú deberías ser quien se enfrente a Pål Arvidsson…

—¿Pero…? —preguntó Loa.

—No sé si podrás soportar la presión. Me temo que vas a fracasar. Te ves cansado, estás pálido, no sé si comes ni si duermes. Me recuerdas el desastre que eras cuando escribiste sobre el accidente de Medborgarplatsen.

Al principio, Loa se enfadó. Se habían reunido para hablar de él a sus espaldas y no creían que tuviera suficientes agallas.

Después, vio las tres caras que tenía delante. En realidad, parecía que estaban realmente preocupados.

—¿Y no creéis que se me debería haber permitido participar en esa discusión?

—Loa, solo queremos lo mejor para ti. ¿Puedes mirarme a los ojos y decirme que eres capaz de soportar la presión?

El cansancio le escocía en los ojos.

—Sigge —dijo esforzándose por sonar creíble—. Créeme. Pål Arvidsson no dejará entrar a nadie más que a mí en su casa. Si alguien va a conseguir que hable, ese seré yo.

Loa miró a su alrededor. Unos turistas asiáticos se sentaron en la mesa de al lado. Por lo demás, el lugar estaba vacío.

—Es el *jet lag*, eso es todo. Puedo soportarlo.

Sigge se rio entre dientes. Luego, asintió con la cabeza hacia Katarina, como si en ese momento hubiera decidido dar luz verde al plan. Loa había aprobado el pequeño examen mental.

Katarina deslizó una carpeta por la mesa hacia Loa.

—Aquí están todas las pruebas.

Loa tomó los documentos y hojeó cuidadosamente la multa de aparcamiento y la lista de pasajeros.

—Prefiero llamarlas pruebas circunstanciales —respondió sabiendo bien lo mal que se lo tomarían Katarina y Sigge.

La temperatura electoral había subido aún más y el tono se había vuelto más agudo en todos los medios. Loa volvió a darse cuenta de lo que estaba en juego, de lo importante que era llegar a la verdad. Ahora tenían una pista que no podían perder. Si jugaban bien sus cartas, conseguirían la primicia y los ciudadanos obtendrían la información a la que tenían derecho.

En el mejor de los casos, Pål Arvidsson se vería tan presionado que lo confesaría todo.

Eso, si estaban en lo cierto.

—También hay algunos interrogantes —continuó Loa; sentía un viento frío soplar sobre él.

—¿De verdad? —Sigge lo miró impasible.

—¿Cómo consiguió los explosivos? —preguntó y continuó—: ¿Y por qué viajó con su propio nombre?

Sigge se irritó notablemente. Se levantó para indicar que había terminado de hablar.

—Hay preguntas para las que quizá puedas obtener respuestas ahora. —Giró

ostentosamente el brazo para mirar su reloj de pulsera, aunque sabía muy bien qué hora era—. No tenemos todo el día.

Katarina y Linda también se levantaron, obligando a Loa a seguirlas. Sigge se abrochó el cortavientos rojo.

—Katarina y yo estaremos sentados en un coche cerca de aquí. Pero seréis tú y Linda quienes tendréis que hacer el trabajo.

Loa asintió.

—De acuerdo, entonces. Es hora de descubrir la verdad.

CAPÍTULO 64

—¿Por qué estaría aquí ahora, teniendo en cuenta lo que pasó ayer?

La pregunta de Linda era pertinente. Los dos llevaban más de cinco horas en el coche, esta vez un poco más lejos, en la misma calle. A Loa le empezaba a doler todo, igual que antes. Sentía todos los músculos de su cuerpo contracturados.

Se volvió hacia ella con cansancio.

—¿Tienes alguna idea mejor?

Linda se quedó en silencio.

—¿Por qué a veces siento que no te caigo bien? —preguntó Loa con la mayor amabilidad posible.

Ella se volvió hacia él.

—Me caes bien. Pero el hecho de que hagas esa pregunta señala algo.

—¿A qué te refieres?

—A que estás siempre muy ansioso. Te preocupa mucho lo que los demás piensen de ti.

—No todo el mundo tiene tu autoconfianza —respondió Loa.

—A veces creo que te sentirías un poco mejor si simplemente avanzaras sin pensar tanto.

—Gracias por el consejo —dijo él.

No tuvo tiempo de reflexionar sobre la conversación, porque cuando el reloj marcó las 15.22, Pål Arvidsson apareció de forma totalmente inesperada. Llegó pedaleando, inclinado hacia delante sobre su bicicleta, desde Sveavägen.

Era el momento. Pensó en lo que Linda acababa de decir: que debía presionar un poco más.

En cuanto Pål Arvidsson llegó a la puerta y se bajó de la bicicleta, los dos saltaron del coche sin la más mínima vacilación.

Sigge y Katarina Sundman estaban sentados a cinco metros de distancia con su propia cámara. Ni el editor jefe ni la empresa de seguridad sabían que se iba a producir el enfrentamiento.

—Tenemos toda la situación bajo control —había susurrado Sigge cuando

Linda le hizo la pregunta antes de salir de la tetería de Kungsträdgården—. Loa presentará las pruebas y le hará confesar. Eso es lo que hacemos.

Parecía como si los pasos al cruzar la calle hacia Pål Arvidsson fueran en cámara lenta. El corazón de Loa latía con fuerza, pero todo lo demás era lento. Linda estaba dos pasos detrás y él sabía que ya lo estaba grabando todo.

—¡Pål! —gritó.

Pål Arvidsson se dio la vuelta. Parecía que llevaba la misma ropa negra que el día anterior. Aferró el manillar de la bicicleta y estiró su largo cuello.

¿Huiría? ¿Podrían correr tras él?

—Tenemos que hablar, tú y yo.

Loa soltó las palabras. Pål Arvidsson se quedó allí, como si se hubiera paralizado. La sorpresa parecía haber surtido efecto.

Loa era consciente de que todo podía cambiar en medio segundo, así que era mejor lanzar el anzuelo que pudiera hacer que Pål quisiera hablar.

—Tengo unos documentos que me gustaría mostrarte.

—¿Qué documentos? —respondió Pål con una frialdad controlada. Su voz era más chillona y nasal de lo que Loa había imaginado.

—Documentos que te relacionan con la explosión de Opatija. Si fuera tú, yo escucharía.

Pål Arvidsson se mostró vacilante por unos segundos. Primero miró directamente a la cámara de Linda, luego a Loa.

—Está bien. Tienes diez minutos.

CAPÍTULO 65

Loa puso su iPhone sobre la mesa de centro para mostrar que estaba grabando. Los segundos avanzaban en la pantalla.

Linda se sentó a su lado con su cámara, fingiendo girar el objetivo, pero ya debía de tener la grabación en marcha. El apartamento era pequeño, como una habitación de residencia universitaria, con todo su contenido entre las mismas cuatro paredes: cama, cocina, sofá, televisor. El empapelado estaba amarillento. Había un ligero olor a humo de cigarrillo en las paredes. La cama estaba sin hacer. Había dos copas de vino sin lavar en la mesa de centro.

Pål Arvidsson se había sentado en un taburete frente a ellos. Tenía los brazos fuertes, los músculos del pecho marcados bajo la camiseta y las piernas largas. Se pasó el dedo por la cicatriz de la cara. Quizá lo hacía inconscientemente cuando estaba estresado. Loa recordó que el hombre sentado frente a él tal vez tuviera la vida de seis personas en su conciencia.

—¿Qué tienes que mostrarme? —La voz de Pål Arvidsson tenía una nueva fuerza, como si sintiera verdadera curiosidad.

Loa sacó con calma el primer papel de su maletín color coñac. Colocó la multa de aparcamiento sobre la mesa, junto a las copas de vino.

Pål se inclinó hacia delante para ver frente a sí.

Sigge había decidido el orden de antemano: "La lista de pasajeros es una prueba más contundente, lo dejará boquiabierto. Empieza con la multa de aparcamiento y fíjate qué mentiras se le ocurren. Después, se derrumbará".

—¿Una multa? —dijo Pål vacilante. Era imposible interpretar su reacción en esa situación.

—Es una multa de aparcamiento tuya —aclaró Loa.

Pål leyó el papel, pero permaneció en silencio.

Loa tuvo que seguir tomando la iniciativa:

—Cerca del apartamento de la ministra de Asuntos Exteriores, Karin Kennedy.

—Tal vez haya más gente que viva en esa calle —respondió Pål en voz baja, quizá demasiado rápido.

—De hecho, unas cuantas personas más. Pero tengo que preguntarte: ¿estabas en casa de Karin Kennedy cuando tu coche estuvo aparcado allí?

Pål Arvidsson negó con la cabeza.

—No tengo la obligación de dar cuenta de con quién me reúno.

Linda ahogó un grito. Loa adivinó lo que estaba pensando: Pål no había negado la acusación.

Se le aceleró el pulso. Tenía que mantenerse concentrado, no ponerse nervioso.

—Teniendo en cuenta la acusación que estoy a punto de hacerte, creo que quizá te convenga dar cuenta de con quién te has estado reuniendo —respondió con firmeza. No debía enfadarse, no debía emocionarse.

Pål se recostó en su silla.

—Te escucho.

Loa sacó el documento número dos: la lista de pasajeros. El hombre se inclinó sobre la mesa y observó los nombres. Después de casi un minuto, levantó la vista hacia ellos.

Algo le había pasado en la cara. Parecía asustado.

—¿Puedes explicar por qué tu nombre aparece ahí? —dijo Loa. Pål se cubrió la cara con las manos—. Puedes argumentar que estabas de viaje esos días concretos, pero en realidad voy a preguntártelo directamente…

Antes de que Loa pudiera continuar, Pål lo interrumpió:

—Mierda. —La palabra sonó como un resoplido perdido. No era la respuesta que Loa esperaba. No era parte del plan.

—¿Perdón? —exclamó Loa.

Pål levantó la cara hacia el techo y gimió. El rostro se le puso pálido.

—Sabía que era una muy mala idea —dijo.

—¿Qué?

—Usar mi propio nombre. —No había ironía en su voz, era más bien una observación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Loa.

—Exactamente lo que he dicho. Que era una estupidez viajar con mi propio nombre. Pero todo iba demasiado rápido.

—¿Qué iba demasiado rápido?

—Supongo que vas a preguntarme si estuve en Opatija el 29 de agosto.

Loa tragó saliva. ¿Qué estaba pasando realmente? Linda respiraba demasiado fuerte.

—¿Estuviste allí?

Pål volvió a cubrirse el rostro con las manos.

—Mierda.

Loa se inclinó hacia delante.

—¿Qué te preocupa?

La mirada de Pål era tan penetrante que no lo miraba a él, sino a través de él.

—Algo salió mal. Muy mal.

—¿Qué salió mal? —Loa sacó a relucir su voz más amistosa, la que conseguía que las personas más enfermas confesaran cosas terribles una vez que se sentían a salvo.

—Se suponía que no tenía que morir toda la familia.

CAPÍTULO 66

Loa apretó la mandíbula con tanta fuerza que le crujieron los dientes. Tenía que mantener la calma para llegar hasta el final.

"Se suponía que no tenía que morir toda la familia".

Loa resistió el impulso de pensar en la imagen que darían cuando la policía arrestara a Pål Arvidsson y en cómo se sentiría cuando se subiera victorioso al escenario y recibiera el Gran Premio de Periodismo.

—¿Colocaste el explosivo en el barco en Croacia? —Hizo la pregunta con naturalidad, como si estuviera hablando de seguros, pagos hipotecarios o cualquier otro tema aburrido y tedioso.

Pål Arvidsson asintió. Se lo notaba atormentado. Era como si cada movimiento de su cabeza le causara un dolor brutal.

—¿Quién te pidió que lo hicieras? —preguntó Loa.

Pål Arvidsson miró a su alrededor. Bajó la voz hasta que casi no se le oyó. ¿Acaso estaba vigilado?

—Karin.

—¿Kennedy? —insistió, y oyó que sonaba como una pregunta, pero en realidad era solo una confirmación. Ahora nada podía salir mal.

—Sí. Ella.

—¿Cómo se puso en contacto contigo? —quiso saber.

—Como lo hacen siempre.

Loa se esforzó aún más por mantener una expresión impasible. ¿Había algo más detrás de todo esto? ¿Pål Arvidsson estaba dispuesto a contarle todos los trapos sucios?

—Ellos…

Loa se inclinó hacia delante y se esforzó por no fijarse en la cicatriz. Ahora nada podía ser ambiguo.

—¿Quiénes son ellos?

—El partido, por supuesto.

Loa dijo el nombre del partido. Pål resopló.

—Sí, claro.

—¿Cómo se puso en contacto contigo Karin Kennedy, o el partido?

—Dejaron una nota con números en el buzón del conserje. Los números indican la hora a la que se debe recibir más información en una habitación del edificio, en el sótano. Así es como se ha hecho siempre. Mucha gente toma la precaución de no dejarse ver conmigo. Yo soy el conserje solo hasta que alguien necesita otro tipo de ayuda. Se me dijo que ella quería hablar conmigo en persona en su apartamento aquella noche, así que fui allí.

—¿Cuándo fue eso?

—El 22 de agosto a las ocho de la tarde en punto —respondió Pål sin vacilar.

El día antes de la multa de aparcamiento.

—¿Cómo se atrevió a correr ese riesgo?

—Probablemente estaba desesperada.

—¿Y de qué te enteraste allí?

—Dijo que necesitaba ayuda con una situación. —Pål Arvidsson pronunció la palabra como si fuera una pérdida de agua, no seis muertos, tres de los cuales eran niños—. Se me pidió que matara a una persona.

Era embriagador escuchar esas dos frases. Loa tragó saliva e hizo un esfuerzo por parecer completamente neutral.

"Estoy escuchando. Tú estás hablando. Lo que me estás contando ahora bien podría ser tu lista de la compra en el supermercado".

—Fui hasta allí a esa hora por razones obvias.

—Y por eso te pusieron la multa de aparcamiento —dijo Loa, sobre todo para aclararse a sí mismo la cadena de acontecimientos, para explicarse cómo Pål Arvidsson podía haber sido tan torpe—. ¿Qué te dijo ella?

—Que su hermana se había vuelto paranoica y estaba confusa y tenía que desaparecer, porque si no, Lena Bauer podría afectar el resultado de las elecciones.

—¿Así que fue la ministra de Asuntos Exteriores quien te pidió específicamente que mataras a su hermana?

Pål Arvidsson asintió con la cabeza mientras se rascaba nerviosamente la cara. Loa se estremeció y bajó la mirada hacia la pantalla.

—Me gustaría que tú también lo dijeras.

Pål repitió, molesto:

—La ministra de Asuntos Exteriores, Karin Kennedy, me pidió que matara a su hermana mientras estaba en Croacia.

—¿Por qué allí?

—Porque iba a navegar, sola. Parecería que el motor se había averiado, como un trágico accidente. Karin me dio todos los detalles sobre cuándo estaría Lena allí. Sería un trabajo fácil.

—¿Y la familia?

—No iban a participar en el viaje, iban a quedarse en el hotel y relajarse con los niños. Debió de haber un cambio de planes.

Loa recordó el pie de foto de Instagram: "A veces hay que ceder ante los ruegos de los niños. A pesar de lo que piense la abuela". Cada sílaba ahora le parecía a Loa literalmente un estallido. Todo era dinamita.

Era mejor de lo que esperaba. La confesión estaba grabada tanto en el audio del móvil como en vídeo en la cámara de Linda, que no se había movido en los últimos diez minutos.

—¿Qué fue lo que salió mal?

El rostro de Pål se puso macilento. Meneó la cabeza.

—No lo sé. Localicé el barco y salí al amanecer un día después de que ella lo alquilara. Estaba muy cerca de Opatija, pero lo suficientemente lejos de tierra firme como para que nadie más resultara herido por la explosión. Entonces, coloqué la carga explosiva en la popa. Luego fui a tierra y detoné la bomba. Cuando más tarde descubrí que toda la familia, incluidos los niños, estaba durmiendo allí… entonces… —El hombre que Loa tenía delante no encontró las palabras adecuadas, así que se limitó a describir el artefacto explosivo y cómo lo había conseguido.

—¿Y por eso me lo estás confesando ahora? —preguntó Loa con autoridad.

Pål volvió a cubrirse el rostro. Parecía que estaba llorando. Era una imagen extraña, ver a un hombre con tanta sangre en las manos desahogar sus emociones de esa manera.

—Los niños —respondió levantando la vista—. Son los niños los que me duelen tanto. Que hayan muerto.

Loa sospechaba que era sincero. En el fondo, todo el mundo tiene corazón, solo hay que encontrarlo.

—Eran completamente inocentes —continuó Pål.

"Sí, claro, gracias, maldito monstruo despiadado".

—¿Qué obtuviste a cambio? —preguntó Loa consciente de que debía mantener el rumbo de la entrevista antes de que Pål se derrumbara por completo.

—Un millón —respondió él.

—¿De coronas suecas?

Pål asintió.

—¿Puedo ver alguna prueba de todo esto? —respondió Loa, dolorosamente consciente de que era necesario hacer esa pregunta, a riesgo de parecer demasiado escéptico y echar a perder todo de un plumazo. La confesión no era suficiente: necesitaban pruebas.

Pål se levantó y salió al pasillo.

Loa se estremeció, preocupado por si salía del apartamento y desaparecía. Para su alivio, se oyeron ruidos en el pasillo.

Linda se volvió hacia Loa y gesticuló con la boca tan abierta que parecía que estuviera hablando en mayúsculas. "¡DIOS MÍO!". "¡Lo sé!", respondió él, también con gestos.

El suelo de madera crujió. Ambos se recompusieron antes de que Pål Arvidsson volviera al salón con un teléfono en la mano. Se sentó en el taburete de enfrente y señaló la pantalla brillante a Loa y Linda. Era un teléfono antiguo con grandes grietas en la pantalla.

—Tengo una captura de pantalla de mi banco. Aquí hay dos transferencias de 500.000 coronas suecas.

Loa sintió un vuelco en el estómago. ¿Sería tan fácil? La culpa de Pål Arvidsson lo había llevado a revelarlo todo.

—¿De dónde viene el dinero? —preguntó. Pål señaló la pantalla.

Loa leyó y se quedó perplejo. El nombre del remitente era "Konsum-Restaurang".

—¿Perdón? ¿Konsumrestaurang?

Pål suspiró.

—Es una empresa ficticia que paga por esto.

—¿Y cómo puedo creerte?

Pål se encogió de hombros.

—Tendrás que verificarlo con alguien. Esta es mi prueba.

—¿Qué significa la palabra "Konsumrestaurang"? —preguntó Loa.

—¿Acaso no lo sabes? Había una tienda Konsum en Sveavägen. Y arriba había un restaurante que se llamaba así. Konsumrestaurang. Creí que todo el mundo lo sabía.

Loa nunca había oído hablar de eso, pero no respondió al comentario de Pål; no quería darle ninguna ventaja. Además, de todas maneras, alguien tenía que verificar esa empresa ficticia. Se propuso pedirle ayuda a George con eso.

—Espero que no te importe si saco una foto de esa captura de pantalla —dijo Loa; cogió su teléfono, sacó dos fotos y comprobó dos veces que estuvieran nítidas antes de volver a dejar el móvil sobre la mesa de centro. La grabación de audio seguía en marcha.

Se hizo silencio.

—Recibirás una condena de prisión muy larga —agregó Loa.

Pål Arvidsson no parecía preocupado.

—Estoy preparado. He hecho tantas tonterías en mi vida que ya no puedo más.

—¿Y quieres hundir al partido contigo? ¿Por eso me lo estás contando? —preguntó Loa. Un gesto lento y serio de Pål con la cabeza lo confirmó.

Linda lo miró con los ojos muy abiertos y frunció un poco el ceño. Loa interpretó la señal como que necesitaban pedirle consentimiento para otra cosa más.

—¿Estás dispuesto a que esto se publique en el *Aftonposten*?

Pål volvió a asentir.

—¿Me tomas por idiota o qué?

—¿Habrías confesado si la policía hubiera venido primero?

—No lo sé. Quizá sí. Pero ahora que habéis aparecido vosotros, sentí que era importante contar mi historia antes de que ellos puedan manipularla. Yo, por lo menos, sé de lo que son capaces.

Loa tragó saliva.

—¿Tienes algún familiar que pueda salir perjudicado?

—Solo yo.

Loa miró al techo. La pintura se había descascarillado. Dos grandes grietas recorrían el yeso, de donde colgaba una sola bombilla de un cable.

—Tengo que preguntarte otra cosa.

—¿Sí?

—¿Qué hacías en mi apartamento?

La respuesta fue rápida:

—Buscaba pruebas, por supuesto.

—¿Quién te envió?

—¿Quién crees?

—¿Karin Kennedy?

Pål asintió.

—¿Encontraste algo?

Pål negó con la cabeza.

—No.

Tenía más preguntas. Muchas, muchas más. Pero llevaban demasiado tiempo sentados allí. Sigge y Katarina probablemente se estarían preguntando si Loa y Linda estaban tan muertos como la familia Bauer.

—¿Qué más has hecho? —La pregunta sonó ambigua, Loa se dio cuenta al formularla.

Pål entornó los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Has insinuado que has hecho más cosas.

Pål se rio.

—Tranquilo. También tengo cosas que contarle a la policía.

CAPÍTULO 67

Antes de que Loa y Linda salieran del apartamento de Ynglingagatan, Pål Arvidsson había sido fotografiado de pie junto a la ventana, mirando seriamente a la cámara.

Mientras el flash destellaba y Linda le daba instrucciones a Pål para que inclinara la cabeza y abriera más los ojos, Loa fantaseaba con el titular que pondría junto a la foto. En ese momento, tenía tanto material y tantas citas que le resultaba imposible ordenar la información.

Cuando Linda quedó satisfecha con las fotos, se despidieron. Loa le prometió a Pål que le avisaría antes de publicarlas. Incluso intercambiaron números de teléfono para mantenerse en contacto, por si a alguno de los dos se le ocurría algo más, dijeron tan amablemente como si hubieran hecho una entrevista normal.

Mientras bajaban por la escalera, Loa notó que Pål parecía notablemente tranquilo, como si no le importara o como si la confesión le hubiera dado paz mental.

Una vez en la calle, tanto Sigge como Katarina saltaron del coche y corrieron hacia ellos cuando salieron por la puerta.

—Aquí no —fue lo único que dijo Loa—. Aquí no.

Parecía que todas las emociones posibles pasaban por el rostro de Sigge, pero aceptó la orden, probablemente porque entendió que la conversación que tendrían más tarde sería positiva.

Se subieron a sus coches y se marcharon. Loa creyó ver una sombra pasar rápidamente por la ventana del edificio.

Los coches circularon uno detrás del otro por la avenida Sveavägen. Ya era de noche.

Salieron en silencio luego de aparcar en el garaje situado debajo del edificio del periódico. Ninguno de los cuatro dijo nada hasta que volvieron al sótano.

Loa tardó casi media hora en relatar la confesión de Pål Arvidsson.

Sigge y Katarina no movieron un músculo. Escuchaban con frialdad. Era más bien Loa quien notaba que se emocionaba cada vez más a medida que hablaba.

Todos los presentes en la sala eran muy conscientes de que la historia de Pål debía comprobarse y verificarse frase por frase. El tiempo para hacerlo se estaba agotando; ahora, lo que estaba en juego era aún más grande, y su misión, aún más importante.

Sigge lo había acosado con preguntas de seguimiento:

—¿Cómo voló el barco?

—Con la ayuda de 25 kilogramos de dinamita.

—¿Cómo la consiguió?

—Por un intermediario en Croacia.

Sigge había asentido con la cabeza. La camisa que llevaba puesta estaba cada vez más sudada.

Katarina había anotado todo con calma. Probablemente quería crear un sistema para verificar todo línea por línea.

Ahora, nada podía salir mal.

Una vez dicho todo, Sigge exigió escuchar el archivo de audio de Loa y ver las imágenes sin editar que Linda tenía en la cámara. Tardaron más de una hora en revisarlo todo.

A Loa se le puso la piel de gallina cuando vio la grabación de Pål Arvidsson. La luz, la pared austera y desgastada, la ropa negra y el aspecto de Pål, todo era perfecto. La manera como lo contaba todo y el alivio que se extendía y se reflejaba en su apariencia hacían que tanto la historia como él fuesen más creíbles. Daba la impresión de que era un ser humano, no solo un criminal.

Sigge había hecho un par de gestos con la cabeza, pero al mismo tiempo había permanecido en silencio durante ciento veintitrés minutos.

Luego, se recostó en su asiento y se rascó la barbilla.

—Maldita sea, hay algo que me resulta familiar en el nombre de esa empresa, pero no logro darme cuenta de qué es.

Arrugó el rostro. Todos los presentes en la sala sabían que la autenticidad del testimonio dependía del pago que había recibido Pål.

Mientras esperaban a ver qué encontraba Sigge en el fondo de su mente, Loa buscó en Google y encontró una foto publicada por el municipio de Estocolmo que mostraba la tienda y el restaurante Konsum en algún momento entre 1934 y 1939. Al menos, eso era cierto.

Sigge gruñó y se levantó de la silla de un salto.

—Oh, mierda. Espera un momento. —Murmuró algo antes de sentarse y empezar a teclear.

"¿Qué estás buscando?", quiso decir Loa, pero se contuvo. No tenía sentido. Era mejor dejar que Sigge encontrara lo que buscaba. Todo el grupo parecía haber tomado la misma decisión, porque se quedaron sentados y esperaron.

Los dedos de Sigge volaban sobre el teclado. Loa observó en silencio los pelos de la nariz de Sigge, la calidad del tejido de la camisa a cuadros y, justo cuando empezaba a preguntarse si su abdomen no había crecido un poco más desde la última vez que lo había mirado, Sigge exclamó:

—¡Mierda!

CAPÍTULO 68

—¿Qué pasa? —preguntó Loa a su jefe sabiendo que la pregunta era innecesaria. De todas maneras, en unos segundos sabría la respuesta.

—La investigación preliminar —dijo Sigge en tono triunfal.

—¿Qué investigación preliminar? —volvió a preguntar Loa confundido.

—Donde se menciona a la empresa. —Sigge hablaba tan rápido que las palabras salían a borbotones de su boca—. Hace siete años, hubo un gran escándalo en el partido o, más bien, dentro de la Liga Juvenil.

—Eso me suena —dijo Loa vacilante.

—Se reclutó a muchos afiliados nuevos en poco tiempo. Luego se descubrió que cualquiera que firmara el formulario para afiliarse recibía cien coronas. El presidente y el secretario del partido querían inflar las cifras para que siguieran siendo más altas que las de los conservadores del MUF. —Sigge se desplazó con el ratón por el documento que tenía en la pantalla—. Por supuesto, todo se descubrió —continuó—. Y los dos imbéciles fueron acusados de soborno.

Loa recordaba algunos titulares, pero nada más. Era el tipo de noticia que ocupaba los titulares durante un día o dos, para luego caer en el olvido.

—Fueron condenados —continuó Sigge alegremente—. La carta del triunfo de la fiscalía fue que el flujo de dinero se pudo demostrar. Se pagó en efectivo, con dinero sacado de cajeros automáticos. La suma original que ingresó en la cuenta del presidente del partido procedía de una misteriosa empresa ficticia llamada… "¡Konsumrestaurang!".

—Joder —murmuró Loa.

—Todo está aquí, negro sobre blanco. Así que podemos demostrar que una organización vinculada al partido ya ha utilizado el mismo testaferro en el pasado. Para nosotros, eso es suficiente, diría yo. Afortunadamente, no somos un tribunal.

Katarina Sundman le quitó el portátil a Sigge y leyó.

—Esto está muy bien. La hostia de bien —murmuró con severidad.

Durante el resto de la tarde, el grupo revisó metódicamente todas las pruebas

disponibles.

Tenían las reuniones de Sigge con Lena Bauer en la iglesia.

Tenían dos transacciones monetarias, de 500.000 coronas suecas cada una, provenientes de una misteriosa empresa que, al parecer, la Liga Juvenil del partido ya había utilizado en el pasado.

Tenían una multa de aparcamiento.

Tenían la lista de pasajeros que habían entrado y salido de Suecia.

Empezaron a redactar un texto basado en todo lo que sabían, intercalado con el testimonio de Pål Arvidsson. Su confesión era el eje del artículo. Todo tenía que estar entretejido de tal manera que la mayor parte pareciera testimonio suyo. En última instancia, serían los lectores quienes tendrían que decidir si creer o no en lo que él decía.

Llegó un mensaje de texto con una foto de una caja de dinamita. Era de Pål Arvidsson, quien había tomado la foto. "La bomba", escribió simplemente.

—Genial —dijo Sigge.

Algo en el mensaje le pareció extraño a Loa, pero no le dio importancia.

Pasada la medianoche, Sigge les pidió a todos que se fueran a casa a dormir. Acordaron reunirse de nuevo en Kungsträdgården a las diez de la mañana. Aunque parecía que Pål Arvidsson estaba de su lado, no tenían ni idea de qué recursos adicionales tenían el partido o la gente del Gobierno. Podría haber aún más personas que quisieran paralizar esta publicación.

CAPÍTULO 69

Danijela se despertó con el ruido del avión que aterrizaba.

Se dio cuenta de que tenía la cabeza apoyada en el hombro de George y se movió rápidamente, aún somnolienta, para adoptar una postura más cómoda. Por la ventanilla, vio cómo el paisaje sueco se hacía cada vez más nítido. Los abetos, los cursos de agua irregulares, las granjas dispersas. A medida que se acercaban al suelo, pudo ver casas y coches.

Entonces, las ruedas tocaron la pista con un golpe seco.

Había vuelto a Suecia y nunca volvería a marcharse.

—¿Estás bien?

Danijela giró la cabeza y miró por la ventanilla los edificios bajos y blancos. Incluso el aeropuerto de Arlanda le parecía hermoso ahora.

—Sí, estoy bien.

Pronto estaría en casa y podría abrazar a su hijo. Atravesaron el aeropuerto y, cuando pasó por la aduana, se sintió extrañamente nerviosa. ¿Sería el momento en que la detendrían? ¿Era todo demasiado bueno para ser verdad?

Pasó sin inconvenientes por delante de los funcionarios de aduanas y su pastor alemán. George caminaba unos metros detrás de ella.

Una vez fuera, Danijela se acercó al taxi más cercano a la puerta principal.

—Te daré propina si superas el límite de velocidad —le susurró al oído al conductor mientras este guardaba la maleta de George en el maletero. Él respondió con un discreto gesto de asentimiento.

Cuando aparcaron frente al apartamento en Valhallavägen tras unos ejemplares treinta y un minutos, Danijela le dio doscientas coronas de propina con el datáfono.

En el apartamento, los olores conocidos la tranquilizaron en cuanto abrió la puerta. Entonces, desde el pasillo, vio a Anton sentado en el sofá del salón. Tenía los brazos cruzados.

Se apresuró a acercarse, pero cuando se dio cuenta de que él no iba a levantarse para recibirla, ella también quiso mantener su orgullo. En lugar de inclinarse e intentar abrazarlo, apretó los dientes y se mantuvo firme.

—¡Mi amor! —exclamó y sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. Se veía con toda claridad que él estaba decepcionado de ella.

—Dime qué estuviste haciendo allí —respondió él.

Danijela se dejó caer en el sofá junto a él y le acarició la espalda.

—No puedo hacerlo. Es complicado.

Anton se levantó y se dirigió hacia la puerta principal antes de darse la vuelta.

—Esta noche dormiré en casa de papá.

George la miró con lástima. Danijela negó con la cabeza, incrédula.

Tenía que mantenerse firme.

CAPÍTULO 70

Faltaban tres días para las elecciones parlamentarias y el *Aftonposten* estaba a punto de publicar la primicia de la década.

Loa asimiló esa frase mientras se dirigía hacia la mesa de la cafetería de Kungsträdgården donde estaban sentados sus compañeros. El tiempo era peor que el día anterior, las nubes oscuras se desplazaban por el cielo. Una gota pesada cayó sobre su frente; se puso la gorra verde que había llevado en la mano durante todo el trayecto desde el apartamento.

Linda, Katarina y Sigge parecían cansados cuando levantaron la vista hacia él. Esta vez, a diferencia del día anterior, Loa había llegado tan solo unos minutos tarde. Se sentó en la única silla disponible, apoyó los codos en la mesa y se caló la gorra sobre la frente.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo sentados aquí mirándonos fijamente cada mañana —protestó Katarina.

Él se volvió hacia ella. Las arrugas del rostro se habían acentuado aún más, su piel parecía papel de lija. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos enrojecidos. Parecía que no había dormido bien y estaba de mal humor.

—Hagámoslo —fue lo único que dijo Sigge antes de levantarse y volver con cuatro bolitas Delicato de chocolate que había comprado en la cafetería.

La frase quedó suspendida en el aire. Entonces, Sigge la retomó:

—Repasemos todas las pruebas otra vez y dejemos todo listo. Después, tendremos que ocuparnos de la parte difícil.

—¿El derecho a réplica? —preguntó Katarina. Sigge asintió.

—Hay que darle a Karin Kennedy tiempo suficiente para responder a todas las acusaciones. Por el amor de Dios, esto es, como mínimo, incitación al asesinato. —Sigge parecía entusiasmado con la idea—. Pero tampoco queremos darle la oportunidad de estropearlo todo.

—¿Qué dicen los abogados del periódico y nuestro querido editor jefe? —preguntó Katarina con tono ácido.

Una hoja roja cayó lentamente del cielo y pasó por detrás de la cabeza de

Sigge. Quizás la velocidad ilustraba lo que estaba pasando por la cabeza de su jefe.

—¿No saben nada? —preguntó Katarina con los ojos muy abiertos. Linda permaneció en silencio, pero frunció los labios para mostrar que también quería una respuesta.

Sigge esperó un poco y luego negó con la cabeza.

—No quiero presentar algo que esté a medio hacer.

—Pero ¿lo dices en serio? —Katarina se levantó enfadada de la mesa; luego, se recompuso y volvió a sentarse. Loa le puso una mano en el hombro.

—Me niego a mostrar algo que está sin concluir. Me harán un montón de preguntas que no podré responder.

—Pero aun así sería algo bueno, ¿no? —continuó Katarina.

—¿Bueno?

—Que hicieran preguntas relevantes. Está en juego el honor del periódico.

—No soporto su ansiedad. Es solo eso. —Sigge enfatizó las palabras para mostrar que la discusión había terminado y que él estaba al mando.

Loa miró al cielo. Las nubes oscuras se desplazaban hacia el norte. No llovía. Se quitó la gorra y, al mismo tiempo, sintió una extraña inquietud en su cuerpo. Miró a su jefe, que se estaba recuperando de los reproches. Por una vez, parecía pequeño y patético dentro de su enorme chaqueta.

¿Sabía Sigge realmente lo que estaba haciendo? ¿O era la última jugada equivocada de un periodista fracasado?

CAPÍTULO 71

Sigge estaba sentado ante su escritorio en la sala de redacción y se esforzaba por pensar. Se dio cuenta de que sus compañeros estaban preocupados por su constante ausencia del escritorio.

El director editorial le había preguntado varias veces si quería que otra persona ocupara su lugar hasta que se publicara el artículo, pero él se había negado. Quería tener el control total.

—¿Sigge?

Evah S. se había acercado a él sin que se diera cuenta.

—¿Sí?

—¿Tienes alguna idea sobre cómo proceder con lo de la explosión en Croacia? Me inclino por investigar esas supuestas amenazas en las redes sociales.

—Bien. Bien —respondió él para deshacerse de ella.

Evah lo miró confundida.

—¿Hay algo más que pueda hacer?

—Siéntate en tu escritorio y ponte a trabajar. Pronto entenderás a qué me refiero.

Luego, se levantó y se alejó.

Todo había sido más fácil cuando era reportero. En aquel entonces, podía seguir adelante, recopilar información y dejar que otra persona más sensata decidiera qué se podía publicar y qué no. Cuando, más tarde, se convirtió en jefe de redacción y la responsabilidad recayó sobre él, aumentó la agonía. Cuanto más pensaba, más le costaba seguir su famosa intuición. Mientras el trabajo girara en torno a una fecha límite y un periódico en papel, algunas cosas podían parecer correctas y buenas, incluso a altas horas de la noche. Se podían traspasar algunos límites éticos para que la primera y la última página salieran lo mejor posible y se vendiera la mayor cantidad de ejemplares. Pero a la luz del amanecer, la misma decisión podía parecer un completo desastre. Sigge había dejado de contar todas las publicaciones que habían destruido vidas o carreras. Sin tener que mirar a los ojos a ninguna de las víctimas, podía

esconderse en la sala de redacción, detrás de su pantalla, y dejar que otros tomaran las decisiones difíciles e hicieran las preguntas incómodas.

Al mismo tiempo, el poder del periódico tenía otra cara. También había ayudado a crear nuevas estrellas, que vivían en una simbiosis única, codo con codo, hasta la irrupción de las redes sociales.

Ahora, el periódico ya no tenía la misma importancia; más medios de comunicación y otras plataformas competían por la atención del público y su poder se había convertido desde hacía tiempo en algo secundario.

Quizás eso fuera una suerte.

Una ventaja de toda la experiencia que tenía Sigge era que también le daba margen para pensar de forma diferente, e incluso para cambiar de opinión.

Observó la foto de Lena Bauer en su ordenador. De pronto, se dio cuenta de cómo podía hacer justicia por ella, después de todo.

La miró a los ojos, pensó en su voz asustada dentro de la iglesia y tomó una decisión.

CAPÍTULO 72

En el sótano, la espectacular historia se iba desarrollando lentamente. Para sorpresa de todos, Sigge había cambiado de opinión sobre lo que podía contar acerca de Lena Bauer. La supuesta protección de las fuentes a la que se había referido al principio, cuando los demás querían acudir a la policía, se había convertido en una cuestión de interés público. Las acusaciones que ella había hecho en sus reuniones en la iglesia ahora se reproducirían con detalle en el artículo.

—Así es como haremos que todo encaje —explicó Sigge.

En realidad, Loa debería haber cuestionado la decisión, pero incluso él entendía que el motivo de Karin Kennedy para matar a su hermana era el núcleo de la historia. Sin eso, no habría artículo.

Combinando las denuncias de Lena con todas las pruebas, se reforzaba la historia de Pål Arvidsson, quien, según su propio relato, había sido contratado por la ministra de Asuntos Exteriores para ir a la costa croata y hacer explotar el velero. Al mismo tiempo, escribieron todo lo que pudieron sobre aquella fatídica noche de treinta y nueve años atrás en los Estados Unidos, que probablemente había sido el comienzo de lo que concluyó en el Adriático, en el amanecer del 29 de agosto.

—Ahora está bien fundamentado —dijo Sigge cuando el texto estuvo listo. Bebió su quinta taza de café del día y, por primera vez en mucho tiempo, se puso un rapé de Gotemburgo bajo el labio.

Mientras Sigge se había tomado la libertad de escribir el artículo, Loa había intentado investigar los antecedentes de Pål Arvidsson en la medida de lo posible. "La Sombra" hacía honor a su apodo. No tenía antecedentes penales, ni deudas, ni multas por exceso de velocidad. Eso resultaba sorprendente, teniendo en cuenta lo que se había conversado en el apartamento de Ynglingagatan.

"También tengo cosas que contarle a la policía", había dicho Pål.

Entonces, se abrió la puerta. Todos se volvieron hacia ella. Allí estaba Danijela Mirković.

En cuanto la vio, Loa olvidó todo resentimiento. Se abalanzó hacia ella y la abrazó, pero ella parecía querer que la soltara. Rara vez dejaba ver sus emociones y, desde luego, no quería hacerlo en público.

—Me alegro mucho de verte —le susurró Loa al oído.

—Te he echado de menos —respondió ella en voz baja.

—¿Qué haces aquí? —dijo Sigge entre dientes.

—Contrólate —le dijo Katarina—. Al menos, dale la bienvenida.

—Estamos en medio de una investigación —exclamó Sigge—. Y en una fase muy delicada.

—Lo entiendo —respondió Danijela sentándose tranquilamente a la mesa.

—¿Cómo sabías dónde estábamos? —preguntó Sigge.

Danijela puso los ojos en blanco.

—Todos en la sala de redacción saben que estás tramando algo grande. Y todos saben que estás aquí abajo. Hasta el frutero lo sabía.

La respuesta enfadó notablemente a Sigge.

—No podemos arriesgarnos. Por eso tengo que pedirte que te vayas.

Danijela miró a Loa y luego se volvió hacia Sigge.

—Parece que has olvidado algo.

—¿Qué? —retrucó Sigge.

—Si esto es tan puñeteramente importante como lo pintas, deberías corroborar todas las pruebas con alguien.

—Ya lo hemos hecho —balbuceó Sigge—. Todos han estado haciendo preguntas.

—Eso no es del todo cierto —replicó Katarina—. Supongo que es genial que Danijela se haya sumado al final.

Una hora más tarde, Danijela estaba sentada con los brazos cruzados, resoplando.

Pieza a pieza, prueba a prueba, le habían presentado toda la historia.

—Es demasiado complaciente —fue lo primero que dijo Danijela—. ¿Cuál es el motivo de Pål Arvidsson para hacer esto?

Loa se oyó responder a la defensiva de inmediato.

—Te lo dijimos. Se trata de los niños. Se sintió engañado porque no sabía que había niños en el barco.

—¿Desde cuándo a un tipo como Pål Arvidsson le importan los niños?

Loa entendió la pregunta, pero en ese momento estaba molesto. ¿Quién era

ella para irrumpir ahora y empezar a cuestionarlo todo?

Sigge intervino.

—Probablemente haya hecho muchas cosas malas en su vida y ahora se ha hartado, por eso está dando un paso al frente. Lo hace por su propia conciencia.

—Esa respuesta no es suficiente.

—Tonterías. Tenemos muchas pruebas —respondió Loa mirando fijamente a Danijela.

Ella le devolvió la mirada y pareció comprender exactamente qué estado de ánimo había provocado.

—¿Cómo conseguiste la verificación del banco de que la transacción se había producido realmente?

A Loa le latían las sienes. Ahora Danijela sonaba como su exmarido, el periodista financiero.

—Él me mostró el extracto bancario —respondió brevemente con la esperanza de que ella dejara el tema.

—Sí, pero cualquiera puede falsificarlo. Confirmaste ese detalle, ¿verdad?

Loa se quedó mirando al vacío antes de recomponerse.

—Lo vi con mis propios ojos. Hizo una captura de pantalla de su cuenta. La empresa que pagó el dinero existe y hemos confirmado que el partido la está utilizando.

—Sí, ya lo he leído. Pero la existencia de una cuenta no prueba nada.

Loa bajó la mirada.

—La captura de pantalla está bien —replicó Sigge y se levantó—. Si me disculpas, tengo que comprobar algunas cosas antes de publicar. Ya los llamaré.

Probablemente mostraría el texto como parte de alguna estrategia para tomar desprevenido al editor jefe y evitar que tuviera tiempo de pensar.

—Me temo que estáis cometiendo un error —dijo Danijela cuando se cerró la puerta.

Loa no respondió. Recogió sus cosas, empujó la silla y salió de la habitación. Sintió la mirada de Danijela en la nuca mientras se marchaba.

CAPÍTULO 73

Loa caminaba de un lado a otro por los pasillos largos y estrechos y se limitaba a esperar. Con cada paso que daba, intentaba alejar de su mente los pensamientos sobre lo que estaba sucediendo en las plantas superiores del edificio del periódico. La espera le recordaba a cuando era niño y sus padres, que aún vivían juntos, discutían sobre cómo criarlo. Aquellas frases murmuradas que solo suscitaban más preguntas.

Después de dos horas, Sigge llamó.

—Ven a la sala de redacción. Ahora.

Loa se dio la vuelta. En los ascensores ya estaban Linda y Katarina. Durante el trayecto no se dijeron nada. Linda tenía un aire tranquilo y relajado; Katarina parecía estresada.

Todo se decidiría ahora, y todos eran muy conscientes de ello.

Dentro de la redacción, los demás les lanzaron miradas curiosas. En la mesa, Eva K. y Evah S. estaban sentadas una frente a otra, con el pelo recogido y vestidas de negro, como si el tiempo se hubiera detenido.

Fuera de la gran sala de reuniones, Sigge agitó las manos.

—¡Pasad aquí! —gritó.

Dentro, lo rodeaban el editor jefe, el director editorial y todos los demás mandos intermedios que solían querer dar su opinión. Dado que eran más de las nueve de la noche, probablemente los habían llamado a todos a sus casas para que regresaran a hablar sobre la publicación.

Loa, Katarina y Linda ocuparon los otros asientos vacíos, que parecían estar reservados para ellos. Una sonrisa expectante se dibujaba en los rostros de todos.

Loa sintió que la inquietud le recorría el cuerpo. No pensaba que fueran a mirarlo de esa manera. Toda su vida había sido un extra; ahora, había ascendido al papel principal.

—Estoy profundamente impresionado por todo su trabajo —comenzó el editor jefe, Nathanael Nessén, limpiándose las gafas sin montura contra la camisa Oxford blanca.

Tenía la misma edad que Sigge, pero era delgado porque había recorrido miles de kilómetros en bicicleta, así que parecía al menos diez años más joven, a pesar de que ya no le quedaba pelo en la cabeza.

A Danijela le encantaba comparar a los jefes. "Es el doble de inteligente, pero igual de cobarde", solía decir, riendo con crudeza.

Tenía razón. Nathanael Nessén era astuto, pero ansioso. Rara vez se atrevía a escribir columnas o debatir la agenda del periódico en otros medios de comunicación. Daba la sensación de que solo quería pasar inadvertido hasta la jubilación.

Se puso las gafas.

—Va a costar mucho. Así que quiero que pongamos todas nuestras cartas arriba de la mesa. —Nathanael Nessén continuó—: ¿Hay algo que deba saber sobre sus métodos de trabajo?

Miró primero a Loa, luego a Linda y finalmente a Katarina. Loa negó con la cabeza.

Una sensación de alivio se extendió por la sala.

—¿Cómo va a salir? —preguntó Katarina con brusquedad. Uno de los gerentes más jóvenes levantó la pantalla.

PRIMICIA DE *AFTONPOSTEN*:
FUE CONTRATADO POR KARIN KENNEDY PARA
MATAR A SU HERMANA

Las palabras compuestas en negrita y en tamaño grande hicieron que Loa se estremeciera. Se esforzó por no parecer impresionado. Aparecieron más páginas en la pantalla. Con más titulares en negrita y grandes fotografías, a lo largo de diez páginas del periódico y en cinco paquetes de notificaciones *push* en el sitio web, se contaba la historia sobre por qué Karin Kennedy había contratado a Pål Arvidsson.

Era increíble y, por primera vez en mucho tiempo, Loa se sintió orgulloso de sí mismo. Lo había conseguido.

El editor jefe se volvió a limpiar las gafas. Se sentía nervioso. Al fin y al cabo, él era el responsable de la publicación y el que iría a la cárcel si todo salía mal.

—Quiero que estén preparados para algunas cosas —dijo con un carraspeo —. La policía o la Säpo seguramente irrumpirán aquí en cuanto lo hayamos publicado. Eso no es nada bueno, pero tenemos que estar preparados para ello.

Así que hagan una copia de seguridad de todo el material de trabajo y lo guardaremos en mi caja fuerte.

Loa asintió; los demás hicieron lo mismo. Una vez que todo saliera a la luz, se verían envueltos en un huracán.

—Todas las redacciones van a perseguirlos —continuó Nathanael Nessén—. No duden en aparecer en *Estudio Uno*, *Mañana de noticias*, *Estudio matutino*, *Después de las cinco*. Sí, en todos. Es bueno para la imagen del periódico que acepten aparecer allí.

Loa asintió y, al mismo tiempo, no pudo resistirse al pequeño juego mental de planear qué ropa ponerse al día siguiente. ¿Debería usar su suéter gris para parecer elegante y serio al mismo tiempo? ¿O sería mejor una camisa y una corbata negra?

—¿Quién se encarga de obtener la réplica? —preguntó Katarina, pero estaba claro que lo que realmente quería decir era: "Loa se encarga, ¿verdad?".

Loa miró a su jefe. Sigge señaló con la mano a Katarina.

—Tú te encargas.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué yo? Solo soy una simple investigadora.

Sigge exclamó:

—Porque Loa se encargó de la entrevista con Pål. Todavía necesitamos a alguien que se quede aquí.

Katarina frunció los labios.

—Escribimos cinco preguntas, o acusaciones, si lo prefieres. Luego las envías por correo electrónico al mismo tiempo que llamas al responsable de prensa —dijo Sigge alegremente.

Loa sintió una punzada de decepción por no poder conducir la noticia hasta el final. Al mismo tiempo, se sintió aliviado por haberse librado de otra situación de presión.

Los directivos asintieron y se despidieron.

Katarina se dirigió con pasos firmes a su antigua silla. Sigge la siguió de cerca y se colocó detrás de ella. Ella golpeó las teclas con fuerza hasta que aparecieron las palabras adecuadas.

—Está bien —murmuró Sigge—. Llama a la prensa ahora mismo.

Katarina se llevó tranquilamente el teléfono al oído. Pasó medio minuto. Entonces, Loa oyó que había recibido una respuesta. Primero, ella dijo algo inaudible. Luego, alzó la voz:

—Tenemos graves acusaciones contra Karin Kennedy que quiero que usted explique. Las publicaremos mañana por la mañana —dijo con severidad y colgó.

Loa se quedó solo en el sofá. La gran rueda se había puesto en movimiento.

Al día siguiente sería el debate final de los candidatos en televisión. Al primer ministro solo se le preguntaría por su ministra de Asuntos Exteriores. Nadie hablaría de nada más.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Sigge, que se había quedado de pie detrás de Katarina.

Ella se levantó y se acercó con lentitud, visiblemente avergonzada.

—Parecía sorprendido —dijo—. Y afirmó que volvería a llamar con una respuesta.

Sigge se rio entre dientes.

—Ahora solo nos queda esperar —dijo levantando la cabeza hacia la sala de redacción. Buscó la atención de Loa y Linda—. Mañana por la mañana, todo el equipo de investigación estará aquí a las cinco en punto. Y estaremos preparados para cualquier respuesta que den a esto.

Loa miró hacia los televisores. Los canales internacionales. CNN. BBC. Al Jazeera.

Al día siguiente, el rostro de Karin Kennedy llenaría todas las pantallas.

Si dos días antes de las elecciones generales se revelara que una ministra de Asuntos Exteriores había ordenado el asesinato de su hermana, no solo sería noticia en todos los medios de comunicación del país, sino que también se convertiría en noticia mundial.

Loa se puso el abrigo y salió de la redacción. Fuera llovía a cántaros; corrió hacia el metro.

Una vez dentro del apartamento, notó que la fuerte ansiedad que le oprimía el pecho desde la desaparición de Danijela había disminuido, pero no había desaparecido por completo. Todavía sentía una tensión en el cuerpo que quizá no se desvanecería hasta que pudieran verse y reír juntos y él pudiera comprobar que ella estaba bien.

Tenía que admitir que le dolía que ella se hubiera mostrado tan brusca y cuestionadora desde su regreso. ¿No podía alegrarse por lo que él estaba a punto de lograr?

Entonces, sonó el teléfono. Era Danijela. Loa miró la pantalla hasta que apareció la notificación de llamada perdida.

Más tarde, cuando estaba en el baño y se cepillaba los dientes con el cepillo eléctrico, sintió un escozor en la nuca, pero no se dio cuenta de qué era. Se acostó en la cama con la misma sensación de insatisfacción. Justo antes de quedarse dormido, vio delante de él la bicicleta blanca y delgada de Pål Arvidsson con manillar fijo.

Algo no iba bien, pero no sabía qué era.

CAPÍTULO 74

Danijela no estaba tranquila. Después de dar dos vueltas por el apartamento, se detuvo frente al cuadro de Lars Lerin que colgaba frente a la cama, una obra que había comprado justo antes de que el artista alcanzara la fama. En aquel entonces le había costado muy caro, tan caro que su padre, Josip, se habría revolcado en su tumba, pero ahora era tan valioso que realmente debería instalar una alarma en la puerta. El cuadro oscuro y angustiante, que representaba un puerto nevado en Lofoten, siempre le recordaba a Danijela de dónde había venido y lo que había creado por sí misma. Había llegado a Suecia con lo que cabía en una maleta y ahora tenía colgada allí una obra de uno de los mejores acuarelistas nórdicos de la posguerra sin que nadie lo supiera. Como nunca había sentido la necesidad de presumir del cuadro en el salón, ni siquiera Loa, que nunca había estado en la habitación donde ella dormía, sabía que lo tenía.

Danijela se adentró en la cocina. Le sentaba bien volver a todos los espacios conocidos: el trabajo, el hogar. Al mismo tiempo, el estrés se apoderaba de su cuerpo. No había estado fuera más de una semana, pero en ese tiempo se había puesto en marcha algo que parecía imposible de detener.

Al salir de la redacción, lo último que había visto era a los directivos y a la autodenominada "pandilla de investigaciones" sentados en una de las salas de reuniones, dándose palmadas en la espalda unos a otros. A través del cristal se veían rostros satisfechos y contentos. Nadie se atrevía a discutir.

Inició sesión en el portal del periódico. Cuando leyó los artículos programados, las páginas del periódico y las notificaciones del sitio web, vio que nada había cambiado.

Todo estaba tal y como se lo habían presentado. Así que estaban listos para publicar la noticia.

Desesperada, había llamado a Loa dos veces durante la noche, pero él había bloqueado las llamadas. Era obvio que en ese momento no estaba dispuesto a escucharla.

Entonces, le escribió un mensaje de texto a Anton. Una vez más, le explicó

que entendía que estuviera decepcionado, pero que le gustaría que al menos le permitiera hablar con él.

Entró en el vestidor, sin esperar respuesta. De entre un montón de suéteres doblados, sacó el joyero que había desenterrado fuera de la casa de su infancia. Pasó los dedos por la tapa antes de abrirlo. Una a una, sacó las joyas de su madre y se las puso. Se miró en el espejo un momento, antes de quitárselas todas y volver a guardarlas. Luego, colgó su bata de seda, se metió en la amplia cama y cerró los ojos.

CAPÍTULO 75

A las 03.25, la respuesta de una sola frase del secretario de prensa de Karin Kennedy había llegado al buzón de correo electrónico de Katarina Sundman:

Nos negamos a comentar estas acusaciones infundadas.

Un numeroso grupo de empleados se reunió alrededor del asiento de Sigge Classon y analizó la declaración. Alguien bebía una taza de café, otro comía un yogur.

—No se lo toman en serio —dijo Eva K.

Ella sería la encargada de pulsar el botón una vez que se decidiera hacer la publicación. Loa notó que una vaga irritación surgía en su interior al ver que ella parecía considerarse parte del equipo de investigación. La imaginó sentada en el Pelican esa noche, bebiendo cerveza y presumiendo de que ella había enviado el mensaje que había paralizado Suecia.

Sigge Classon giró en la silla para mirar a su público. Se subió las gafas a la coronilla.

—Creo que es frívolo responder así. Lo interpreto casi como una afirmación. ¿Por qué ni siquiera se han esforzado en responder a lo que saben?

—Porque no pueden —respondió Katarina triunfante—. Porque se están poniendo nerviosos y esperan que no publiquemos nada.

Sigge cruzó los brazos.

—Putos payasos.

Loa se sentó en su silla. Clicó en la nota, que aún tenía el estado "sin publicar".

El vídeo de Linda sobre Pål Arvidsson era magistral. En él se lo veía serio y sincero. La foto era gris, sugerente y recordaba a una serie policíaca danesa. La filmación terminaba con el vídeo de vigilancia que mostraba la explosión del velero. La explosión al rojo vivo se veía en cámara lenta.

Loa leyó el texto, que ahora terminaba con la breve respuesta de Karin Kennedy. Se recostó y oyó cómo la silla crujía con el movimiento. Era un

trabajo impecablemente ejecutado, hasta la última palabra. Algunos pasajes tenían tanta intriga como una novela de espías.

Cuando Loa volvió a inclinar la silla hacia atrás, se detuvo. Una emoción le recorrió el cuerpo y entonces recordó lo que se le había ocurrido justo antes de quedarse dormido.

La bicicleta.

¿Por qué Pål Arvidsson no había ido en bicicleta a la casa de Karin Kennedy? Al fin y al cabo, vivía a menos de un kilómetro de distancia.

Loa se inclinó sobre el escritorio. En su interior, escuchó las palabras de Danijela sobre la captura de pantalla que mostraba la transacción monetaria. No podía entender por qué no le había pedido a Pål que iniciara sesión con su número de usuario para demostrar que la imagen era auténtica.

Apartó esos pensamientos de su mente. Solo estaba ansioso. Siempre reaccionaba así en las etapas finales de un trabajo. Y no solo en el trabajo: había reaccionado así toda su vida. Cuando las cosas se calentaban, la ansiedad siempre aparecía de la nada.

No era la primicia lo que estaba mal. Era él quien estaba mal. Sin embargo, algo le molestaba y no podía identificar qué era. Para aclarar sus ideas, envió un mensaje de texto a Pål Arvidsson.

Lo publicaremos pronto. Te aviso solo para que lo sepas. Gracias por tu cooperación.

Después de unos segundos, el mensaje rebotó con un signo rojo de exclamación al lado.

El mensaje no se pudo enviar.

Loa se quedó mirando el texto y se sintió incómodo.

¿Pål Arvidsson estaría en una zona sin cobertura o habría apagado el teléfono para evitar a la policía, que irrumpiría en su casa en cualquier momento? ¿O para evitar a todos los demás medios de comunicación, que seguramente empezarían a llamar?

Loa miró hacia la mesa. Sintió la intensa energía de las voces que hablaban rápido en voz baja, lo que indicaba que estaban a pocos minutos de la publicación, quizás a segundos.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Sigge, agitando la mano como si estuviera

en un concierto de música electrónica. Solo le faltaban una camiseta blanca sin mangas y una luz estroboscópica.

Eva K. pulsó el botón. Pronto, todas las pantallas de los móviles de la sala de redacción y de todo el país se iluminaron.

Loa se sintió mareado cuando vio la notificación.

Eran las 07.35 del viernes 9 de septiembre. La campaña electoral estaba a punto de dar un vuelco.

CAPÍTULO 76

En primer lugar, lo preocupante no era el silencio de las oficinas gubernamentales o del Ministerio de Asuntos Exteriores, sino el silencio de todos los demás medios de comunicación. Loa daba vueltas en la sala de redacción y se había atiborrado de betabloqueantes y Atarax. Lo único que realmente quería en su cuerpo era una botella entera de vino. Se alegraba de estar allí, porque no se fiaba de sí mismo para estar en la calle o en casa.

Sigge estaba sentado en su silla y se veía desde lejos que estaba haciendo clic en todos los demás sitios web de noticias suecos y actualizando el navegador cada vez con más enfado.

—Son acusaciones muy duras —dijo Katarina, que estaba detrás—. Tienen que investigar un poco antes de escribir. Es difícil de reproducir.

—Quizá sea cierto.

Los artículos sobre Karin Kennedy tuvieron mucho éxito. El panel que mostraba las estadísticas estaba en verde brillante. Entrada la mañana, Danijela llegó a la sala de redacción con el rostro serio, sin mirar en dirección a Loa. Algunos compañeros se detenían en su mesa para preguntarle dónde había estado, pero se la oía rechazar todas las preguntas.

Loa siguió evitando acercarse a ella. La actitud crítica de Danijela era excesiva en esta situación, él ya estaba bajo suficiente presión. ¿Y qué sabía ella realmente sobre la primicia? No había estado allí cuando hicieron el trabajo. Era fácil entrar después de los hechos y señalar las deficiencias, cuando no tenías que tomar tú mismo todas las decisiones difíciles. Volvieron las emociones de cuando Danijela los engañó y huyó a Croacia. La sensación de que ella no confiaba en él.

La mayoría del personal editorial había almorzado en silencio en sus escritorios, como si nadie se atreviera a celebrarlo. Loa no había comido nada. Las náuseas de esa mañana no habían desaparecido. A primera hora de la tarde, el silencio seguía siendo el mismo.

En X, el tono era inusualmente moderado.

Nadie de la oposición había escrito nada, excepto algunos representantes

locales del Partido Demócrata Sueco. Varios periodistas circulaban por los alrededores del Parlamento o asistían a actos electorales en el interior del país, pero era como si todos los políticos se mantuvieran al margen o se escondieran en un búnker.

—Espero que estés preparado para devolver las balas.

Loa dio un respingo y vio a Danijela de pie a su lado. No podía evitar remover un poco más el cuchillo en la herida.

—¿Qué quieres decir?

—Este silencio también me pone nerviosa. Algo está pasando, lo entiendes, ¿verdad? —Danijela añadió un tono amistoso a su voz al final—. Y te lo digo como amiga.

—¿De verdad?

—Loa…

"Låa".

Loa miró la pantalla del ordenador para indicar que quería que se marchara. Estaba encantado de que hubiera vuelto sana y salva, pero odiaba ese aspecto de ella.

—¿Qué está haciendo la policía? —preguntó Katarina, que por una vez asumió cierta responsabilidad social ante el clima fúnebre.

Evah S. se había ido a casa temprano debido a una migraña. Loa sospechaba que simplemente no podía soportar el ambiente de trabajo enrarecido.

—Ni idea. —Sigge se dio la vuelta y pareció animarse, al menos por un rato —. ¿Puedes llamar?

Katarina pareció arrepentirse de haber preguntado, porque caminó a su escritorio con aire enfadado. Sacó su teléfono y se lo llevó a la oreja.

Loa debía estar orgulloso de su trabajo, pero no podía relajarse. La preocupación lo cubría todo como una niebla.

—Disculpe. —La voz de Katarina Sundman resonó en la sala de redacción. Seguro que sonaba igual cuando hablaba con alguien en una tienda para quejarse de un producto. Dura, grosera, irrazonable—. Hola. Me preguntaba si han abierto una investigación sobre la ministra de Asuntos Exteriores. Sí, Karin Kennedy. ¿Qué? ¿Ya no leen los periódicos? ¿Ya no leen los periódicos?

Katarina golpeó el teléfono contra la mesa antes de gritar:

—¿Qué cojones está haciendo la policía?

Sigge se abalanzó hacia ella, pero Loa ya no podía seguir escuchando. El

nudo que tenía en el estómago crecía. ¿Por qué no habían iniciado una investigación? ¿No se tomaban en serio al periódico?

Sigge clicó en el sitio web. La noticia no había cambiado.

—Está bien que sigamos con esto, pero ¡pronto tendremos que pasar a algún tipo de reacción! —gritó al otro lado.

Eva K. asintió, pero no hizo nada. No se atrevía a preguntar qué material debía utilizar, ya que no había ninguno.

Loa se dio la vuelta y lentamente volvió a sentarse en su silla. Entonces oyó a Sigge soltar un fuerte rugido.

—¡Por fin, joder!

Loa se dio la vuelta.

—¿Qué?

—El primer ministro ha convocado una conferencia de prensa.

Loa se abalanzó sobre la pantalla de Sigge y leyó por encima de su hombro.

> El primer ministro comentará la cobertura mediática en curso. Se requiere acreditación de prensa para entrar. A las 17.00.

"Cobertura mediática en curso", decían.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Loa.

La energía aumentó en la sala de redacción. Si hubieran sido globos vacíos y desinflados, poco a poco habrían comenzado a llenarse de aire de nuevo.

—Pronto lo veremos. Si no hubiera habido elecciones, lo habría calificado como un clásico "viernes de relleno". Una de esas conferencias de prensa que se hacen un viernes después de la cena para ocultar la noticia en la medida de lo posible. Pero ahora las reglas son diferentes.

—¿Qué dirá el primer ministro?

—Pronto lo sabremos.

—¿Quién va a ir? —preguntó Loa.

Sigge lo miró y respondió, como si fuera obvio:

—Tú, por supuesto.

CAPÍTULO 77

Cuando Loa entró en la sala de prensa de la Casa de Gobierno, se sintió transportado a sus días de bachillerato. Había algo en las miradas inquietas y furtivas de los demás periodistas que le hizo sospechar que justo habían estado hablando de él. Esa sensación se confirmó cuando se sentó en la segunda fila de sillas y nadie más se sentó a su lado. Le recordó cuando caminaba por el pasillo de la escuela en secundaria y todos desaparecían de sus pupitres y casilleros a medida que se acercaba, porque había circulado un nuevo rumor; para entonces, ya ni se molestaba en averiguar qué se suponía que había hecho esa vez.

Pero ahora, más de dieciséis años después, realmente quería saberlo. ¿Por qué todos se comportaban de manera tan extraña? ¿No debería recibir una palmada en la espalda y una ovación de todos sus colegas de la industria?

Tres atriles de cristal esmerilado con micrófonos se alzaban al frente. Tres banderas suecas, intercaladas con dos banderas de la Unión Europea, adornaban la pared azul oscuro.

¿Quiénes eran los oradores?

Oskar Asplund entró en la sala y miró directamente a Loa antes de situarse en el extremo más alejado.

En la escuela, a veces era mejor que alguien le gritara una palabrota a la cara (marica, cobarde, friki, nerd) en lugar de ese silencio evasivo y espeluznante. Mejor un puñetazo en el plexo solar que una bofetada invisible.

Cuando Linda Hamilton entró en la sala, también se colocó lo más lejos posible de Loa y señaló obedientemente su cámara. "Hay que pensar en la foto", susurró. Su aspecto radiante habitual se había convertido en algo parecido a un antiguo anuncio de Coca-Cola. Parecía rota de alguna manera. A medida que llegaban más fotógrafos, se agrupaban a una distancia prudencial de Linda.

Quizás no era solo Loa quien estaba infectado con la plaga, sino todo el periódico.

El pensamiento se vio interrumpido por la entrada del primer ministro,

seguido de cerca por Karin Kennedy y la comisaria nacional de policía. Todos los presentes en la sala guardaron silencio como si fuera una señal.

Se colocaron en sus respectivos atriles. Primero miraron hacia abajo, a sus iPad forrados en cuero, donde estaban escritos los temas del día. Luego, los tres levantaron la vista al mismo tiempo y miraron fijamente a Loa. En la puerta, Loa alcanzó a ver al secretario del gabinete de Karin, Martin Pax, vestido con un traje gris. Parecía serio y, por un momento, Loa pensó que también lo estaba mirando fijamente.

Al fondo de la sala, una cámara apoyada sobre un trípode retransmitía todo en directo al pueblo sueco y a los periodistas que cubrían la conferencia de prensa en las redacciones.

Loa tenía su portátil en el regazo. La batería le quemaba la entrepierna. Tenía un documento en blanco en la pantalla y estaba listo para escribir lo que pronto dirían.

Algo le decía que no quería saberlo.

El primer ministro carraspeó. Parecía que se había teñido el pelo recientemente. El tono oscuro brillaba bajo las luces, pero la piel era demasiado pálida para combinar bien. Nadie quiere ver canas en alguien que busca una reelección para seguir liderando el país.

—Bienvenidos —comenzó—. Dentro de dos días, Suecia acudirá a las urnas y me gustaría mucho recorrer nuestro hermoso país y hablar de iniciativas y problemas sociales para los que considero tener un plan de trabajo.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Pero, en cambio, me veo obligado a comentar brevemente las graves acusaciones publicadas hoy por un periódico, si es que se lo puede llamar así.

"Si es que se lo puede llamar así". Al oír esas palabras, Loa se dio cuenta de que tenía un asiento en primera fila para presenciar su propia ejecución y que muy pronto vería cómo su carrera se desmoronaba en mil pedazos.

—Por eso también nos acompañan la comisaria nacional de policía, Mimmi Nyqvist, y la ministra de Asuntos Exteriores, Karin Kennedy. En primer lugar, cedo la palabra a la ministra —continuó el primer ministro, ajustándose la camisa que asomaba por debajo del traje azul marino.

Karin Kennedy tomó el relevo e inmediatamente creció unos centímetros al mejorar su postura. Vestía un traje color crema. El pelo oscuro parecía rígido por la laca. Llevaba un pequeño broche en la solapa derecha. La rosa roja había

sido sustituida por una bandera sueca, un símbolo utilizado durante las crisis nacionales, como la pandemia.

—Gracias por venir aquí cuando, al igual que nosotros, tienen cosas más importantes que hacer —comenzó la señora Kennedy. Su voz era potente y combativa—. Hoy es un día triste, porque los votantes suecos se han visto envueltos en un intento de difamarme. —El acento del norte de la ministra de Asuntos Exteriores sonaba más claro que nunca.

Loa miró fijamente su ordenador. La superficie blanca y vacía le parecía más segura que la espada que pronto se clavaría en su garganta.

—Para que esta historia se entienda, tengo que decir algo sobre mi querida hermana, Lena Bauer, que murió trágicamente hace menos de dos semanas. Lo que voy a decir sobre ella puede percibirse como una invasión de su privacidad, pero para dar total transparencia a esta historia, me he visto obligada a hacerlo, debido a la publicación irresponsable de ese supuesto periódico.

Nuevamente el mismo ataque. No era casualidad, sino una maniobra bien preparada para socavarlos.

Karin Kennedy bajó la vista hacia sus notas.

—Mi hermana, Lena Bauer, ha estado conmigo toda mi vida y, para mi gran alegría, también quiso ser mi secretaria de gabinete cuando fui nombrada ministra. Con su enorme capacidad de trabajo, facilitó mucho mis tareas y las de los demás. Hace unos dos años, empezó a mostrar síntomas de depresión. A pesar de mis repetidos intentos de conseguirle la atención adecuada, ella se negó y, en julio de 2021, dejó el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Karin se enjugó algo que parecía una lágrima en un ojo.

Loa cerró la boca entreabierta. ¿Qué estaba pasando? ¿Lena Bauer tenía problemas mentales? ¿Por qué no habían investigado esa pista? ¿Por qué Sigge no se había dado cuenta de nada durante sus conversaciones en la iglesia?

Karin Kennedy continuó:

—Durante el último año, estaba claro que había empeorado. Su hijo y yo hicimos todo lo posible por ayudarla, pero ella no estaba dispuesta a tratarse.

Loa se dio cuenta de que Karin podía decir cualquier cosa. Tanto Lena como Joakim Bauer estaban muertos.

—La teoría que barajamos es que Lena Bauer le pidió a un hombre que la matara para inculparme del crimen.

Loa jadeó para recuperar el aliento.

—Su paranoia provocó la muerte de otras cinco personas en ese barco. La

víctima más joven tenía dos años.

Dos mujeres que estaban detrás de Loa gimieron. Parecía que estaban llorando. Karin Kennedy dejó su iPad y dijo:

—No sacamos otra conclusión que la de que algunos periodistas se han convertido en títeres útiles de un conflicto que debería haber quedado entre dos hermanas. Es un grave ataque a la democracia sueca y una imprudencia por parte de un medio de comunicación sueco publicar algo así tan cerca de las elecciones. Especialmente cuando el objetivo ha sido destruir, engañar.

Karin miró a Mimmi Nyqvist para indicarle que era su turno.

La comisaria parpadeó antes de hablar.

—Solo quiero decir brevemente que la policía sueca está cooperando con la policía croata para aclarar exactamente lo que ha sucedido. Por lo demás, preferimos no hacer más comentarios sobre este caso.

Mimmi Nyqvist guardó silencio. Ahora era el turno del primer ministro otra vez.

—Como ya he dicho, para mí es incomprensible que un periódico decida publicar este tipo de acusaciones absurdas. Pero también nos vemos obligados a comentar las supuestas pruebas presentadas en el artículo. —Había algo excesivamente dramático en su voz.

Una joven responsable de prensa se levantó rápidamente y encendió una gran pantalla de televisión. Loa miró fijamente allí el mismo extracto bancario que había estado mirando durante los últimos días.

El primer ministro continuó:

—El extracto bancario que mostró ese hombre fue manipulado. Gracias a la rápida actuación de la policía, hemos comprobado que ese pago nunca se realizó, salvo en un programa de procesamiento de imágenes. Los periodistas tampoco se molestaron en comprobar que la empresa ficticia mencionada en los artículos ya no existe: se dio de baja en marzo de 2016. Por lo tanto, también es físicamente imposible realizar un pago desde ella.

Loa sintió que se le encogía la garganta por la vergüenza y todo se tambaleaba aún más a su alrededor. La empresa que iba a pedirle a George que investigara. Había cometido un error garrafal. Ahora lo veía todo con claridad. Habían estado tan cegados por todo lo que estaban a punto de revelar que no habían visto todos los puntos débiles.

Apareció una nueva imagen en la pantalla. La multa de aparcamiento amarilla.

El primer ministro bajó la voz y se puso más serio.

—El hecho de que este hombre recibiera una multa de aparcamiento en la dirección de la ministra no prueba nada, y el hecho de que el periódico hiciera una valoración diferente es profundamente lamentable.

—Habría sido fácil comprobar si tuve visitas aquel día, si alguien del periódico se hubiera molestado en preguntar
—añadió Karin Kennedy.

Las miradas se clavaron en Loa. Por delante, por detrás, por los lados. Lo que ella decía no era cierto: la Säpo nunca les habría dado esa información.

El primer ministro volvió a asentir con la cabeza a Karin Kennedy. Luego, ella dio medio paso adelante y miró directamente a Loa.

—Que el partido tenga un supuesto "solucionador" es una tontería y nada más que una fantasía. No denunciaré al periódico ante el Defensor del Pueblo de los Medios de Comunicación. En cambio, quiero que todos los principales medios del país unan sus fuerzas para instituir un nuevo premio al periodismo serio, para que podamos evitar que algo así vuelva a suceder.

En realidad, ahora Loa sentía ganas de reírse. ¿Qué estaban tramando realmente? Se sentía como los bolos de una bolera cuando alguien hace un *strike* realmente difícil.

Karin Kennedy volvió a mirar a Loa. Sus ojos brillaban con deseos de venganza. Todos los presentes en la sala sabían que él era la mosca que todos querían matar. No solo era humillante, sino también profundamente ofensivo.

El primer ministro, la ministra de Asuntos Exteriores y la comisaria nacional de policía dieron las gracias. ¿Algún periodista hizo alguna pregunta? Loa no tenía ni idea.

No recordó cómo salió de la sala de prensa ni cómo llegó a su casa. La secadora en la que había estado metido daba vueltas cada vez más rápido y todo se había oscurecido.

Pål Arvidsson y Lena Bauer los habían engañado. Esa noche, mientras estaba acostado en su cama, sintió un extraño escalofrío y se dio cuenta de lo que Lena Bauer podría haber pensado. Porque ¿qué podría ser peor que ser descubierta por algo que hiciste cuando tenías dieciocho años? Serías capaz de matar a tu propia hermana mientras ocupabas el cargo de ministra de Asuntos Exteriores.

PARTE IV
LOS IDIOTAS ÚTILES

Ser [...] primer ministro quizá pueda resumirse
fría y brevemente de la siguiente manera:
siempre solo, nunca solo.
Göran Persson

CAPÍTULO 78

La noche de las elecciones, el domingo 11 de septiembre, la directora de programación de la Televisión Sueca, vestida con un traje morado oscuro, no pudo ocultar su sorpresa cuando se mostraron los resultados en la gran pantalla del estudio. La columna que ilustraba las cifras del partido gobernante crecía ante sus ojos y casi parecía desaparecer de la vista.

Treinta y siete por ciento. Un aumento de casi seis puntos porcentuales con respecto a las elecciones anteriores.

Cuando se contaron los votos, la previsión resultó acertada. El partido había ganado unas elecciones brillantes. Los vítores en el comité electoral eran ensordecedores. Varios comentaristas políticos coincidieron en que una de las razones de los excelentes resultados había sido la publicación del *Aftonposten* sobre la ministra de Asuntos Exteriores, Karin Kennedy.

—Fue una combinación de simpatía y solidaridad lo que hizo que tanta gente votara al partido —fue el análisis posterior.

Cuando las cosas se tambalean, la gente quiere unidad y estabilidad. Durante su discurso de victoria de esa noche, el primer ministro no mencionó ni una sola palabra sobre el asunto.

La ministra de Asuntos Exteriores tampoco dijo nada sobre la publicación, pero se mostró cercana a él durante toda la velada.

La tormenta de críticas a la que se vio sometido el *Aftonposten* no tuvo piedad. El editor jefe, Nathanael Nessén, renunció el lunes, al día siguiente de las elecciones. En un comunicado de prensa, también se anunció que el jefe de redacción, el reportero, la investigadora e incluso la fotógrafa que habían trabajado en secreto en la investigación habían dejado sus puestos en el periódico, y que el nuevo consejo editorial había creado un comité de crisis para garantizar que este tipo de errores no se repitiera nunca más. Los propietarios del periódico contrataron a un editor jefe de su periódico hermano noruego para garantizar una transición fluida hasta que se encontrara una solución permanente.

En 2023, cuando se apagaron los restos de los fuegos artificiales de Año

Nuevo de las calles, el primer ministro convocó una conferencia de prensa. Esta vez no se había teñido el pelo: en las sienes se le veían las canas. Anunció a los medios allí reunidos que renunciaba por motivos de salud y que se elegiría a un sustituto en un congreso extraordinario a principios de febrero.

Solo unas horas después de conocerse la noticia, todo el mundo parecía estar de acuerdo en quién sería su sustituto. El proceso fue rápido y nunca se habló de otros candidatos.

En el congreso de Gotemburgo, los delegados respondieron con un rotundo "sí" a la pregunta de si Karin Kennedy debía ser elegida como nueva presidenta del partido. En su discurso inaugural, habló de su padre y recordó el día en que murió frente a sus ojos.

—Espero que estés orgulloso de mí, dondequiera que estés —dijo mirando al techo, apropiadamente hecho de cristal, ante miles de delegados partidarios con lágrimas en los ojos.

Cuando un periodista le preguntó después cómo se sentía respecto de la muy criticada publicación del otoño anterior, ella solo sonrió y respondió:

—En toda mi vida nunca he mirado atrás, y eso es algo que seguiré haciendo.

El 12 de abril, el Parlamento eligió a Karin Kennedy como la primera mujer en el cargo de primera ministra del país.

Diana Vogler se convirtió en la nueva secretaria del partido, Oskar Asplund asumió el cargo de jefe de prensa y el secretario del gabinete Martin Pax se incorporó a las oficinas del Gobierno como secretario de Estado, el cargo más poderoso de todos los funcionarios públicos.

CAPÍTULO 79

Un mes después, Loa se zambulló en el agua clorada al borde de la piscina del balneario Forsgrénska. Se impulsó ligeramente con las yemas de los dedos y luego giró con toda su fuerza, presionando las piernas contra las losas turquesa para rebotar ligeramente y nadar en dirección contraria con brazadas tranquilas y rítmicas. Bajo el agua, le resultaba más fácil ordenar sus pensamientos. No había ruidos ni otras distracciones que lo molestaran; podía simplemente estar allí, viviendo el momento.

Todas las mañanas caminaba hasta el Centro Cívico y nadaba dos mil metros. Se aferraba a ese hábito con fuerza, ya que intuía lo que podría pasar si no lo hiciera. Ya había caído en agujeros oscuros antes y no quería volver a experimentar eso nunca más.

Los días posteriores a la publicación sobre Karin Kennedy fueron tan confusos y difíciles de entender como los que siguieron al ataque terrorista contra la tienda NK años atrás. El revuelo había desaparecido, especialmente en los medios alternativos.

En las redes sociales, los más amables lo tildaban de poco profesional, equivocado y poco escrupuloso. Al cabo de unos días, se vio obligado a borrar sus perfiles en todas las plataformas y se sintió agradecido de vivir en una dirección protegida.

Ya el sábado había sido convocado a la redacción por el director editorial y, tan pronto como Loa vio su mirada evasiva, supo que sería una experiencia humillante. Mientras se sentaba lentamente en la silla de la habitación sin ventanas, todavía tenía la sensación de que realmente lo habían engañado.

Por extraño que pareciera, había confiado en Pål Arvidsson. Todo había sonado tan convincente, tan creíble.

Cuando le entregaron la carta de despido, el director editorial simplemente le pidió a Loa que la firmara sin más discusión.

—Tienes que entender que esto es lo que tenemos que hacer.

Loa asintió y dejó que el bolígrafo se deslizara por el papel. A medida que la tinta se extendía por encima de la línea punteada, sintió que el lugar de trabajo

que había sido su hogar y su seguridad durante tantos años desaparecía de un plumazo. A cambio, le pagarían el salario durante un año.

—Para que puedas encontrar otro empleo con tranquilidad.

¿Cómo narices iba a hacer eso?

Después, Loa se dio cuenta de que Sigge, Linda y Katarina habían estado sentados en diferentes salas de la redacción al mismo tiempo y habían vivido exactamente lo mismo. El periódico ya no pensaba en ellos, tenía que centrarse en su propia supervivencia.

Cuando Loa salió del edificio del periódico por última vez y se encontró con Katarina en Mäster Samuelsgatan, se dio cuenta de que quien había sido su empleador también lo había engañado.

Primero, ella le dijo que Sigge había recibido una propuesta favorable de jubilación anticipada. No era una información que despertara los celos de Loa. En cambio, el golpe llegó cuando Katarina le dijo sin rodeos que ella había exigido cinco años de salario para firmar el despido y que el director de Recursos Humanos había cambiado el contrato sin regatear.

—Mañana me mudo a Gran Canaria —había dicho antes de dar media vuelta e irse.

Loa no estaba seguro de cuál había sido el trato de Linda Hamilton, pero se rumoreaba que había recibido tres años de salario y se había mudado a Los Ángeles. En Instagram, se podía seguir a Linda fotografiando a modelos en Venice Beach con sombrillas de colores pastel al fondo.

Loa caminaba por la ciudad y sentía un gran vacío en todo su cuerpo. Ni siquiera podía llorar.

De vuelta en su apartamento, utilizó las herramientas que había aprendido en sesiones de terapia anteriores y se hizo socio de la piscina pública. Todos los días, a las diez en punto, daba el mismo paseo hasta allí (pasaba por Mariatorget, subía por la agradable pero concurrida calle Swedenborg y giraba a la izquierda hacia el inquietante Fatbursparken, donde la ciudad hacía todo lo posible por deshacerse de los adictos que pasaban allí el día entero).

Por las tardes, se quedaba en casa para evitar el alcohol. Había aumentado la dosis de ansiolíticos y veía versiones extranjeras de *Casados a primera vista* en SVT Play. Ver cómo se rompían las parejas le resultaba catártico.

Al principio, Danijela iba a verlo cada dos días solo para asegurarse, sin decir nada, de que Loa se levantara, comiera y se aseara. Había aparecido en su casa

al día siguiente de la conferencia de prensa. Se habían abrazado, pero él había sentido inmediatamente que había una distancia entre ellos.

Al fin y al cabo, ella había tenido razón todo el tiempo.

Danijela se había sentado en la cocina y le había contado a Loa lo que había sucedido en Croacia, tanto ahora como treinta años atrás. Cuando terminó, dijo que nunca volvería a hablar de ello, pero que quería que él lo supiera.

Loa tenía una larga lista de preguntas, pero ella no lo dejó hacer ni una sola.

Danijela había renunciado el mismo día en que el periódico
se deshizo de Loa, Sigge, Linda y Katarina. Esa decisión sorprendió a Loa, dado lo mucho que se había aferrado a su trabajo unos años atrás.

—No confío en un periódico que trata así a su personal. Me recuerda a una purga comunista —había declarado sin rodeos durante una de sus visitas matutinas—. Estaré bien.

No le había dicho qué iba a hacer tras renunciar.

Los meses habían transcurrido, de todas maneras. Las visitas de Danijela se hicieron cada vez menos frecuentes y él le mintió diciendo que iba a pasar las vacaciones con su madre, Agneta, en Mariestad. En realidad, se había quedado solo en su apartamento.

Todo se había desmoronado, pero todo seguía igual.

Loa se ajustó las gafas antes de volver a lanzarse al agua. Las piernas se le llenaron de energía al pensar en el bollo de canela que se comería en la pastelería Gunnarson cuando terminara de nadar. Llevaba toda la primavera recompensándose así después de la sauna y la ducha fría. Las calorías perdidas y luego añadidas debían de ser más o menos cero.

Pasó junto a dos mujeres con gorros de natación que siempre nadaban en paralelo y hablaban. Su presencia en la piscina se hacía notar porque tenía que dar un rodeo para evitarlas. Loa inhaló el olor acre del cloro por la nariz y, al acercarse al borde de la piscina, vio un par de pies hinchados que sobresalían.

Alguien lo estaba mirando. En lugar de levantar el cuello, se sumergió de nuevo en el agua y nadó dos largos más hasta que su mano tocó de nuevo las losas. Cuando levantó la vista e inclinó la cabeza hacia atrás, vio que las uñas eran de color rojo sangre y estaban pintadas de forma un poco descuidada. Era como si la persona no se hubiera comprometido a hacerlo realmente bien.

Loa se quitó las gafas y miró a Danijela Mirković.

Había entrado en la piscina con un abrigo, pero sin zapatos ni calcetines.

—¿Qué haces aquí? —dijo él, jadeante. Ella frunció los labios.

—¡Sal del agua!

Aunque a Loa le faltaban cinco largos, hizo lo que le dijo. Empujó el cuerpo hacia arriba con los brazos y dejó que el agua resbalara por su cuerpo.

Danijela miró con una sonrisa pícara su traje de baño azul oscuro demasiado atrevido.

—¿No podías haber esperado fuera o haberme llamado?

—¡Levántate!

—¿Qué pasa?

—Acabo de visitar a una persona y tiene algo que decirte.

—¿A mí?

—Sí.

—Deja de hablar con acertijos. Dime qué es.

—Dúchate y cámbiate rápido. Te espero en las escaleras.

CAPÍTULO 80

—Sabes que soy yo quien debería estar destrozada, no tú —dijo Danijela cuando Loa salió del Centro Cívico con el pelo mojado.

Mientras bajaban las escaleras, Loa pensó, como de costumbre, que allí era donde había quedado el morro del avión tras el accidente en Medborgarplatsen años atrás. Se preguntó si Danijela estaría pensando lo mismo.

—En realidad, a mí me han secuestrado —continuó ella sonriendo.

—No entiendo cómo puedes bromear sobre eso —respondió Loa meneando la cabeza.

—¿Qué debería hacer entonces? ¿Ir a terapia? —Tenía los ojos muy abiertos.

Loa la miró. Había envejecido desde el otoño anterior. La piel tenía más arrugas y la barbilla estaba un poco más flácida. Sin embargo, su actitud grosera no había cambiado.

Danijela tomó su abrigo y caminó con pasos rápidos hacia Söderhallarna.

—¿No puedes decirme adónde vamos? —preguntó Loa echándose la mochila a la espalda y lamentando que lo hubiera privado de su bollo de canela.

Danijela llegó a Folkungagatan y giró hacia las escaleras que bajaban a Västgötagränd. Cuando Loa vio las casas grises, comprendió adónde iban.

Sigge Classon abrió la puerta sin saludar, luego se dio la vuelta y volvió a entrar en el apartamento. Un olor rancio a alcohol y resaca golpeó a Loa.

En el pasillo, Danijela miró a Loa con aire misterioso.

"¿Qué estás tramando?", pensó él antes de entrar en la sala de estar, donde Sigge se había sentado en el sofá vestido con una sudadera con capucha del Hammarby y pantalones de deporte negros. Llevaba barba y parecía que no se había lavado el pelo.

Por toda la habitación, en el suelo, en la mesa y en el sofá, había papeles, fotos y hojas impresas desparramadas.

—¿Qué le pasa? —exclamó Loa parado en el umbral de la habitación.

Danijela le susurró al oído:

—No está tan bien como podrías pensar. Probablemente lo sabrías si lo

visitaras. O al menos si lo llamaras. —Dijo entre dientes la última frase, en voz baja y contundente.

Durante todo el otoño, el invierno y la primavera, Loa había sentido una fuerte ira hacia su antiguo jefe. Lo había culpado por lo que había sucedido. Sin el entusiasmo de Sigge, que se había convertido en descuido, sin su seguridad de que podían confiar en Lena Bauer, la investigación nunca habría llegado tan lejos, las lagunas se habrían descubierto antes de que se publicaran los artículos.

La carrera periodística destrozada de Loa era culpa de Sigge. Y punto. Pero mientras observaba otro tipo de fracaso, se sintió avergonzado de no haber sido capaz de dejar atrás el papel de reportero rechazado y ser una buena persona, aunque solo fuera por un tiempo. Algo que Danijela, claramente, sí había estado haciendo.

Sigge lo miró. Tenía los ojos enrojecidos.

—Bienvenido, Loa.

El hombre del sofá también lo había perdido todo. Su trabajo, su identidad, pero sobre todo su legado. No era así como se suponía que debía terminar.

—Gracias —dijo Loa mientras se acercaba y veía los papeles esparcidos por todas partes.

Eran los mismos documentos que había mirado tantas veces. La multa de aparcamiento. Las transacciones monetarias. La lista de pasajeros.

—Tienes que dejar eso ya —dijo Loa acomodándose en el sillón que estaba menos abarrotado. Con cuidado, movió algunos documentos a la mesa de centro antes de sentarse—. Adelante, entonces. Dilo. Nos jodieron. Así es como pasó

—intentó decir, y notó un tono de consuelo en su voz.

Sigge se volvió hacia él.

—Sigo estando absolutamente seguro. —Su voz era grave.

—¿Seguro de qué?

—De que Lena Bauer decía la verdad.

Loa se rio.

—¿Qué quieres decir?

—He vuelto a repasar lo que me dijo y, sobre todo, cómo lo dijo, más veces de las que puedas imaginar.

—Obviamente era una actriz muy buena —respondió Loa, molesto porque Danijela lo hubiera metido en eso.

Sigge levantó un dedo con aire de superioridad.

—Hizo todo lo posible para que no la viera, para mantener su identidad en secreto. ¿No te parece extraño?

—Pero la viste y supongo que eso era parte de su plan. Todas las precauciones eran una cortina de humo.

—Ella no sabía que yo la había visto. Estoy absolutamente seguro de ello.

Danijela levantó la barbilla; se le había ocurrido algo importante y miró a Sigge. Él siguió hablando.

—Lena Bauer no me engañó. —Luego añadió—: En los últimos meses he estado absolutamente seguro de ello.

"Absolutamente seguro".

Danijela sonrió ampliamente. Esto era lo que había estado esperando.

Sigge se levantó y miró por la ventana. Los árboles que había junto al parque de juegos de Rosenlund habían empezado a florecer en serio. No se veía a ningún niño.

Entonces, se dio la vuelta rápidamente y frunció el ceño.

—Creo que fue Karin Kennedy quien, junto con Pål Arvidsson, nos engañó atrayéndonos a la trampa perfecta, para acabar con la historia de una vez por todas.

Loa negó con la cabeza instintivamente, aunque sentía que la esperanza crecía en su pecho.

—Pero eso suena completamente descabellado —se sintió obligado a decir.

Sigge suspiró ruidosamente.

—No, no es una locura en absoluto.

—¿No?

—No. No lo es. Porque lo consiguieron.

Sigge se dejó caer en el sofá y recogió las fotografías esparcidas por la mesa. Cuando Loa las miró más de cerca, se dio cuenta de que eran la secuencia de la cámara de vigilancia de la joyería situada frente a su casa. Imagen tras imagen, Pål Arvidsson corría con la cabeza gacha.

—Mira esto —exclamó Sigge señalando tres fotogramas del momento en que Pål Arvidsson se movía y luego miraba directamente a la cámara.

Loa estudió la secuencia de imágenes. Entonces, lo entendió. No lo había visto entonces.

—No tropieza en absoluto —dijo Loa mirando con entusiasmo a los demás —. Finge tropezar para que podamos verlo en la cámara.

Sigge asintió. Luego sacó más papeles.

—Estas fotos son de otra cámara, la del gimnasio World Class en Hornsgatan.

Loa miró la secuencia impresa. Pål Arvidsson pasó corriendo con la cara mirando al lado opuesto a la cámara, y luego hizo un movimiento directamente hacia la cámara.

Ahí no tropezó, sino que mostró claramente su rostro con un rápido giro.

Sigge le mostró otro grupo de fotos.

—Y aquí vemos las imágenes de otra cámara, a veinte metros de distancia.

Loa sabía lo que iba a ver. Le temblaba la mano cuando recibió las fotografías.

Pål Arvidsson pasó con la cara oculta y, cuando se encontraba en medio del campo de visión de la cámara, se dio la vuelta. Su rostro solo se veía claramente en un fotograma.

A primera vista parecía un error, pero si se consideraba el patrón que se repetía de las secuencias anteriores, era otra cosa.

Por si fuera poco, Danijela se inclinó sobre la mesa y mostró tres fotos nuevas.

"¿Cuánto tiempo ha pasado ella aquí con Sigge?", pensó Loa.

—Mantuvo la calma, digamos. Aquí está la cámara de la Oficina de Prensa del metro. Hace lo mismo. Baja la cabeza y luego mira directamente a la cámara.

Loa intentó asimilar lo que le estaban diciendo. Mientras buscaba las palabras, Sigge interrumpió sus pensamientos.

—¿No lo entiendes, Loa? —dijo Sigge enfadado—. Pål Arvidsson irrumpió en tu casa para que nos pusiéramos en contacto con él.

—Mierda.

—Llevó a cabo un plan muy bien orquestado para atraerte hacia él, para hacerte creer que fuiste tú quien lo encontró. Si yo hubiera estado contigo, me habría dado cuenta enseguida. Sabe exactamente cómo mostrarse —dijo Danijela.

—Pero ¿cómo podía saber que alguien lo reconocería? Suena muy inverosímil —preguntó Loa.

—Para nada. El partido sabía que en el *Aftonposten* teníamos fotos, que conocíamos su identidad. Se lo dijimos a la cara. Así que la gente del partido sabía que su identidad se había filtrado entre la gente del periódico. —Sigge

vio la duda en los ojos de Loa, se le acercó y lo aferró por los hombros—. El encubrimiento es el *modus operandi* de Karin Kennedy. ¿Has olvidado que estrelló un coche, dejó ahogarse a una mujer y luego ocultó todo para salvar su propio pellejo?

Loa se cubrió el rostro con las manos. Sintió todas las emociones a la vez: esperanza, ira, miedo, desesperación y confusión. Se frotó el pelo hacia atrás y hacia delante y miró a Sigge y Danijela.

—¿Dónde está Pål Arvidsson? —preguntó, aunque imaginaba la respuesta.

—Todavía lo buscan —respondió Danijela, que había hablado con su contacto en la policía hacía solo dos horas—. Tenemos que encontrar a Pål Arvidsson —agregó—. Es el único que tiene las respuestas.

—Es inútil —respondió Sigge recostándose en el sofá—. Nunca volveremos a verlo. —El tono de su voz le recordó a Loa su antiguo yo.

—¡Mierda! —maldijo Loa, más alto de lo que pretendía. El sonido retumbó en el armario.

Sigge se puso de pie.

—La única forma de avanzar es llegar a la primera ministra. Tenemos que encontrar un punto débil o una conexión clara con Pål Arvidsson. Algo que ella no haya logrado ocultar.

Sigge y Danijela pensaban con entusiasmo en cómo proceder; ya habían estado hablando de ello antes, se notaba. Ahora querían poner a Loa al corriente de todo, pero él no podía soportar escucharlos. Darse cuenta de cómo lo habían utilizado era demasiado abrumador.

Se levantó tras acallar las voces en su cabeza.

Una vez en el vestíbulo, oyó que Danijela lo llamaba: "¡Låa!". No le importaba si ella se enfadaba. Lo único que necesitaba era salir de allí, alejarse de ese puto lío.

Se calzó, abrió la puerta y la cerró de un portazo tras de sí.

CAPÍTULO 81

Loa intentó enfocar la mirada hacia delante, pero los pensamientos se le arremolinaban mientras caminaba hacia Årstaviken dejando atrás el edificio de apartamentos donde vivía Sigge. Tenía un nudo en la garganta y cada vez le pesaba más el pecho.

Siempre había tenido razón. Debería haber sentido alivio, pero más bien se sentía rechazado y humillado. Todo parecía desesperanzador. ¿Cómo iban a atrapar a Karin Kennedy?

Una vez en la orilla del agua, caminó sin rumbo fijo por los senderos durante varias horas hasta que empezó a hacer frío. El móvil no había dejado de vibrarle en el bolsillo. No tenía que mirarlo para saber quién intentaba localizarlo.

De camino a casa, tomó la calle Swedenborg y pasó por delante del Grandpa Ginko. El bar estaba a punto de abrir. Una copa de vino lo haría sentirse mejor. El alcohol aliviaría su ansiedad y lo ayudaría a pensar con más claridad. La voz que oía dentro de sí era fuerte y clara.

Entró en la sala tenuemente iluminada. El olor dulce a alcohol lo golpeó inmediatamente. Una camarera de pelo negro estaba sirviendo una copa y casi no lo miró cuando él se inclinó sobre la barra.

—¿Sí? —le preguntó.

Loa abrió la carta de bebidas y miró los vinos. Habría sido fácil decir simplemente: "El tinto de la casa". Pero algo dentro de él quería tiempo para pensar, tal vez una forma de dar marcha atrás.

El teléfono volvió a vibrar. Danijela no se daba por vencida.

—¿Has elegido algo? —preguntó de nuevo la camarera mientras dejaba un vaso seco y empezaba a secar otro.

Loa no podía pensar. Abrió la boca para responder, pero las palabras no le salían. Sin decir nada, dejó caer la carta sobre la barra, se dio la vuelta y salió corriendo del bar. Caminó a paso firme hacia la plaza de Santa María. Al pasar junto a la fuente, miró la gran escultura de bronce de Thor con su martillo levantado, listo para matar a la serpiente Midgard. Al otro lado de la plaza, se oían gritos y voces agudas procedentes de la terraza exterior del hotel Rival. La

cálida luz del bar del hotel se derramaba sobre los adoquines. Loa aceleró el paso.

Una vez en casa, echó el cerrojo, se sentó en el suelo del vestíbulo y sintió que el corazón le latía con fuerza.

Se levantó con dificultad, se quitó la ropa y los zapatos. Luego fue a la cocina y abrió el grifo hasta que el agua estuvo helada. Se bebió todo el vaso de un trago.

El teléfono volvió a sonar. Danijela, supuso. Loa lo sacó del bolsillo de sus pantalones y frunció el ceño cuando vio el nombre en la pantalla: Chris Sullivan.

—Chris —dijo al atender—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Chris—. Ha pasado mucho tiempo, pero acabo de ver algo en el periódico que creo que te puede interesar. Entra en nuestra página web.

Loa activó el altavoz y entró en la página web del *Chicago Tribune*.

—Desplázate hacia abajo —le dijo Chris—. Hasta las necrológicas.

Loa movió el pulgar hasta que vio a qué se refería Chris.

HA FALLECIDO EL EXJEFE DE POLICÍA DE CHICAGO RAYMOND HANSEN

El artículo estaba acompañado de una de las fotografías que Loa había visto en los Estados Unidos, aquella en la que Raymond Hansen recibía un homenaje al final de su carrera. Estrechaba la mano del alcalde y miraba directamente a la cámara con una amplia sonrisa. Ahí estaba el hombre que probablemente había ayudado a Karin Kennedy a borrar sus huellas.

—Pensé que te gustaría saberlo —dijo Chris—. Siento que nunca hayas podido seguir esa pista. Y siento todo lo que pasó después. —Loa agradeció su discreción al comentar las consecuencias de la desastrosa publicación.

Se sintió transportado al viaje de investigación a Chicago, a aquel día en Andersonville en el que se había encontrado cara a cara con el exjefe de policía. Entonces, se dio cuenta.

La cortina que ondeaba, la mujer con gafas que los miraba desde la ventana.

Se había cerrado una puerta, pero quizá se había abierto otra.

—La viuda —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chris.

—¿Podrías pasar por Andersonville y dejar una tarjeta en un buzón en especial? Quizás haya alguien que quiera hablar, después de todo.

—Ya veo. Sí, podría valer la pena intentarlo.

Loa visualizó en su mente la magnífica casa de piedra, las escaleras en las que habían estado, la estatua de Jesús descascarillada.

—Oye —continuó—. Escribe: "¿Qué haría Jesús?" en la tarjeta.

CAPÍTULO 82

Loa y Danijela estaban sentados en taburetes altos junto a la ventana del Kaffebar, en Sankt Paulsgatan, a pocas calles del apartamento de Loa. Había pasado casi una semana desde que él había salido furioso del apartamento de Sigge y esta era la primera vez que se veían desde entonces. Loa se había disculpado y había dicho que todo había sido demasiado para él. Danijela lo había escuchado y luego había agitado una mano de uñas impecables. Después de todo lo que habían pasado, hacía falta bastante más para que ella se enfadara.

Él estaba bebiendo un café con leche; Danijela pidió un expreso triple, para disgusto del barista. Por la ventana vieron pasar a un padre que llevaba en su bicicleta a una niña de unos cinco años en un asiento acoplado al portaequipajes. La niña se giró y les sacó la lengua. Danijela le devolvió el gesto.

Loa no había sabido nada de Chris desde la última vez que habían hablado y no había vuelto a pensar demasiado en la conversación. Era una entre muchas posibilidades remotas; normalmente se descartaba el intento sin más. Loa suponía que era parte del instinto de supervivencia de un periodista no recordar todos los correos, todas las llamadas, todos los intentos de contactar que no habían prosperado.

Por eso se sorprendió al principio cuando vio el nombre del reportero del *Chicago Tribune* en la pantalla.

—No vas a creerlo, pero recibí una carta —dijo Chris sin preámbulos.

—¿Es de quien creo? —Loa no pudo ocultar su emoción. Danijela apuró su expreso de un trago.

—No figura el nombre del remitente, pero por alguna razón había una dirección escrita, probablemente por miedo a que se perdiera el material. Y sí, la dirección coincide con la que esperabas.

—¿Qué había dentro?

—No la abrí porque pensé que no era asunto mío. Pero acabo de recibir la confirmación de DHL de que tienes un paquete para recoger a tu nombre. —

Por el tono de voz, se notaba que Chris Sullivan estaba sonriendo. Quizás también se estuviera arreglando la corbata negra.

Loa miró a Danijela y sintió que se le aceleraba el pulso.

Mil pensamientos cruzaron la mente de Loa mientras él y Danijela hacían cola en el punto de entrega de DHL.

Quizá la carta se había perdido. O quizás el sobre se había abierto accidentalmente y el contenido había desaparecido. En el peor de los casos, quizás alguien de la aduana lo había confiscado todo. Pero cuando la mujer de gorra negra y sudadera amarilla le entregó el grueso sobre de papel manila, Loa sintió que las estrellas estaban alineadas. Que quizás, después de todo, existía algún tipo de justicia.

Habían decidido abrir la carta en casa de Loa. Era demasiado arriesgado manipular el contenido por la calle. El camino hasta el apartamento se les hizo eterno. Danijela parecía tan impaciente como él y casi no intercambiaron palabra.

En la biblioteca, Loa despejó el escritorio de papeles y demás objetos. Aunque por la expresión de Danijela se daba cuenta de que ella quería abrir el sobre, lo dejó hacerlo a él.

—Es tu oportunidad —dijo ella.

Loa abrió el sobre y vació el contenido. Un montón de papeles y una pequeña cinta de casete cayeron delante de ellos.

Loa tomó la cinta con la punta de los dedos y la examinó. ¿Era de un viejo contestador automático? ¿No había visto una así entre las cosas de Henry?

Fue a buscar el equipo de reproducción y, cuando regresó, Danijela estaba sentada en el sofá con los papeles. Le dirigió una mirada de disculpa: no había podido evitar echarles un vistazo.

—Es el informe de la autopsia de Mei-Fen Li —dijo—. Hay dos copias.

—¿Por qué envió la copia? —preguntó Loa. Era bueno poder hablar por fin en privado. Casi había sentido que iba a estallar de expectación cuando estaban en la calle.

—Pronto lo sabremos —respondió Danijela distraída. Colocó los dos grupos de papeles uno junto al otro sobre la mesa. Luego, comenzó a leer.

Un forense llamado Richard H. Stoeckly, del Hospital del Condado de Cook, había realizado el examen. Mei-Fen Li tenía treinta y dos años cuando

murió. En el casillero de "raza", se había marcado la opción "otra". La autopsia se había llevado a cabo seis días después de que se la declarara fallecida.

En un recuadro que sintetizaba los resultados se enumeraban las causas de la muerte: ahogamiento y traumatismo craneal grave. Tenía grandes cantidades de Rohypnol en el organismo.

Loa cogió la copia. En la primera página, el texto era idéntico. Loa pasó a la página siguiente y empezó a leer línea por línea.

En la página trece había una sección donde se describían las lesiones que Mei-Fen Li había sufrido en el agua. Loa contó las líneas con el dedo índice.

Y ahí estaba.

En la copia del documento faltaba una línea.

En el original, el forense había señalado que las lesiones indicaban que Mei-Fen Li no llevaba puesto el cinturón de seguridad y que era imposible que hubiera estado en el asiento del conductor, pero que era necesario seguir adelante con el análisis para aclarar por completo este punto.

En ninguna parte de la copia, que presumiblemente era el documento que se había utilizado en la investigación, había información que sugiriera que Mei-Fen Li no había conducido sola el coche hasta el agua y luego se había ahogado.

Danijela miró a Loa.

—Es absolutamente increíble.

Loa levantó el dedo.

—Espera un momento. Creo que hemos dejado lo mejor para el final.

Con cuidado, introdujo la pequeña cinta en la grabadora. Si no se equivocaba, esa cinta tenía cuarenta años y podía estar en malas condiciones. Cerró la tapa y pulsó el botón de reproducción.

Al principio, el sonido era bajo. Con gran entusiasmo, subió el volumen al máximo. Quizás solo tuvieran una oportunidad de escucharla.

Se oyó una voz mecánica: "Recibido: martes 5 de julio a la 01.58". Luego se oyó un crujido.

—Soy Pete. Por favor, atiende el teléfono. Atiende el teléfono. Karin ha matado a una chica. Está completamente destrozada. Necesito que vengas y me ayudes. Ayúdanos a resolver esto. Piensa en Karin, piensa en lo que podría perder por esto. Oh, mierda. Oh, mierda. Iré yo.

Loa Bergman no podía cerrar la boca. Esto era mejor de lo que podría haber

imaginado.

¿Estaría Pete Kennedy tan estresado como para confesarlo todo en un contestador automático?

¿La piadosa viuda Ann Margret Hansen había guardado la grabación todo ese tiempo para proteger a su marido corrupto?

Era una prueba irrefutable. Y, por fin, la prueba veía la luz.

Danijela fue la primera en hablar.

—Ahora sí la tenemos a la hija de puta.

CAPÍTULO 83

Danijela estaba tumbada en un sofá rosa en lo que ella llamaba la "sala de arte" del enorme apartamento de Loa. Estaba rodeada de esculturas de colores vivos, la mayoría torsos masculinos de distintos tamaños. Varias de las estatuas tenían los genitales detalladamente esculpidos. Le sorprendía que el mojigato de Loa las hubiera conservado. Sin embargo, quizá venderlas fuese aún más vergonzoso que guardarlas en lo más profundo de un apartamento que poca gente visitaba.

La oscuridad había descendido sobre Estocolmo. Loa estaba sentado en la biblioteca trabajando con el material que habían recibido de la viuda de Raymond Hansen. Danijela no sabía lo que estaba haciendo, pero prefería dejar que sus pensamientos vagaran cómodamente estirada, en lugar de sentarse junto a él en una silla de principios de siglo xx.

Unos golpes en la puerta principal rompieron el silencio.

Danijela se levantó y salió al pasillo, donde estaba Loa, con cara de sorpresa.

—¿Quién puede ser? —dijo—. ¿Has pedido comida?

Danijela negó con la cabeza. Miró su reloj: eran poco más de las ocho. ¿Quién vendría a ver a Loa a esas horas?

Se dirigieron hacia la puerta doble del vestíbulo.

Danijela se dio cuenta de que la cadena de seguridad colgaba suelta sobre el parqué con diseño de espigas. Inmediatamente tuvo un mal presentimiento.

Justo cuando esperaba que Loa se inclinara hacia la mirilla para ver quién era, lo oyó decir:

—Le ha pasado algo a mamá. Lo siento en el cuerpo.

Antes de que Danijela pudiera detenerlo, giró la cerradura y abrió la puerta.

Pero fuera no había policías con caras serias y malas noticias. En cambio, fueron los penetrantes ojos de Pål Arvidsson los que los miraron. La profunda cicatriz irregular se veía realzada por la luz fría de la escalera.

Danijela se oyó a sí misma emitir un sonido. Loa parecía haberse quedado completamente paralizado. Pasaron uno, dos, tres segundos antes de que finalmente aferrara la puerta para intentar cerrarla.

Para entonces, ya era demasiado tarde. Pål ya había puesto el pie en el umbral y empujaba la puerta para abrirla.

Luego, les sonrió. No tenía prisa.

Danijela tensó todo el cuerpo para atacar, pero también reaccionó demasiado tarde.

Al principio, oyó el rugido de Loa.

Después, sintió que algo duro le golpeaba la cabeza.

CAPÍTULO 84

Loa tropezó al retroceder hacia el interior del apartamento y vio caer a Danijela al suelo. Sonó como si algo se hubiera roto cuando Pål la golpeó muy rápido con algo muy duro.

Pål cerró la puerta silenciosamente tras de sí. Era imposible pasar. Loa estaba atrapado en su propio apartamento.

—¡Socorro! —gritó con todas sus fuerzas y buscó su teléfono móvil en el bolsillo. Entonces se dio cuenta de que el teléfono seguía dentro de la biblioteca.

Volvió a gritar, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que nunca había oído ningún ruido de ningún vecino en el edificio. Probablemente las paredes y los suelos estaban bien aislados. Las posibilidades de que alguien lo oyera ahora eran mínimas. Entonces, echó a correr.

Casi no apoyaba los pies mientras se apresuraba por el parqué hacia el salón, atravesaba la cocina, salía al pasillo y se dirigía a las escaleras que llevaban del apartamento al ático.

No tuvo que volverse para saber que Pål Arvidsson lo perseguía. Detrás de él oía pasos pesados y jadeos fuertes. Ahora solo era cuestión de segundos hasta que lo alcanzara. Loa corrió por el pasillo hasta llegar a la puerta y la abrió de un tirón.

Había una escalera de piedra empinada. Aferró la barandilla y se lanzó hacia arriba.

Aumentó aún más la velocidad y sintió que se resbalaba. Justo antes de llegar al ático, tropezó.

La habitación era más grande de lo que pensaba. Nunca había tenido motivos para subir allí antes. Había muebles polvorientos esparcidos por todas partes, cubiertos con sábanas blancas. Estaba oscuro. El aire era seco y estaba viciado. Loa miró a su alrededor en busca de una salida de incendios. ¿Podría salir al tejado?

Se oyó otro ruido detrás de él. Los pasos pesados de Pål resonaban en las escaleras. El pánico se apoderó de Loa. Retrocedió, pero se dio cuenta de que

estaba atrapado. Vio una ventana y empezó a buscar a tientas con las manos algún tipo de cerradura, pero pronto se dio cuenta de que no se abría.

En ese momento, se detuvo el sonido. Loa se dio la vuelta justo cuando Pål se abalanzaba sobre él. Cerró los ojos. Ya había engañado a la muerte antes, y algo le decía que esta vez no volvería a conseguirlo.

CAPÍTULO 85

El suelo tembló bajo los pies de Danijela. Tras recibir el golpe en la cabeza, se había apoyado contra la pared del pasillo, luchando contra las náuseas que le subían por la garganta. Le latía la parte posterior de la cabeza.

Loa. Lo había visto huir dentro del apartamento con Pål siguiéndole los pasos. No tenía ninguna posibilidad.

La única que podía salvarlo ahora era ella. Con un gran esfuerzo, sofocó el dolor palpitante y las náuseas y sacó la fortaleza que guardaba en lo más profundo de su ser.

Seguía siendo la reina de la montaña.

Rápidamente, comenzó a registrar las habitaciones, una por una. Todas estaban vacías. ¿Adónde se habían ido? Dobló una esquina y entró en uno de los pasillos del apartamento. Al fondo, había una puerta abierta de par en par. Dentro, solo había oscuridad.

Se apresuró a avanzar y miró dentro. Una escalera estrecha conducía hacia arriba, a la oscuridad total.

Entonces, oyó un gemido.

Quería gritar, pero reprimió toda emoción con la palma de la mano. Si la descubría ahora, ambos morirían. Subió los escalones a zancadas. El corazón le latía con fuerza.

Entonces, apareció el suelo. En la esquina más alejada del ático, vio la espalda de Pål. Estaba sentado sobre Loa, presionándole el cuello con las manos.

Danijela soltó un rugido. Pål se detuvo y se giró. Cuando vio a Danijela, soltó a Loa y se puso rápidamente de pie. Fue entonces cuando ella aprovechó la oportunidad.

Lo aferró por la chaqueta, le dio una patada en la entrepierna, lo sujetó por el torso y lo dejó caer al suelo con un fuerte golpe.

El polvo se arremolinó y algunos cuadros que estaban apoyados contra la pared cayeron con estrépito.

Él parecía completamente indiferente al golpe. Danijela tensó el cuerpo y lo

miró. Se preparaba para contraatacar cuando Pål rodó en el suelo y se puso de pie.

Dirigió la mirada oscura y vacía hacia ella. Luego, se dio la vuelta inesperadamente. Corrió hacia las escaleras de nuevo y desapareció.

Danijela resistió la tentación de correr tras él y dejó que se escapara. En cambio, se lanzó hacia la esquina donde estaba Loa.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—"¿Cómo estás?" —se burló él esbozando una sonrisa torcida. Se tocó la garganta—. ¿Se ha ido?

Danijela miró hacia las escaleras. Entonces, se dio cuenta. La grabación. Los protocolos de la autopsia.

Mierda. Iba tras las pruebas.

Sin decirle nada a Loa, bajó corriendo las escaleras y salió al pasillo. Todo estaba perfectamente tranquilo y en silencio.

La alfombra persa estaba torcida. Un sillón se había caído. Dos esculturas estaban destrozadas.

Cuando entró en la biblioteca, sus temores se confirmaron. Los documentos habían desaparecido. También la grabadora.

Jebote. Jebote. Jebote.

Joder. Joder. Joder.

Aunque sabía que era inútil, buscó los documentos. Fue cuando se puso en cuclillas para mirar debajo de la mesa que lo vio. Un pequeño botón negro pegado al rincón, contra la pared.

Un micrófono oculto.

Era el que Pål Arvidsson había colocado cuando estuvo en el apartamento por primera vez. Así era como se había enterado de que habían encontrado las pruebas. Las pruebas que ahora habían desaparecido.

La ira y la desesperanza le recorrieron el cuerpo. Se inclinó y arrancó el micrófono. El botón era pequeño, muy fácil de pasar por alto. Abrió la ventana y lo arrojó fuera.

Loa entró en la habitación.

—No está aquí —dijo—. Ya he registrado por todo el apartamento.

—Se llevó las pruebas. Te han estado espiando todo este tiempo —dijo Danijela.

Entonces, sucedió algo en el rostro de Loa. No parecía tan abatido como ella esperaba.

En cambio, sonrió.

—Menos mal que tuve tiempo de copiarlo todo —respondió mostrando el teléfono.

CAPÍTULO 86

—¡Cierra la boca! —le gritó Danijela a Sigge. El viento le azotaba el pelo.

Estaban en el ferry de Djurgården y acababan de escuchar la grabación que Loa había reproducido en su teléfono. Habían elegido cuidadosamente ese lugar. Solo había tres grupos de turistas a bordo y ellos estaban solos en la proa. Nadie podría oírlos allí.

Skeppsholmen estaba a la izquierda, la casa de cristal de Slussen a la derecha, mientras el barco se abría paso en el agua fría. El verano había tardado en comenzar y los vientos seguían siendo fríos, a pesar de que ya era finales de mayo.

Transcurridas veinticuatro horas desde el ataque en el apartamento, habían decidido no involucrar a la policía. Habían llegado a la conclusión de que era algo muy positivo que Pål hubiera seguido todo el desarrollo de lo que le había sucedido a la viuda de Raymond Hansen y que ahora creyera que las pruebas habían sido eliminadas. Quienes estaban ansiosos por deshacerse de las pruebas tenían la convicción de que lo habían logrado. Ni siquiera valía la pena investigar el paradero de Pål Arvidsson.

Sigge se había quedado conmocionado por la noticia y se había asegurado una y otra vez de que Loa y Danijela estuvieran bien. Después, había comprendido la importancia de las pruebas que tenían en su poder.

Un mensaje de voz y un informe de autopsia falsificado. Todo apuntaba a un encubrimiento.

—Esto es absolutamente fantástico —exclamó finalmente Sigge—. Vamos a atraparla, hostia.

El ferry atracó en Gröna Lund. Los turistas bajaron y nadie subió.

Los tres se quedaron atrás. Cuando el ferry dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia las esclusas, Danijela se estremeció.

—No te ofendas, pero si vas a intentar culpar a Karin Kennedy otra vez, tiene que estar bien fundamentado.

—Danijela se dio cuenta de que había exagerado la palabra "bien"—. ¿Cómo podemos estar tan seguros de que todo esto lo ha coordinado ella?

Sigge la miró con amargura. Danijela miró hacia el agua.

—¿Y si nos hemos equivocado todo este tiempo? Hemos estado apuntando ciegamente a Karin por lo que sabemos que hizo en los Estados Unidos cuando era joven.

—Ya investigamos a su círculo —dijo Loa—. A Diana Vogler, que ahora es secretaria del partido, y Oskar Asplund, el portavoz de prensa de Karin y su compañero más leal. Pero no encontramos ninguna prueba contra ninguno de ellos.

—Claro, de acuerdo —dijo Danijela—. Pero entonces, ¿qué? Vamos, tenemos que volver a pensar. ¿Quién podría haber sabido el secreto de Karin? ¿Con quién compartiría algo así? Era responsable de la muerte de otra persona. No es precisamente algo que se cuente tomando un café. Aparte del hecho de que sería devastador para su carrera si alguna vez se supiera, también es algo increíblemente… íntimo.

—¿Crees que hay un amante secreto detrás de todo esto? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Danijela ladeó la cabeza de un lado a otro.

—Al final, todos los indicios suelen apuntar ahí.

—¿A la cama?

—Pregunta a los espías, a las personas que han ascendido notablemente rápido en sus carreras… Sí, ¿quieres que ponga más ejemplos?

Loa miró a Sigge, que estaba observando a Danijela con incredulidad.

—Parece que no quieres responder a mi pregunta. ¿Hay algún hombre en la vida de Karin Kennedy? ¿Y tiene él algún interés en protegerla? ¿Acaso le conviene que ella se convierta en primera ministra?

Sigge dio un golpe con la mano en la barandilla.

—Pero ¡qué cojones! ¡Hablamos de ello, de si tenía a alguien en su vida! Y entonces todos dijeron que seguramente no tendría tiempo para eso. Que, de ser así, tendría que estar con alguien con quien…

—… trabajara —exclamó Loa. En ese momento dos gaviotas pasaron volando.

El casco antiguo se alzaba ante ellos. Danijela levantó las cejas y silbó.

Sin decir nada más, el grupo bajó del ferry. En el muelle, el olor a bollos de canela recién horneados era casi abrumador. Entraron en Bröd & Salt, la

cadena de cafeterías que estaba conquistando la ciudad. Después de echar un vistazo al local, eligieron una mesa que estaba al fondo de la sala y se sentaron con la espalda apoyada contra la pared.

Loa sacó su ordenador de la bolsa color coñac que aún llevaba consigo, a pesar de que ahora su título profesional era "buscador de empleo".

Sigge y Danijela se sentaron a ambos lados de él. Su antiguo jefe y su mejor amiga. Podía oír cómo Danijela rechinaba los dientes.

Sin un plan concreto de búsqueda, Loa clicó en varias fotos de las apariciones oficiales de Karin Kennedy desde que se había convertido en primera ministra y, a la vez, examinó una lista de contactos de todo su personal en la página web del Gobierno.

Como ya no trabajaban en el periódico, no tenían acceso al banco de imágenes, a la base de datos ni a ninguno de los demás archivos. En otras palabras, estaban aislados.

—Retrocedamos un poco en el tiempo —sugirió Loa—. A su época como ministra de Asuntos Exteriores.

Sigge y Danijela asintieron. Loa navegó por las imágenes de la búsqueda. Aparecieron fotografías del viaje a Chicago. Muchas de ellas ya las habían examinado detenidamente.

Karin Kennedy circulaba por diferentes entornos, estrechando manos y sonriendo a los fotógrafos. Oskar Asplund siempre estaba cerca, claramente vigilándola.

—¿Estás seguro de que es gay? —susurró Sigge.

Danijela se rio.

—Por favor, Sigge. Lo que se te acaba de ocurrir es tan probable como que Loa y yo formemos pareja.

Loa se rio y siguió buscando. Entonces, se detuvo.

El tercer día de la visita se había dado una cena de gala. Karin Kennedy llevaba un vestido rojo oscuro y estaba de pie junto a la embajadora sueca y su marido. A su izquierda había un hombre con esmoquin negro. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás con gel brillante.

—¿No es ese Martin Pax?

Danijela y Sigge se inclinaron hacia la pantalla.

—Sí, asumió oficialmente el cargo de secretario del gabinete después de que Lena se viera obligada a renunciar.

El corazón de Loa latía con fuerza, con un ritmo claro y firme. Hojeó las

fotos de la cena.

Martin Pax no se separaba de Karin Kennedy. Se lo vio varias veces mirándola y sonriéndole. Un brindis por aquí, un selfi con un senador por allá.

Sin duda, se sentía como pez en el agua en ese contexto.

—¿Qué hacía en ese evento?

—Era su asesor político —respondió Sigge—. Ha tenido una carrera larga y sinuosa en el partido, pero no despegó realmente hasta que sustituyó a Lena.

—Es un gran salto pasar de eso a convertirse en secretario del gabinete —exclamó Danijela con tono áspero.

Sigge murmuró:

—Mierda, mierda. Hemos sido tan estúpidos.

Loa accedió desde su ordenador a las carpetas con el material de trabajo que había copiado antes de bajar del ferry.

—Katarina Sundman solicitó la factura del hotel cuando investigó la desaparición de Lena Bauer de la cumbre. Y luego confirmó que Lena ni siquiera había dormido allí ninguna de las noches. Mirad aquí —continuó—. Bajo el nombre de Lena Bauer, se canceló la reserva porque nunca utilizó la habitación, nadie tuvo que limpiarla y nadie tomó el desayuno.

Loa hojeó las facturas.

—Espera un momento. Debería figurar aquí toda la delegación.

Ahí estaba.

Martin Pax tampoco había utilizado su habitación de hotel; sin duda había desayunado todas las mañanas, pero no se había hecho el servicio de limpieza ni se había hecho la cama. La delegación no había tenido que pagar la habitación.

—Creo que estamos bastante de acuerdo en dónde durmió, ¿verdad? —dijo Danijela con una gran sonrisa.

CAPÍTULO 87

Loa y Danijela caminaban por Strömkajen con el edificio del Parlamento a su izquierda. Al otro lado se encontraba el Palacio del Archiduque, donde tenía su sede el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pasaron lentamente por delante del edificio Sagerska Huset, donde Karin Kennedy vivía oficialmente sola. A poca distancia se encontraba su lugar de trabajo, las oficinas del Gobierno.

Dos hombres estaban de pie en el muelle. El sol estaba alto en el cielo, aunque aún no era ni la hora del almuerzo.

Loa miró rápidamente dos veces hacia arriba y empezó a caminar más rápido. Estar tan cerca del núcleo de los hechos lo ponía nervioso.

—¿Crees que Karin Kennedy y Martin Pax están sentados en la ventana mirándonos o qué? —dijo Danijela poniéndose las gafas de sol—. Probablemente tengan otras cosas que hacer.

Loa resopló.

Danijela se había mantenido firme. Quería hacerse una idea del lugar y hubiera preferido ir hasta las oficinas del Gobierno, pero ese era el límite para Loa.

—Bien, esto es lo que sabemos —comenzó Danijela, que había pasado la noche anterior investigando en su apartamento—. Martin Pax ha estado trabajando en la sede del partido en diversas funciones desde principios de la década de 2000.

—En otras palabras, se ha encontrado con Pål Arvidsson en las instalaciones muchas muchas veces —añadió Loa.

—Por supuesto. —Danijela asintió—. En 2016, entró en el círculo íntimo de la ministra de Asuntos Exteriores. ¿Empezó entonces su romance con Karin Kennedy? ¿O quizás antes? Es difícil saberlo.

Loa había llamado por la mañana al comentarista político del *Aftonposten*, Jonas Jutterberg. Este estuvo a punto de colgar cuando Loa lo saludó.

—Estás acabado. ¿Qué coño quieres? —le gritó.

"Te sorprendería", pensó en decirle Loa, pero en lugar de eso preguntó:

—¿Qué sabes de Martin Pax?

—Oye, no debería hablar contigo.

—Creo que está enredado con Karin Kennedy —dijo Loa rápidamente.

Jonas Jutterberg se quedó en silencio.

—¿No sería muy inapropiado, teniendo en cuenta que él es su secretario de gabinete?

—Pensé que tenías información privilegiada —respondió Loa.

—Espera un momento —respondió Jonas rápidamente—. Hay otros rumores sobre él.

—¿En serio?

—No lo he mencionado porque solo son chismes. Pero hay rumores sobre sus exnovias: que ha sido violento con ellas.

Cuando Loa les contó a los demás esta información, Danijela no pudo ocultar su deleite.

—Terrible para las mujeres, por supuesto —dijo mientras cruzaban Drottninggatan—. Pero esto es algo que podemos investigar más a fondo —continuó.

—No sin ayuda —respondió Loa, buscando el nombre correcto en la agenda del teléfono.

Media hora más tarde, estaban frente a las oficinas del *Aftonposten* en Mäster Samuelsgatan.

Evah Sparre salió por la puerta con aire abatido. Todavía usaba el moño en la cabeza, pero el tono rojo de los labios se había aclarado un poco. Se había convertido en empleada fija del periódico el otoño anterior y había aceptado a regañadientes buscar por ellos en la base de datos del periódico. En absoluto secreto, por supuesto.

Miró a su alrededor, nerviosa.

—Es casi la hora del almuerzo, así que deberíais iros. Hubo una denuncia, pero fue retirada. Aquí está el nombre de la mujer. —Les entregó los documentos impresos.

—Fantástico —respondió Loa. Evah sonrió con ironía.

—Buena suerte.

Se dio la vuelta y regresó al edificio del periódico.

Loa sintió una punzada de tristeza al ver cómo se cerraba la puerta. Hacía unos meses, él era quien cruzaba esa puerta. Ahora había perdido todo eso.

Loa y Danijela cruzaron la calle y se apoyaron contra la fachada de ladrillo

del edificio Åhléns. Sacaron los papeles y leyeron las notas.

En 2012, Martin Pax fue denunciado por agresión grave a una mujer. Cuando lo citaron para interrogarlo, solo pasaron unos días antes de que la denunciante retirara las acusaciones.

—¿Qué hostias le ve Karin Kennedy? —preguntó Danijela.

—Seguro que es encantador y emocionante —respondió Loa—. Igual que su antiguo entrenador de atletismo.

La mujer denunciante se llamaba Anna-Lena Jonsson. Tenía cuarenta y nueve años y vivía en Blackeberg. No aparecía en ninguna de las páginas de búsqueda. Lo único que tenían era una dirección.

—Entonces, vamos a los suburbios —respondió Danijela indicando con la cabeza la señal azul y blanca del metro, que se veía a lo lejos.

No hablaron mucho durante el trayecto. Loa miró por la ventana. Había olvidado lo mucho que se viajaba por la superficie en la Línea Verde y cuántas estaciones se pasaban.

Finalmente se bajaron y, cuando ya estaban en la octava planta del edificio y oyeron el timbre desde fuera del apartamento, Loa retrocedió y señaló con la cabeza a Danijela para que hablara ella. Era más probable que se fiara de una mujer.

Al cabo de unos segundos, se abrió la puerta. La mujer llevaba un cárdigan de color claro.

—¿Sí? —respondió vacilante.

—Queremos hablarte sobre Martin Pax.

Anna-Lena se tapó la boca, quizá inconscientemente. Luego, pareció recomponerse.

—No tengo nada que decir sobre él.

—¿Podemos pasar? —intentó Danijela—. ¿Sabes que se ha convertido en un hombre muy poderoso? Es importante que me cuentes lo que te ha pasado con él.

—Es por eso por lo que no voy a decir nada.

Anna-Lena se aferró a la puerta y estaba a punto de cerrarla.

—Retiraste los cargos.

Algo cambió en el rostro de Anna-Lena. No parecía asustada; más bien, enfadada.

—Si lo hubieran condenado, nunca habría conseguido el trabajo que tiene hoy —continuó Danijela con calma, pero Loa podía notar en su voz que estaba

tratando de provocarla—. No habría pasado el control de seguridad. Y piensa en todas las otras mujeres que se han cruzado en su camino, que tal vez nunca lo habrían conocido si tú hubieras sostenido lo que denunciaste al principio.

Entonces, Anna-Lena empezó a llorar. Loa le puso la mano sobre el hombro a Danijela para indicarle que ya era suficiente, que no podía ser tan dura. Danijela la apartó con un gesto y se inclinó para abrazar a Anna-Lena.

—Me siento tan avergonzada —dijo Anna-Lena con la voz rota, que resonó en la escalera.

—¿Quién te amenazó? ¿Fue él? —preguntó Danijela. Anna-Lena negó con la cabeza.

—No.

—¿Pero te amenazaron? —continuó Danijela mirando a Loa.

Esta vez, ella asintió rápidamente.

—Apareció cuando salí del metro, de camino a casa después del trabajo en Karolinska.

—¿Qué te dijo?

—Solo me dijo que retirara lo que le había dicho a la policía. Que, de lo contrario, quemaría la casa de mis padres.

—Dios mío.

—Estaba muy asustada. Era muy desagradable, así que no me atreví a hacer nada más. Tuve que hacerlo. No me pareció que mereciera la pena.

—¿Reconocerías a ese hombre hoy si lo vieras?

Anna-Lena se soltó del abrazo de Danijela.

—No lo sé. No estoy segura.

Se quedó en silencio un momento y luego dijo:

—Lo que recuerdo más claramente es que tenía una gran cicatriz en la mejilla.

CAPÍTULO 88

—Tenemos que vincular a Martin Pax con Pål Arvidsson. Con pruebas fehacientes.

Danijela arqueó una ceja. Ahora era Sigge quien se había vuelto meticuloso.

Loa y Danijela habían ido directamente a Åsögatan para informar verbalmente sobre los últimos acontecimientos.

El testimonio de Anna-Lena Jonsson confirmaba que Martin Pax había utilizado a Pål Arvidsson para intimidarla y silenciarla. Pero aún era su palabra contra la de él. En otras palabras, no servía.

—Hay algo que se nos ha escapado —dijo Sigge rascándose la cabeza.

—Sí, gracias —dijo Danijela poniendo los ojos en blanco.

Los tres recorrieron el apartamento. Estaba aún más desordenado que la última vez que habían estado allí. A Loa todavía le dolía el cuello por el ataque. Podía entender el miedo de Anna-Lena Jonsson. Él mismo había visto esos ojos.

Entonces, llamó Evah Sparre.

Loa se llevó el teléfono a la oreja mientras Sigge y Danijela lo miraban.

—¿Sí?

—Hola. Siento molestarte, pero puede que haya encontrado algo.

Evah parecía pequeña mientras se quitaba los zapatos en el vestíbulo. Se ajustó el moño que llevaba en la nuca. Cargaba el ordenador bajo el brazo cuando entró en la cocina de Sigge.

—Vaya, estáis todos aquí.

Se acercó a Danijela.

—Soy Evah, no nos conocemos. —Danijela le tendió la mano y sonrió con rigidez.

Loa intentó calcular a qué distancia habían estado sentadas y durante cuántos meses sin que Danijela siquiera la mirara.

Evah se sentó en la silla vacía. Sigge estaba tan entusiasmado que se olvidó de preguntarle si quería café o quizás un poco de agua.

Evah se humedeció los labios.

—Bueno, hace unas semanas, un empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores llamó a la centralita del periódico. Dijo que una tal Katarina Sundman había solicitado los correos electrónicos de un determinado período de tiempo y ahora, nueve meses después, se había tomado la decisión de que se podían divulgar algunos documentos. Pero cuando se puso en contacto con Katarina, el correo electrónico rebotó. Entonces le dijeron que Katarina se había marchado del periódico, pero que podía enviarme los documentos a mí.

—De acuerdo.

—La historia parecía agotada, pero pensé que nunca se sabe lo que se puede encontrar, así que lo intenté. Había una gran cantidad de documentos que revisar. Los leí y la mayoría estaban ocultos, especialmente los correos electrónicos de Karin Kennedy. Lo mismo ocurría con los de Oskar Asplund. Nada de valor.

Sigge se inclinó sobre la mesa.

—¿Pero…?

—Katarina también había solicitado los correos electrónicos de Martin Pax, quizás porque él había ocupado el cargo de Lena, o porque estaba en carrera para el Ministerio de Asuntos Exteriores. O tal vez porque Katarina sospechaba de él, qué sé yo.

Evah giró su pantalla hacia los demás.

—La mayoría eran correos insignificantes, invitaciones a reuniones habituales o cosas tan encriptadas que resultaban incomprensibles. Pero cuando me llamaste y me hablaste de Martin Pax, volví a mirar todo y también leí con más atención sus correos.

—¿Y? —dijo Loa. Vio que Danijela entornaba los ojos. Reconoció esa mirada. No era de escepticismo, sino que era de emoción.

—El 23 de septiembre a las ocho y diez de la mañana, recibió un correo electrónico de la dirección anónima jurassicpark9872@gmail.com con el mensaje: "Nota corregida". —La voz de Evah sonaba ligeramente orgullosa—. Una nota, o más bien una multa de aparcamiento, debería decir.

—Maldita sea —respondió Sigge—. Pål Arvidsson avisa de que le han puesto una multa cerca del apartamento de Karin Kennedy para que pueda continuar la campaña contra el *Aftonposten*.

Evah asintió, sin mostrar molestia alguna por el hecho de que Sigge empezara a interrumpirla.

—Por desgracia, Martin Pax no respondió al mensaje. Así que, legalmente, podría alegar que recibió un correo electrónico que no había solicitado.

—Pero ¿por qué se han estado comunicando a través del correo electrónico del ministerio? —dijo Sigge—. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos? Son documentos públicos.

—También está en consonancia con la personalidad de Pax… —añadió Danijela—. Es grandilocuente y quizá piensa que es una forma más inteligente que enviar un montón de mensajes de texto que la policía puede interceptar más tarde. Así es exactamente como actúan las personas como él. Rehúyen el riesgo y, al mismo tiempo, son completamente incapaces de pensar que alguna vez las atraparán.

Evah estiró la espalda.

—Creo que su plan era borrarlo todo, pero no solo se le pasó ese correo electrónico, sino también otro. Supongo que fue demasiado entonces.

—¿Sí? —preguntó Loa.

—Nuestro querido Martin nos envió un correo electrónico el 6 de septiembre. Mirad el archivo adjunto.

La transferencia bancaria manipulada que mostraba el dinero de la empresa Konsumrestaurang. La foto que Pål Arvidsson iba a mostrarles a Loa y Linda, que confirmaría la conspiración. Loa y Sigge asintieron con la cabeza hacia Evah.

—Fantástico trabajo. Absolutamente fantástico.

Las mejillas de Eva se sonrojaron.

—Los documentos ya estaban ahí, solo tuve que leerlos.

—¿Qué hacemos ahora? —interrumpió Danijela, que evidentemente se había cansado de la falsa modestia.

Sigge se quedó mirando al vacío durante un momento. Reflexionó.

—Tenemos que saber de una vez por todas lo que sabía Karin Kennedy.

—Tenemos que enfrentarnos a ella y a Martin Pax al mismo tiempo —dijo Loa—. Para poder obtener una reacción. Probablemente sea la única manera.

—¿Y cómo coño lo hacemos? —dijo Sigge—. Ninguno de nosotros conseguirá una entrevista de inmediato.

CAPÍTULO 89

George Brink estaba de pie en el baño de invitados de Harpsund, la residencia de verano de la primera ministra, mirándose en el espejo mientras tiraba con fuerza del nudo de su corbata azul oscuro. Estaba acostumbrado, había hecho el mismo movimiento miles de veces, pero esta vez le costaba más que nunca colocar bien la corbata. El nerviosismo se apoderaba de sus dedos, y maldijo en silencio por no haberse arreglado el nudo en su apartamento. Nunca había estado tan nervioso en su vida, ni siquiera cuando iba a nacer su hijo. Probablemente porque entonces no se atrevía a mostrar sus emociones, ya que, si lo hubiera hecho, su esposa lo habría abofeteado en medio de la sala de partos.

El día siguiente era el Día Nacional y toda la Suecia oficial, la familia real, el presidente del Parlamento y la primera ministra lo celebrarían con el pueblo en Skansen, el museo al aire libre. El servicio meteorológico pronosticaba veintiún grados y nubosidad variable, con muchas posibilidades de sol. La bandera azul y amarilla ondearía al viento y todo el mundo cantaría "Du gamla, du fria", el himno nacional.

A veces parecía como si las coincidencias lo dominaran todo alrededor de George. Hacía más de dos meses, el secretario de prensa de Karin Kennedy lo había llamado personalmente y le había sugerido que entrevistara a la primera ministra para preguntarle sobre la economía sueca y cómo combatir la recesión. Tal vez le interesaba transmitir un mensaje contundente a los lectores cultos de los periódicos matutinos, aquellos que tradicionalmente votaban por otro partido.

—Sería estupendo que el artículo se publicara en el Día Nacional —había dicho Oskar Asplund.

—No puedo controlar cuándo se publicará, pero programémoslo para un día antes, el 5 de junio —había respondido George, sabiendo que una entrevista con la primera ministra no era algo que se pudiera rechazar.

Aun así, le había molestado un poco que no fuese el ministro de Finanzas el entrevistado. Karin Kennedy probablemente daría algunas respuestas

ensayadas, aliviada de que no la interrogara ninguno de los periodistas especializados en política, con el fin de construir su imagen de líder poderosa, en lo que Danijela solía llamar "el periódico matutino elegante".

George había consultado a su jefe de redacción, había tomado nota en su calendario analógico sobre su escritorio y luego no había vuelto a pensar en ello.

Entonces, las cosas empezaron a moverse.

George intentó sonreír ante el espejo y se peinó con la mano.

Durante una de las cenas de los miércoles con Anton y Danijela, había mencionado vagamente que tenía programada una entrevista con la primera ministra. Al principio, Danijela solo se limitó a asentir y siguió masticando su comida, pero cuando dejó de prestar atención a la charla y se levantó de la mesa, George se arrepintió de habérselo mencionado.

Después de que Anton se fuera a casa, ella le contó lo que habían descubierto con sus colegas.

—Es una oportunidad perfecta para enfrentarse a Martin Pax e intentar averiguar lo que sabe Karin Kennedy —había dicho Danijela con entusiasmo —. Nosotros nunca tendremos esa oportunidad. Piensa en el bien del país.

Él había comprendido que el asunto no era negociable.

Llamaron a la puerta del baño y se oyó la voz de Oskar Asplund desde fuera.

—Llegarán en dos minutos.

George se dio la vuelta y abrió la puerta.

El responsable de prensa estaba justo al otro lado y lo miró sorprendido.

—¿Todo bien?

—Solo tengo un poco de calor. Tenía que refrescarme —respondió George y lo siguió hasta la terraza. Al final del césped se encontraban el embarcadero y las barcas de remos en las que muchos primeros ministros habían invitado a otros primeros ministros y, en otras ocasiones, a cancilleres a dar un pequeño paseo por el lago que llevaba el mismo nombre que la residencia.

Probablemente, Karin Kennedy esperaba con ilusión hacer muchos paseos en barca en los próximos años.

—Puedes sentarte a la mesa, aquí, a la sombra —dijo Oskar Asplund y volvió al interior de la casa.

George se sentó y aferró su iPhone. Allí tenía todas las pruebas. No quería llamar la atención innecesariamente llevando muchos documentos físicos.

Ya había hecho cosas así antes. Directores generales de bancos que estafaban a

pequeños ahorradores, ejecutivos de empresas que hacían todo lo posible por perjudicar a los inversores y al mercado de valores… El método de George funcionaba siempre: mantener la calma, no mostrar emociones, confiar en las pruebas. La mayoría de las veces, era suficiente. Sin exabruptos que el acusado pudiera criticar, sin excesos que el entrevistado pudiera aprovechar de alguna manera.

Sabía que todo el equipo y todos sus jefes estaban sentados en casa de Danijela esperando su informe sobre cómo había ido la entrevista. Karin Kennedy se había negado a que hubiera un fotógrafo presente. En cambio, había prometido estar disponible para una sesión de fotos antes de las celebraciones del Día Nacional en Skansen, al día siguiente.

—Ya sabes cómo son las mujeres de esa edad —había dicho el secretario de prensa mientras él y George pasaban por el control de seguridad, similar al de un aeropuerto—. Quieren sentirse seguras. Tal vez mañana use un vestido folclórico, en honor a la fecha.

Unos días antes, George había llamado directamente a Martin Pax para insinuarle que estaba interesado en conocer la opinión del secretario de gabinete, habitualmente muy reservado, sobre la economía.

—Estás tan involucrado en el trabajo como la primera ministra —le había dicho George.

Cuando él y Danijela habían discutido todo el asunto, ella se había mostrado convencida de su argumento.

—Es un narcisista. Por supuesto que aceptará la propuesta.

Martin Pax había dicho que lo pensaría.

Un gorrión se posó en la mesa blanca de café. George sacó un bloc de notas y lo puso sobre la mesa. Siempre le había parecido ridículo que lo hicieran esperar. Probablemente los protagonistas estuvieran en una sala contigua, demorándose a propósito para mantener su posición de personas más importantes. O, al menos, las segundas más importantes. Entonces, se oyó un ruido procedente de la casa.

Martin Pax salió a la terraza. Era más delgado y fuerte de lo que parecía en la foto.

George se levantó y golpeó la mesa con la rodilla con tanta fuerza que casi se cae. Salvó la situación sujetando rápidamente el mueble con la mano.

Martin Pax esbozó una amplia sonrisa y se desabrochó la chaqueta gris.

Debajo llevaba una camisa blanca. Bajo el pecho se veían dos líneas de sudor. Los pantalones del traje parecían arrugados.

Le tendió la mano y George se la estrechó.

—¡Hola! Encantado de conocerle.

—Yo también me alegro de que haya podido venir —respondió George con tono cortés.

El apretón de manos fue firme y Martin Pax se la estrechó varias veces, la última con un poco más de fuerza. Una demostración clásica de poder. Finalmente, George se soltó.

—Sí, me pareció importante ayudar si sus lectores están realmente interesados en mí. —sonrió a George otra.

Sus dientes eran de un blanco deslumbrante. Blanqueados o posiblemente sustituidos por completo. El pelo rubio oscuro estaba cortado a tazón, peinado con una raya en medio.

No tuvieron tiempo de decir nada más antes de que se abriera de nuevo la puerta.

Karin Kennedy irradiaba confianza cuando hizo su entrada. Detrás de la primera ministra venían dos guardias.

Caminó con pasos rápidos, le estrechó la mano a George y le dedicó una amplia sonrisa. Su mirada reforzaba su aplomo. Llevaba el cabello oscuro recogido en una coleta tirante. Vestía una blusa blanca y una falda azul oscuro que le llegaba por encima de las rodillas. Con los tacones altos, medía al menos un metro setenta y cinco; era casi tan alta como Martin Pax. George se preguntó si eso le molestaría a su ego.

—Hola, encantada de conocerle. Siéntese. —Le indicó con la mano la silla en la que él ya había estado sentado y él obedeció. Martin Pax siguió su ejemplo y se sentó en la silla que estaba junto a la de ella, a una distancia casi innecesaria.

A pocos metros, Oskar Asplund ya se había sentado y, con movimientos exagerados para que se notara lo que hacía, había activado la función de grabación de su iPhone. George odiaba la costumbre de los secretarios de prensa de ponerles un teléfono en la cara a todos los periodistas.

—Entonces haré lo mismo —dijo George, pulsando el botón rojo de grabación.

Karin cruzó las piernas. George bajó la vista hacia su libreta.

—Veamos —comenzó, y le hizo algunas preguntas de rigor sobre la

economía, sobre las iniciativas que ella y el ministro de Finanzas habían presentado en varias conferencias de prensa recurrentes la semana anterior.

Karin no era experta en economía, él lo sabía. Las respuestas estaban ensayadas. Martin Pax intervino cuando le convino, pero dejó claro quién era la gran estrella. Cuando no hablaba, asentía con la cabeza de forma demasiado evidente, como si hubiera practicado las respuestas con ella y se sintiera satisfecho de que no se equivocara y se ciñera al guion.

Pasaron veinte minutos; a George le habían prometido cuarenta. El sol se movía rápidamente, como suele hacer en esa época del año. George sintió que los rayos empezaban a quemarle el cuero cabelludo.

—Entiendo que está muy ocupada —dijo mirando sus notas en un intento por atar los cabos sueltos.

—El país siempre es mi prioridad. —Karin Kennedy sonrió y dos hoyuelos aparecieron en su rostro.

Estaba claro que le encantaba estar allí. Había luchado toda su vida para llegar a esa posición. Quizás ahora ansiaba darse un baño en el lago y, luego, conseguir algunas provisiones para el día siguiente. Por la mañana, tenía previsto ir a la Casa del Pueblo en Tensta, para reunirse con familias que acababan de obtener la ciudadanía sueca.

—Tengo lo que necesitaba —dijo George.

—¿Ya está? —exclamó Martin Pax—. ¡No me ha hecho ni una sola pregunta!

—Tenemos más tiempo —respondió Karin, que también parecía sentir la necesidad de salvar la imagen de su novio secreto. ¿Lo estaba mirando con ternura? Quizás sí.

—Pero… —comenzó George, sintiendo que se le aceleraba el pulso—. Tengo un par de preguntas sobre otro tema.

Martin Pax se mostró inmediatamente molesto y pareció estar a punto de decir algo. ¿Era este el momento en el que comenzaba a intuir que había problemas?

Rápidamente, Karin Kennedy respondió, sin demostrar lo que pensaba:

—Escuchémoslas.

—Me gustaría preguntarle sobre el Cuatro de Julio de 1983 —dijo George con frialdad y naturalidad.

Hubo un movimiento casi imperceptible en el rostro de Karin. Por un segundo, perdió la compostura. Luego, tensó la mandíbula. Antes de que

pudiera responder, él cogió el teléfono, detuvo la grabación, presionó el botón de reproducción y se recostó en su silla.

Martin Pax ni siquiera parecía tener la presencia de ánimo para reaccionar. Parecía completamente paralizado. Incluso Karin Kennedy parecía haberse quedado petrificada. Es posible que ni siquiera supiera de la existencia de esa grabación.

Después de veintidós segundos, el mensaje de Pete Kennedy se detuvo.

Karin Kennedy miró a George y luego a Martin. Por el rabillo del ojo, George vio la boca abierta y el rostro impasible de Martin Pax. Pensó que las pruebas estaban claras.

—También tengo el informe de la autopsia en mi teléfono móvil, si quieren verlo. Perdón, los informes. Hay dos versiones: una auténtica y otra manipulada —continuó.

Karin palideció. Parecía como si hubiera estado esperando ese momento durante mucho tiempo.

—¿Qué está insinuando? —dijo Martin entre dientes mirando a Karin con gesto protector.

George tuvo que armarse de valor para mantener la calma. No podía demostrar lo que pensaba, lo que sentía.

—Basta, Martin. Solo estás empeorando las cosas —dijo ella. Se volvió hacia George y continuó—: No es lo que parece.

—¿Y qué es? El periódico lo publicará todo.

Karin tardó en responder. Por primera vez en mucho tiempo, parecía que no sabía qué decir.

Era consciente de que, ahora sí, todo había terminado. Ya no había vuelta atrás.

—Es complicado.

—Tengo tiempo.

—Vamos, Karin. Ya es suficiente. No deberías tener que aguantar estas acusaciones infundadas.

Martin se levantó. Karin permaneció sentada.

—Comprenderá que esto pone la muerte de su hermana bajo una luz diferente, tal como se planteó en la publicación que hizo el *Aftonposten* el otoño pasado.

Ella miró fijamente a George. Martin Pax tenía la boca y los ojos muy abiertos.

Entonces, George hizo lo que había pensado varias veces durante el trayecto en coche: miró directamente a los ojos a Martin Pax.

—Porque era usted quien quería proteger a toda costa a Karin, su gran amor. Y quería proteger su propia posición: también usted estaba a punto de llegar a lo más alto. Karin le contó en confianza que Lena había recuperado la memoria sobre lo ocurrido aquella noche. Entonces, cuando usted se dio cuenta de que Lena iba a acudir a la prensa y de que había empezado a hablar con alguien en la iglesia, comprendió que el final de Karin estaba cerca y que tenía que tomar medidas extremas.

Martin Pax no dijo ni una palabra. George continuó.

—¿La siguió? ¿Fue así como descubrió que Lena había contactado con el *Aftonposten*? Supongo que le pidió a Pål Arvidsson que la siguiera; probablemente usted tenía muchas otras cosas que hacer. Al fin y al cabo, tenía que ocupar el puesto de Lena después de convencer a Karin de que ya no podían trabajar juntas. ¿Pål seguía a Lena todo el tiempo? ¿Por eso se había vuelto tan paranoica? Cuando usted se enteró de que Lena iba a viajar a Croacia, aprovechó la oportunidad para quitarla de en medio. No podía arriesgarse a que le contara al periódico más importante de Suecia lo del Cuatro de Julio, no cuando Karin estaba tan cerca de llegar a la cima del poder, cuando usted estaba tan cerca. ¿Fue usted quien sugirió que Pål Arvidsson viajara a Croacia utilizando su propio nombre, para tener pruebas claras de que era él quien estaba detrás de todo esto y nadie más? Solo se le escapó el pequeño detalle de que toda la familia de Lena también estaba en el barco esa mañana. Porque nadie podía ser tan cruel, ¿verdad?

Karin se tapó la boca con la mano.

"No lo sabía".

Martin Pax no movió ni un músculo. George continuó:

—Hacer caer en desgracia al *Aftonposten* fue una manera eficaz de asegurarse de que nadie creyera la historia de Lena, independientemente de lo que ella pudiera haberle contado al periódico. También fue usted quien logró convencer a Karin, cuando se publicó el artículo, de que Lena había estado detrás de todo, y le hizo decir todas esas cosas horribles sobre su propia hermana en la conferencia de prensa.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —respondió Martin Pax con frialdad.

—Pero cometió un error. O, más bien, dos —continuó George—. En primer

lugar, envió a Pål Arvidsson a amedrentar a su exnovia cuando ella lo denunció a usted por agresión. Mala suerte para usted que ella pudiera identificar a Pål. Esto prueba que usted ya había recurrido a él antes, cuando estuvo a punto de meterse en un problema. En segundo lugar, no borró uno de los correos electrónicos que le envió a Pål. Precisamente, el que contenía la captura de pantalla manipulada del extracto bancario.

George les mostró los correos electrónicos.

Karin se volvió hacia Martin.

—Dime que no es cierto. —Su voz sonaba desesperada—. Dime que es una broma de muy mal gusto.

Recorrió con la mirada la finca de Harpsund. Quizá quería asimilar lo que estaba a punto de perder.

—Martin. Dime que se lo está inventando.

Pero Martin Pax no respondió. Parpadeó suavemente, como si se estuviera concentrando en buscar una respuesta en su cabeza, una salida como las que había encontrado tantas otras veces en su vida.

Le tendió la mano a Karin, pero ella la apartó como si estuviera espantando a un mosquito.

CAPÍTULO 90

Loa, Danijela y Sigge estaban sentados en el estrecho Volvo alquilado, completamente en silencio. El aire estaba viciado. Miraron fijamente la puerta del edificio Adolf Fredriks *kyrkogata*.

Danijela acababa de recibir un mensaje de texto de George con un emoji de fútbol: la pelota estaba rodando. Ahora únicamente era cuestión de tiempo antes de que supieran si estaban en lo cierto.

Loa, sentado en el asiento de atrás, observaba a Sigge. Le temblaban las piernas en el asiento del conductor. Tenía un poco de caspa en los hombros de la chaqueta beis.

Había llamado a Katarina para advertirle de lo que pronto se publicaría en los medios suecos. Dado que esto significaba que pronto se les daría la razón, ella había reaccionado de forma sorprendentemente neutral, limitándose a decir que la hacía sentir bien que se supiera la verdad. Parecía más interesada en hablar de su nueva vida en Gran Canaria, donde vivía en una casa de piedra rosa con vistas a un volcán. Sus vecinos más cercanos eran dos burros a los que había bautizado Loa y Danijela.

—Uno es tímido y ansioso, el otro es decidido y temerario —bromeó—. Normalmente los saludo cuando tomo mi café por la mañana. —Al final de la conversación, dijo—: Saluda a Sigge de mi parte.

Loa no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Por qué debería hacerlo?

Y así ella le contó todo lo que había averiguado en la sala sin ventanas del *Aftonposten*, frente al director de personal, cuando estaba a punto de ser despedida. Katarina había señalado en tono jocoso que era una pena para Sigge que él también tuviera que irse, justo ahora que podría haber disfrutado de que ella se marchara de una vez por todas.

El director de recursos humanos la había mirado desconcertado y le había preguntado qué quería decir. "Bueno, él siempre ha querido deshacerse de mí", había dicho Katarina encogiéndose de hombros. Sonaba satisfecha cuando le repitió a Loa lo que el director de recursos humanos había dicho a

continuación: “Eso no es cierto en absoluto. Puede que esté violando algún tipo de confidencialidad, pero puedo confirmarte que Sigge te ha defendido muchas veces cuando otros han querido deshacerse de ti. Y siempre se ha salido con la suya, aunque te cambiaran de puesto”.

La alegría de Katarina se abrió paso hasta que Loa la sintió en Estocolmo. Parecía que saber eso significaba más para ella que lo que acababan de descubrir sobre el complot de Martin Pax. Loa había terminado la conversación con la sensación de que su antiguo jefe, en el fondo, era una buena persona.

También era quien, tal vez, había resuelto el último enigma: dónde se había estado escondiendo Pål Arvidsson.

El apartamento de la calle Ynglingagatan estaba abandonado desde que Loa y Linda habían estado allí el otoño anterior. Por supuesto, podría haberse mudado al extranjero, pero dado lo que había sucedido en la casa de Loa, nadie dudaba de que Pål estaba aún en Estocolmo. Y de servicio, por así decirlo. Se lo buscaba desde el otoño. Probablemente no se habían dedicado muchos recursos a encontrarlo, pero el hecho de que hubiera permanecido oculto era notable, teniendo en cuenta toda la atención que había recibido su rostro en los medios de comunicación. Al mismo tiempo, estaba muy acostumbrado a esconderse, dado su apodo, “la Sombra”.

—Siempre hay que mirar en la guarida del león —había dicho Sigge cuando especularon sobre ello.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Danijela.

—¿Dónde es menos probable que esté? —continuó Sigge.

—En casa de Martin Pax —respondió Loa.

—Por supuesto —respondió Sigge—. El lugar donde nadie miraría. Probablemente, Martin Pax ha entrado a escondidas en el apartamento de Sagerska, donde vivía Karin, más veces de las que la Säpo puede contar, por lo que es probable que su propio apartamento esté vacío casi todo el tiempo.

Con esa teoría, habían elaborado el plan.

Treinta minutos antes, justo cuando la entrevista de George estaba a punto de comenzar en Harpsund, habían llamado a la policía con una pista anónima y habían informado que el hombre buscado, Pål Arvidsson, probablemente se escondía en la dirección que ahora estaban vigilando.

Porque, aunque el caso se resolviera, también tenían que pensar en el periodismo, especialmente en el registro fotográfico.

Necesitaban la foto para que la historia se hiciera realidad. Loa estaba listo con la cámara. Echaba de menos la mano firme de Linda Hamilton; ahora tenía que capturar él mismo el momento que podría convertirse en un nuevo clásico del periodismo. El objetivo largo le resultaba difícil de manejar y, en un momento dado, lo golpeó accidentalmente contra la ventanilla del coche. El dedo le temblaba sobre el disparador.

Diez minutos antes, dos coches negros habían llegado lentamente y habían aparcado junto al cementerio. La policía se había tomado en serio la pista y se había puesto en marcha.

Y así sucedió.

La puerta se abrió de golpe. Como era de esperar, Martin Pax había informado a Pål Arvidsson que estaba libre de sospecha.

Pål salió rápidamente, con la gorra calada y un bolso colgado al hombro.

Tres agentes vestidos de civil salieron de los coches y, antes de que pudiera reaccionar, empujaron a Pål contra la pared, le pusieron las manos detrás de la espalda y se las esposaron.

Clic, clic, clic.

Loa capturó toda la secuencia. Sigge y Danijela se giraron hacia el asiento trasero y sonrieron satisfechos.

Misión cumplida.

PARTE V
LA PALOMA

La esperanza nunca muere.
Harvey Milk

CAPÍTULO 91

A principios de julio, Loa y Danijela estaban en una terraza al aire libre en el parque Kungsträdgården, viendo una retransmisión de noticias en directo en el teléfono de Loa. El sol brillaba intensamente y se reflejaba en la pantalla rayada. Se había elegido un nuevo líder del partido y pronto se convocaría a los miembros del Parlamento, que estaban de vacaciones, para votar al nuevo primer ministro.

La solución temporal: un hombre de unos cincuenta años que se limpiaba las gafas antes de dar una breve conferencia de prensa. Se secó dos veces el sudor de la frente y repitió una y otra vez sus argumentos. Estaba allí para cumplir con su deber hacia Suecia y decidió no comentar los últimos acontecimientos hasta que estuviera listo un informe exhaustivo.

La crisis del partido, o la del país, estaba lejos de haber terminado.

Karin Kennedy había renunciado como líder del partido y como primera ministra pocas horas después de la entrevista con George en Harpsund. Sabía que en poco tiempo se divulgaría la historia y quería minimizar los daños en la medida de lo posible.

"Comprendo que me será imposible conservar la confianza del pueblo sueco. He cometido un error de juicio al tener a mi lado a una persona que con tanta frialdad ha extinguido tantas vidas humanas. Es algo que me perseguirá durante el resto de mi vida", decía el comunicado de prensa, que al principio resultó incomprensible para muchos.

En las redes sociales se difundieron imágenes de Karin Kennedy abandonando el país con una maleta con ruedas y gafas de sol. Se rumoreaba que había abordado sola un avión con destino a Italia.

Al día siguiente, en el Día Nacional, el *Aftonposten* y el periódico matutino publicaron de manera conjunta la historia completa del accidente del Cuatro de Julio de 1983 y de lo que el amante secreto de Karin Kennedy había hecho en los días previos a las elecciones generales.

Muchos de quienes formaban parte de la industria de los medios de comunicación se fijaron en los nombres que aparecían al final de los artículos.

Sigvard Classon, Katarina Sundman, Loa Bergman, Danijela Mirković, Evah Sparre, George Brink.

La retransmisión del Día Nacional desde Skansen batió récords de audiencia, probablemente porque todo el mundo quería ver la silla vacía en la primera fila, junto a la princesa Victoria.

Martin Pax estaba detenido. En los correos electrónicos borrados que se habían enviado desde el servidor del Ministerio de Asuntos Exteriores había pruebas más contundentes de cómo había contratado a Pål Arvidsson para hacer explotar el barco. Durante el interrogatorio, fue muy claro en un punto: Karin Kennedy no sabía nada. Él había actuado por su cuenta. Además, admitió que había participado en el engaño para sabotear la investigación de los periodistas del *Aftonposten*.

Pål Arvidsson también estaba detenido, pero, según fuentes policiales, se negaba a hacer declaraciones.

Danijela apagó la retransmisión en directo y resopló.

—Qué idiota.

—Quizás eso es justo lo que necesita el partido. Un burócrata sin carisma. —Loa terminó su Coca-Cola y miró a los turistas que caminaban entre los árboles. Al principio se había sentido ansioso cuando Danijela sugirió ese lugar. Ella no podía saber que él lo asociaba con todo lo que había sucedido en los días previos a las elecciones. Pero ahora miraba el parque Kungsträdgården con otros ojos, porque se había reivindicado, aunque no le hubieran ofrecido recuperar su antiguo trabajo.

Danijela se puso las gafas de sol y frunció los labios.

Loa la miró. Se estaba dejando crecer otra vez el pelo; ahora le rozaba los hombros.

—Si quieres hablar más sobre lo que te pasó allí, aquí me tienes.

Danijela se volvió hacia él.

—Recibí mi castigo. —Se bebió de un trago el contenido de la botella de cerveza Karlovačko—. Por primera vez en más de treinta años, me siento libre.

Loa la miró con calma. Sonaba sincera.

—Debió de ser horrible todo eso.

Danijela lo miró a través de las gafas de sol con los ojos entornados. Su mirada decía: "Basta ya. Deja de hablar".

—¿Puedo preguntarte algo? —Al parecer, era hora de cambiar de tema.

—¿Sí?

—¿Cómo es que no has desenmascarado aún a Allan Arnell por lo que le hizo a Harald?

—Me he quedado atascado —respondió Loa e inmediatamente se sintió avergonzado.

Le había fallado a la petición de Henry desde el más allá. Después de la conversación con Mona Vikersjö, en la que se enteró de que Harald Timander se había suicidado, su investigación se había vuelto lenta, hasta casi paralizarse. Incluso había hecho el esfuerzo de leer las 432 páginas de las memorias de Allan Arnell, *Todos mis días*, en las que ni siquiera mencionaba la época en que había vivido en Washington.

No tenía ni idea de cómo continuar. Henry había confiado en él, pero dentro de Loa crecía la sensación de que había cometido un error. Y entonces apareció la primera noticia sobre Karin Kennedy, que casi lo destruyó.

Se preparó para recibir una reprimenda de Danijela por haberse dado por vencido demasiado fácilmente. En cambio, ella se levantó de la mesa y empezó a caminar.

—¿Adónde vas? —le gritó Loa a sus espaldas.

—Sígueme.

Tomaron el metro hasta el Instituto Real de Tecnología y caminaron por la calle Valhallavägen, en dirección al parque Haga. El lago Brunnsviken apareció ante ellos. El agua estaba calma bajo una ligera neblina.

Loa se fijó en que Danijela miraba con frecuencia su reloj de pulsera.

—¿Tenemos una cita? —le preguntó.

—Quizás —respondió ella enigmáticamente.

En Bellevue, ella giró hacia el camino empinado que subía la colina. Ambos avanzaron en dirección a la cima.

Pasaron por una zona de vegetación frondosa con mesas al aire libre y, entonces, Loa vio la casa de madera gris verdosa con un cartel desgastado en la pared. Decía: “Asociación Sueca de Palomas Mensajeras”.

—Como ya sabes, he tenido algo de tiempo libre —dijo Danijela.

Loa se volvió hacia ella. El sol lo deslumbraba.

—¿Palomas?

El supuesto alias de Harald. Una vez más, Loa recordó que Danijela era mejor periodista que él.

Se abrió una puerta y salió un hombre de unos cincuenta años. Llevaba unas gafas redondas encima de la cabeza y un mono de trabajo verde.

—¡Hola! Bienvenidos.

—¡Gracias! —dijo Danijela—. Hablamos la semana pasada.

Se hicieron las presentaciones habituales. Håkan Brantin era el presidente de la Asociación Sueca de Palomas Mensajeras y tenía un acento que a Loa le parecía quejumbroso. De Örebro, o posiblemente de Eskilstuna. Les hizo un recorrido guiado por las instalaciones y observaron las aves grises azuladas que vivían en varias jaulas.

—Cuando el viento es favorable, una paloma mensajera puede recorrer ciento veinte kilómetros por hora —continuó Håkan.

Loa miró a Danijela para ver cómo estaba pasando la visita. Él era una de las pocas personas que sabían lo mucho que le asustaban las aves a Danijela. Vio que ella hacía todo lo posible por ocultar su incomodidad. Håkan explicó cómo los miembros de la asociación entrenaban a las palomas, que aprendían a transportar mensajes y se guiaban por diferentes silbidos.

—¿Puedo ver el registro de miembros, como habíamos hablado? —lo interrumpió Danijela cuando Håkan se dirigía a la habitación contigua para mostrarles dónde vivían las palomas reproductoras.

—Sí, por supuesto. Vengan conmigo.

El suelo de madera crujió cuando llegaron al fondo de lo que parecía ser una pequeña oficina con paredes de madera de pino. Tanto Loa como Danijela tuvieron que inclinarse al cruzar el umbral. Håkan se sentó en la silla ergonómica de oficina de color negro, se giró y cogió una carpeta de la estantería que tenía detrás.

—Veamos. —La hojeó—. Sí, aquí está.

Loa y Danijela se inclinaron sobre el escritorio al mismo tiempo. En la parte superior de la lista decía:

Allan Arnell. Miembro registrado el 1 de enero de 1991.

Loa buscó en la letra T. Y allí estaba:

Harald Timander. Miembro registrado el 1 de enero de 1991.

Tragó saliva. Ahí era donde se habían conocido. Cuatro años después, Harald Timander fue arrestado por la Säpo, acusado por un informante anónimo de ser un espía ruso.

Loa señaló los nombres.

—¿Los recuerda? —preguntó, consciente de que Danijela probablemente ya le había hecho la misma pregunta antes.

Håkan negó con la cabeza.

—Eso fue antes de mi época. Y, sinceramente, no creo que quede nadie más de aquel entonces. Ya no somos tantos los miembros activos.

—¿Sabe cuándo dejaron ellos de ser miembros?

Håkan se dio la vuelta y tomó otra carpeta.

—La membresía de Harald Timander terminó en mayo de 1995.

"Tras ser arrestado", pensó Loa.

—Y Allan Arnell continuó hasta finales de aquel año. Pero, por lo que puedo ver, ya no participaba desde junio.

—¿No tiene usted nada más de aquella época? ¿Fotos? ¿Documentación? ¿Informes anuales?

Håkan se quedó pensando.

—Estamos a punto de mudarnos a un lugar nuevo fuera de la ciudad. Ya se ha transportado allí mucho material, pero puedo echar un vistazo y les responderé.

Loa y Danijela le agradecieron a Håkan Brantin su ayuda. Luego salieron de la casa y contemplaron el parque Haga y los edificios del campus universitario. En una formación de cemento que estaba en la colina junto a ellos, los cañones habían defendido Estocolmo durante la Segunda Guerra Mundial. Hoy en día, parecía más bien una zona para hacer barbacoas.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Loa volviéndose hacia Danijela, que estaba limpiando sus gafas de sol.

—Lo mismo que tú. Que tenían una aventura encubierta en un maldito club de palomas. Y que algo salió terriblemente mal. Pero esto también explica por qué Henry no tenía toda la información. Probablemente haya muchas cosas que Harald nunca le contó.

CAPÍTULO 92

Dos días después, sonó el teléfono de Danijela. Ella estaba en la bañera, refugiándose del calor veraniego que hacía fuera de su apartamento. La llamada era de un número desconocido; instintivamente, quiso ignorarlo. Finalmente, se enjuagó la espuma, se secó con la toalla y deslizó el dedo por la pantalla.

—¿Hola?

—Sí, hola. Soy Håkan Brantin, de la Asociación Sueca de Palomas Mensajeras. Creo que a usted y a su amigo les interesará venir a Huddinge, a nuestras nuevas instalaciones. He descubierto algo.

Danijela había pedido un taxi y había pasado a buscar a Loa por el camino. Ni loca iba a tomar el transporte público para ir al barrio de Huddinge.

Cuando el conductor los dejó, caminaron por un sendero de grava crujiente hacia una casa de madera que parecía mucho mejor equipada que la del parque Bellevue. Se abrió la puerta y Håkan salió a recibirlos saludando con la mano.

—Entren, entren.

El interior era fresco y austero. Había tres cajas de mudanza en el suelo; por lo demás, la habitación estaba completamente vacía.

Håkan sacó una fotografía en blanco y negro de una de las cajas. Tenía un rótulo que decía: "Reunión anual de octubre de 1992". En lo alto de la colina, con el lago Brunnsviken al fondo, unos cincuenta hombres miraban a la cámara. Al fondo a la izquierda, uno junto al otro, estaban Allan Arnell y Harald Timander. Se parecían un poco, con gorras con orejeras y bigotes bien cuidados sobre las bocas serias. Los cuerpos no se tocaban.

—¿Y? —exclamó Danijela volviéndose hacia Håkan—. ¿Esto es todo? ¿Una foto grupal?

Loa la miró inquieto. Siempre le molestaba que ella fuera tan brusca, pero a Håkan no parecía importarle.

—En realidad, no —respondió él y levantó otra caja. Tomó un sobre y vació su contenido. Varias tiras de papel cayeron al suelo. Algunas estaban amarillentas, otras parecían más nuevas.

Danijela miró a Håkan con curiosidad.

—Son mensajes enviados con las palomas —dijo él—. A veces, una paloma desaparece y vuelve al cabo de un tiempo, y entonces los mensajes se guardan, en algunos casos, porque no se sabe quién los envió. En otros, es posible que se hayan olvidado. O que se hayan guardado por alguna otra razón. Cuando nos mudamos aquí, nadie se atrevió a tirarlos.

Loa y Danijela se pusieron en cuclillas y empezaron a rebuscar entre las notas. La mayoría eran basura. Mencionaban ciudades, horas, días, comidas. A menudo solo había una palabra. A veces, dos.

Loa se volvió hacia Danijela.

—Se trata de dos personas que fueron marcadas por la Guerra Fría. Estoy completamente seguro de que no dejaron rastros.

—Todo el mundo comete errores —respondió Danijela; imaginó a los dos hombres escribiéndose mensajes codificados, dejando que las palomas volaran por el aire a diferentes lugares, manteniendo vivo el romance secreto hasta que todo se fue a la mierda.

Los papeles que quedaban por revisar eran cada vez menos.

Entonces, Danijela vio que Loa se detenía y miraba fijamente el papel que tenía en la mano.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Loa le mostró una tira de papel. El texto estaba escrito a mano con un bolígrafo de tinta azul.

Mi oso grande. Pronto volveremos a estar juntos.

—¿"Oso"? —preguntó Danijela.

—Allan comparó a Harald con un gran oso cuando me reuní con él.

—¿De veras?

—¡Sí! Utilizó exactamente esa palabra para describirlo.

—Mierda.

Håkan se acercó con curiosidad.

—¿Encontraron algo bueno?

Danijela miró a Loa y luego se volvió hacia Håkan.

—Sí, algo muy bueno. —Para su propia sorpresa, le dio un gran abrazo.

El taxi los dejó frente a la casa de Loa. Una vez dentro del apartamento, él

corrió por el pasillo hacia la biblioteca sin siquiera quitarse los zapatos. Danijela lo siguió y, cuando lo alcanzó, él estaba inclinado sobre el escritorio, mirando fijamente un libro abierto en cuya portada se leía:

23.00. Zum Franziskaner

Debajo del texto escrito a mano, apoyó la nota.

Mi oso grande. Pronto volveremos a estar juntos.

Loa señaló la "r" inclinada y ondulada de "Franziskaner" y luego la "r" de la palabra "grande".

Sin duda, la persona que había escrito en el libro y en la nota era la misma.

—Ahí lo tienes —dijo Danijela.

CAPÍTULO 93

Loa y Danijela llevaban dos horas esperando fuera de la puerta en la calle Karlaplan cuando esta se abrió y el anciano diplomático salió acompañado de una señora mayor y un perro salchicha marrón que se parecía mucho a Göran, la mascota de Agneta, la madre de Loa.

—¿Allan Arnell? —La voz de Danijela era tan potente que incluso el perro giró la cabeza.

El hombre canoso los miró con aire hosco antes de hacerles un gesto con la mano para que se marcharan. No parecía reconocer a Loa.

—Tendrán que concertar una cita, llamen a mi asistente.

—Queremos hablar de lo que le hizo a Harald Timander —dijo Loa tratando de sonar tan duro y convincente como su mejor amiga.

Allan Arnell miró a Loa.

—Eres tú. Te conté todo lo que sabía la última vez que nos vimos.

—En realidad, no creo que lo haya contado todo —continuó Loa.

—Ah, ¿no?

—Encontramos un antiguo mensaje que usted le escribió. —Danijela hizo una pausa brusca. Loa la había visto hacerlo antes. Sabía cuál sería el efecto—. En la Asociación Sueca de Palomas Mensajeras.

—¿Allan? ¿Quiénes son estas personas? —La mujer que estaba a su lado le puso el brazo sobre el hombro. Había elevado la voz hasta que se convirtió en un falsete presumido.

—Adelántate, yo te alcanzo.

A regañadientes, la mujer alzó al perro y se adentró en la avenida que conducía a Gärdet. En silencio, Allan vio cómo su espalda desaparecía tras la esquina del edificio gris claro de estilo *art nouveau*.

—Déjame ver la nota —dijo entonces brevemente.

Loa levantó una bolsa de plástico con el trozo de papel dentro.

Allan miró el mensaje y algo profundamente inquietante se reflejó en su rostro. Parecía absolutamente aterrorizado.

Loa se había preparado para que él lo negara todo, pero la conmoción, al

parecer, había sido demasiado repentina.

—Sabemos que es su letra y, por supuesto, tenemos más —dijo Danijela. Loa la miró nervioso. ¿Estaba intentando engatusarlo? Había mucho en juego y la confrontación corría ahora peligro.

Allan Arnell no apartó la mirada de las palabras que le había escrito a Harald Timander. Luego miró a Danijela.

Así que había otros mensajes. Quizás aún más reveladores o explícitos. El silencio le dio valor a Loa.

—Usted llevó a un hombre a la muerte. Al hombre del que estuvo enamorado durante décadas. —Loa pronunció las palabras con dificultad; sentía la rabia en todo el cuerpo.

Allan Arnell dio un paso atrás. Luego, se apoyó contra la fachada del edificio y se deslizó hacia abajo hasta que su cuerpo tocó el pavimento y el abrigo color camel se desplegó. Al principio, Loa pensó que el hombre había sufrido un derrame cerebral o un ataque al corazón.

Danijela se puso en cuclillas.

—Ha vivido una mentira toda su vida. Debería avergonzarse —dijo entre dientes.

Allan parecía angustiado, como si sintiera dolor.

—La idea no era que lo arrestaran…

El autobús cincuenta y siete rompió el silencio y dio la vuelta a la rotonda antes de detenerse en Fältöversten.

Loa y Danijela miraron al hombre y esperaron a que continuara.

—Solo quería deshacerme de él en el Departamento de Estado. Me rompió el corazón. No podía soportar verlo más. Pero todo resultó mucho más grave de lo que había previsto.

—Usted sabía perfectamente lo que hacía —murmuró Danijela—. Y fue suficiente para arruinarle la vida.

Allan negó con la cabeza.

—Lo siento mucho. Lo siento.

Loa se alejó unos pasos y le indicó a Danijela que lo siguiera.

Caminó diez, veinte metros antes de que Danijela se pusiera a su lado. Después, se dio la vuelta por última vez.

Allan Arnell seguía allí sentado, con la mirada perdida. El rostro descubierto distaba mucho del de un diplomático aplomado y respetable. El que tenía una carrera brillante, pero había enterrado su orientación sexual en lo más

profundo de su ser y había sido rechazado cuando le abrió su corazón a otro hombre.

Lo que le había hecho a Harald Timander era imperdonable. Pero Allan Arnell ya había sido castigado. Había empujado a su amado a la muerte, y probablemente eso lo atormentaba desde entonces.

Pero ahora la verdad había salido a la luz.

Henry Mountbatten podía, por fin, descansar en paz.

CAPÍTULO 94

Era el primer sábado de agosto y la gente ya esperaba en las calles del centro de Estocolmo.

Las banderas ondeaban al viento, mientras las nubes oscuras se amontonaban sobre ellas. Iba a llover, como de costumbre.

—Dios debe de odiar a los maricones —había comentado Danijela mientras metían sus impermeables tras ver el pronóstico del tiempo en las noticias de la mañana. Chaparrones a partir del mediodía. Fuertes tormentas eléctricas por la tarde.

Habían cogido el metro hasta Hötorget y, a medida que se acercaba el desfile, Loa sintió que el corazón comenzaba a latirle con fuerza. Había participado en muchas marchas con su ex y sus amigos, pero siempre bajo los efectos del alcohol y entre gente que bailaba. Siempre había tenido cuidado de situarse en el centro del grupo, para que no lo vieran. No quería establecer contacto visual con personas que lo miraran con recelo.

Danijela sabía que él se contentaba con quedarse al margen y observar, y él sabía que ella no lo presionaría.

Unos cuantos camiones pasaron rugiendo.

Cuando aparecieron las personas que caminaban con Amnistía Internacional enarbolando pancartas que decían "Marchamos por los que no pueden", a Loa se le ocurrió que Henry Mountbatten podría haber tenido más de un motivo cuando le pidió a Loa que revelara la verdad sobre lo que le había sucedido a Harald Timander.

Quizás también quería que Loa comprendiera lo afortunado que era y lo que las personas que le precedieron habían logrado… y sacrificado para que él tuviera esa fortuna.

Loa no vivía en el armario, pero estaba marcado por el miedo a ser plenamente él mismo.

Volvió a leer las palabras de las pancartas. "Marchamos por los que no pueden". Comprendía lo que significaban, quizá por primera vez.

Entonces, pensó en dos hombres que se habían encontrado en un bar de

Washington y se habían atrevido a aventurarse en lo desconocido, sabiendo lo que les costaría.

Levantó una bandera arcoíris que estaba caída en la acera, pasó por debajo de las barreras, aferró la mano de Danijela y se unió a ella.

Caminaron tranquilamente, tomados de la mano, haciendo ondear la bandera. Cuando llegaron a Stureplan, la gente aplaudió.

Una sensación de calidez se extendió por el pecho de Loa.

Danijela se volvió hacia él y le susurró al oído, como si le hubiera leído el pensamiento:

—Henry habría estado orgulloso.

CAPÍTULO 95

Loa estaba en el baño de la casa de Danijela tirando de la cadena del retrete.

George y Anton habían sido invitados a cenar, aunque era sábado. En la cocina, los tres se sentaron alrededor de la mesa y esperaban la entrega de comida de Foodora.

Cuando Loa se giró hacia el fregadero para lavarse las manos, notó algo extraño. El grifo brillaba. Se inclinó hacia delante, examinó la superficie cuidadosamente pulida y percibió un fuerte olor a detergente. "Tu empleada doméstica, a la que contratas en secreto, no es tan minuciosa", pensó.

Se levantó y vio que la puerta con espejo del botiquín del baño estaba completamente cerrada. No se veía ni una rendija, cosa nada habitual. Loa abrió la puerta con la yema del dedo y lo vio.

La taza de cerámica dorada no contenía un solo cepillo de dientes, sino dos. Uno rojo y otro azul. El rojo era de Danijela. Llevaba muchos años utilizando el mismo color y la misma marca.

La pregunta era a quién pertenecía el cepillo azul.

No podía ser de Anton. No vivía allí y tampoco dormía allí. Cuando Anton se alojó con él en su apartamento el año anterior, Loa se enteró por casualidad de que usaba un cepillo de dientes eléctrico.

Volvió a cerrar el botiquín y le sonrió a su propio reflejo. Abrió la puerta del baño y oyó risas procedentes de la cocina.

Cuando entró, todos levantaron la vista hacia él. Anton le estaba mostrando algo a George.

Loa se sentó junto a Danijela, se inclinó hacia ella y le susurró lentamente.

—Encontré dos cepillos de dientes en el armario del baño. ¿Por casualidad tienes a un hombre alojado aquí? —y luego señaló discretamente con la cabeza a George.

Danijela pareció preguntarse por un segundo si debía mostrarle su gesto habitualmente impasible. En cambio, esbozó una sonrisa y respondió:

—A veces no deberías ser tan curioso, Loa Bergman.

Era el sábado 6 de agosto y una tormenta eléctrica azotaba la ciudad.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

No te puedes perder *Hundido en el pasado,* de Tove Alsterdal.

Cuando el hielo comienza a romperse en el río Ångermanland, los secretos del pasado salen a la superficie. El hallazgo del cadáver de un hombre asesinado lleva a Eira Sjödin a reabrir una investigación que se remonta a 1968 y la conecta con una antigua operación de la CIA en territorio sueco. En su búsqueda por la verdad, Eira descubre una red de mentiras y silencios que atraviesa generaciones y que la conecta directamente con su propia familia.

Al mismo tiempo, la mujer por cuyo crimen está encarcelado su hermano ha vuelto a matar. Su destino y el de Eira vuelven a cruzarse y ambas deberán enfrentarse al pasado antes de que la historia se repita.

El equipo editorial



Escanear el código QR
para ver información
de *Hundido en el pasado*



Victor Pavic Lundberg nació en 1987 y creció en Mariestad, Suecia. Está casado y vive en la ciudad de Estocolmo. A los 16 años empezó a trabajar como reportero del periódico *Mariestad* y desde 2008 es periodista en *Aftonbladet*, uno de los periódicos más importantes de Suecia donde ha sido editor y productor de televisión.

Sitio web: jenniferhillierbooks.com

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:







MotusThriller

www.motus-thriller.com